

A woman with blonde hair, wearing a white lace-trimmed dress, stands on the right side of the frame, looking towards the left. She is in a dark, dense forest at night, with many thin, bare trees visible in the background. The ground is covered in dark, dry leaves and twigs. The overall mood is mysterious and eerie.

EL
*D*EMONÓLOGO

ANDREW PYPER



Lectulandia

David Ullman es profesor de la universidad de Columbia en Manhattan. Se ha especializado en mitología y narrativa religiosa judeocristiana, pero el trabajo que le ha granjeado su posición es su estudio sobre *El paraíso perdido*, de Milton, un canto poético que aborda la maldad y tiene como escenario el Infierno.

David está casado y tiene una hija, Tess, a la que adora. Un buen día, David recibe la inesperada visita de una misteriosa mujer que afirma representar a alguien muy poderoso que requiere los servicios de David como consultor. David acepta la invitación, y viajan junto con Tess a Venecia; al poco de llegar, su hija desaparece. Es entonces cuando el académico ateo especializado en la Biblia y experto en demonología, que piensa que el diablo es un invento del hombre, verá cómo sus creencias se derrumban y llegará a creer en el mismo diablo.

Así, David deberá aplicar su conocimiento sobre mitología demonológica para rescatar a la niña de las fuerzas satánicas.

Lectulandia

Andrew Pyper

El demonólogo

ePub r1.0

Titivillus 1.10.16

Título original: *The Demonologist*
Andrew Pyper, 2016
Traducción: Aleix Montoto

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Maude

Millones de criaturas espirituales
deambulan por la tierra
sin ser vistas, tanto cuando estamos despiertos,
como cuando dormimos.

JOHN MILTON

El Paraíso Perdido^[1]

Agradecimientos

Muchas gracias a Sarah Knight, Marysue Rucci, Kate Mills, Jemima Forrester, Kevin Hanson, Alison Clarke, Amy Cormier, Dominick Montalto, Jonathan Evans, Jackie Seow, Molly Lindley, Esther Paradelo, Chris Herschdorfer, Jackie Levine, Anne McDermid, Monica Pacheco, Martha Magor, Chris Bucci, Stephanie Cabot, Peter Robinson, Sally Riley, Liv Stones, Howard Sanders, Jason Richman, y a mi círculo de ángeles: Heidi, Maude y Ford.

Anoche volví a tener el sueño. Salvo que no es un sueño. Lo sé porque, cuando él viene a por mí, todavía estoy despierta.

Veo mi escritorio. Y el mapa en la pared. Y los animales disecados con los que ya no juego pero que no quiero guardar en un armario para no herir los sentimientos de mi padre. Estoy en la cama. O quizá de pie, buscando un calcetín. Y, de repente, me encuentro en otro lugar.

Esta vez no me enseña nada. Simplemente me lleva de aquí a allí.

Estoy de pie en la orilla de un río de fuego. Mil avispas luchan y mueren en el interior de mi cráneo. Sus cadáveres se amontonan en la parte trasera de mis ojos. No dejan de picarme una y otra vez.

De pronto oigo la voz de mi padre. Procede de algún lugar al otro lado del río.

Nunca antes lo había oído así. Tiene tanto miedo que no puede ocultarlo por más que lo intenta (siempre lo intenta).

El cadáver del chico pasa flotando.

Boca abajo. Espero que se vuelva (dejando a la vista las cuencas vacías de sus ojos) y diga algo con sus labios azules. Es una de las muchas cosas terribles que él le obliga a hacer. Sin embargo, se limita a pasar como un trozo de madera.

Nunca he estado aquí antes, pero sé que es real.

El río es la frontera que separa este lugar del Otro Lugar. Y estoy en el lado equivocado.

A mi espalda hay un bosque oscuro, pero en realidad es otra cosa.

Intento llegar a donde está mi padre, pero el dolor que siento cuando mis pies entran en contacto con el agua del río me lo impide.

Luego unos brazos tiran de mí y me arrastran hacia los árboles. Parecen los de un hombre, pero no es un ser humano quien me mete los dedos en la boca. Ni quien me araña la espalda con las uñas. Su piel sabe a tierra.

Justo antes de eso, antes de regresar a mi habitación con el calcetín perdido en la mano, me doy cuenta de que he estado llamando a mi padre igual que él a mí. Diciéndole lo mismo todo el rato. No mediante palabras pronunciadas con la boca, sino procedentes directamente del corazón y transmitidas a través de la tierra, de modo que únicamente los dos podíamos oírlas.

«Ven a buscarme».

I

NOCHE INCREADA

*H*ileras de rostros. Más jóvenes a cada curso. Por supuesto, en realidad soy yo quien cada vez es más viejo en comparación con los nuevos estudiantes que vienen y van. Es una ilusión, como mirar por el espejo retrovisor y ver que el paisaje se aleja de uno en vez de distanciarse uno de él.

Llevo impartiendo esta clase el tiempo suficiente como para entretenerme con pensamientos como estos mientras diserto en voz alta ante doscientos estudiantes. Ha llegado el momento de recapitular. Un último intento de transmitir a por lo menos unos pocos *tecleaportátiles* la magnificencia de un poema al que he dedicado más o menos toda mi vida laboral.

—Y con esto llegamos al final —les digo, y guardo silencio un instante.

Espero que los dedos se levanten de los teclados. Respiro hondo el viciado aire de la sala de conferencias y, como siempre, siento la devastadora tristeza que le sobreviene a uno al recitar los versos finales del poema:

—«Derramaron, como era natural, unas lágrimas, que pronto se secaron; el Mundo se extendía frente a ellos para escoger su mansión de reposo, mientras la Providencia era su guía. Cogidos de la mano y con paso incierto y tardo, a través del Edén».

Al decir esas palabras siempre pienso que quien va a mi lado es mi hija. Desde que nació —e incluso antes, como mera idea del hijo que deseaba tener algún día—, invariablemente imagino que es con Tess con quien salgo del jardín cogido de la mano.

—Soledad —prosigo—. A eso se reduce realmente toda esta obra. No a la lucha del bien contra el mal, ni a una campaña para «justificar el proceder de Dios». Es la prueba más convincente que tenemos (más todavía que cualquiera de las que aparecen en la Biblia) de la existencia del infierno. Este no sería un foso abrasador, ni tampoco un lugar que se encuentra sobre nuestras cabezas o bajo nuestros pies, sino en nuestro interior: un lugar mental. Consiste en ser conscientes de nosotros mismos y, en consecuencia, de padecer el recordatorio perpetuo de nuestra soledad. Sufrir el destierro. Deambular solos. ¿Cuál es la verdadera consecuencia del pecado original? ¡La individualidad! Esa es la situación en la que dejamos a nuestros pobres recién casados, juntos pero en la soledad de la conciencia de sí mismos. ¿Adónde pueden ir ahora? «¡A cualquier lugar!», dice la serpiente. «¡El mundo entero es suyo!». Y, sin embargo, están condenados a elegir su propio «camino solitario». Es un viaje verdaderamente aterrador. Pero todos debemos afrontarlo, ahora igual que antes.

Llegado a este punto, hago otra pausa. Esta, más larga. Lo suficiente para que alguien crea que he terminado y se ponga en pie, o cierre su ordenador portátil, o aproveche para toser. Pero nunca lo hace nadie.

—Pregúntense —digo, apretando con fuerza la mano imaginaria de mi hija Tess— adónde irían ahora que han dejado atrás el Edén.

Casi al instante, alguien levanta el brazo. Se trata de un muchacho sentado al

fondo al que nunca me he dirigido ni en el que, de hecho, había reparado hasta ahora.

—¿Sí?

—¿Esa pregunta entrará en el examen?

Me llamo David Ullman. Soy profesor del Departamento de Literatura Inglesa de la Universidad de Columbia, en Manhattan. Soy especialista en mitología y narrativa religiosa judeocristiana, aunque lo que me da de comer, el texto sobre el que mi estudio crítico justifica mi cargo en una universidad de la Ivy League e invitaciones a diversos saraos académicos en todo el mundo, es *El Paraíso perdido*, de Milton. Ángeles caídos, las tentaciones de la serpiente, Adán y Eva y el pecado original. Un poema épico del siglo XVII que recuenta los acontecimientos bíblicos desde una taimada perspectiva que, podría decirse, muestra cierta simpatía por Satán, el líder de los ángeles caídos que se hartó de un Dios gruñón y autoritario y decidió emprender una carrera en solitario dedicada a causar problemas en las vidas de los seres humanos.

Es una forma curiosa (los devotos dirían incluso que hipócrita) de ganarme el sustento: me paso la vida enseñando cosas en las que no creo. Soy un investigador bíblico ateo. Un experto en el demonio para quien el mal es una invención humana. He escrito ensayos sobre milagros —curación de leprosos, conversión de agua en vino, exorcismos—, pero nunca he visto un truco de magia que me haya convencido. Mi justificación para estas aparentes contradicciones es que hay algunas cosas que —culturalmente hablando— tienen significado, pero eso no quiere decir que existan de verdad. El diablo, los ángeles, el cielo, el infierno... forman parte de nuestras vidas aunque no podamos verlos, ni tocarlos, ni podamos demostrar que son reales. Cosas imaginarias en las que creemos y punto.

«La mente es su propio lugar y puede hacer en ella un cielo del infierno y del infierno un cielo».

Esas palabras las pone John Milton en boca de Satán, su creación más brillante. Y, en mi opinión, el viejo amigo tiene razón; ambos la tienen.

La atmósfera del campus de Columbia, en el barrio de Morningside, está cargada con el estrés de los exámenes y la humedad de una lluvia neoyorquina que apenas ha despejado el ambiente. Acabo de dar mi última clase del curso, una ocasión que siempre me proporciona un alivio algo agri dulce: el año académico ha llegado a su fin (con lo que casi han terminado la preparación de las clases, las horas de oficina y las evaluaciones), pero eso también significa que otro año ha quedado atrás (lo que supone otra muesa en el cuentakilómetros personal). Aun así, a diferencia de muchos de los apoltronados refunfuñones que me rodean en los actos de la facultad y que se dedican a discutir interminablemente sobre intrascendentes cuestiones de orden en las reuniones de los comités de sus respectivos departamentos, a mí todavía me gusta dar clase, y todavía me gustan los estudiantes que por primera vez acceden a la literatura adulta. Sí, muchos de ellos solo están aquí como si esto fuera una fase previa a «algo

que les proporcionará mucho dinero». (Medicina, Derecho, un braguetazo...), pero muchos otros aún no están completamente perdidos. Si no los cautivan mis palabras, puede que lo hagan las del poema.

Acaban de dar las tres. Es hora de cruzar el patio embaldosado en dirección a mi despacho del Philosophy Hall, dejar los trabajos finales apilados —no sin cierto sentimiento de culpa— en mi escritorio y dirigirme a la estación Grand Central para encontrarme con Elaine O'Brien y tomar nuestra copa anual de fin de curso en el Oyster Bar.

Aunque Elaine pertenece al Departamento de Psicología, me llevo mejor con ella que con nadie del de Literatura Inglesa. De hecho, me llevo mejor con ella que con nadie de Nueva York. Tiene mi misma edad —cuarenta y tres años muy bien llevados a base de partidos de *squash* y medias maratones—, pero ella es viuda. Su marido falleció de un ataque al corazón hace cuatro años, el mismo año que yo llegué a Columbia. O'Brien me gustó de inmediato. Posee lo que yo llamo un sentido del humor serio: hace pocas bromas, pero observa las absurdidades del mundo con un ingenio que de algún modo resulta esperanzador y devastador al mismo tiempo. También es una mujer de una belleza sutil, si bien estoy casado —hoy en día, a pesar de todo— y reconozco que ese tipo de admiración por una colega con quien en ocasiones me tomo una copa puede resultar «inapropiada» (no obstante, también es cierto que el código de conducta de la universidad considera inapropiada casi toda interacción humana).

Sin embargo, entre nosotros no ha habido nunca nada ni remotamente inapropiado. Ni un mero beso fugaz antes de que ella suba al tren en la línea de New Haven, ni especulación alguna sobre lo que podría pasar si reserváramos una habitación en algún hotel del Midtown y, solo por una vez, comprobáramos qué tal lo pasamos en la cama. No es que nos reprimamos —al menos, yo no lo creo así—, ni se debe tampoco a que respetemos mis votos matrimoniales (pues ambos sabemos que hace casi un año mi esposa prescindió de ellos con aquel capullo engreído del Departamento de Física, un petulante teórico de cuerdas llamado Will Junger). Simplemente, creo que O'Brien y yo (para mí no es «Elaine» hasta el tercer Martini) no hemos llevado las cosas en esa dirección porque tememos que estropee lo que tenemos. ¿Y qué es lo que tenemos? Una intimidad asexual pero muy profunda que no he conocido con ningún hombre o mujer desde la infancia, y puede que ni siquiera tampoco entonces.

Aun así, supongo que O'Brien y yo hemos estado manteniendo una especie de aventura desde que nos conocemos. Cuando nos vemos, hablamos de cosas que desde hace tiempo no trato con Diane. Si el tema es ella, solemos discutir el dilema de su futuro: teme la idea de envejecer soltera, pero al mismo tiempo reconoce que se ha acostumbrado a estar sola y se ha vuelto algo maniática. Según sus propias palabras, es una mujer con «cada vez menos posibilidades de casarse».

Si el tema soy yo, lo que tratamos es la oscura nube de la depresión. O, mejor

dicho, lo que a regañadientes me siento obligado a llamar depresión, puesto que así lo diagnostica casi todo el mundo. En mi caso, sin embargo, ese término no parece ajustarse con mucha precisión. Toda la vida me he sentido perseguido por los fantasmas de una tristeza inexplicable. Y eso, a pesar de una buena carrera profesional, un matrimonio inicialmente prometedor y la mayor de todas las fortunas: mi única hija, una niña brillante y tierna que nació de un embarazo que, según todos los médicos, no llegaría a buen término (es el único milagro que estoy dispuesto a reconocer como auténtico). En cuanto Tess llegó, los fantasmas desaparecieron por un tiempo. Sin embargo, en cuanto pasó de ser un bebé a una locuaz niña de edad escolar, regresaron más hambrientos que nunca. Ni siquiera el amor que sentía por ella podía mantenerlos a raya, por más que mi hija me susurrara por las noches «Papi, no estés triste».

Siempre he tenido la sensación de que hay algo en mí «que no está del todo bien». No es algo perceptible desde fuera. Soy más bien refinado, tal y como me describió con orgullo Diane cuando comenzamos a salir (si bien ahora utiliza el mismo término en un tono con unas connotaciones más bien mordaces). Tampoco siento lástima por mí mismo ni albergo ninguna ambición frustrada, algo atípico en un profesor titular. No, mis sombras proceden de una fuente más elusiva que las que se citan en los manuales. En cuanto a los síntomas, cumpla pocos o ninguno de los que aparecen listados en los anuncios del Servicio Público de Salud Mental que hay en las puertas de los vagones del metro. ¿Irritabilidad o agresividad? Solo cuando veo las noticias. ¿Pérdida de apetito? No. He estado intentando perder cinco kilos desde que dejé la universidad. ¿Problemas de concentración? Me dedico profesionalmente a leer poemas de autores clásicos y trabajos universitarios; la concentración es mi principal herramienta de trabajo.

Mi mal es más una presencia indefinible que una ausencia que me impida ser feliz. La sensación de que tengo un acompañante invisible a mi lado a la espera de aprovechar la menor oportunidad para disfrutar de una relación conmigo todavía más estrecha. De niño, intenté en vano atribuirle una personalidad y tratarlo como una especie de «amigo imaginario» como los que oía mencionar a otros chicos. Pero mi acompañante se limitaba a seguirme. No jugaba, ni me protegía, ni me consolaba. Su único interés consistía —y sigue consistiendo— en proporcionarme una oscura compañía, maliciosamente silenciosa.

Será una cuestión de semántica académica pero, a mi parecer, se acerca más a la melancolía que a los desequilibrios químicos de la depresión clínica. Lo que Robert Burton llama en su *Anatomía de la melancolía* (publicada cuatro siglos atrás, cuando John Milton comenzó a bosquejar su Satán) una «vejación del espíritu». Es como si estuviera poseído.

O'Brien ya casi ha dejado de sugerir que visite a un psicólogo. Está acostumbrada a mi respuesta: «¿Para qué, si ya te tengo a ti?».

La sonrisa que me provoca ese pensamiento desaparece al instante cuando veo a

Will Junger descender la escalinata de piedra de la biblioteca Low Memorial. Me saluda como si fuéramos amigos. Como si me hubiera olvidado momentáneamente del hecho de que en los últimos diez meses ha estado acostándose con mi mujer.

—¡David! ¿Podemos hablar un momento?

Su aspecto me recuerda a algo ladino y sorprendentemente carnívoro. Algo con garras.

—Termina otro año... —dice cuando llega a mi altura con una respiración jadeante más teatral que auténtica.

Me mira con los ojos entornados y una sonrisa de oreja a oreja. Una de esas expresiones que, supongo, mi mujer debió de encontrar encantadoras en los primeros cafés que tomaron juntos tras las clases de yoga. Esa fue la palabra que ella utilizó cuando le hice la primera e inútil pregunta que siempre hace el cornudo: «¿Por qué él?». Ella se encogió de hombros, como si no necesitara ninguna razón y le sorprendiera que yo sí lo hiciese. «Es encantador», dijo finalmente, escogiendo esa palabra como si una mariposa decidiera en qué flor posarse.

—Escucha, no quiero causar problemas —comienza a decir Will Junger—. Solo lamento cómo han salido las cosas.

—¿Cómo?

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo han salido las cosas?

Hace una mueca de dolor con el labio inferior. Teoría de cuerdas. Eso es lo que enseña, y de lo que presumiblemente le habla a Diane cuando terminan de copular: el hecho de que, si se reduce a la esencia, al parecer toda la materia está ligada por cuerdas imposiblemente pequeñas. No sé la materia, pero estoy convencido de que de eso es de lo único de lo que está compuesto Will Junger: hilos invisibles que tiran de sus cejas y de las comisuras de sus labios, como si de una marioneta manejada con mano experta se tratara.

—Solo estoy intentando comportarme como un adulto —dice.

—¿Tienes hijos, Will?

—¿Hijos? No.

—Claro que no. Ni los tendrás nunca, niñato egoísta —digo, hinchando mi pecho con aire húmedo—. ¿Intentando comportarte como un adulto? Vete a la mierda. Te crees que esto es una escena de una película independiente de las que llevas a ver a mi mujer al Village, un puñado de mentiras que el tipo del *Times* considera interpretadas con gran naturalidad. En la vida real somos malos actores. Somos patanes que hacen daño. Tú no lo sientes, no puedes, pero el dolor que estás causando a mi familia está destrozando lo que tenemos. Lo que teníamos.

—Escucha, David, yo...

—Tengo una hija —prosigo, interrumpiéndolo—. Una niña pequeña que sabe que algo va mal y que poco a poco se está encerrando cada vez más en sí misma sin que yo pueda hacer nada para evitarlo. ¿Sabes lo que es ver cómo tu hija, la persona que lo

significa todo para ti, se desmorona? Claro que no. Estás vacío. No eres más que un sociópata *summa cum laude* que se dedica de forma profesional a hablar literalmente de nada. ¡Cuerdas invisibles! Eres un especialista en nada. Un ente vacío que camina y habla.

No esperaba decir todo eso, pero me alegro de haberlo hecho. Seguro que más tarde desearé poder meterme en una máquina del tiempo y regresar a este momento solo para soltarle un insulto más elaborado, pero ahora mismo me siento bien.

—Resulta gracioso que digas eso de mí —replica él.

—¿Gracioso?

—Irónico. Puede que ese término sea más adecuado.

—Irónico nunca es un término más adecuado.

—Lo de que habláramos fue idea de Diane, por cierto.

—Estás mintiendo. Ella sabe lo que opino de ti.

—Pero ¿sabes qué opina ella de ti?

Las cuerdas de la marioneta tiran de las comisuras de los labios y en el rostro de Will Junger se dibuja una inesperada sonrisa de triunfo.

—Que no estás aquí —responde él mismo—. Eso es lo que Diane dice de ti: «¿David? ¿Cómo voy a saber lo que siente? *No está aquí*».

No hay contestación posible a eso. Porque es cierto. Esa ha sido la sentencia de muerte de nuestro matrimonio, y he sido incapaz de corregirlo. No se debe a ninguna adicción al trabajo, ni a las distracciones de una amante o una afición obsesiva; tampoco se trata del espacio mental en el que los hombres tienden a encerrarse a medida que comienzan a entrar en la mediana edad. Simplemente, una parte de mí —la que Diane necesita— ya no está presente. Últimamente podemos estar en la misma habitación, o incluso en la misma cama, pero cuando ella trata de comunicarse conmigo es como si intentara alcanzar la luna. Lo que me gustaría saber, lo que rezaría para que me dijeran si creyera que rezar funciona, es qué pieza falta. ¿Qué he dejado atrás? ¿Qué me ha faltado desde el principio? ¿Qué nombre le doy al parásito que se ha alimentado de mí sin que yo me diera cuenta?

El cielo se despeja y de repente los rayos del sol bañan la ciudad y se reflejan en los escalones de la biblioteca. Will Junger arruga la nariz. Es un gato. Me doy cuenta ahora, demasiado tarde. Un gato negro que se ha cruzado en mi camino.

—Hoy va a hacer calor —dice, y comienza a alejarse bajo la nueva luz.

Paso por delante de la estatua de *El pensador*, de Rodin («Parece que le duelan los dientes», dijo una vez Tess de ella, no sin razón) y entro en el Philosophy Hall. Mi despacho está en el tercer piso y subo por la escalera ayudándome con el pasamanos, exhausto a causa del repentino calor.

Cuando llego a mi planta y me dispongo a doblar la esquina, me sobreviene una sensación de vértigo tan intensa que tengo que apoyarme en la pared de ladrillo. De vez en cuando sufro ataques de pánico de esos que lo dejan a uno momentáneamente

sin aliento, lo que mi madre solía llamar «mareos», pero esto es algo del todo distinto. Tengo la sensación de que me caigo. No desde ninguna altura, sino dentro de un espacio sin bordes: un abismo que me engulle a mí, al edificio y a todo el mundo de un único y despiadado trago.

Y de pronto se me pasa. Me alegro de que nadie haya visto cómo repentinamente me aferraba a la pared.

Nadie salvo la mujer que está sentada junto a la puerta de mi despacho.

Es demasiado mayor para ser una estudiante. Y va demasiado bien vestida para ser profesora. Al principio, calculo que debe de tener unos treinta y tantos años, pero cuando me acerco me doy cuenta de que es mayor. Los huesos se le marcan de forma exagerada, y sufre el característico envejecimiento prematuro de quienes padecen algún desorden alimenticio. De hecho, parece famélica. Ni el traje a medida ni el largo pelo teñido de negro pueden ocultar la delicadeza de su cuerpo.

—¿Profesor Ullman?

Su acento es europeo, pero de un modo genérico. Su inglés tiene un regusto francés, alemán o checo. Es un acento que, en vez de revelar sus orígenes, los esconde.

—Hoy no tengo horas de visita.

—Ya lo sé: he visto el horario que hay en su puerta.

—¿Está aquí por un estudiante? ¿Va su hijo a mi clase?

Estoy acostumbrado a esta escena: el padre plasta que ha pedido una tercera hipoteca para que su hijo pueda ir a una buena universidad viene a hacer un alegato en favor de su Gran Esperanza (en realidad, no tan buen estudiante como cree). Sin embargo, nada más preguntarle a esta mujer si ese es el caso, me doy cuenta de que no. Ha venido por mí.

—No, no —contesta al tiempo que se quita un mechón de pelo que se le ha metido en la boca—. He venido aquí para extenderle una invitación.

—Mi buzón está en la planta baja. O puede dejar cualquier cosa a mi nombre al portero.

—Una invitación verbal.

Cuando se pone en pie, advierto que es más alta de lo que esperaba. Y si bien está tan extremadamente delgada como creía, su constitución no parece tan débil. Mantiene la espalda bien recta y su afilada barbilla apunta al techo.

—Tengo una cita en el centro —digo, aunque ya estoy extendiendo la mano para abrir la puerta y ella se dispone a seguirme al despacho.

—Solo será un momento, profesor —repite—. Prometo no retrasarlo.

Mi despacho no es grande, y los estantes repletos de libros y las pilas de papeles hacen que todavía parezca más pequeño. Siempre he tenido la impresión de que eso hacía la estancia más acogedora y le daba cierto aire de guarida académica. Esta tarde, sin embargo, en cuanto me siento detrás del escritorio y la Mujer Delgada lo hace en el antiguo banco en el que mis alumnos me piden prórrogas o suplican notas más altas,

me resulta sofocante. El aire escasea como si hubiéramos sido transportados a una elevada altitud.

La mujer se alisa la falda. Sus dedos son demasiado largos. La única joya que lleva es un anillo de oro en el pulgar. Le va tan grande que da vueltas cada vez que mueve la mano.

—Llegados a este punto, quizá deberíamos presentarnos —digo, sorprendido por la agresividad de mi voz. Advierto que no proviene de una posición de fuerza, sino de autodefensa. Un pequeño animal enseñando los dientes para crear una ilusión de ferocidad ante un depredador.

—Lamentablemente, mi verdadero nombre es una información que no puedo proporcionarle —dice ella—. Por supuesto, puedo ofrecerle otro falso, un alias, pero ese tipo de mentiras me pone nerviosa. Incluso las inofensivas mentiras de las convenciones sociales me enervan.

—Eso le da ventaja.

—¿Ventaja? Esto no es ningún concurso, profesor. Estamos en el mismo bando.

—¿Y qué bando es ese?

Ella se ríe, aunque su risa parece más bien una enfermiza tos apenas controlada. Rápidamente, se cubre la boca con ambas manos.

—Su acento. No soy capaz de localizarlo —digo cuando se ha recompuesto y el anillo del pulgar ha dejado de dar vueltas.

—He vivido en muchos sitios.

—Es usted viajera.

—Más bien diría que deambulo de aquí para allá.

—Deambular implica ausencia de propósito.

—¿De veras? Pero eso no puede ser, ya que me ha traído hasta aquí.

Se arrastra hacia delante en el banco hasta que queda sentada en el borde. Ha sido un movimiento de unos cinco o seis centímetros. Y, sin embargo, el espacio que nos separa resulta tan incómodamente escaso que se diría que se ha sentado en mi escritorio. Ahora puedo incluso olerla. Advierto un leve olorcillo a paja y a ganado encerrado. Por un momento temo que no seré capaz de seguir aspirando ese olor sin alguna señal visible de desagrado. Y entonces comienza a hablar. Su voz no disfraza el olor, pero de algún modo aplaca su intensidad.

—Represento a un cliente que ante todo pide discreción. Y, en este caso en particular, como sin duda usted mismo podrá apreciar, ese requerimiento implica que solo puedo transmitirle la información más necesaria.

—Lo estrictamente necesario, vamos.

—Sí —dice ella, y ladea la cabeza como si nunca antes hubiera oído esa expresión—. Lo estrictamente necesario.

—Y ¿en qué consiste eso?

—Mi cliente requiere sus conocimientos para ayudarlo a comprender un caso en curso del máximo interés. Por eso estoy aquí, para invitarlo a que ponga sus

conocimientos profesionales al servicio de mi cliente y lo asesore en todo aquello que crea relevante para esclarecer nuestra comprensión del... —Se detiene un momento, como si estuviera eligiendo el término adecuado en una lista de posibles palabras y finalmente se conforma con la mejor de una selección insuficiente— fenómeno.

—¿Fenómeno?

—Si me perdona la imprecisión.

—Suenan todo muy misterioso.

La mujer me mira como si hubiera sido yo quien hubiese acudido a ella con peticiones. Y como si esperara que fuera yo quien siguiera hablando, de modo que lo hago.

—Ha mencionado un «caso». ¿A qué se refiere exactamente?

—¿Exactamente? Eso es más de lo que puedo explicarle.

—¿Porque se trata de un secreto o porque usted misma no lo comprende?

—La pregunta es justa, pero responderla supondría traicionar la confianza que se ha depositado en mí.

—No me está ofreciendo mucho.

—A riesgo de extralimitarme, permítame decir que no puedo contarle mucho. El experto es usted, profesor, no yo. He acudido a usted en busca de respuestas, de su punto de vista. Yo carezco de ambas cosas.

—¿Ha visto usted ese fenómeno del que habla?

La mujer traga saliva; la piel de su cuello es tan tirante que puedo ver cómo la saliva desciende por su garganta como si de un ratón debajo de una sábana se tratara.

—Sí, lo he visto —responde finalmente.

—¿Y cuál es su opinión al respecto?

—¿Opinión?

—¿Cómo lo describiría? No como profesional, ni como experta, sino a título personal. ¿Qué cree que es?

—Oh, no sabría decirlo —contesta, negando con la cabeza y bajando la mirada como si estuviera coqueteando con ella y eso le resultara embarazoso.

—¿Por qué no?

Levanta la mirada hacia mí.

—Porque no hay palabras para ello —dice.

Debería pedirle que se marchara. La curiosidad que haya podido sentir cuando la he visto en el pasillo ha desaparecido. Esta conversación no puede ir a ningún otro sitio salvo a la revelación de rarezas todavía más profundas, y no precisamente de las que proporcionan anécdotas divertidas que luego pueda contar en alguna cena. Porque no está loca. Y porque el habitual velo de protección que uno siente cuando se enfrasca en una breve conversación con alguien inofensivamente excéntrico ha sido retirado y ahora me siento expuesto.

—¿Por qué me necesita a mí en concreto? —le pregunto en cambio—. Aquí hay muchos profesores de Literatura Inglesa.

—Pero pocos demonólogos.

—No es así como me describiría a mí mismo.

—¿Ah, no? —Sonríe. Con esa pequeña muestra de humor parece querer disimular un poco hasta qué punto va en serio—. ¿No es usted un renombrado experto en narraciones religiosas, mitología y, en particular, en sucesos relacionados con menciones bíblicas al Adversario, así como en documentación apócrifa sobre actividades demoníacas en el mundo antiguo? ¿Acaso mi información es errónea?

—Todo lo que ha dicho es cierto, pero no sé nada sobre demonios ni invenciones de esas más allá de esos textos.

—¡Por supuesto! No esperábamos que tuviera experiencia de primera mano.

—¿Quién esperaría algo así?

—¡Eso, ¿quién esperaría algo así?! No, profesor, lo que nos interesa es su cualificación académica.

—No estoy seguro de que me haya comprendido. Yo no creo en esas cosas.

Ella se limita a fruncir el ceño como si no me hubiera entendido.

—No soy clérigo —prosigo—, ni tampoco un teólogo. Creo tan poco en los demonios como en Papá Noel. No voy a la iglesia. No considero ciertos los acontecimientos relatados en la Biblia ni en ningún otro documento sagrado. Menos todavía aquellos de carácter sobrenatural. Si busca a un demonólogo, le sugiero que se ponga en contacto con el Vaticano. Puede que allí haya alguien que se tome esas cosas en serio.

—Sí —dice, y vuelve a sonreír—. Le aseguro que así es.

—¿Trabaja usted para la Iglesia?

—Trabajo para una agencia que dispone de un sustancial presupuesto y que cuenta con muy diversas responsabilidades.

—Me tomaré eso como un «sí».

Ella se inclina hacia delante. Puedo oír cómo sus prominentes codos chocan contra sus rodillas.

—Sé que tiene una cita. Todavía puede llegar a tiempo a Grand Central. ¿Puedo transmitirle la propuesta de mi cliente?

—Un momento... Yo no le he dicho que iba a Grand Central.

—No. No lo ha hecho.

La mujer permanece inmóvil. Esa quietud enfatiza sus palabras.

—¿Puedo o no? —vuelve a preguntar tras lo que parece un minuto entero.

Me reclino en mi silla y, con un gesto, le indico que prosiga. De nada sirve fingir que tengo elección. En los últimos minutos, su presencia en la habitación se ha agrandado hasta el punto de que ahora bloquea la puerta con la efectividad de un portero de discoteca.

—La propuesta consiste en viajar a Venecia tan pronto como le sea posible. Preferiblemente mañana. Una vez allí, se alojará en uno de los mejores hoteles de la ciudad (mi favorito, si me permite añadirlo), y tendrá que acudir a una dirección que

le daremos. No se le requerirá ningún tipo de documento escrito u informe. De hecho, únicamente ha de comunicar sus observaciones a los individuos presentes. Eso es todo. Por supuesto, todos los gastos están pagados. El vuelo es en clase *business*, y le ofrecemos unos honorarios por sus servicios que esperamos que le parezcan razonables.

Tras decir eso, se pone en pie, da el paso que la separaba de mi escritorio, coge uno de los bolígrafos que hay en una taza y anota una cifra en el bloc que descansa junto al teléfono. La suma es poco más de un tercio de mi salario anual.

—¿Me ofrecen esto por ir a Venecia a casa de alguien y regresar luego a Nueva York? ¿Eso es todo?

—Básicamente, sí.

—Cuesta de creer.

—¿Duda de mi sinceridad?

—Espero no haber herido sus sentimientos.

—Para nada. A veces olvido que algunas personas requieren constatar las cosas.

Saca un sobre del bolsillo interior de su chaqueta y lo deja sobre el escritorio. En él no hay ninguna dirección.

—¿Qué es eso?

—Un billete de avión, el comprobante de la reserva de hotel, un cheque certificado por una cuarta parte de los honorarios (el resto lo percibirá a su vuelta) y la dirección a la que ha de acudir.

Mi mano se queda a unos centímetros del sobre, como si tocarlo supusiera una confirmación de algún tipo.

—Naturalmente, puede usted llevar a su familia consigo —añade—. Tiene esposa e hija, ¿no?

—Una hija, sí. No estoy tan seguro acerca de lo de la esposa.

La mujer levanta la vista al techo, cierra los ojos y recita:

—«¡Salve amor conyugal, ley misteriosa, fuente genuina de la humanidad, única propiedad del Paraíso en donde lo demás era común!».

—¿Usted también es especialista en Milton? —le pregunto cuando vuelve a abrir los ojos.

—No a su nivel, profesor. Tan solo soy una admiradora.

—No muchos admiradores pueden recitar versos de memoria.

—Retentiva. Un don que poseo. Aunque nunca he experimentado lo que el poeta describe como «vida humana». No tengo hijos.

Esa última confesión me resulta sorprendente. Después de toda la esquividad que ha demostrado hasta el momento, me revela ese hecho personal sin más, y casi con tristeza.

—Milton tenía razón con lo de la felicidad de la descendencia —digo—. Pero, créame, se equivocaba de medio a medio al equiparar el matrimonio con el Paraíso.

Ella asiente, aunque no parece que lo haga por mi observación. Más bien diría que

ha confirmado otra cosa. O puede que, simplemente, ya haya dicho todo lo que quería, y ahora esté esperando mi respuesta, así que se la ofrezco.

—Mi respuesta es no. Su propuesta es intrigante, qué duda cabe, pero se aleja mucho de mi ámbito. No podría aceptar de ninguna de las maneras.

—Me ha malinterpretado. No estoy aquí para escuchar su respuesta a mi proposición, profesor. Solo he venido a extenderle la invitación, eso es todo.

—Está bien. Pero me temo que su cliente estará decepcionado.

—No suele pasar.

Con un único movimiento, da media vuelta y sale de la habitación. Espero alguna despedida de algún tipo, en plan «Que tenga un buen día, profesor», o un simple movimiento de la mano, pero se limita a alejarse por el pasillo en dirección a la escalera.

Cuando finalmente me levanto de la silla y me asomo por la puerta, ya no la veo.

Meto algunas cosas de trabajo en mi maletín y salgo a la calurosa calle en dirección al metro. Bajo tierra, el aire es todavía de peor calidad, como si estuviera sellado al vacío y endulzado por el hedor de la basura. A eso hay que añadir los olores de la gente que pasa a mi lado (cada uno de los cuales relacionado con una pequeña tragedia de esclavitud o de deseos frustrados).

De camino al centro, intento recordar los rasgos físicos de la Mujer Delgada, tan vívidos hace apenas unos minutos. Sin embargo, no sé si a causa de los desconcertantes acontecimientos del día o de un maltrecho rincón de mi memoria de corto alcance, solo consigo evocarla como una idea, no como una persona. Y esa idea resulta más antinatural y aterradora al recordarla ahora de lo que me ha parecido en su momento. Es como la diferencia entre experimentar una pesadilla y contarle sus enrevesados detalles a alguien al día siguiente.

Al llegar a Grand Central, tomo el ascensor y recorro los túneles que conducen al vestíbulo principal de la estación. Hora punta. Es como si la gente se desplazara más por pánico que siguiendo un trayecto determinado. Y nadie parece más perdido que los turistas. Han venido a ser testigos del bullicio de Nueva York, pero ahora permanecen simplemente acongojados y se aferran a sus esposas e hijos.

O'Brien está junto al mostrador de información que hay debajo del reloj dorado, en el centro del vestíbulo. Es donde quedamos siempre. Se la ve pálida. Posiblemente está enfadada, y con razón, por mi retraso.

Cuando llego a su lado, ella está mirando en otra dirección y, al notar que alguien le da unos golpecitos en el hombro, se sobresalta.

—¡Qué susto! ¡Pensaba que eras otra persona! —Se disculpa—. Aunque debería haber sabido que eras tú, ¿no? Este es nuestro lugar.

La idea de «nuestro lugar» me gusta más de lo que debería, pero lo achaco a un mero accidente de palabras.

—Lamento llegar tarde.

—Te perdono.

—Recuérdame por qué es este nuestro lugar. ¿Tiene algo que ver con Hitchcock? *¿Con la muerte en los talones?*

—¿Y tú eres mi Cary Grant? Sí que tienes una imagen halagadora de ti mismo. Aunque tampoco es tan descabellado, así que no hagas pucheros. La verdad, sin embargo, es que me gusta quedar aquí precisamente por todo lo que tiene de incivilizado. La multitud. Los rostros de avaricia y desesperación. Es un auténtico pandemonio. Un caos organizado.

—Un pandemonio —repito distraídamente, aunque demasiado bajo para que O'Brien lo oiga en medio del bullicio.

—¿Qué has dicho?

—Es el nombre que Satán da al palacio que construye para sí y sus seguidores

después de ser expulsado del Paraíso.

—No eres el único que ha leído a Milton, David.

—Soy consciente de ello. Tú siempre has ido muy por delante de mí.

O'Brien se me queda mirando fijamente.

—¿Qué sucede? Pareces intranquilo.

Considero la posibilidad de contarle lo de la Mujer Delgada y la extraña propuesta que me ha hecho en mi despacho, pero tengo la sensación de que supondría compartir un secreto. Más que una «sensación», diría que se trata una advertencia física: siento una tirantez en el pecho y una presión en la tráquea, como si unos dedos invisibles recorrieran mi piel, instándome a mantener silencio. De repente me encuentro a mí mismo murmurando algo sobre el calor que hace y lo mucho que necesito una copa bien cargada.

—Para eso estamos aquí, ¿no? —responde O'Brien al tiempo que me coge del brazo y me guía entre la muchedumbre del vestíbulo. La piel me arde y puedo sentir en el codo la frescura de su mano.

El Oyster Bar es un local subterráneo. Una caverna sin ventanas bajo el suelo de la estación que, por algún motivo, invita al consumo de marisco crudo y vodka frío. O'Brien y yo hemos pasado aquí una gran cantidad de horas reflexionando sobre el estado de nuestras carreras (actualmente, yo me encuentro en la cúspide de la mía y disfruto del estatus de «experto mundial» en casi cada mención; en cuanto a O'Brien, sus escritos sobre la base psicológica de la cura por la fe le han proporcionado una reciente pseudofama). En general, sin embargo, no solemos hablar sobre nada en particular. Como cualquier pareja de amigos bien avenidos, vamos, aunque en nuestro caso eso resulte algo improbable.

¿Y qué lo hace improbable? Para empezar, ella es mujer. Una mujer soltera. Tiene el pelo oscuro y corto, y sus oscuros rasgos irlandeses enmarcan unos relucientes ojos azules. A diferencia de mí, proviene de una familia adinerada (aunque del noroeste, nada ostentosa). Tras una juventud de club de tenis de Connecticut, obtuvo sin esfuerzo aparente varios grados universitarios y luego ejerció en una exitosa consulta privada de Boston. Ahora ocupa un puesto en Columbia, donde el año pasado renunció a ser la directora del Departamento de Psicología para concentrarse en sus investigaciones. Un currículum destacable, sin duda, pero no exactamente el que uno esperaría del compañero de copas de un tipo casado.

Diane no se ha quejado nunca abiertamente de nuestra amistad —de hecho, siempre la ha alentado—, pero eso no ha impedido que se sienta celosa de nuestras celebraciones en el Oyster Bar y de nuestros encuentros entre semana en bares deportivos para ver partidos de *hockey* (tanto O'Brien como yo somos ahora seguidores provisionales de los Rangers, aunque originalmente apoyábamos a otros equipos: ella a los Bruins y yo a los Leafs). Diane no tiene más remedio que aceptar a O'Brien, pues censurar nuestra amistad supondría aceptar que ella me da algo que mi esposa no

puede darme. Que ese hecho sea cierto y conocido por los tres es lo que puede hacer que regresar a casa después de pasar una velada con O'Brien resulte especialmente incómodo.

La idea de renunciar a la amistad de O'Brien a modo de ofrenda de paz a Diane se me ha pasado por la cabeza, tal y como le sucedería a cualquier otro marido cuyo matrimonio se esté yendo a pique pero que siga queriendo que funcione a pesar de las escasas probabilidades y las advertencias. Y es que yo quiero que funcione. Admito mis numerosos fallos —como ese indefinido poso de melancolía que subyace a mi personalidad—, pero no son deliberados ni se encuentran bajo mi control. Y, en cualquier caso, mis imperfecciones no me han impedido hacer todo lo posible para ser un buen marido. Aun así, necesito a Elaine O'Brien en mi vida. No como un coqueteo crónico, ni como un tormento sentimental de lo que podría haber sido, sino simplemente como consejera, como si fuera una especie de voz interior más articulada y lúcida.

Eso puede parecer extraño —y, de hecho, lo es—, pero O'Brien ha ocupado el lugar del hermano que perdí cuando era niño. Si entonces no pude hacer nada para evitar su muerte, ahora no puedo perder a O'Brien.

Lo que no está tan claro es qué obtiene ella de nuestra asociación. De vez en cuando le pregunto por qué pierde tantas horas con un «miltonista» melancólico como yo. Su respuesta siempre es la misma: «Estamos predestinados», dice.

Nos sentamos en unos taburetes de la larga barra y, para comenzar, pedimos una docena de ostras de Malpeque, Nuevo Brunswick, y un par de vodkas. El lugar está repleto y hay tanto ruido como en la Bolsa, pero O'Brien y yo conseguimos abstraernos de inmediato en nuestra conversación. Comienzo relatándole mi encuentro con Will Junger, mejorando algunas de las pullas que le he soltado (y omitiendo la confesión sobre mi preocupación por Tess). O'Brien sonrío, pero detecta mis exageraciones (y probablemente también mis omisiones).

—¿De verdad has dicho todo eso?

—Más o menos —digo—. Sin duda, es lo que desearía haber hecho.

—Entonces digamos que sí. Que conste en acta que la serpiente inmunda, William Junger, del Departamento de Física, está ahora lamiéndose las heridas infligidas por el peligrosamente subestimado Dave Ullman, del Departamento de Literatura Inglesa.

—Sí, me gusta eso —asiento, y bebo de mi copa—. Si lo piensas, tener un amigo que acepta tu versión de la realidad viene a ser una especie de superpoder.

—La realidad no existe, solo hay versiones de esta.

—¿Quién ha dicho eso?

—Yo, que yo sepa —responde, y le da un largo trago a su copa.

El vodka, el reconfortante placer de estar con ella, la seguridad de que, por el momento, no nos acecha ningún peligro directo... Todo esto hace que me relaje y me anime a relatarle a O'Brien mi encuentro con la Mujer Delgada. Me limpio los labios con una servilleta dispuesto a hacerlo, pero ella comienza a hablar antes de que yo

tenga la oportunidad.

—He de contarte algo —dice, y sorbe una ostra.

Una introducción como esa sugiere un cotilleo de primer nivel. Algo sorprendente y necesariamente sexual. Sin embargo, después de tragar la ostra, anuncia lo siguiente:

—Tengo cáncer.

Si hubiera estado comiendo algo, me habría atragantado.

—¿Es una broma? —digo—. Dime que es una jodida broma.

—¿Bromean los oncólogos del Hospital Presbiteriano de Nueva York?

—Elaine. Dios mío, no. No.

—No están seguros de dónde ha comenzado, pero ya ha llegado a los huesos. Eso explicaría lo mal que he jugado últimamente al *squash*.

—Lo siento mucho.

—¿Cómo dice el mantra zen de moda? «¿Es lo que hay?».

—¿Es grave? Bueno, ya sé que sí, pero ¿hasta qué punto?

—Por lo que me han dicho, está «avanzado». Es como si fuera un curso de posgrado, o algo así. Solo pueden presentar la solicitud los cánceres que cumplen con los prerequisites.

Es increíble que consiga mantenerse así de animada. Estar conmigo ayuda, lo noto, igual que el vigorizador vodka que se está tomando, pero el temblor que adivino en la comisura de su boca indica que está al borde de las lágrimas. Y, antes de que me dé cuenta, soy yo quien está llorando. Al rodearla con los brazos, tiro un par de conchas vacías de la bandeja con hielo al suelo.

—Cuidado, profesor —me susurra O'Brien al oído, aunque me abraza con tanta fuerza como yo a ella—. Alguien podría llevarse una idea equivocada.

¿Y cuál sería la idea correcta? Un abrazo como este nunca podría confundirse con lujuria o felicitación. Es más bien muestra de un rechazo desesperado. Como un niño aferrándose a un ser querido en la estación y luchando contra el inevitable final en vez de adoptar la educada resignación del adulto.

—Buscaremos ayuda —digo—. Encontraremos a los médicos adecuados.

—Ya no se puede hacer nada, David.

—No irás a aceptar eso sin más, ¿verdad?

—Sí. Voy a intentarlo. Y me gustaría pedirte que me ayudaras.

Se deshace de mi abrazo. No por vergüenza, sino para mirarme directamente a los ojos.

—Sé que tienes miedo —dice.

—Claro que tengo miedo. Esto es devastador...

—No estoy hablando del cáncer. Estoy hablando de ti.

Respira hondo. Lo que esté a punto de decir requiere una energía de la que no parece disponer. La cojo de los brazos para darle ánimos y me inclino hacia delante para escucharla.

—Nunca he sido capaz de entender de qué tienes tanto miedo, pero hay algo que te

tiene agazapado en un rincón con los ojos cerrados —dice—. No tienes por qué contarme qué es. Seguro que ni siquiera tú lo sabes. Pero seguro que ya no estaré presente cuando finalmente tengas que afrontarlo. Lo desearía, pero no va a ser así. Y vas a necesitar a alguien. Si lo haces solo, no sobrevivirás. No creo que nadie pudiera hacerlo.

—Tess.

—Así es.

—¿Quieres que cuide de Tess?

—Quiero que recuerdes que ella está tan asustada como tú. Que ella también cree que está sola...

—No estoy seguro de entender...

—Tu melancolía. O depresión. Llámalo como quieras. Como el noventa por ciento de las aflicciones que he estudiado, diagnosticado e intentado tratar, no son más que distintos nombres que damos a la soledad. Y esta permite que la oscuridad se cierna sobre uno. Eso es lo que has de combatir.

Soledad. Es como si O'Brien hubiera estado en mi clase de hoy, tomando apuntes.

—No estoy solo.

—Pero crees que lo estás. Lo has creído durante toda la vida. Aunque yo qué sé, puede que así sea. Si no hubieras tenido tus libros, tu trabajo, todo ese blindaje mental, quizá lo habría hecho. Y todavía quiere hacerlo. Pero no puedes permitirlo, porque ahora está Tess. Y por mucho que ella se aleje de ti, no puedes rendirte. Es hija tuya, David. Forma parte de ti. Has de demostrar el amor que sientes por ella cada maldito minuto de cada maldito día. Si no lo haces, fracasarás como ser humano. Y te quedarás verdaderamente solo.

Incluso aquí, en las entrañas de un Oyster Bar necesitado de aire acondicionado, advierto que O'Brien está tiritando.

—¿A qué viene esto? —le pregunto—. Nunca me habías dicho algo así sobre Tess. Que ella es... como yo. ¿Te refieres a que padece lo mismo que yo?

—A través de la sangre se transmite algo más que el color de los ojos y la altura.

—Un momento. ¿Estás hablando como la doctora O'Brien, de profesión loquera, o como mi colega O'Brien, la amable pateadora de traseros?

Esa pregunta, con la que pretendía que regresáramos a una temática más liviana, no hace sino confundirla. Y mientras intenta encontrar una respuesta, advierto en sus rasgos señales de la enfermedad. La piel de su rostro es más tirante y su color más pálido. Se trata de una transformación que resultaría invisible para cualquiera salvo para mí. Ahora podría ser la hermana de la Mujer Delgada. Un parecido en el que debería haber reparado cuando vi a esta última sentada fuera de mi despacho, pero en el que no he caído hasta ahora.

—Es algo que sé —responde finalmente.

A pesar de todo, nos quedamos en el bar. Pedimos otra ronda y, tal y como solemos hacer, compartimos una langosta. O'Brien se las arregla para evitar que

volvamos al tema de su diagnóstico, o a sus observaciones sobre mi aflicción, extrañamente portentosas. Ya ha dicho todo lo que debía al respecto. Y aunque no lo mencionamos, ambos parecemos tener claro que ni siquiera ella está segura de todas sus implicaciones.

Cuando terminamos, la acompaño al vestíbulo principal de la estación, que ahora está más tranquilo. Hay más turistas boquiabiertos tomando fotografías que viajeros. Me dispongo a esperar con O'Brien en la entrada del andén a que parta su tren a Greenwich, pero ella me detiene junto al reloj dorado.

—No hace falta que me acompañes —dice con una débil sonrisa.

—Por supuesto que sí. No tienes por qué esperar sola.

—No estoy sola. —Me envuelve la muñeca con la mano a modo de señal de gratitud—. Y a ti hay alguien que te espera.

—Lo dudo. Últimamente Tess se encierra en su habitación después de cenar. En su puerta hay un letrero de neón que reza NO MOLESTAR.

—A veces, las personas cierran una puerta porque están intentando averiguar cómo conseguir que otras llamen.

O'Brien me suelta la muñeca y se pierde en medio de un grupo de turistas alemanes. La seguiría o procuraría hacerlo, pero sé que ella no quiere que lo haga. Así pues, doy media vuelta y me alejo en dirección contraria, hacia el túnel del metro. A medida que desciendo, el aire es cada vez más caliente.

Salgo a la calle en la parada de la calle Ochenta y seis, en pleno Upper West Side. Aquí es donde vivimos. Somos una más de las muchas pequeñas familias de nuestro vecindario. Nuestra calle suele estar repleta de padres con tazas de café con leche en una mano y, en la otra, el cochecito de último modelo de su único hijo. Es un lugar perfecto para gente como nosotros: profesionales cultos con prejuicios respecto a los suburbios y que creen que vivir aquí, relativamente seguros pero a cuatro pasos de Central Park, el Museo de Historia Natural y prestigiosas escuelas privadas, proporcionará a nuestros hijos todo lo que necesitan para convertirse en nosotros algún día.

Me gusta vivir aquí. En cierto modo, me siento como un turista permanente. Crecí en Toronto, una ciudad de escala y temperamento más modestos. Y escasamente mitificada. Para mí, vivir en Nueva York ha supuesto mejorar mi capacidad de simular. Simular, por ejemplo, que esta es mi verdadera casa y no una invención de novelas y películas. O simular que alguna vez amortizaremos la hipoteca de nuestro espacioso apartamento de tres habitaciones en un «edificio prestigioso» de la calle Ochenta y cuatro. A menudo me preocupo por el hecho de que no podamos permitirnos este lugar, pero a Diane le gusta señalar que «nadie puede permitirse nada, David. Ya no estamos en 1954».

Las cosas entre nosotros van mal, incluso puede que ya no tengan arreglo. Mientras subo a nuestro piso en el viejo ascensor, repaso las noticias de este extraño día y decido qué comentar y qué dejar de lado. Quiero contarle a Diane lo de O'Brien, mi conversación de Will Junger y el encuentro con la Mujer Delgada, pues no tengo a nadie más con quien compartir esas cosas, todas ellas de un modo u otro demasiado íntimas para contárselas a un colega o en una cena con amigos. Pero también porque albergo la esperanza de ser capaz de comunicarme con ella y revelar algo que consiga despertar su interés y su simpatía. Retrasar lo inevitable, vamos (es posible que lo único que últimamente soy capaz de hacer).

Cuando abro la puerta de nuestro apartamento, Diane me está esperando en el vestíbulo con un vaso de vino casi vacío en la mano. Su expresión me indica que nada de lo que le cuente servirá de algo.

—Tenemos que hablar —dice.

—Las tres palabras más temidas de la historia del matrimonio.

—Hablo en serio.

—Yo también.

Me conduce al salón, donde otro vaso de vino (este lleno) me aguarda en la mesita de centro. Algo para suavizar el golpe, pero no quiero abotagar mis sentidos. Ese era el problema que tenía ella conmigo, ¿no? El hecho de que yo apenas estuviera presente en el momento. Bueno, tanto si se debe a los extraños y terribles acontecimientos del día como a una nueva resolución que he tomado, en este momento me siento

condenadamente presente.

—Me voy —dice Diane en un ensayado tono de desafío, como si para ella esto fuera un episodio de valentía, una huida temeraria.

—¿Adónde?

—Pasaré el verano en casa de mis padres. O parte del mismo. Hasta que encuentre un apartamento en la ciudad.

—Dos apartamentos en Manhattan. ¿Podemos pagar eso? ¿Acaso te ha tocado la lotería?

—Lo que te estoy diciendo, David, es que ya no hay un «nosotros». Lo que significa que hablo únicamente de un apartamento: el mío.

—Entonces no debo confundir esto con una separación temporal.

—No. No creo que debas.

Da un último trago al vaso de vino. Ha sido más fácil de lo que esperaba. Ya casi se ha ido del apartamento y la idea le está dando sed.

—Me estoy esforzando, Diane.

—Ya lo sé.

—Entonces ¿lo has notado?

—No ha evitado que seas como una de esas personas a cuyo lado uno pasa cada día y saluda, pero a la que apenas conoce. Uno cree que sí pero, cuando lo piensa bien, se da cuenta de que no es así.

—¿No hay nada que pueda decir?

—Nunca ha dependido de que dijeras algo, sino de que lo hicieras. O de que dejaras de hacerlo.

Ante eso, no puedo decir nada. Y aunque pudiera, nunca hemos sido de los que discuten. Quizá deberíamos haberlo sido. Puede que unos pocos reproches, unas pocas negaciones y confesiones apasionadas lo hubieran resuelto todo. Pero no estoy seguro de cómo se hace eso.

—¿Vas a vivir con él? —inquiero.

—Lo estamos considerando.

—De modo que cuando lo he visto hoy, cuando «nos hemos encontrado», solo estaba restregándomelo por las narices.

—Will no es así.

«Te equivocas, Diane —quiero decir—. Es exactamente así».

—¿Qué hay de Tess? —pregunto.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Ya se lo has dicho?

—He pensado que sería preferible que tú te encargaras de ello —responde—. Vosotros dos os lleváis mejor. Siempre ha sido así.

—Esto no es una competición. Somos una familia.

—No, eso ya ha terminado. Ya no lo somos.

—Ella también es tu hija.

—¡Soy incapaz de comunicarme con ella, David!

Tras decir eso, Diane se sorprende a sí misma con un breve pero aparatoso llanto.

—Le pasa algo... —Consigue decir al final—. No me refiero a algo que se le pueda consultar a un médico. No se trata de algo que pueda detectarse en un escáner. Le pasa algo que no se ve.

—¿Y qué crees que es?

—No lo sé. Tiene once años, es casi una adolescente. Podrían ser cambios de humor. Pero no es eso. Es como tú —dice como si nada. Parece un eco enojado de las palabras de O'Brien—. Ambos os encerráis en vuestro pequeño club privado e intocable.

Diane está sola. Ahora lo veo tan claramente como la mancha de lápiz de labios en el borde de su vaso. Su marido y su hija comparten una atribulada oscuridad y, entre sus muchos efectos secundarios, ella ha quedado al margen. Yo estoy aquí a su lado —como siempre—, pero ella está sola.

—¿Está en su habitación? —pregunto.

Diane asiente.

—Ve —dice, como dándome permiso. Pero para entonces yo ya me he levantado.

Ni siquiera las mil cuatrocientas páginas de la *Anatomía de la melancolía* de Robert Burton consiguen determinar si la condición es hereditaria o no. Supongo que Tess y yo somos tan buen ejemplo de que sí lo es como cualquier otro. En el último año se ha mostrado cada vez más distraída y taciturna, su número de amigos ha menguado y ha dejado de lado intereses variados en favor de una obsesión particular (en su caso, la escritura de un diario personal en el que nunca he fisgoneado, en parte por respeto a su privacidad, pero en parte también porque temo lo que pueda encontrar en él). Este cambio reciente es lo que preocupa más a Diane. Pero la verdad es que Tess me recuerda a mí cuando era niño. También me sentía alejado del clamor de la vida, y mis intentos de salvar esa distancia solían tener un éxito más bien parcial.

Llamo a la puerta de su habitación. En cuanto oigo su permiso medieval («¡Adelante!»), entro a tiempo de ver cómo cierra su diario y se sienta en el borde de la cama. Todavía lleva el largo pelo de color dorado con la trenza que le he hecho esta mañana. El cuidado de su cabello es un aspecto del que me ocupo desde que Tess era pequeña, pues tengo más paciencia que Diane a la hora de deshacer nudos o cortar un chicle seco con unas tijeras. Puede que sea una tarea extraña para un padre, pero la verdad es que algunas de nuestras mejores conversaciones han tenido lugar en el baño antes de las ocho, envueltos en el vapor de varias duchas con agua caliente, y mientras decidimos si hacer una coleta, una trenza o dos coletas a los lados.

Mi Tess. Nada más levantar la mirada, advierte en mi rostro lo que ha tenido lugar en el salón.

Se hace a un lado para dejarme sitio.

—¿Volverá? —me pregunta, saltándose directamente la primera parte de la

conversación.

—No estoy seguro... No lo creo. No.

—Pero ¿yo me quedaré aquí? ¿Contigo?

—Todavía no lo hemos hablado. Pero sí, esta va a seguir siendo nuestra casa. Para ambos. Puedes estar segura de que no pienso irme a ningún lugar sin ti.

Tess asiente al oír que me quedaré aquí con ella. Es todo cuanto necesita saber. De hecho, también es todo cuanto necesito saber yo.

—Tenemos que hacer algo —digo al cabo de un rato.

—¿Te refieres a terapia familiar? ¿Algo así?

«Demasiado tarde para eso —pienso—. Demasiado tarde para que los tres estemos juntos. Al menos, todavía estamos tú y yo. Siempre estaremos tú y yo».

—No. Me refiero a algo divertido.

—¿Divertido? —repito la palabra como si perteneciera a un lenguaje ancestral, como si fuera un término olvidado en nórdico antiguo cuyo significado no comprendiera del todo.

—¿Crees que podrías tener lista para mañana por la mañana una maleta con ropa para tres días? Subiremos a un avión y dejaremos atrás todo esto. Estoy hablando de billetes de primera clase y hotel de lujo. Como si fuéramos estrellas de *rock*.

—Claro —asiente—. ¿Lo dices en serio?

—Completamente.

—¿Adónde vamos?

—¿Qué te parece Venecia?

Tess sonríe. Hace tanto tiempo que no veía a mi hija expresar de forma espontánea su felicidad —y encima por algo que he hecho yo— que me veo obligado a reprimir un sollozo que me coge por sorpresa.

—«La pura luz del cielo» —digo.

—¿Otra vez Milton?

—Sí, pero también eres tú.

Le pellizco la nariz. El pequeño pellizco con el pulgar y el índice que dejé de hacer un par de años atrás a causa de sus irritadas protestas. Espero una de esas, pero en vez de ello me responde como solía hacer de niña, cuando este era uno más de nuestros mil juegos:

—¡*Oink!*

Luego se ríe. Y yo con ella. Por un momento hemos vuelto a hacer el tonto. De todas las cosas que pensaba que echaría de menos cuando mi hija ya no fuera pequeña, no tenía ni idea de que el permiso para comportarme yo mismo como un niño estaría en lo más alto de esa lista.

Me pongo en pie y me dirijo hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —pregunta.

—A decírselo a mamá.

—Díselo luego. Quédate un rato conmigo, por favor.

De modo que me quedo. No hablo, ni intento sacar algún tópico tranquilizador, ni tampoco fuerzo la situación. Simplemente me limito a permanecer a su lado.

Esa noche sueño con la Mujer Delgada.

Está sentada en un aula vacía, la misma en la que doy la clase a los de primer año, pero más grande. Sus dimensiones exactas son imposibles de determinar, pues las paredes de ambos lados se disuelven en la oscuridad. Yo permanezco detrás del atril, mirándola con los ojos entornados. Las únicas luces son las que iluminan las escaleras de los pasillos, y los dos relucientes letreros rojos de SALIDA que hay en las puertas traseras, lejanos como unas ciudades al otro lado de un desierto.

Ella se encuentra en el centro de una hilera del medio. Solo se le ve la cara. Parece enferma, malnutrida. Una cara de noticiario de cine en blanco y negro. Es como si la piel estuviera a punto de caérsele de la nariz, las mejillas y la frágil mandíbula. Los ojos le sobresalen de las cuencas como si quisieran escapar.

Ambos permanecemos en silencio, pero parece como si alguien hubiese dicho algo que nunca debería haberse pronunciado en voz alta. Una obscenidad. Una maldición.

Parpadeo.

Y, de repente, ella está delante de mí.

Abre la boca. Su garganta descubierta es fina como la piel mudada de una serpiente, y su boca desprende un fétido aliento que alcanza mis labios y lo sella.

Entonces coge aire. Y, antes de que pueda despertarme, emite un suspiro infinito cuyo volumen y fuerza crecen hasta que la mujer parece estar recitando una especie de poema.

Es una bienvenida. Una herejía.

«Un pandemonio...».

Estoy sobrevolando el Atlántico a más de nueve mil metros de altitud. Soy el único pasajero en la cabina de primera clase con la luz de lectura encendida. Tess duerme a mi lado con su diario personal cerrado sobre el regazo. Por primera vez desde que la Mujer Delgada vino a verme, permito que mi mente reflexione sobre lo que puedo encontrarme en Venecia.

Estas últimas horas me han lanzado tal variedad de bolas con efecto que me ha resultado difícil decidir cuál atrapar y devolver primero: la enfermedad terminal de mi mejor amiga, el fracaso definitivo de mi matrimonio o el hecho de que la emisaria de una supuesta agencia de la Iglesia me ofrezca un montón de dinero por visitar... ¿Qué es exactamente lo que voy a visitar? El único aspecto que citó explícitamente fue mi conocimiento de la obra de Milton. No, ni siquiera eso. Se refirió a mí como *demonólogo*.

Tampoco aquí, en nuestro Boeing, me siento cómodo contemplando esa línea de pensamiento, por absurda que sea, de modo que decido volver a la lectura. Una pila de libros pertenecientes al género que, en el fondo, me gusta más: las guías de viajes.

Soy uno de esos ratones de biblioteca que conocen los lugares más por haber leído sobre ellos que por haberlos visitado. Y lo cierto es que, en general, prefiero leer sobre ellos que visitarlos. No es que no me guste viajar, pero cuando lo hago suelo ser demasiado consciente de mi condición de extranjero. En mayor o menor medida, e independientemente de donde me encuentre, siempre me siento como un intruso entre los nativos.

Aun así, tengo ganas de llegar a Venecia. Nunca he estado allí, y su fantástica historia y celebrado encanto es algo que me apetece compartir con Tess. Espero que la belleza del lugar la saque de su actual estado de ánimo. Puede que la espontaneidad de esta aventura y la magnificencia del destino sean suficientes para que sus ojos vuelvan a brillar.

Así pues, sigo leyendo sobre las sangrientas historias de los monumentos de la ciudad y las guerras libradas por tierras, negocios o religión. Asimismo, tomo nota de los restaurantes y lugares que tienen más posibilidades de gustarle a Tess. Seré el guía turístico más informado y personalizado que pueda.

El viaje ya ha sido para ella algo emocionante. Esta mañana le ha contado a Diane nuestros planes (su madre ha hecho unas pocas preguntas al tiempo que calculaba las inesperadas horas con Will Junger que esto le proporcionaría), luego hemos hecho las maletas a toda velocidad y hemos ido al banco para cambiar dólares (e ingresar en mi cuenta el cheque de la Mujer Delgada, cosa que he podido hacer sin contratiempo alguno). Durante el trayecto en limusina hasta el aeropuerto JFK no hemos dejado de reír en el asiento trasero como dos compañeros de clase haciendo novillos.

Como no he tenido tiempo de llamar a O'Brien, le he enviado un mensaje de texto desde el aeropuerto. Antes de hacerlo, he sopesado cuántos detalles del viaje

debía contarle. Describir a la Mujer Delgada mediante el teclado de un teléfono móvil en el vestíbulo de primera clase ha resultado ser imposible, y lo mismo ha sucedido con los parámetros de mi «asesoramiento» en el «caso», sobre el cual únicamente me han revelado mi extremadamente generosa compensación. Al final, me he limitado a escribir lo siguiente:

Me voy a Venecia (la de Italia, no la de California) con Tess. Vuelvo dentro de un par de días. Ya te contaré.

Su respuesta ha llegado casi de inmediato:

¿Cóoomoooooooo?

Me pongo en pie para estirar las piernas. El sibilante zumbido del avión resulta tan relajante como un útero mecánico. Esto, y los pasajeros dormidos a cada lado, me proporciona la extraña sensación de que soy un fantasma transatlántico que atraviesa el espacio a toda velocidad; el único espíritu en vela de la noche.

No obstante, hay otro. Entre los cubículos de los cuartos de baño que hay al final del pasillo veo a un anciano que está mirándose distraídamente los zapatos. Cuando me acerco levanta la vista y, como si reconociera a un inesperado acompañante, sonrío.

—¡No estoy solo! —dice a modo de bienvenida con un acento encantadoramente italiano. Unas suaves arrugas surcan su rostro, apuesto como el de un actor de anuncios.

—Estaba leyendo —digo a mi vez.

—¿Sí? A mí también me gusta mucho leer —responde—. Los grandes libros. La sabiduría del hombre.

—En mi caso, solo se trata de guías de viaje.

Se ríe.

—¡Esos libros también son importantes! Uno no debe perderse en Venecia. Ha de saber encontrar el camino.

—Todos los libros que he leído dicen que precisamente perderse en Venecia es uno de sus mayores encantos.

—Deambular, sí. Pero ¿perderse? Eso es distinto.

Mientras reflexiono sobre lo que ha dicho, el anciano me pone una mano en el hombro. Es fuerte.

—¿Qué lo lleva a Venecia? —pregunta.

—Un trabajo.

—¡Un trabajo! ¿Acaso es usted un ladrón?

—¿Por qué dice usted eso?

—Todo en Venecia es robado. La piedra, las reliquias, los iconos, las cruces de oro de todas las iglesias. Todo procede de otro lugar.

—¿Por qué?

—Porque allí no hay nada. Ni bosques, ni canteras, ni granjas. Esa ciudad es una afrenta a Dios, construida únicamente por el orgullo humano. ¡Se sostiene sobre el agua! ¿Cómo podría un acto de magia como ese complacer al Padre celestial?

A pesar del devoto significado de sus palabras, de algún modo su tono transmite lo opuesto, como si fueran una especie de broma. No parece preocupado en lo más mínimo por las ofensas del «orgullo humano» ni por el disgusto del Padre celestial. Al contrario, esas cosas parecen excitarlo.

Mira a los pasajeros dormidos por encima de mi hombro.

—La bendita inocencia del sueño —comenta—. Lamentablemente, el consuelo de su olvido ya no me visita.

Luego posa la mirada sobre Tess.

—¿Su hija? —pregunta.

De inmediato, tengo la certeza de que me he equivocado con este tipo. No es un anciano encantador que ha entablado casualmente una conversación con otro insomne. Está interpretando un papel, esconde sus verdaderas intenciones. Y también la razón por la que se encuentra aquí ahora, conmigo.

Considero varias respuestas («No es cosa suya» o «Ni siquiera la mire»), pero al final opto por dar media vuelta y regresar a mi asiento. Mientras me alejo, oigo cómo entra en el cubículo del cuarto de baño y cierra la puerta tras de sí. Todavía está dentro cuando llego a mi asiento.

Finjo que leo sin perder de vista la puerta del cubículo. A pesar de permanecer alerta durante más o menos una hora, no lo veo salir.

Finalmente voy al baño y llamo a la puerta. Está abierta. Cuando la abro, no hay nadie dentro.

Venecia huele.

¿A qué? Es difícil de decir, pues se trata de un olor a ideas más que a algo en particular. No es un olor a comida, ni a cultivos, ni a fábricas, sino a imperio, a historias superpuestas, a la inblanqueable mancha de la corrupción. En el Nuevo Mundo, cuando una ciudad huele, uno puede identificar su origen. La azucarada peste de las zonas industriales y sus papeleras. Las castañas asadas y los efluvios de las cloacas de Manhattan. En Venecia, en cambio, nuestras narices norteamericanas se encuentran ante el desconocido hedor de majestuosas abstracciones. Belleza. Arte. Muerte.

—¡Mira!

Tess señala el *vaporetto* que viene a recogernos para llevarnos a nuestro hotel por el Gran Canal. No ha dejado de repetir «¡Mira!» desde que hemos aterrizado. Y con razón: hay muchas cosas que mirar, muchos detalles en las fachadas de los edificios. Existe el peligro constante de perderse nuevas muestras de magnificencia. Estoy más que feliz de mirar aquello que me señala mi hija y compartir con ella la excitación de descubrir un mundo distinto.

El *vaporetto* se abre camino entre barcos de reparto y góndolas y, casi al instante, perdemos de vista toda muestra de modernidad.

—Es como Disneylandia —comenta Tess—, solo que de verdad.

Le cuento entonces algunas cosas que he aprendido en el curso intensivo que he hecho en el avión. Ahí está el gris Fondaco dei Turchi con sus impresionantes ventanales. Y más allá, la Pescheria, en cuyo vestíbulo neogótico se celebran las subastas de pescado desde el siglo XIV («Huele como si parte de ese pescado llevara a la venta desde entonces», observa Tess). Aquí, el Palazzo dei Camerlenghi, en cuya bodega encarcelaban a los evasores de impuestos.

En lo que parecen apenas unos pocos minutos, el Gran Canal se estrecha y pasamos por debajo del puente de Rialto, tan repleto de turistas que temo que se nos caiga encima una avalancha de cámaras digitales, gafas de sol y piedra tallada. Luego el canal tuerce y vuelve a ensancharse de nuevo. Pasamos por debajo del Ponte dell'Accademia, menos transitado, y el curso del canal llega finalmente al Bacino di San Marco, más grande y más allá del cual se adivina la reluciente amplitud de la laguna.

El *vaporetto* aminora la marcha y se dirige hacia el muelle de nuestro hotel, Bauer Il Palazzo. Al llegar, unos mozos con ropa de botones dorados amarran el bote, transportan nuestro equipaje al interior del hotel y le ofrecen una enguantada mano a Tess para que desembarque. En una hora, nos hemos trasladado del anónimo espacio de un aeropuerto internacional a la particularidad casi inimaginable de uno de los mejores hoteles de Venecia (y, casi, de toda Europa).

Tess permanece en el muelle, tomando fotografías mentales de las góndolas, la laguna, la torre del reloj de San Marcos, de mi cara de fascinación...

—¿Te alegras de haber venido? —le pregunto.

—No seas tonto —contesta al tiempo que enlaza su brazo con el mío.

La Mujer Delgada no bromeaba.

—Este lugar está muy bien —confirma Tess al advertir el reluciente suelo de mármol marrón del vestíbulo del Bauer y las cortinas de las ventanas, confeccionadas con telas Bevilacqua y Rubelli—. ¿Quién paga todo esto?

—No estoy del todo seguro —confieso.

Después de registrarnos, subimos a nuestra habitación para cambiarnos. A nuestras habitaciones, quiero decir: dos dormitorios, dos cuartos de baño y un elegante salón con puertas correderas de cristal de tres metros que dan a un balcón con vistas al Gran Canal.

Nos duchamos, nos cambiamos y nos dirigimos al restaurante de la azotea para cenar. Desde nuestra mesa, vemos a un lado la laguna y, al otro, la plaza de San Marcos. Tal y como decía una de las guías turísticas, es el mejor mirador de todo Venecia. Y el más alto.

—¿Sabes cómo llaman a este restaurante? —digo—. *Il Settimo Cielo*. Adivina qué

significa.

—No sé italiano, papá.

—El séptimo cielo.

—¿Porque está en la séptima planta?

—Has ganado la Muñeca Pepona.

—¿Qué es una Muñeca Pepona?

—Da igual.

Llega la cena. Salmón asado para mí y espaguetis *alla limone* para Tess. Comemos vorazmente, como si pasarnos las últimas dos horas mirando a nuestro alrededor nos hubiera abierto un apetito feroz.

—¿Qué es eso? —pregunta Tess señalando la cúpula blanca y las elegantes columnas de la basílica de Santa Maria della Salute, al otro lado del canal.

—Una catedral —respondo—. Una de las iglesias que construyeron a causa de la peste del siglo XVII, de hecho.

—¿A causa de la peste?

—La construyeron para protegerse de la peste negra, la terrible enfermedad que se llevó por delante a casi la mitad de la población de la ciudad. Por aquel entonces no tenían las medicinas necesarias para combatirla, así que pensaron que lo único que podían hacer era construir una iglesia y esperar que Dios los salvara.

—¿Y lo hizo?

—La peste finalmente remitió. Pero lo habría hecho con iglesia o sin ella.

Tess enrolla una gran cantidad de espaguetis en su tenedor.

—Pues yo creo que fue Dios. Aunque tú no opines lo mismo —dice ella con decisión y, tras tomar un generoso bocado, mastica y me sonrío al mismo tiempo.

A pesar del cansancio, antes de ir a dormir decidimos dar un breve paseo por la maraña de callejones que rodean el hotel. Mi sentido de la orientación es mayor de lo normal (consecuencia del estudio de los mapas de las guías), y visualizo mentalmente nuestro trayecto: tres irregulares lados de un cuadrado y de vuelta al hotel. Sin embargo, al poco de partir, los giros se vuelven inesperados, y llega un punto en que el callejón se divide en los dos *fondamente* de un canal, lo que me obliga a tomar una decisión improvisada: ¿izquierda o derecha? Aun así, me mantengo fiel a la idea de seguir un cuadrado imaginario y regresar al Gran Canal, aunque nos lleve más tiempo.

Media hora después, estamos perdidos.

Pero no pasa nada. Tess está conmigo. Ajena a mis cálculos internos y a mis intentos de identificar norte y sur. El anciano del avión estaba equivocado: perderse en Venecia es tan maravilloso como dicen las guías turísticas. Todo depende de quién te acompañe. Con Tess, podría estar perdido para siempre. Entonces, con una punzada de emoción, caigo en la cuenta de que, mientras esté con ella, nunca estaré realmente perdido.

Cuando estoy a punto de renunciar a mi masculinidad y preguntarle a alguien

cómo regresar al hotel, llegamos a la puerta del Harry's Bar. «En la década de 1950, Hemingway tenía aquí su propia mesa». Es algo que leí en una de las guías y que me viene a la cabeza junto con algo más útil: una imagen del mapa de la zona. No estamos muy lejos. Seguramente, nunca lo hemos estado. El Bauer se encuentra a la vuelta de la esquina.

—Ya hemos llegado —le digo a Tess.

—Nos habíamos perdido, ¿verdad?

—Quizá un poquito.

—Se te notaba en la cara. Cuando piensas, a veces haces esto —dice, y frunce el ceño.

—Tú haces lo mismo.

—Claro que lo hago. Soy como tú, y tú como yo.

La simple verdad de esa observación hace que me detenga, pero Tess sigue adelante y, como si fuera ella la guía, me conduce hasta las puertas del hotel.

Al día siguiente, mi plan es hacer un poco de turismo y, por la tarde, visitar la dirección que me dio la Mujer Delgada. Luego, una vez libre de responsabilidades oficiales, mi intención es disfrutar con Tess del resto del día y de mañana. Sin embargo, en cuanto embarcamos en una góndola privada, y mientras Tess disfruta de la travesía del largo bote por los canales, comienzo a sospechar que he cometido un error. Debería haberme ocupado primero del trabajo (sea el que sea este), pues las especulaciones sobre qué delante debe de ser lo que quieren que analice se convierten, ya en el desayuno, en una irritante preocupación. Durante las últimas veinticuatro horas, lo extraño del encargo había supuesto un aliciente y me había distraído de las desagradables novedades de la realidad. Consideraba el episodio algo que podría contar en clase, una anécdota que sería celebrada en los cócteles de los congresos. Ahora, sin embargo, bajo la bruma dorada de la luz veneciana, las mariposas del estómago se han convertido en guerreras abejas que no dejan de dar vueltas y de picarme.

¿Cómo lo llamó la Mujer Delgada? Un caso. Un *fenómeno*. No se trata, pues, del análisis de un texto recién descubierto o de la interpretación de un verso (el único trabajo de campo para el que, en principio, alguien podría solicitar mis servicios). Ella acudió a mí por mis conocimientos del Adversario, uno de los muchos nombres que el diablo recibe en la Biblia. «Documentación apócrifa sobre actividades demoníacas en el mundo antiguo...».

Como es obvio, no puedo comentar nada de esto con Tess, así que me limito a interpretar lo mejor que puedo el papel de alegre guía turístico. Mientras lo hago, no dejo de decirme a mí mismo que este día no se aleja tanto de lo normal, y que no debería temer lo inusual únicamente porque me saque de mi hábitat de biblioteca, estudio y seminario. De hecho, puede que más días así hubieran conseguido que estuviera más presente en mi matrimonio, tal y como Diane deseaba. La excitación te

da vida.

Pero lo cierto es que, para cuando el sol se encuentra en lo más alto y sus rayos caen en perpendicular sobre la vieja ciudad, más que excitación siento miedo.

Comenzamos en el Palacio Ducal. La plaza de San Marcos está muy cerca del hotel y, en cuanto llegamos a su amplia extensión, nos maravillamos ante la inmensidad del edificio. Lo que decía una de las guías era cierto: la larga hilera de columnas de la planta baja provoca la ilusión de que las paredes superiores están flotando. No esperaba que el edificio fuera tan grande. Ahora bien, por muy elegante que sea su construcción, todas estas toneladas de piedra sugieren historias ocultas de penurias, sufrimiento y vidas perdidas.

Entre esas vidas perdidas, le cuento a Tess, estaban las de los hombres condenados a los que traían aquí para ofrecerles una última oportunidad de salvarse.

—¿Por qué estaban condenados? —me pregunta.

—Porque habían hecho algo malo y tenían que ser castigados.

—Pero ¿primero los traían aquí?

—Eso cuenta la leyenda.

—¿Y qué más dice esa leyenda?

Le cuento lo de la columna. Según la guía, se encuentra en la fachada del edificio que da a la cuenca de San Marcos, frente a la isla de San Giorgio. Es la tercera, la de la base de mármol gastada a causa de todos los prisioneros y los turistas curiosos que, durante siglos, han intentado lo imposible. El desafío consiste en colocar las manos detrás de la espalda (para simular las de los prisioneros, que estaban atadas) y, subidos a su base y con la espalda pegada a la columna, dar una vuelta completa a esta. Para los condenados suponía una cruel oferta, pues según la leyenda nadie nunca había conseguido hacerlo.

Tess opina que debería intentarlo yo primero. Cuelgo los pulgares del cinturón, me pongo en pie sobre el borde de la base e intento dar un paso, pero resbalo.

—No puedo —digo.

—¡Ahora me toca a mí!

Con una sonrisa, Tess sube a la base de la columna y comienza a avanzar arrastrando lentamente los pies. Yo lo filmo todo con la cámara de mi iPhone, esperando capturar su caída. En vez de eso, veo cómo desaparece por detrás de la columna y, un momento después, vuelve a aparecer por el otro lado. En su rostro, la sonrisa ha sido reemplazada por una expresión en blanco que tomo por intensa concentración. Vuelvo a guardarme el iPhone en el bolsillo.

Cuando llega al punto de partida, se queda mirando fijamente el agua como si las olas le estuvieran susurrando instrucciones.

—¡Tess! —Con mi exclamación pretendo celebrar su logro, pero también que su mente regrese de dondequiera que se haya ido—. ¡Lo has conseguido!

Desciende de la base de la columna. En cuanto parece recordar quién soy yo y

dónde se encuentra, vuelve a sonreír.

—¿Qué he ganado? —pregunta.

—Un lugar en la historia. Al parecer, nadie antes lo había conseguido.

—¿Y la salvación? ¿También la gano?

—Eso también. Vamos —digo cogiéndola de la mano—. Resguárdémonos del sol.

Cruzamos la ya abarrotada plaza hasta la basílica. El abrasador sol hace que incluso este breve trayecto resulte agotador. Aunque también es posible que la temprana hora a la que nos hemos levantado después del largo vuelo me haya debilitado más de lo que esperaba. En cualquier caso, cuando entramos en la fresca catedral, tengo la sensación de avanzar inclinado, como si estuviera en la cubierta de un barco.

En parte para recuperar el equilibrio, me detengo y señalo el mosaico que decora la cúpula. Las imágenes cuentan la historia de la creación: la invención divina de la luz, Adán en el Paraíso, la serpiente tentando a Eva, la Caída. La simplicidad de las imágenes resulta sorprendente, sobre todo en el contexto de la abrumadora arquitectura bizantina del edificio. Es como si los constructores hubieran pretendido distraerlo a uno de los verdaderos materiales de la fe, en vez de representarlos. Y, sin embargo, en las paredes interiores de la cúpula se encuentra la conocida historia del Génesis, relatada mediante ilustraciones casi como de libro infantil, y su efecto me deja sin aliento.

Al principio, creo que se trata meramente de una respuesta estética: el sobrecogimiento ante un imponente logro artístico. Pero no es su belleza lo que me subyuga. Es su sublimidad. La desconcertante presencia de la serpiente y sus implicaciones no solo para la icónica «Eva», sino para las dos personas reales representadas en el mosaico, un hombre y una mujer caídos en desgracia no por un símbolo, sino por el mal que el reptil encarna físicamente. Su longitud de escamas verdes. Su lengua bífida.

De repente, en la silenciosa tumba de la iglesia, oigo un susurro. Los ojos de la serpiente no miran a la chica que extiende la mano hacia la manzana, sino a mí.

—¿Papá?

Tess me sostiene con las manos.

—¿Qué pasa?

—¿A mí? —contesta ella—. ¿Qué te pasa a ti? Te estoy sosteniendo.

—Lo siento. Me he mareado un poco.

Ella frunce el ceño. Sabe que no le estoy contando todos los detalles y está decidiendo si necesita oírlos ahora o no.

—Regresemos al hotel —propone—. Así podremos descansar antes de tu cita.

«Es tu hija —me dice la imagen mental de O'Brien mientras Tess me conduce al bullicio de la plaza—. Sabe más de lo que podrías llegar a ocultarle jamás».

Después de almorzar me encuentro mucho mejor. La canguro que ha pedido el conserje llega a nuestra habitación para cuidar de Tess durante el par de horas que yo estaré fuera. Es corpulenta, con apariencia de matrona y, según la gente del hotel, tiene «buenas credenciales». Confío en ella de inmediato. Y Tess también. Antes incluso de que yo salga por la puerta, ambas ya se han enfrascado en unas lecciones de italiano.

—Volveré pronto —le digo a Tess, que se apresura a darme un beso de despedida.

—¡*Arrivederci*, papá!

Cierra la puerta tras de mí. Y me quedo solo. Hasta que me encuentro en el vestíbulo, en medio de la gente que deambula ordenadamente de un lado a otro del vestíbulo, no me siento capaz de consultar la dirección que me dio la Mujer Delgada.

«Santa Croce, 3627».

Una dirección típicamente veneciana. No aparece el nombre de la calle, ni el número del apartamento, ni tampoco el código postal. Ampliando al máximo el mapa online más detallado, apenas conseguiría ver un área de doscientos metros cuadrados de la zona en la que posiblemente se encuentra esa dirección. Para localizar la puerta a la que he de llamar, pues, tendré que seguir las indicaciones de los letreros que vea en la calle.

Subo a un *vaporetto* en el muelle del hotel y recorro el Gran Canal hasta la parada del puente de Rialto. Está tan abarrotado como el día anterior y, mientras lo cruzo en dirección al *sestiere* de Santa Croce, mis vacilaciones sobre lo que me espera en el 3627 se desvanecen. Por un momento, me siento únicamente como un turista más entre todos los que deambulan por delante de los puestos de venta, preguntando «¿Cuánto cuesta?» en distintos idiomas.

Luego sigo la —relativamente sencilla— ruta indicada en el mapa que llevo en el bolsillo. Por sus calles también hay gente, otros lectores de mapas como yo, pero a medida que avanzo su número va disminuyendo. Al poco, ya solo veo a vecinos que regresan a sus casas con bolsas de la compra y niños chutando sus pelotas de fútbol contra antiguas paredes.

Debo de estar ya cerca, pero ¿cómo puedo saberlo? Solo algunas de las puertas tienen números. Y no siguen ningún orden. Después del 3688 va el 3720. Doy media vuelta con la esperanza de que la numeración decrezca, pero descubro que al 3732 le sigue el 3720. La mayor parte del tiempo intento memorizar algunos puntos de referencia para elaborar un mapa mental: una maceta con flores en un segundo piso, unos ancianos de rostro severo bebiendo un *espresso* en la terraza de una cafetería. Sin embargo, cuando vuelvo a tomar una calle que creo haber recorrido anteriormente, la cafetería ya no está y la maceta ha sido reemplazada por una camiseta interior tendida para que se seque.

Hasta que comienzo a andar de vuelta al puente de Rialto (o el camino que yo

creo que lleva a él) no encuentro la dirección.

Estarcidos en pintura dorada sobre una puerta de madera más pequeña que las demás, se pueden ver los números 3, 6, 2, 7. Debe de ser la puerta original, construida en una época en la que los venecianos eran más bajos. Su tamaño y los números estarcidos dan la impresión de que se trata de una dirección que desde entonces ha hecho lo posible para pasar desapercibida.

El botón de llamada parpadea como una luz nocturna incluso ahora, a pleno mediodía. Lo presiono dos veces. Es imposible saber si en el interior ha sonado o no.

Un momento después, la puerta se abre. De las sombras interiores emerge un hombre de mediana edad ataviado con un traje de franela gris excesivamente grueso para el calor que hace hoy. Sus ojos parpadean detrás de las lentes algo sucias de sus gafas de montura metálica, el único elemento descuidado en una apariencia por lo demás demasiado formal.

—Profesor Ullman —dice. No es una pregunta.

—Si conoce mi nombre es que debo de estar en el lugar correcto —respondo con una sonrisa para introducir algo de humor a la extrañeza del encuentro, pero nada en su expresión registra otra cosa que no sea mi presencia en su puerta.

—Llega tarde —añade en un inglés con acento pero perfectamente articulado. Abre la puerta un poco más y me indica que pase con un amplio movimiento del brazo.

—No me dijeron que tuviera que venir a ninguna hora determinada.

—Es tarde —repite. El cansancio que se adivina en su tono de voz sugiere que no se refiere exactamente a mi hora de llegada.

Entro en lo que parece ser una especie de sala de espera. En ella hay unas cuantas sillas de madera con los respaldos pegados a la pared y una mesita de centro con unas revistas italianas que, a juzgar por las noticias sobre terrorismo y las películas que aparecen en sus portadas, ya tienen bastantes años de antigüedad. No sé si en efecto es una sala de espera, pero lo cierto es que nadie más está esperando. Y no hay nada —ni letreros, ni mostrador de recepción, ni pósteres explicativos— que sugiera qué clase de servicios se ofrecen aquí.

—Soy médico —dice el hombre del traje.

—¿Es esta su consulta?

—No, no —niega con la cabeza—. Me han hecho venir.

—¿De dónde?

Hace un gesto con la mano. No quiere (o no puede) contestar.

—¿Estamos solos? —pregunto.

—De momento.

—¿Ha de llegar alguien más?

—Sí.

—¿Lo esperamos?

—No es necesario.

Echa a andar en dirección a una de las tres puertas de la estancia y, cuando llega

frente a ella, comienza a girar el pomo.

—Un momento —digo.

Finge que no me oye y abre la puerta. Al otro lado puedo ver un estrecho tramo de escaleras que conduce al piso superior.

—¡Un momento!

El médico se vuelve. En su rostro puedo advertir el desasosiego que siente. Está claro que tiene una misión pendiente —conducirme por esa escalera— y la clara determinación de llevarla a cabo lo más rápidamente posible.

—¿Sí?

—¿Qué hay ahí arriba?

—No lo entiendo.

—Me va a mostrar algo, ¿no? Quiero saber qué es.

En su mirada casi se pueden adivinar las diversas respuestas que considera. Es un proceso que parece resultarle doloroso.

—Algo para usted —dice finalmente.

Antes de que pueda preguntarle nada más comienza a subir la escalera. Sus relucientes zapatos Oxford pisan con innecesaria fuerza los escalones de madera, como si quisiera evitar oír más observaciones mías, o bien advertir de mi llegada a otra persona.

Voy detrás de él.

El hueco de la escalera es cálido y oscuro. A medida que ascendemos, el calor va en aumento, y la humedad recubre el yeso de las paredes. Es como si nos introdujéramos en una garganta. Nada más pensar eso, me parece oír un ruido: una respiración apagada que no nos pertenece ni al médico ni a mí. O, para ser más preciso, dos respiraciones superpuestas y acompasadas. Una aguda y débil, como la de alguien en su lecho de muerte. La otra, una especie de vibración de baja frecuencia que se siente más que se oye.

Cuando llegamos al primer piso, la oscuridad es total. Echo un vistazo por encima del hombro. Lo único que se distingue es la débil luz que se cuela por la puerta de la sala de espera.

—¿Doctor?

Mi voz parece despertar al médico, que enciende una potente linterna con la que me ciega momentáneamente.

—*Le mie scuse* —dice al tiempo que baja el haz de luz al suelo.

—¿Es que no funcionan las luces?

—Han cortado la electricidad en todo el edificio.

—¿Por qué?

—No lo he preguntado. Creo que la intención es pasar... —Tarda un instante en encontrar la palabra adecuada— desapercibidos.

Por primera vez, estudio el rostro del hombre. Sus rasgos están iluminados desde abajo, de modo que su expresión casi de pánico resulta caricaturesca.

—¿Por qué hace usted esto? —inquiero. La mera pregunta le provoca una mueca de malestar.

—No puedo decirlo.

—¿Le obliga alguien a ello?

—Toda acción es resultado de una elección —responde con un acento algo modulado, como si citara la respuesta de otra persona a la misma cuestión.

—¿Estamos a salvo aquí?

La quejumbrosa urgencia de mi pregunta me sorprende, pero no al médico, que cierra brevemente los ojos como si recordara un daño irreparable.

De pronto, se vuelve para coger algo de la mesa que queda a su espalda y la linterna que sostiene con la otra mano ilumina lo que parece un rellano con acceso a, por lo menos, tres puertas cerradas. No hay decoración alguna. Solo se distingue el leve destello de la humedad en las paredes blancas.

El médico vuelve a iluminarme. Esta vez, el haz de luz me apunta al pecho. Y entonces veo que me está ofreciendo una videocámara digital nueva.

—Para usted —afirma.

—No la quiero.

—Para usted.

Deja la cámara en mi mano.

—¿Qué se supone que debo hacer con esto?

—No me dijeron qué ha de hacer. Solo que se la diera.

—Esa parte no entraba en el trato.

—No hay ningún trato —dice, encogiéndose como si reprimiera una descortés risa—. Lo que haga ahora es decisión suya, profesor.

El médico comienza a caminar. Al principio, creo que me va a acompañar a una de las puertas, o quizá que me guiará al segundo piso. Pero cuando pasa por mi lado —desprendiendo un leve olorillo corporal— veo que se dispone a descender la escalera por la que hemos subido.

—¿Adónde va?

Se detiene y enfoca la puerta más lejana.

—*Per favore* —dice.

—¿Me esperará en la planta baja? Estará aquí si lo necesito, ¿verdad?

—*Per favore* —repite. Tiene el rostro amarillento de alguien que está haciendo todo lo posible por aguantar hasta llegar al cuarto de baño y vomitar.

«Un minuto».

Eso es lo único que pienso al dirigirme hacia la puerta.

«No pienso estar más de un minuto, luego comunicaré mis observaciones al hombre o a quienquiera que me esté esperando en la planta baja y me marcharé. Disfrutaré de las vacaciones gratis, cogeré el dinero y me largaré. Cumpliré mi promesa».

¿La verdad? Abro la puerta y la cruzo no por el dinero de la Mujer Delgada, ni

por cumplir mi parte del trato.

La verdad es que siento curiosidad.

Veo a un hombre sentado en una silla.

Parece estar dormido. Tiene la cabeza inclinada hacia delante, con la barbilla pegada al pecho. No puedo verle la cara, pero sí unos rizos canosos y la pequeña coronilla rosada característica de un hombre de mediana edad. Lleva unos pantalones de vestir, una americana de raya diplomática y mocasines de piel. En la mano distingo una alianza. Su esbelta complexión se ve traicionada por la barriga ligeramente pronunciada de alguien acostumbrado a la buena comida pero lo bastante vanidoso para combatirla con el obligatorio ejercicio. A primera vista, todo en él sugiere un hombre de buen gusto, si bien algo convencional; un profesional, un padre. Alguien como yo.

Entonces doy un paso más y distingo otros detalles invisibles un segundo antes.

Está empapado en sudor. La camisa se le pega al cuerpo y bajo las axilas se pueden ver manchas de humedad.

Su ronca respiración hace un ruido tan raro que no parece estar cogiendo aire con los pulmones.

Y luego la silla: todas las patas están atornilladas al suelo de madera con tornillos industriales. Unas bandas de cuero como las que se utilizan para ensillar caballos rodean el pecho del hombre, inmovilizándolo.

«Se trata de un secuestro. Han raptado a este hombre y por alguna razón lo mantienen cautivo».

Entonces ¿para qué me han traído aquí? No han solicitado otra cosa más que mi presencia.

«También te van a retener aquí. O algo peor. Te han dado la cámara para que filmes algo terrible. Tortura. Asesinato. Lo que sea que piensen hacerle a este hombre».

Pero ¿para qué traer a un testigo (si es que es eso lo que soy) desde Nueva York?

«También quieren secuestrarte».

¿Con qué propósito? No tengo dinero. Al menos, no tengo suficiente para que merezca la pena. Y si quisieran raptarme, ¿para qué iban a esperar tanto?

«*Con la muerte en los talones*, de Hitchcock. Se han equivocado de hombre».

Pero la Mujer Delgada sabía perfectamente quién era yo. Y también el tipo del mostrador del aeropuerto, y el conserje del Bauer, y todos aquellos que han visto mi pasaporte. Quería que viniera David Ullman. Y aquí estoy ahora.

De repente me doy cuenta de que este debate interno lo estoy manteniendo con una O'Brien imaginaria. Siento una punzada de dolor al pensar en ella. Desearía que estuviera aquí conmigo. Tendría respuestas de las que mi O'Brien imaginaria parece carecer.

Enciendo la cámara.

No intento huir ni llamar a la *polizia*. Por alguna razón, estoy seguro de que no

corro ningún peligro físico inmediato. No me han traído hasta aquí para atarme a una silla.

La razón de mi viaje es el hombre que tengo delante. Él es el caso. El fenómeno.

Lo enfoco y comienzo a filmar. En la esquina del visor, el reloj digital de la cámara empieza a avanzar. La imagen se distorsiona brevemente y luego el autofocus vuelve a mostrar al hombre con toda claridad. Sigue dormido.

Pruebo el botón del *zoom* y cierro el plano para que no se vean el suelo y las paredes.

1,24 minutos.

Y luego un poco más hasta que únicamente son visibles la parte superior de su cuerpo y la cabeza.

1,32.

De golpe, el hombre levanta el rostro empujando los mojados mechones de su pelo hacia atrás y dejando su frente a la vista. Tiene los ojos abiertos de par en par. Están alerta y, al mismo tiempo, en ellos se puede apreciar un brillo de cansancio. Durante todo el tiempo que ha permanecido con la barbilla sobre el pecho, los ha tenido abiertos. No estaba dormido.

Mira directamente al objetivo de la cámara. Yo sigo enfocándolo a él y filmo cómo su expresión pasa del inicial recelo al reconocimiento. No es la habitación lo que reconoce, sino a mí. En su rostro se dibuja una amplia sonrisa, como si hubiera visto a un viejo amigo.

Pero la sonrisa es demasiado amplia. Las comisuras de su boca se extienden hasta que las viejas costras de la última vez que debió de hacer este truco vuelven a abrirse. Todos sus dientes quedan a la vista.

Profiere un gruñido.

Comienza entonces a forcejear contra las ataduras que lo mantienen inmovilizado. Su torso se revuelve hacia un lado y luego hacia el otro, poniendo a prueba la fijación de la silla al suelo. Los tornillos permanecen en su sitio, pero la fuerza de sus movimientos es tal que toda la estructura de la habitación cruje. La lámpara del techo se balancea sobre mi cabeza. Por si acaso esta se cae, doy un paso hacia el frente. Ahora estoy más cerca del tipo.

Hace una breve pausa antes de echar la cabeza hacia delante, estirando el cuello y los hombros tanto como le permiten las ataduras. E incluso más. Su cuerpo parece haberse vuelto elástico y se extiende más centímetros de los que yo habría esperado que su columna vertebral pudiera permitir.

Doy un paso atrás para situarme a una distancia prudencial mientras filmo minuto a minuto lo que parece un ataque epiléptico. El hombre gruñe. Escupe babas blancas. Y de su interior parecen surgir refunfuños y voces sibilantes.

Está loco. Es un violento enfermo mental en mitad de un largo ataque.

O eso es lo que quiero creer. Sin éxito.

Todo lo que hace es demasiado deliberado para formar parte de una enfermedad

mental. Parecen los sufrimientos aleatorios y sin sentido de un avanzado deterioro neurológico, pero no lo son. Consiste en la revelación de una identidad, por más extraña que resulte esta. El patrón que sigue, así como sus crescendos y sus pausas dramáticas, indica la presencia de una conciencia interna. Una conciencia que actúa para la cámara. Para mí.

Más desconcertantes todavía que sus accesos más explícitos —el cacareo femenino, los lamentos agónicos, los ojos girando sobre sí mismos hasta revelar un blanco tan inyectado en sangre que parecen pequeños mapas de dolor— resultan los momentos en los que, de repente, se queda inmóvil y me mira fijamente. Sin decir nada ni contorsionarse. Su persona pasa a ser entonces «normal», o lo que yo tomo por restos de su personalidad sana: un hombre más o menos de mi edad que no sabe dónde se encuentra e intenta determinar quién soy yo y averiguar cómo puede cambiar su situación y encontrar el camino de vuelta a casa. Un hombre inteligente.

En esas ocasiones, la expresión de su rostro se transforma. Recuerda quién es, la naturaleza de su enfermedad, y una cascada de sensaciones —¿imágenes?, ¿emociones?, ¿recuerdos?— vuelve a él de golpe.

Y entonces grita.

Con su verdadera voz. Una nota se forma en su garganta y luego se hace añicos en una especie de sollozo. Su terror es tan instantáneo y cristalino que lo deshumaniza de un modo que ni siquiera sus arrebatos más grotescos pueden igualar.

Me mira y extiende la mano.

Me recuerda a cuando Tess tenía dos años y aprendió a nadar durante unas vacaciones de verano en Long Island. Intentaba alejarse de la parte poco profunda y, cada vez que daba un paso en el arenoso fondo para adentrarse en la zona más honda, una ola la arrollaba. Al tragar agua, extendía su mano para que la salvara. Podía repetir esa experiencia cercana a la muerte una docena de veces en una sola tarde. Y, a pesar de que en cada una de esas ocasiones regresaba a mis brazos un cuarto de segundo después, su desesperación era siempre la misma.

La diferencia entre Tess y este hombre es que, mientras la primera sabía lo que la asustaba —el agua, la zona profunda—, el segundo no tiene ni idea. No se trata de una enfermedad, sino de una presencia. Una voluntad mil veces más fuerte que la suya. De nada sirve luchar contra ella. Sabe que está condenado, y que volverá a tomar posesión de él.

Finalmente, deja de moverse y se derrumba en un sueño que no es tal.

4,43.

Mis manos comienzan a temblar. Hasta ahora había sostenido la cámara con tanta firmeza que podría haber estado sobre un trípode. Sin embargo, al empezar a ser consciente de todo lo que he visto, no puedo evitar que el plano se agite de un modo mareante. Es como si la quietud del hombre hubiera insuflado vida a la cámara.

5,24.

Una voz.

En cuanto la oigo, mis manos dejan de moverse. Vuelvo a enfocar bien al hombre. Permanece inmóvil. La voz provenía de él —no puede haber sido de otra manera—, pero nada en él confirma que en efecto haya sido así.

—Profesor Ullman.

Tardo un momento en darme cuenta de que la voz se ha dirigido directamente a mí. Y de que no lo ha hecho en inglés, sino en latín.

—*Lorem sumus*. Hemos estado esperándolo.

El registro de la voz es masculino, pero el personaje no. De hecho, a pesar de expresarse tal y como lo haría un ser humano, es una voz que resulta extrañamente andrógina. Como un médium vacío. O del mismo modo que hasta la voz más sofisticada generada por ordenador no deja de parecer un sucedáneo de una verdadera presencia humana.

Espero a que siga hablando, pero solo se oye esa terrible respiración, ahora todavía más alta.

6,12.

—¿Quién es usted?

Mi voz. Suena metálica y rayada como un viejo disco de 78 revoluciones.

El hombre vuelve a alzar la cabeza. Esta vez su expresión no pertenece ni al loco gruñidor ni a su aterrorizada personalidad «normal», sino a algo nuevo. Más sereno. En su rostro se dibuja la insinuante sonrisa de un sacerdote o un vendedor a domicilio. Aun así, bajo su superficie se puede intuir furia. Un odio que la piel consigue contener, pero no los ojos.

—Nosotros no tenemos nombre.

He de poner en entredicho lo que dice, pues lo que pase a continuación lo decidirá todo. De algún modo, lo sé. No ha de notar que, a mi parecer, su comportamiento puede deberse a alguna otra cosa que los síntomas de una enfermedad mental. «Esto no es real»: las reconfortantes palabras que se le dicen a un niño que lee un relato de brujas o gigantes. «Eso no existe». A lo imposible no se le debe permitir ganar terreno a lo posible. La forma de resistir el miedo es negándolo.

—«Nosotros»... —comienzo a decir, haciendo todo lo posible por disimular el temblor de mis palabras—. ¿No querrá decir que su nombre es Legión, porque son muchos?

—Somos muchos. Pero usted solo conocerá a uno.

—¿No nos estamos conociendo ahora?

—No con la intimidad de aquel a quien conocerá.

—¿Se refiere al diablo?

—El maestro, no. Alguien que se sienta a su lado.

—Lo espero con ganas.

El hombre no dice nada. Su silencio no hace sino subrayar la inanidad de mi mentira.

—Entonces ¿puede predecir mi futuro? —Sigo diciendo—. Es un delirio tan común

como creer que a uno lo ha poseído un espíritu.

Respira hondo. Tanto que, por un momento, se agota el oxígeno en la habitación. Me deja en el vacío, asfixiándome ingravido.

—Sus dudas no resultan convincentes, profesor —dice él.

—Mis dudas son reales —contesto, aunque el tono de mi voz traiciona mis palabras. «Está ganando», dice en realidad. «Ya ha ganado».

—Debe prepararse para ser ilustrado en aquello que teme.

—¿Por qué no empezar ahora?

El hombre sonríe.

—Pronto estará entre nosotros —repone.

Ante eso, tengo la sensación de que una parte de mí se separa del cuerpo y se eleva por los aires. Al bajar la mirada veo cómo mi boca articula una pregunta que ya ha sido respondida.

—¿Quién es usted?

—El hombre nos ha dado muchos nombres, pero no tenemos ninguno.

—No. No quiere decírmelo porque revelar su nombre al enemigo supondría otorgarle poder a este.

—Usted y yo no somos enemigos.

—Entonces ¿qué somos?

—Cómplices.

—¿Cómplices? Y ¿cuál es nuestra causa?

Se ríe. Un tenue fragor de satisfacción que parece provenir de los cimientos mismos de la casa o del suelo que hay debajo.

—Nueva York 1259537. Tokio 996314. Toronto 1389257. Fráncfort 540553. Londres 590643.

Cuando se calla, sus ojos vuelven a girar sobre sí mismos dejando a la vista los globos blancos inyectados en sangre. Aspira una increíble cantidad de aire, lo retiene y finalmente lo suelta pronunciando unas palabras que poseen el olor acre de la carne chamuscada:

—El vigésimo séptimo día de abril... el mundo quedará marcado por nuestros números.

Y deja caer la cabeza hacia delante. Su cuerpo vuelve a quedarse inmóvil. Únicamente una débil respiración lo mantiene a este lado de la muerte.

8,22.

Tres minutos. Eso ha durado mi conversación con él. Con *ellos*. Tres minutos que ya parecen todo un capítulo de mi vida, una etapa como la adolescencia o la paternidad, en las que se redefinen los términos de la personalidad de uno. El espacio de tiempo entre los minutos 5,24 y 8,22 serán «el momento en el que hablé con el hombre de Venecia». Y será un período marcado por el pesar. Por una pérdida que todavía no sé definir.

Ha llegado la hora de marcharse.

Si me han traído aquí para que sea testigo de los síntomas de la mente enferma de este hombre, ya he visto suficiente. El deseo de no haber entrado nunca en esta habitación es tan fuerte que mi cuerpo comienza a retroceder hacia la puerta para alejarse del hombre durmiente. Al mismo tiempo, intento convencerme de que es posible rebobinar el último cuarto de hora y borrarlo de mi memoria tan fácilmente como de la cámara que filma mi retirada.

Pero eso no sucederá. Sus palabras seguirán grabadas en la cámara con la misma intensidad que en mi memoria.

Y, de repente, el hombre hace algo que resultará todavía más imposible de borrar.

Se despierta y alza la cabeza. Esta vez despacio.

En su rostro ha tenido lugar una metamorfosis que quizá únicamente yo puedo detectar. Sus rasgos han sufrido una serie de fluidos cambios microscópicos que, en su conjunto, han modificado la identidad de quienquiera que fuese. Ahora es otra persona. Alguien que conozco. Los ojos están algo más cerca, la nariz es un poco más larga, los labios son más finos. Es la cara de mi padre.

Intento gritar. No puedo. El único sonido que se oye es la voz con la que habla el hombre, y se trata de la de mi padre. Su tono es acusatorio y amargo. La voz de un hombre que lleva muerto más de treinta años.

—Deberías haber sido tú —dice.

Con paso tambaleante, salgo de la habitación y desciendo la escalera. Luego cruzo la sala de espera vacía —donde no hay rastro alguno del médico— y salgo a la callejuela. Huyo corriendo del 3627 sin volver la vista atrás aunque una parte de mí desea hacerlo; una parte que sabe que, si lo hago, el hombre estará mirándome desde la ventana del primer piso tras haberse deshecho de sus ataduras.

Hasta que el ardor que siento en el pecho me obliga a descansar contra una pared a la sombra no me doy cuenta de que todavía tengo la cámara en las manos. Y de que aún está grabando.

11,53.

Con el pulgar, presiono el botón y detengo la grabación. La pantalla se queda en negro.

De repente me sobreviene una arcada y siento un dolor en los huesos tan intenso como inesperado. Es parecido al que se siente bajo los efectos de la gripe, si bien hay algo distinto en él (además de su brusquedad). No parece una enfermedad fisiológica, sino más bien un pensamiento. Como si se tratara de una infección causada por una idea virulenta.

Me limpio los labios con el hombro de la americana y sigo adelante.

Tess.

He de volver con ella. Asegurarme de que está bien, y luego subir al primer vuelo a Nueva York —o a cualquier otra parte—, tanto si tengo malaria como algo peor. «Debemos irnos de aquí».

Sin embargo, primero he de encontrar el camino al Gran Canal. Cualquier parada de *vaporetto* me servirá. No debería ser muy difícil. No tengo ni idea de dónde estoy, pero mientras siga adelante, en algún momento llegaré al agua.

No lo consigo.

Estoy todavía más perdido de lo que lo estaba ayer con Tess cuando fuimos a dar un paseo alrededor del hotel. Y, en vez de fascinación por el entorno, lo que siento ahora es un pánico devastador tan enorme que no puedo evitar apretar los dientes hasta que se me saltan las lágrimas. Por un lado siento la necesidad de volver con Tess, la ansiedad de no saber dónde estoy y la fiebre que convierte la callejuela que tengo ante mí en un ondulante túnel. Y, por otro, la certeza de que me están siguiendo. Noto una corpulenta presencia justo detrás de mí.

Echo a correr otra vez. Doblo una esquina y, antes incluso de ver lo que hay detrás, ya puedo olerlo. El mismo olor a corral que despedía la Mujer Delgada.

Pero no es ella quien está en el callejón, sino una piara de cerdos.

Una docena o más. Todos vueltos hacia mí y con las fosas nasales dilatadas. Parece imposible, pero es innegable que están ahí. Su apariencia es demasiado detallada para ser un efecto secundario de lo que sea que me está pasando. Soy demasiado consciente de mí mismo.

De repente, los animales echan a correr hacia mí chillando como si les hubieran arrojado agua hirviendo. Sus pezuñas repiquetean con fuerza contra el empedrado.

Retrocedo y vuelvo a doblar la esquina por la que he venido. Me preparo para sentir sus dientes sobre mi piel, desgarrándola y comiéndosela.

Pero no vienen. Miro por la esquina. El *ramo* está vacío.

«No te detengas para intentar comprender qué ha pasado. Puede que nunca llegues a hacerlo».

Otra vez mi O'Brien interna.

«Sigue adelante».

Y eso es lo que hago.

Hasta que, al final de la siguiente calle (cuya extensión estoy seguro de haber recorrido al menos dos —si no tres— veces), veo el Gran Canal. Aparece de la nada como si hubiera vuelto una página.

«No te detengas».

Algo está sucediendo.

«Pero ella está a salvo».

Eso ya no es posible.

«¿Cómo lo sabes?».

Porque él sabe quién es ella.

Con la respiración todavía jadeante, me siento en la parte trasera del barco e intento pensar únicamente en Tess, en volver con ella y escapar de aquí. He de relevar a la canguro, llamar a las líneas aéreas y pedir un taxi acuático. Debemos abandonar cuanto antes esta ciudad flotante.

Sin embargo, otros pensamientos consiguen abrirse paso en mi cabeza. Mi cerebro de profesor no puede evitar las notas a pie de página y las interpretaciones. El texto que nos ocupa es la última hora de mi vida. Y la lectura —sin sentido, imparable— es que mi experiencia es un reflejo de lo que se ha escrito sobre encuentros anteriores entre el hombre y el diablo.

Intento pensar en el rostro de Tess, pero quien se me aparece es el hombre de la silla. En esta imagen mental, la piel se le cae a tiras dejando a la vista el verdadero rostro de lo que había en su interior.

Lo cual lleva mis pensamientos a otra cosa.

El endemoniado geraseno que aparece en los evangelios de Lucas, Mateo y Marcos. Según la narración, un hombre desnudo y vagabundo que vivía en unos sepulcros se acercó a Jesús. Estaba «endemoniado desde hacía mucho tiempo». Al ver a Cristo, le suplicó que no lo atormentara. Jesús le preguntó el nombre y él contestó «Legión», pues no era solo uno, sino muchos los que lo habían poseído. El Salvador los echó a todos, transfiriéndolos a una piara de cerdos que había allí cerca: «Los demonios salieron del hombre y entraron en los cerdos, y la piara se precipitó por el despeñadero al lago, y se ahogaron».^[2]

El hombre inmovilizado en la silla (atado tal y como hicieron repetida e infructuosamente con el geraseno poseído) también ha asegurado no tener nombre y estar formado por muchos. Y luego me he topado con la estampida de cerdos en el callejón. O bien ha sido una alucinación, o se trata de una coincidencia más allá del azar.

«¡Ya basta!», dice la O'Brien de mi cabeza.

Pero no puedo parar.

Otro texto antiguo, este apócrifo, el *Compendium Maleficarum*, escrito por el sacerdote Francesco Maria Guazzo en 1608, fue adoptado en su día por el Vaticano y otros cuerpos teológicos como guía principal en asuntos de posesión demoníaca y exorcismos. En él, Guazzo ofrece un listado de cincuenta señales para determinar si una posesión es real. Entre estas, se encuentra la sensación de tener hormigas bajo la piel, la revelación de certeras predicciones de acontecimientos futuros o el hecho de oír voces que dicen cosas más allá de la comprensión de uno (pero no por ello menos ciertas).

Pienso en estas tres señales en particular porque forman parte de los síntomas de mi especie de gripe. El enloquecedor picor que siento en todo el cuerpo está a punto

de hacerme saltar del *vaporetto* para refrescarme en las aguas del Gran Canal. ¿Y qué he de pensar de la lista de ciudades que la presencia en el interior del hombre ha pronunciado junto con una serie de números? ¿Son códigos? ¿Direcciones? ¿Números de teléfono? Sean lo que sean, están vinculadas a una fecha: el 27 de abril. El día en que «el mundo quedará marcado por nuestros números».

Y luego está lo de la voz de mi padre. Diciéndome que debería haber sido yo.

«Te he dicho que no pienses», insiste O'Brien.

De camino al hotel, paso por delante de muchos de los edificios emblemáticos sobre los que he leído en las guías turísticas, pero no consigo recordar sus nombres, y menos todavía los detalles de sus historias. Ahora no son más que edificios antiguos y bonitos. Libres de la reverencia con la que los contemplaba ayer, sus fachadas hoy solo me sugieren falsedad; con su elaborada decoración, los propietarios originales únicamente pretendían disfrazar su lujuria y su avaricia. ¿Cómo puedo ver eso? Parece que, junto a mi «gripe que no es una gripe», he desarrollado una visión de rayos X que me permite ver el interior de las estructuras, así como discernir las verdaderas motivaciones de la gente que las construyó. Se trata de una perspectiva que conlleva una terrible desesperación. La claustrofobia de ser humano.

Es una sensación que precede un recuerdo. Algo que he conseguido ignorar mediante mi carrera profesional, la vida familiar y los miles de pequeños trucos que la mente puede realizar diariamente para reprimir algo. Ahora, sin embargo, vuelve a mí con tal intensidad que me siento incapaz de aplacar sus imágenes.

Mi hermano, ahogándose.

Agita los brazos en el río que hay detrás de la cabaña de mi familia. La cabeza desaparece bajo el agua. Luego sus brazos dejan de moverse. La corriente se lo lleva despacio, como si fuera arrastrando los pies por el fondo del río y se resistiera a ello incluso muerto.

Yo tenía seis años.

—¿Señor Ullman?

Delante de mí hay alguien. Se trata de un hombre con un traje oscuro.

—¿Sí?

—Bienvenido de nuevo al Bauer. ¿Ha disfrutado de la tarde?

Corro a nuestra *suíte*. No tardo más de un minuto o dos, pero el trayecto se me hace terriblemente largo. La causa son las nuevas y horrendas imágenes que acuden a mi mente sobre lo que encontraré en la habitación cuando abra la puerta.

Tess herida.

Tess agitándose y forcejeando como el hombre de la habitación mientras la canguro intenta sujetarla.

Tess desaparecida.

Le he fallado. Me han engañado. Me han enviado a esa casa de la calle Santa Croce para distraerme. El objetivo no era filmar un fenómeno, sino separarme de mi

hija en una ciudad desconocida para poder raptarla.

A pesar de mis temores, cuando abro la puerta de la *suite* de una patada, la veo en el sofá. Está escribiendo en su diario mientras la canguro mira un culebrón en el televisor con el sonido apagado. Las puertas de cristal del balcón están abiertas de par en par y se pueden ver las relucientes aguas del Gran Canal.

—¡Papá!

Tess viene corriendo y me recompensa con un abrazo que casi me cura de la indisposición que padezco.

—Estás ardiendo —dice al tiempo que me toca las mejillas.

—Estoy bien.

—Tus ojos...

—¿Qué les pasa?

—Están inyectados en sangre. Pero mucho.

—Me habré resfriado un poco. No te preocupes, cariño.

La canguro está ahora de pie detrás de Tess e intenta mantener la sonrisa, pero también encuentra inquietante mi apariencia. Cuando veo mi imagen en el espejo del vestíbulo me doy cuenta de la razón.

—Gracias. *Grazie*.

Le doy un fajo de euros con aproximadamente el doble de la tarifa acordada. Aun así, coge los billetes con cierta reticencia, como si mi dolencia pudiera contagiarse a través del papel.

Cuando se va, le digo a Tess que tenemos que marcharnos.

—¿Porque estás enfermo?

—No, cariño, porque... No me gusta estar aquí.

—A mí sí me gusta estar aquí.

—No me refiero al lugar. Lo que quiero decir... —comienzo a explicarle. Procuro pensar en una excusa aceptable, y finalmente decido contarle la verdad—. No tengo muy claro que estemos seguros.

No pretendo asustarla. Y ella no tiene miedo. En su rostro se dibuja otra cosa que no sé interpretar. Se trata de un gesto que indica su disposición a plantar cara.

Sea lo que sea, es culpa mía. ¿En qué diantre estaba pensando al decirle eso?

La respuesta es que no he sido yo quien lo ha hecho. Ha sido la cosa que me ha seguido hasta aquí. Otro ser que se encuentra en la habitación con Tess y conmigo.

—Haz la maleta —digo—. Debo hacer un par de llamadas.

Puede que se deba a la concentración necesaria para marcar los números de teléfono en el iPhone y llamar a las compañías aéreas para encontrar un vuelo que salga esta misma noche (tengo suerte: encuentro uno de Alitalia a Londres, y de ahí otro de British Airways a Nueva York). O quizá al mero hecho de haber puesto distancia con el hombre del 3627. En cualquier caso, casi al instante me siento mejor. La brisa que entra por el balcón me seca el sudor del cuello y mi estómago se calma. Y, todavía

mejor, los pensamientos oscuros que me han angustiado durante el trayecto de vuelta en el *vaporetto* han desaparecido, dejándome más animado de lo que recuerdo haberme sentido en las últimas semanas. ¿Ha sido un día extraño? Sin duda. ¿Una conspiración del inframundo? Algo más bien improbable.

Ahora bien, ¿qué diantre hago con la videocámara? Cuando termino de hacer las llamadas, la veo sobre la mesita de centro. Con el objetivo hacia mí. En su interior está el hombre de la habitación. Sus gruñidos y sus forcejeos. Pero también las ciudades y los números. Su voz sin vida. Mi padre.

Considero la posibilidad de dejarla ahí, pero finalmente la meto en la maleta, enterrándola entre mis calcetines como si el hecho de esconderla pudiera anular el poder de su contenido. Ahora mismo estoy demasiado alterado para saber la razón, pero estoy seguro de que la información que contiene puede ser importante. No es que tenga intención de ver la filmación. Sin embargo, al profesor que hay en mí —el archivista, el ilustrado opositor a la destrucción de documentos históricos— no le gusta la idea de que desaparezca. Como muchos textos, puede que contenga algo crucial que no resulta evidente en una primera lectura.

Cierro la maleta y me paso los dedos por el pelo mojado.

Adiós, *suite* increíblemente cara. Adiós, majestuosa basílica de Santa Maria della Salute enmarcada por el ventanal del balcón. Adiós, Venecia. No pienso regresar. Y cuando sufras otra peste, construye otra iglesia. Tanto si curan la enfermedad como si no, sin duda son preciosas.

—¿Tess? Es hora de irnos, cariño.

Llevo la maleta al salón esperando encontrar a Tess ahí. Ella no está, pero su maleta sí. El mango está extendido, pero la maleta está tirada en el suelo, como si la hubieran dejado abandonada.

—¿Tess?

Miro en su dormitorio y en ambos cuartos de baño. Luego abro la puerta de la *suite* y salgo al pasillo vacío.

—¡Tess!

El ventanal del salón. Las puertas están abiertas de par en par y la brisa agita las cortinas.

Corro hacia el balcón y me asomo. Abajo, veo las llegadas y las salidas de los botes del muelle del hotel. Pero ningún alboroto. Ni tampoco a Tess.

Llamar a recepción. Eso es lo que debería hacer. Que el personal del hotel la busque por todas partes. Y la policía también. Si ha salido a la calle, en muy poco tiempo podría perderse en el laberinto de la ciudad.

Mejor no perder el tiempo dando vueltas inútiles. He de utilizar la cabeza y dar los siguientes pasos en el orden adecuado. Lo que haga ahora lo decidirá todo...

«Está en la azotea».

La voz de O'Brien vuelve a interrumpirme, pero esta vez no parece imaginaria. Es como si mi amiga estuviera aquí conmigo.

«*Il Settimo Cielo*. Ve, David. Ve ahora».

Mientras salgo corriendo de la *suite* y subo la escalera hasta la séptima planta, me pregunto si esa voz —así como los demás acontecimientos del día— tiene alguna credibilidad. Podría ser mentira. Puede que todo lo que he oído en la habitación del 3627 lo haya sido.

Pero esto sí es verdad.

Salgo a la terraza del restaurante que hay en lo alto del hotel y ahí está mi hija. De pie en la cornisa de la azotea. Sus ojos se encuentran con los míos desde el otro lado de la multitud de clientes y camareros aterrados.

—¡Tess!

El tono autoritativo de mi voz —conozco su nombre— hace que la gente se aparte y acalle sus gritos pidiendo que venga la policía o que alguien haga algo.

Tess sigue mirándome. Sin embargo, al acercarme, me doy cuenta de que estoy equivocado. Son sus ojos, azules como los míos, pero no es Tess quien me mira con ellos. No es mi hija quien permanece en la cornisa con los brazos a los costados y los dedos de las manos extendidos para sentir el viento a través de ellos. En su postura hay una rigidez que revela su falta de familiaridad con el cuerpo, como si estuviera poniendo a prueba su equilibrio y su fuerza. Es la pose de alguien contenido en una prisión de piel y huesos. Es el cuerpo de Tess, pero no es ella.

Cuando estoy tan cerca que casi puedo alcanzarla, ella retrocede y extiende una pierna hacia atrás de tal forma que su cuerpo queda en equilibrio sobre un pie mientras el otro se balancea en el aire.

Con eso pretende que me detenga. Lo consigue.

—Hola, David.

Esta vez es una voz completamente distinta. Masculina, mesurada y con la buena pronunciación que diferencia la sofisticación de la mera afectación. Una voz parecida a las que oigo en las conferencias de la universidad, o a las de los adinerados padres de alumnos que hacen donaciones para poner sus nombres en los edificios del campus.

—Tú eres aquel al que me han dicho que iba a conocer —digo.

—Vamos a tener una relación estrecha. Puede que no lleguemos a ser amigos. No, seguro que no llegaremos a ser amigos. Pero sin duda la nuestra será una relación estrecha.

Baja de nuevo la pierna y, como si quisiera dejar claro que no se trata de ninguna concesión, retrocede unos centímetros hasta que los talones asoman por el borde de la cornisa.

—¡Déjala en paz! —exclamo.

Responde con lo que parece la voz de Tess, aunque no lo es. Repite la misma frase y lo hace con la misma entonación que ella ha utilizado cuando le he dicho que nos íbamos de Venecia. Una imitación brillante, si bien carente de vida.

—Me gusta estar aquí.

—Por favor, haré lo que me pidas.

—Esto no consiste en que te pida hacer nada —dice, otra vez con su voz—. Es cosa tuya, David. Un viaje que debes hacer tú mismo. Deambulando.

Otra vez esa palabra. «Deambular».

El anciano del avión la utilizó. Y la Mujer Delgada también, ¿no? Dijo que no era una viajera, sino que deambulaba de aquí para allá. Incluso entonces recordé que este término tiene un significado particular para Milton. Satán y sus esbirros deambulan por la tierra y el infierno sin destino alguno. Suele interpretarse como una forma de hacer referencia a la deriva a la que se encuentran en el purgatorio y la naturaleza vagabunda de la existencia demoníaca. Sin hogar, ni amor.

Y entonces, como si me hubiera leído la mente, la voz cita *El Paraíso perdido*:

—«Obligado a errar en este desierto sombrío, y a atravesar vuestro espacioso imperio, camino de la luz, solo y sin guía, medio perdido, busco...».

—Entonces, dime —digo con voz trémula—, ¿qué estás buscando? Prometo que te ayudaré a encontrarlo.

—Ya he encontrado lo que buscaba. Te he encontrado a ti.

Una pierna de Tess retrocede otro centímetro. Todo su peso descansa sobre las puntas de sus pies como si fuera un saltador de trampolín.

—Hay mucho por descubrir, David. Pero poco tiempo.

—¿Cuánto?

—Cuando veas los números, tendrás solo hasta la luna nueva.

—¿Por qué? ¿Qué pasará entonces?

—La niña será mía.

Me echo hacia delante y cojo a Tess de la mano.

Aunque tiro de ella tan fuerte como puedo, y a pesar de que es una niña de once años que pesa menos de la mitad que yo, no consigo que se mueva. Su fuerza es la de la voz. Y lo que veo al tocar la mano de Tess también es cosa suya. Un *collage* de dolor que colisiona y arde en mi interior.

Mi hermano ahogándose en el río.

Tess llorando, sola, en un bosque oscuro.

El rostro de mi padre. Demasiado cerca para ver todos sus rasgos. Cada una de sus partes es una muestra de odio.

Un pulgar cercenado que sangra a borbotones.

Tess separa los labios. Dice algo que oigo pero que no consigo entender, pues por más que intento sujetarla, se aleja de mí. Sus dedos resbalan entre los míos.

—¡Tess!

Y cae.

Extiende los brazos como si fueran alas. Más que impulsarse hacia atrás, se deja caer como a cámara lenta. Es la fuerza del viento, que ralentiza la caída. En su rostro se puede advertir pánico —vuelve a ser su rostro, sus ojos—, pero su cuerpo permanece sosegado e inmóvil. El viento levanta la trenza sobre su cabeza como si de un nudo corredizo se tratara.

Me asomo por la cornisa y veo cómo da una vuelta sobre sí misma antes de caer al canal.

Y, con el impacto, recuerdo las palabras que me ha susurrado antes de caer. Pronunciadas en voz baja no porque fueran secretas, sino porque ha tenido que hacer acopio de todas sus fuerzas para apartar al otro ser que ahora habita en su interior. Un lapso en el que ha conseguido tomar el control de su propia lengua el tiempo suficiente para realizar una súplica.

Una niña, la mía. Pidiéndome que la lleve de vuelta a casa.

«Ven a buscarme».

II

EL LAGO DE FUEGO

El dolor tiene un color.

También tiene otras características que —ahora lo sé— en conjunto conforman una especie de personalidad. Una figura hostil que llega a tu vida y se niega a marcharse o a sentarse en otro lugar que no sea a tu lado, o a dejar de susurrarte al oído el nombre de aquellos que han fallecido. Ahora bien, más que todo esto, para mí el dolor se expresa principalmente como un color. El mismo descorazonador color turquesa que decoraba las paredes de la cocina de la cabaña en la que pasábamos los veranos y en la que, después de vernos obligados a vender nuestra casa en la ciudad, vivimos hasta que, un día de julio, mi padre se adentró en el bosque con una fotografía de mi hermano y una escopeta y nunca regresó.

Es el color de mi madre llorando de pie junto al fregadero, de espaldas a mí. El color de mi padre sentado toda la noche a solas a la mesa de la cocina, levantándose únicamente para descolgar un teléfono que no ha sonado y contestar «¿Diga?». El color del río en el que se ahogó mi hermano.

Y ahora todo Nueva York está bañado en ese color. Lo veo por todas partes. Asoma aquí y allá, llamando mi atención como una campaña publicitaria de guerrilla que no promociona nada. Un doloroso color turquesa que lo cubre todo como una acuarela extendiéndose desde el punto en el que el pincel ha tocado el papel. Veo la ciudad a través de un gel de color aguamarina: el edificio Chrysler, la maraña de taxis y la cuadrícula de profundos cañones que conforma el Midtown están teñidos de un barniz subacuático. Incluso el reverso de mis párpados parece estar retroiluminado por la tristeza. Es el color del interior de las residencias de ancianos y de los servicios de las estaciones de autobuses. El color del Gran Canal.

Han pasado dos días desde que regresé de Venecia. Cinco desde que Tess cayó de la azotea del hotel Bauer a las aguas del canal. Habría vuelto antes, pero la policía estaba buscando su cadáver. No lo encontraron. Al parecer, no es extraño que los cadáveres de las personas que se ahogan en los canales venecianos desaparezcan arrastrados por sus engañosas corrientes (más fuertes de lo que uno podría pensar). Suelen ir a parar a la laguna y, de ahí, al mar Adriático. Y luego están todos los apuntalamientos, túneles y alcantarillas subacuáticas de la ciudad misma, toda una red de huecos invisibles en los que un cadáver puede quedar atrapado. Los submarinistas de la policía estuvieron rastreando los canales en busca de Tess, pero no encontraron nada, lo cual no pareció sorprender a nadie (la nuestra apenas fue una noticia merecedora de una escueta mención y una fotografía de los submarinistas saltando al canal con un gondolero al fondo).

Nadie sugirió que pudiera seguir viva. Yo mismo no lo creo posible. Pero no podía no preguntarlo, y no dejé de hacerlo. A modo de respuesta, siempre obtuve la misma mirada. La que uno dedica a alguien privado de sus facultades a causa de una conmoción cerebral y ante cuya pregunta, por tanto, no hay respuesta posible salvo

una mirada compasiva.

Finalmente, pues, no encontraron a Tess y, tras cancelar la búsqueda (no sin prometerme que se mantendrían en contacto conmigo), me animaron a regresar a casa, pues no había nada más que pudiera hacer en Venecia. Nunca me he sentido más desleal que cuando embarqué en el avión y abandoné el cadáver de mi hija en algún lugar de las aguas venecianas.

Obviamente, he hablado con Diane. Lo hice por teléfono cuando todavía estaba en Italia y he vuelto a hacerlo otra vez aquí en Nueva York. Y O'Brien me ha dejado múltiples mensajes telefónicos prestándose a hacerme compañía. He declinado su ofrecimiento vía SMS. En vez de aceptar invitaciones de consuelo, me he pasado el tiempo colapsando el contestador telefónico de la policía de Venecia con consultas a todos los departamentos que puedan tener alguna relevancia en la búsqueda de víctimas de ahogamientos. Eso, y deambulando por la ciudad turquesa. Pensando en Tess.

Deambulando.

Puede que a eso se refiriera la voz cuando dijo lo que me esperaba. Vagabundear sin rumbo tan cerca de los muertos como puede estar un ser vivo. Callejear de Wall Street a Harlem y luego abajo otra vez, dando rodeos aleatorios, pasando desapercibido y manteniéndome ausente como un fantasma.

Y, mientras lo hago, los recovecos de mi mente no pueden evitar realizar conexiones imposibles.

Es un principio de locura. La culpa resulta tan insoportable que le estruja a uno el cerebro. Pensar estas cosas supone abandonar el mundo y, si uno termina creyéndolas —aunque solo sea parcialmente—, ya no regresará.

Ser consciente de esto no me impide seguir pensándolas.

Quizá la voz que salió de la boca de Tess era una presencia independiente, un espíritu que tomó control de su cuerpo durante los últimos veinte minutos de su vida. Quizá esa fue la razón por la que su mano se soltó de la mía. Quizá mi hija no se suicidó (tal y como el forense y las autoridades inevitablemente concluyeron una vez que los relatos de los testigos despejaron las sospechas que había sobre mí), sino que fue asesinada desde dentro. Quizá la voz pertenecía al demonio que el hombre de la silla dijo que me visitaría.

«No, seguro que no llegaremos a ser amigos. Pero sin duda la nuestra será una relación estrecha».

Puede que yo trasladara esa presencia de la casa de Santa Croce al hotel y que, una vez allí, pasara al cuerpo de Tess. Eso explicaría algunas cosas. Como por qué me sentí repentinamente enfermo tras escapar de aquella casa y luego otra vez bien una vez de vuelta en nuestra habitación del Bauer. O por qué vi cerdos chillando en la calle. O por qué Tess subió a la azotea. También por qué lo último que mi hija me dijo fue que fuera a buscarla. Y por qué no han encontrado su cadáver.

Hasta aquí he llegado.

No. No es cierto. He ido mucho más lejos.

¿Y si los rasgos de personalidad que compartimos Tess y yo, como la —por lo general disimulable— marca de nacimiento de la melancolía, no consisten en un simple temperamento, sino en una indicación de haber sido elegidos desde el principio? Si estuviera en un aula y la pregunta la hiciera un alumno, sé perfectamente qué precedente recitaría de memoria: Marcos, 9. Otro ejemplo de Jesús expulsando al demonio de un alma afligida. Esta vez, un muchacho. El padre de este le pide al Salvador que alivie a su hijo de un espíritu maligno que suele echarlo «al fuego y al agua, para matarlo».

El agua...

Suicidio. Provocado por un demonio.

Jesús le pregunta al padre desde cuándo le pasa eso al muchacho. Y el padre le contesta que desde niño.

He aquí otra definición de deambular: la posesión de unas emociones tan grandes que se requiere de la superstición para describirlas. Al fin y al cabo, esta es la esencia de mi campo de estudio. El miedo —a la muerte, a la pérdida, a ser abandonado— es la génesis de las creencias en lo sobrenatural. Para alguien como yo, darse cuenta de que, de repente, está considerando los mitos de los primitivos solo puede significar que está siendo presa de un brote psicótico de algún tipo. Considero esto tan verificable como los números de la calle por la que avanzo o la hora que da mi reloj. Estoy proponiendo que un demonio se ha llevado a mi hija. Debería detenerme y decirlo en voz alta varias veces, para oírlo. Es una de esas teorías que justifican encerrar a alguien en el psiquiátrico de Bellevue para que permanezca una larga temporada en observación.

De modo que sigo adelante, rodeado por gente de tez verde azulada sobre edificios azul verdosos.

Y sin sentir prácticamente nada.

Es decir, echo de menos a Tess. La lloro. Estoy desconsolado. Pero «echar de menos», «llorar», admitir que uno está «desconsolado» son palabras tan inadecuadas que casi resultan ofensivas. No consiste en encontrar un modo de seguir adelante. No consiste en estar enojado con Dios. Consiste en morir. Consiste en querer estar muerto.

Lo único que mis sentidos registran son los niños. Siempre ha sido así. Seguramente no existe ningún padre que vea a los niños de otros jugar y no piense en los suyos propios. La risa, las invitaciones a perseguirlos, la angustia ante una herida en la rodilla o un juguete roto. Todo nos recuerda a cómo nuestros hijos hacían las mismas cosas; las particularidades que, de forma simultánea, los hacían iguales y distintos de los demás niños del mundo.

Ante mí veo a una niña jugando al escondite con su madre en medio de las rocas y los árboles cercanos a Turtle Pond, en Central Park. Recuerdo jugar a lo mismo con Tess. Siempre que se escondía —incluso si era en nuestro apartamento—, no podía

evitar sentir un fugaz pánico al buscarla en los lugares habituales y no encontrarla. «¿Y si, esta vez, ha desaparecido de verdad? ¿Y si se ha escondido tan bien que buscarla detrás de los árboles, debajo de las camas o en los cestos de la ropa sucia no es suficiente?».

Y entonces, justo cuando el pánico comenzaba a hacer que se me formara un nudo en la garganta, aparecía al oír mi primer aviso de rendición: «¡Está bien, me doy por vencido!».

Esta vez, Tess está escondida y no va a regresar.

Pero me ha pedido que no me dé por vencido.

«Ven a buscarme».

Me detengo junto a una verja de hierro y observo cómo la madre busca a su hija. Finge que ha dado con su escondite y, de puntillas, se acerca a un arce y asoma la cabeza: «¡Te pillé!». Sin embargo, la niña no está ahí, e inmediatamente la madre comienza a preocuparse y a pensar que esta vez el juego no es un juego.

«¡Mamá!».

De repente, la niña sale corriendo de los matorrales que rodean la orilla del estanque. La madre la coge en brazos y los pies de la pequeña se agitan en el aire. Entonces la mujer me ve. Un hombre solo junto a la verja. Es la primera vez que alguien registra mi presencia desde que regresé a Nueva York.

Aparto la mirada, avergonzado por mi inadvertida invasión de su privacidad. Pero la madre ya se aleja con la niña en brazos. Protegiéndola de un hombre al que le falta con claridad una parte esencial. Alguien que no está del todo presente, pero que precisamente por ello parece todavía más peligroso.

Alguien que deambula.

El día turquesa da paso a una noche turquesa. Regreso a mi apartamento y me preparo unas tostadas. Les unto mantequilla y las corto en tiras, tal y como le gustaban a Tess. Luego las rocío con azúcar de canela. Finalmente, sin embargo, las tiro a la basura sin probarlas siquiera.

Me sirvo un vodka con hielo y, mientras doy vueltas por el apartamento, advierto que la luz de la habitación de Tess está encendida. En la pared, sobre la cama, hay un póster de *El rey león* (la llevamos tres veces al espectáculo de Broadway; en dos ocasiones por su cumpleaños y otra por Navidad). También unos dibujos con ceras que elogí sinceramente e hice enmarcar. Junto a la cómoda, en el suelo, se pueden ver también varios animales disecados y unos juguetes que ignoraba desde hacía tiempo, pero a los que todavía quería lo suficiente como para no desterrarlos al armario. La habitación de una niña en plena transición de la infancia a las turbias confusiones de lo que sea que viene después.

Estoy a punto de salir de la habitación cuando veo el diario de Tess sobre la mesilla de noche (lo dejé ahí al regresar de Venecia, devolviéndolo al lugar en el que solía dejarlo ella después de hacer sus anotaciones). Nunca pensé en leerlo mientras

estaba viva. El miedo a que descubriera mi traición era mucho mayor que cualquier curiosidad que pudiera sentir por sus pensamientos secretos. Ahora, sin embargo, la necesidad de oírla, de traerla de vuelta, pesa más que cualquier discreción.

Una entrada de cine marca la página del día en que viajamos a Venecia, lo que significa que debió de escribirla mientras estaba en el avión.

Papá no se da cuenta de que puedo ver con cuánto empeño está intentándolo. Sus «forzadas» sonrisas, el bombo que le da a todo lo que vamos a ver. Puede que esté emocionado, pero sigue llevando la Corona Negra.

Hoy puedo verla más que nunca. Es como si se estuviera moviendo. Como si hubiera algo vivo en ella, haciendo un nido. Reptando a su alrededor.

En parte se debe al problema con mamá. Pero también nos está esperando algo que él desconoce por completo. La Corona Negra viene con nosotros. Él la lleva puesta pero no sabe que está ahí (¿cómo puede NO saberlo?).

Puede que aquello que se encuentra al otro lado también quiera conocerlo a él.

De lo único de lo que estoy segura es de que quiere conocerme a mí.

A esto le sigue más o menos una página sobre el vuelo y el trayecto del *vaporetto* al hotel. Finalmente, llego a la última entrada del diario, fechada el día en que se cayó al canal y escrita en nuestra habitación del Bauer mientras yo me encontraba en la casa de Santa Croce.

Está aquí.

Ahora papá también lo sabe. Puedo sentir lo asustado que está.

Y también que está hablando con él AHORA MISMO.

No lo dejará en paz. Le gusta que estemos aquí. Casi lo hace feliz.

Puede que nos hayamos equivocado al venir, pero mantenerse lejos no habría servido de nada. Nos habría encontrado de todos modos. Aquí o allá. Antes o después.

Mejor que esté sucediendo ahora, porque estamos juntos. Puede que así podamos hacer algo. Si no, es mejor que se nos lleve al mismo tiempo. No me gustaría ser quien se quedara atrás. Y si tenemos que ir AHÍ, no quiero ir SOLA.

Viene a por nosotros.

Viene a por nosotros.

Las páginas del diario revolotean al caérseme de las manos.

«Fue a Venecia para plantarle cara».

Tras apagar la luz y cerrar la puerta, corro hasta el cuarto de baño y me arrodillo ante el retrete para vomitar.

«Fue con la intención de ponerse la Corona para que yo no tuviera que llevarla nunca más».

Cuando puedo, regreso a la cocina para servirme otra copa y advierto que la puerta de Tess está abierta y la luz encendida.

Es un apartamento antiguo, pero nunca ha habido una corriente de aire que llegara a abrir una puerta. Tampoco hemos tenido nunca problemas eléctricos. La única explicación, pues, es que no debo de haber cerrado la puerta ni apagado la luz.

Apago la luz. Cierro la puerta. Comienzo a alejarme.

Y me detengo.

Estoy a unos pocos pasos de la habitación de Tess y puedo oír claramente el ruido del pomo al girar y el chirrido de las bisagras.

Me vuelvo a tiempo de ver cómo se enciende la luz. Estaba apagada. De repente, la habitación se ilumina con un parpadeo.

—¿Tess?

Mis labios pronuncian su nombre antes de que el desconcierto se apodere de mi cabeza. De algún modo, sé que esto no es ninguna alucinación. Ni un sueño. Se trata de Tess. Está en su habitación. Puede que sea el único lugar en el que puede hacer acopio de la fuerza necesaria para contactar conmigo y decirme que todavía está aquí.

Corro hasta la habitación y entro con los brazos y los dedos extendidos, como si intentara agarrar algo.

—¡Tess!

Dentro no hay nada salvo el vacío refrescado por el aire acondicionado. Aunque la luz sigue encendida, ella ya no está aquí.

Tal y como los reporteros criminales suelen decir sobre sus fuentes, soy un «testigo altamente creíble». Me doctoré en la Universidad de Cornell, tengo un puñado de premios académicos, he publicado artículos en las revistas críticas más respetadas de mi campo y poseo un historial médico libre de problemas mentales. Es más, soy un tipo insistentemente racional, un aguafiestas con todo lo que respecta a lo fantástico. Toda mi carrera está basada en la duda.

Y, sin embargo, aquí estoy. Viendo lo invisible.

Cuando me despierto por la mañana hay cuatro mensajes en mi contestador. Uno de Diane en el que me pide, con el tono de un cobrador de facturas, que me ponga en contacto con ella cuanto antes para «resolver una cuestión pendiente». Otro del detective de Venecia con el que más en contacto he estado, y en el que me informa de que no hay noticias nuevas. Y dos de O'Brien exigiendo verme (el segundo de los cuales me advierte de que «te vas a volver loco ahí solo, sin hablar con nadie. Y con

eso me refiero a mí»).

Como es la madre de Tess, y en tanto que esta mañana solo me siento capaz de mantener una única conversación, me recuesto en la cabecera de la cama y decido devolver la llamada de Diane. Hasta que su teléfono comienza a sonar no me doy cuenta de que he dormido en la habitación de Tess.

—¿Hola?

—Soy David.

—David.

Dice mi nombre, el de su marido durante trece años, como si fuera el de una oscura especia que no recuerda si ha probado alguna vez.

—¿Es un mal momento?

—Una pregunta estúpida.

—Sí, lo es. Lo siento.

Respira hondo. No se trata de la vacilación de alguien reacio a causarle daño a otro, sino, de nuevo, la pausa de un cobrador de facturas preparando el discurso adecuado para una subcategoría concreta de delincuente.

—Quería hacer oficial la separación —dice—. Comenzar el proceso.

—¿El proceso?

—De divorcio.

—Ah, claro.

—Puedes utilizar a Liam si quieres —añade, refiriéndose al abogado de Brooklyn Heights que se encargó de nuestros testamentos—. Yo ya he hablado con otro.

—Algún tigre del Upper East Side que se lleve por delante al gatito Liam.

—Puedes elegir al abogado que quieras.

—No pretendía acusarte de nada. Solo estaba siendo... yo mismo.

Profiere un sonido que parece una risita, pero no lo es.

—No entiendo la urgencia —digo.

—Esto ya ha durado demasiado, David.

—Lo sé. Y no me opongo. Seré el cornudo más servicial y condescendiente de la historia del derecho matrimonial del estado de Nueva York. Solo pregunto, ¿por qué esta mañana? Menos de una semana después de que haya desaparecido Tess.

—Tess no ha desaparecido.

—Todavía la están buscando.

—No, no lo hacen. Están esperando.

—Yo todavía estoy buscando.

Silencio. Y luego:

—¿Esperando qué?

«Puedes volverte tan loco como tú quieras. —Mi O'Brien interior acude al rescate—. Pero no hace falta que le hagas saber a Diane que has perdido la chaveta».

—Nada —digo—. Estoy diciendo tonterías.

—¿Hablarás con Liam? ¿O con quien sea? ¿Pondrás en marcha la solicitud?

—Lo haré. Mi diligencia no tendrá parangón.

—Muy bien. De acuerdo, pues.

Ella también está sufriendo. No es que me haya dado ninguna muestra de ello. Supongo que será Will Junger quien esté ofreciéndole consuelo y pagando los platos rotos (aunque no parece de los que están dispuestos a hacer esas cosas durante mucho tiempo). En cualquier caso, Diane es la madre de Tess y su hija ha desaparecido. La situación debe de estar destrozándola tanto como a mí.

Aun así, no puedo evitar preguntarme si no estaré equivocado. En su voz se percibe pérdida, y determinación. Pero también una horrible satisfacción. No por el hecho de que Tess ya no vaya a regresar a casa, no me refiero a algo tan monstruoso como eso, sino por el hecho de que fuera yo quien estuviera allí cuando sucedió. Que sea culpa mía.

—No me importa si me culpas o si me odias. No me importa si nunca volvemos a hablar —digo—. Pero has de saber que intenté salvarla. Que no la solté. Que no me quedé de brazos cruzados. Luché por ella.

—Sé lo que estás intentando...

—Todos los padres dicen (o al menos piensan) que darían la vida por sus hijos. Si se vieran en la situación, no sé si lo harían. Pero yo sí.

—¡Pero no lo hiciste!

Su grito se oye tan alto y nítido que he de apartar el auricular de la oreja.

—No diste tu vida por la suya —dice—. Todavía estás aquí, y ella no.

«Estás equivocada en una cosa —quiero contestarle—. No estoy aquí».

En vez de eso, me dispongo a despedirme recordando el tiempo que pasamos juntos y la única cosa que hicimos bien, la única cosa de la que nunca nos arrepentiremos, pero ella cuelga.

¿Quién acude a la iglesia un día entre semana por la tarde? Borrachos, vagabundos, adictos de todo tipo. Los perdidos que solo pueden culparse a sí mismos. Lo sé porque estoy entre ellos. Rezando por primera vez en mi vida adulta.

O intentando rezar. La iconografía, el silencio, los vitrales, todo parece demasiado forzado. Sí, es una iglesia: se supone que debe ser así. Pero no me siento más cercano a la santidad de lo que me sentía hace un rato en la calle Cuarenta y tres.

—¿Se ha cortado la línea?

Me vuelvo y veo a un hombre ligeramente entrecano de unos cincuenta y tantos años. Lleva el traje arrugado y su pelo anda necesitado de un corte. Diría que se trata de un hombre de negocios —o de un antiguo hombre de negocios— perteneciente a la clase de los borrachos.

—¿Cómo dice?

—Su línea de rezo. Con el Mandamás. ¿Lo ha puesto en espera? A mí me lo hace constantemente. Y a menudo se corta la llamada.

—Ni siquiera he marcado el número.

—Mejor. Si lo hubiera hecho, lo único que habría oído es «Pulse “1” para milagros; “2” para escoger el caballo ganador en Belmont; “3” para “lamento lo que he hecho... pero no lo suficiente como para no volver a hacerlo”...».

—Para eso, mejor voy a ver a mi psiquiatra.

—¿Sí? ¿Es buena escogiendo caballos?

Ella. ¿Acaso son mujeres la mayoría de los psiquiatras? ¿O conozco a este hombre? ¿Quizá nos conoce a O'Brien y a mí?

—No apuesta —digo.

—¿No? Bueno, ya sabe lo que dicen. No puedes ganar si no juegas.

Cuando apoya los brazos en el respaldo del banco, advierto un olor a desodorante aplicado recientemente. Un tosco perfume con el que pretende ocultar una fragancia más terrosa.

—No quiero meterme donde no me llaman, pero parece algo perdido, amigo —dice.

En su mirada se advierte auténtica preocupación. Y luego caigo en la cuenta: es uno de esos misioneros callejeros. Un reclutador de la iglesia ataviado con ropa civil que se dedica a merodear por los bancos del templo.

—¿Trabaja aquí?

—¿Aquí? —Mira a su alrededor como si hasta ahora no se hubiera dado cuenta de dónde estamos—. ¿Aquí tienen trabajos?

—No estoy de humor para que me ofrezcan la posibilidad de salvación, si es eso lo que hace usted.

Él niega con la cabeza.

—¿Cómo dicen esas camisetas? «¿Me ha confundido con alguien a quien las cosas le importan una mierda?». Simplemente he visto un espíritu afín aquí sentado y he pensado en saludarlo.

—No pretendo ser antipático, pero preferiría estar solo.

—Solo. Suena bien. Es difícil encontrar un momento de paz donde yo vivo. Es un auténtico pandemio. No se puede siquiera pensar. Y créame, amigo, soy un pensador.

Otra vez esa palabra. La misma que O'Brien utilizó para describir la estación Grand Central. El infierno de Milton.

«Pandemonio».

—Me llamo David —digo, y le ofrezco la mano.

Después de una pausa, él me la estrecha.

—Encantado de conocerlo, David.

Espero que me diga su nombre, pero se limita a soltarme la mano.

—Creo que voy a ir tirando —digo, y me pongo en pie—. Solo he entrado aquí para refugiarme un rato del sol.

—No lo culpo. Personalmente, soy un gato de interiores.

Voy hasta el pasillo y, tras despedirme con un movimiento de la cabeza, me dirijo hacia las puertas abiertas. Al otro lado puedo ver cómo resplandece el sol.

Mientras me alejo, el hombre comienza a recitar parte de un poema con el murmullo piadoso de un rezo:

—«¡Cuánto odio, oh sol, tus rayos que me traen recuerdos del estado desde donde caí!».

Milton. Las palabras de Satán.

Giro sobre mis talones y corro hacia el banco en el que está sentado con la cabeza agachada y las manos juntas en señal de reverencia. Lo agarro por el hombro y tiro de él con fuerza.

—¡Míreme!

El tipo se aparta con un reflejo defensivo y en su rostro se dibuja la mueca de alguien que se prepara para recibir un golpe. No es el hombre que estaba sentado aquí hace un momento. Se trata de un sacerdote. Joven y afeitado. Con el rostro enrojecido en señal de alarma.

—Lo siento —comienzo a decir al tiempo que retrocedo—. Lo he confundido con otra persona.

En cuanto regreso al pasillo, la expresión del joven sacerdote cambia. Su sorpresa deja paso a una sonrisa.

—Estoy listo para oír su confesión —dice.

Su risa me sigue hasta la calle.

Otra vez la misma voz. Estoy seguro. Mientras me alejo de la iglesia de St. Agnes de camino a la avenida Lexington, me apoyo un momento en la entrada de un bar irlandés para recuperar el aliento. La misma presencia que pasó de mi cuerpo al de Tess y que me habló en la azotea del Bauer. Citó *El Paraíso perdido*, tal y como acaba de hacer el hombre de la iglesia. Y la Mujer Delgada también lo hizo, aunque no estoy tan seguro de que esta fuera una encarnación de la voz —el ser al que he comenzado a referirme como Innominado—, sino más bien una representante humana en la tierra. Por alguna razón, yo tenía que ir a Venecia, al 3627 de Santa Croce, para que el Innominado se introdujera en mi vida, y el trabajo de la Mujer Delgada consistía en asegurarse de que aceptaba la invitación. Lo cual sugeriría que no trabajaba para la Iglesia o una de sus agencias, como supuse equivocadamente.

«¡Cuánto odio, oh sol, tus rayos...!».

En el poema de Milton, es Satán quien pronuncia esas palabras. Maldice la luz del día por ser un doloroso recordatorio de su estado, de todo lo que ha perdido en su autoimpuesto exilio en la oscuridad. ¿Se trata acaso del Innominado? ¿Es este el Adversario? El hombre de la silla —o la pluralidad de voces que hablaba a través de él— dijo que no sería al «maestro» a quien pronto conocería, sino a «alguien que se sienta a su lado». En *El Paraíso perdido*, eso significa los ángeles caídos que conforman el consejo estigio del infierno, que dirige el propio Satán. Son trece y, según el poeta, cada uno de ellos posee una personalidad y unas habilidades características. Todo indica que el Innominado es uno de ellos. Uno de los demonios originales expulsados

del cielo. Un ser capaz de modificar de manera convincente su apariencia y de adoptar la forma humana (el anciano del avión, el borracho de la iglesia).

Aunque, claro está, puede que estos solo sean pálidas sombras de personas que ya han fallecido. Quizá el Innominado está limitado a habitar el cuerpo de aquellos que se encuentran en el infierno.

Ahora ya es definitivo. He perdido la chaveta.

En vez de estar de duelo por Tess, me entretengo creando distracciones góticas, puzzles miltonianos, diálogos demoníacos; cualquier cosa salvo afrontar lo inabordable. Estoy utilizando la cabeza para proteger el corazón, y eso es un engaño y un deshonor a la memoria de Tess. Ella se merece un padre que la llore, no que se refugie en una elaborada red de sandeces paranoides. Seguro que los psicólogos tienen un término para eso, aunque cobardía podría valer.

Al llegar a mi apartamento, escucho los mensajes del contestador automático. Tengo tres. Un par de muestras de simpatía de colegas de la universidad y dos de O'Brien, que me advierte seriamente de que si no la llamo pronto se verá obligada a tomar cartas en el asunto.

¿Por qué no llamo a O'Brien? La verdad es que no lo sé. Cada vez que mi dedo se acerca al botón de marcación rápida para hacerlo, pierdo la voluntad de pulsarlo. Quiero hablar con ella. Y verla. Pero lo que deseo se ve negado por otro propósito, una influencia que puedo sentir en mis venas como si fuera un molesto y frío peso ajeno a mí. Una especie de dolencia hormigueante que, por encima de todo, no quiere que O'Brien se acerque a mí.

Y, además, estoy ocupado.

Abro el botiquín y cojo el frasco de zolpidem que dejó Diane. Lleno un vaso de agua y voy al dormitorio de Tess. Me siento en el borde de su cama y, una a una, me trago las píldoras.

«¿Suicidio? ¿Con pastillas para dormir? Una cobardía y un cliché».

O'Brien está aquí conmigo, pero a una gran distancia. Suficientemente lejos para ignorarla.

«¿Te veré, Tess, cuando haya terminado?».

«Sí. Te está esperando —dice una voz que no es la mía ni la de O'Brien—. Vamos, profesor. Beba. Trague. Trague. Beba».

No creo lo que me dice, pero no puedo resistirme.

Bebo. Trago.

Crac.

Una foto enmarcada ha caído al suelo. Sobre la alfombra y entre los tablones de madera del suelo centellean trozos de cristal. Lo extraño es que el clavo sigue en la pared, y el alambre del que colgaba el marco está intacto.

Sé perfectamente de qué fotografía se trata, pero voy hasta ella de todos modos. Me agacho y le doy la vuelta.

Tess y yo. Riendo en la playa, cerca de Southampton, hace dos veranos. En la

fotografía no se ve pero, a nuestros pies, el castillo de arena que hemos hecho lo está derribando el oleaje de la marea. Lo divertido son nuestros intentos por salvarlo, apuntalando las murallas con más arena y achicando el patio con las manos. La fotografía muestra el placer de estar juntos bajo el sol, de vacaciones. Pero también la alegría de emprender una tarea con alguien a quien uno quiere, incluso si esa tarea excede tus posibilidades.

—¿Tess?

Está aquí. No solo en el recuerdo que la fotografía evoca. Ha sido ella quien la ha tirado al suelo.

Me arrastro hasta el cuarto de baño y me meto un dedo en la garganta. Vacío mi estómago de agua del grifo teñida de rosa por los tranquilizantes. Cuando tiro de la cadena, la cosa pesada que había en mi sangre se va con ellos.

Durante un momento, permanezco reclinado en la pared de baldosas con las piernas extendidas. Si no me muevo, me resulta fácil fingir que este no es mi cuerpo. Ninguna orden podría hacer que alguna parte de mí se moviera.

«Ven a buscarme».

Vuelvo a ser el antiguo David, el hombre de inacción que Diane seguramente hizo bien en abandonar. Porque todavía queda algo por hacer. Una tarea ciertamente imposible: encontrar y rescatar a alguien muerto —o medio muerto— del limbo más oscuro.

Está, por ejemplo, la cuestión de no saber siquiera por dónde empezar.

Me meto en la ducha completamente vestido. Las referencias librescas y los fragmentos de poemas se deslizan por mi piel como si fueran aceite. Pronto no quedará nada.

Salvo la sensación de que no estoy solo.

Abro los ojos bajo el agua caliente. El vapor no solo ha empañado las paredes de cristal de la ducha, sino que además la espesa neblina ha invadido todo el cuarto de baño.

No hay nada, pero sigo mirando de todos modos.

Y, de repente, veo aparecer a Tess.

Temblando de hambre y de miedo, y con la piel amoratada por el frío. Extiende la mano hacia mí, pero el cristal la detiene. Oscuras líneas surcan las palmas de sus manos cual viejos mapas.

—¡Tess!

Ella abre la boca para decir algo, pero unos brazos la rodean y vuelven a llevársela hacia la niebla.

Unos brazos demasiado largos y grotescamente musculados para ser humanos. Oscurecidos por un pelo grueso como un pelaje. Y con las uñas manchadas de tierra como las de una bestia.

*T*ras cambiarme de ropa y aclararme —al menos parcialmente— la cabeza, cojo la cámara digital que el médico me dio en Venecia y descargo la filmación que hice del hombre de la silla en mi ordenador portátil. Hasta que termino no soy consciente de la razón por la que lo hago.

«Esto es importante».

Todavía no sé por qué. Pero es en lo único en lo que insistió el médico: «Para usted». Quienquiera que estuviera dándole instrucciones quería que yo lo tuviera, que enfocara al hombre de la silla y grabara lo que hacía y decía. ¿Para qué si no me dieron una cámara en primer lugar?

Así pues, ¿qué hizo y dijo el hombre?

Miro la grabación en la pantalla de mi portátil. Su realidad resuena en mí de un modo que ni las noticias o el documental más gráfico han hecho nunca. Es como un impacto físico en el pecho que me obliga a reclinarme en el sofá. No son solo los perturbadores sonidos y las imágenes. Hay algo en el efecto de la grabación que es distintivo de su contenido. ¿Cómo decirlo? Una especie de aura que emana del dolor que lo origina. Un subliminal atisbo de caos. Una Corona Negra.

Están las voces, las palabras, los torturados forcejeos del cuerpo. Pero lo único que anoto en mi cuaderno es la lista de ciudades y números que, según la voz, serán relevantes el 27 de abril. Pasado mañana.

Nueva York 1259537

Tokio 996314

Toronto 1389257

Fráncfort 540553

Londres 590643

La presencia me ofreció esto a modo de anticipo de lo que está por venir. Una instantánea del imperceptible futuro que, si está en lo cierto, demostrará sus habilidades, su poder. Su realidad.

La grabación avanza y he de cerrar los ojos cuando el rostro del hombre se convierte en el de mi padre. Eso no evita, sin embargo, que oiga su voz.

«Deberías haber sido tú».

Por terrible que resulte interpretar sus palabras, no puedo evitar la sensación de que se refiere a algo todavía peor que el deseo de que me hubiera ahogado yo en vez de mi hermano.

Rebobino la grabación. Vuelvo a reproducirla. Esta vez mantengo los ojos abiertos.

Contemplo su imagen en la pantalla y no tengo la menor duda de que se trata de mi padre, que me habla desde dondequiera que fuera cuando lo enterramos. Y me está

revelando un secreto que todavía no puedo comprender. Una invitación a ir en su busca, casi tan irresistible como la de Tess.

Cuando la grabación termina, cierro el portátil y vuelvo a guardarlo en su bolsa de viaje de piel. Luego meto la cámara en un viejo saquito de joyas de Diane y coloco ambas cosas en un maletín. Pienso en dejarlo en el estante más alto de mi armario, pero algo me dice que requiere un lugar más seguro. En mi apartamento no hay escondites suficientemente buenos.

Salgo a la calle con la absurda idea de ir a una casa de empeños y comprar unas esposas para atármelo a la muñeca. Mientras me dirijo a una, sin embargo, se me ocurren mejores ideas. Lo que he de hacer es esconderlo en un lugar al que no pueda acceder hasta el día 27, cuando la predicción que contiene demuestre ser verdadera o falsa sin que yo pueda alterarla de ningún modo.

¿Hay cajas de seguridad suficientemente grandes para un maletín? Durante las siguientes tres horas descubro que, si uno está dispuesto a pagarlas, los bancos tienen cajas de seguridad suficientemente grandes para un coche.

Y también que, por dinero, hacen prácticamente lo que haga falta. Por ejemplo, tanto si uno tiene una cuenta en un banco como si no, puede guardar sus pertenencias en la caja de seguridad de una cámara que solo puede abrirse con un código numérico propio. Yo elijo una sucursal del Midtown en la que nunca había entrado antes. Mediante un documento preparado por el entrecano socio sénior de un prominente bufete de abogados, se estipula que ningún empleado del banco (ni el director de la sucursal) permitirá que nadie pueda acceder a la caja de seguridad hasta el 27 de abril. Luego el director firma copias para el banco, el bufete de abogados y otra para mi bolsillo. Este documento es una garantía escrita de que la caja no se abrirá durante al menos noventa y nueve años a no ser que me presente yo (o alguien con un permiso firmado por mí y el código numérico). Me ofrecen incluso una taza de un café más que decente mientras espero a que se haga todo.

De vuelta a casa, llamo a un tipo que conozco del servicio técnico de la Universidad de Columbia. Tras una breve e insustancial chachara sobre el calor que hace, le hago algunas preguntas. En concreto quiero saber si es posible alterar la fecha en la que se ha realizado una grabación descargada en un disco duro, o bien hacer desaparecer cualquier registro de que la descarga ha tenido lugar.

Se queda un momento callado, y no puedo evitar imaginar la conversación que debe de tener lugar en su cabeza:

«Pregunta: ¿Por qué querría saber eso un profesor de literatura?

»Respuesta: Porno».

Finalmente, me contesta que no. Sería «jodidamente difícil» borrar por completo el registro de una descarga o cambiar la fecha en la que ha tenido lugar. «Esas cosas siempre dejan rastro», añade a modo de guiño verbal; una advertencia para la próxima vez que quiera mirar algo sucio en internet sin que mi esposa lo descubra.

Lo que no le digo es que mi esposa me ha abandonado. Ni tampoco que no

quiero borrar la descarga. Lo que quiero es asegurarme de que la fecha de la grabación descargada a mi portátil dice lo mismo que la fecha de la grabación misma: que el documento recoge acontecimientos —en los que se mencionan unas ciudades y unos números determinados— que sucedieron antes del 27 de abril.

Como un mago mostrando que no lleva nada escondido en las mangas, me siento como si hubiera hecho todo lo posible para establecer las condiciones de un truco auténtico. Si soy capaz de averiguar qué significan las ciudades y los números, y si se corresponden a una realidad verificable, la magia de la grabación será real.

Y, tal y como dice el sacerdote Guazzo en su *Compendium Maleficarum*, si los milagros son el modo que tiene el Salvador de demostrar su identidad, la magia es la forma mediante la cual el demonio demuestra la suya.

Más tarde, me dirijo a otra iglesia: la nuestra (si bien solo de forma nominal, pues nuestra asistencia se ha limitado a tres de las últimas cinco nochebuenas y a una donación desde la cuenta personal de Diane). Se trata de la iglesia de St. Paul y St. Andrew, en la calle Ochenta y seis oeste. La escogió Diane por su congregación progresista y su denominación confusamente inofensiva (metodista unida). Es una comunidad que elegimos pero a la que, en la práctica, no pertenecemos.

Hoy, sin embargo, sirve a un propósito. El funeral de Tess. Lo ha organizado Diane a toda velocidad, y me avisó ayer en un correo electrónico en el que decía cosas como «curación», «proceso» o «aceptación». He venido por ella, para ofrecer un frente paternal unido. Es lo que se hace en ocasiones como esta: hacer acto de presencia.

No obstante, ahora que estoy aquí me doy cuenta de que no puedo entrar. Desde el otro lado de la calle de la torre octogonal del edificio (cuyo aspecto —advierto hoy por primera vez— resulta amenazadoramente veneciano), veo a colegas con trajes oscuros, amigos periféricos y miembros de la familia extendida de Diane cargando coronas funerarias por los escalones y a través de las puertas de la iglesia, amplias y oscuras como una garganta. Unirme a ellos supondría admitir que Tess está muerta. Si no lo está, eso la alejaría de mí. Y si lo está, no necesito la ayuda de seudodesconocidos para recordar quién era.

Veo cómo el último de ellos se guarda el teléfono móvil en el bolsillo y entra en la iglesia. Antes de que comience a alejarme, sin embargo, Diane sale a la calle. Debía de estar en la puerta, recibiendo a los invitados, dejando que le dieran palmaditas en el dorso de la mano y contestando cosas adecuadas que con tanta credibilidad sabe repetir. Ahora, mientras el órgano comienza el preludio, ha salido a echar un último vistazo. A ver si yo aparecía.

En su rostro no se percibe nada. Es una expresión más honesta que la ofrecida a los que están dentro. Me doy cuenta de que es esa sensación de vacío lo que le resulta intolerable, y que el funeral de hoy forma parte de su esfuerzo por intentar rellenar ese espacio. Con actividades, con palabras, con el ajetreo de ir de acá para allá.

Levanta la palma de la mano como si quisiera enseñarme las líneas que la surcan y

me invitara a leer su significado. Es un medio saludo, o quizá solo un movimiento del brazo accidental o involuntario. Luego vuelve a entrar en la iglesia y las puertas se cierran desde dentro.

Cuando llego a la calle de mi apartamento, advierto que hay alguien esperándome en la puerta del edificio.

O, mejor dicho, cerca de la entrada hay un hombre de unos treinta y tantos años de pie con las manos en los bolsillos que levanta de vez en cuando la mirada hacia el tráfico como si esperara un taxi pero que, cuando aparece uno, le da la espalda como si hubiera cambiado de parecer. Y lo cierto es que, cuando lo veo tras doblar la esquina de la avenida Columbus, no advierto indicación alguna de que me esté aguardando. No lo había visto nunca. Y, al menos a esta distancia, resulta completamente anodino: camisa blanca de algodón remangada, vaqueros de fin de semana, pelo oscuro y corto. No es alto pero sí robusto. Diría que se trata de una complexión acostumbrada a dar y recibir golpes. Puede que sea exmilitar. Y puede que desempeñe uno de los rudimentarios trabajos a los que se dedican tantos antiguos soldados en Nueva York: conductor de limusinas, seguridad personal, portero, camarero.

¿Qué lo hace destacar, pues? La falta de distinción. La postura. La manera en que lleva la camisa por dentro. La calculada mueca de su labio inferior. Es alguien que ha sido entrenado para no destacar. Y, teniendo en cuenta las visitas que he recibido esta última semana, si un hombre como este se halla junto a la puerta de mi casa, es que me está esperando a mí.

Curiosamente, cuando me acerco a él no parece reparar en mí. No me habla hasta que ya lo he dejado atrás.

—¿David Ullman?

—¿Quién es usted?

—Me llamo George Barone.

—No me suena.

—No debería.

Me lo quedo mirando un momento.

—*Es vos vir aut anima?* —le pregunto en latín. «¿Es usted hombre o espíritu?».

No parece comprender la pregunta. Ni tampoco sorprenderse porque me haya dirigido a él en una lengua muerta.

—¿Puedo invitarlo a un café? —dice—. La calle no es el mejor lugar para conversar.

—¿Quién dice que estamos conversando?

—Estoy seguro de que en este vecindario hay muchas cafeterías. Me encantaría que me llevara a su favorita —responde, ignorando mi pregunta y acercándose a mí hasta que su hombro está junto al mío. De lejos, debemos de parecer una pareja de viejos amigos decidiendo si se dirigen a la derecha o a la izquierda para ir a tomar algo.

—¿Por qué debería hablar con usted? —le pregunto.

—Es por su bien.

—¿Quiere ayudarme?

—Yo no diría tanto.

Normalmente, tras un encuentro como este con un desconocido me largaría. Ahora, sin embargo, he de abrir todas las puertas y aceptar todas las invitaciones. Aunque no parezca que estas vayan a conducir a nada bueno.

Para llegar hasta Tess, tendré que decir que sí a todo.

«Es un viaje que debes hacer tú mismo».

—Claro que sí —digo—. Por ahí hay una buena cafetería.

Caminamos hacia el oeste en dirección a la avenida Amsterdam y, una vez allí, entramos en The Coffee Bean, donde encontramos una mesa junto a la ventana. El hombre que se llama a sí mismo George Barone me invita a un *cappuccino*, pero él no pide nada.

—Una úlcera —me explica cuando me trae el café y se sienta delante de mí.

Se muestra relajado y amigable; o más bien aparentemente relajado y amigable. No soy ningún experto en la cuestión, pero hay algo en este hombre que sugiere capacidad de violencia y la disposición a llevar a cabo encargos impensables. Lo que lo delata es el hecho de que me preste atención únicamente a mí. Ninguna chica guapa —o chico atractivo— que pasa cerca de nuestra mesa atrae su mirada. Cuando a un camarero se le cae al suelo una bandeja con tazas, ni siquiera parpadea. Su atención es como la de un ave de presa.

—El estrés —digo— suele ser el causante de las úlceras.

—Mi médico dice otra cosa.

—¿Ah, sí? ¿Qué dice?

—Café. Cigarrillos. Alcohol. Me recomienda que evite los placeres.

—Lamento oír eso.

—No lo lamente. Me mantiene despierto.

—¿A qué se dedica, señor Barone? ¿Para qué se mantiene tan despierto?

—Soy autónomo.

—¿Escribe?

—No.

—¿Se dedica a algo más práctico, pues?

—Persigo. Digámoslo así.

—Un perseguidor profesional. ¿Y su presa actual soy yo?

—Solo indirectamente.

Se queda un momento callado, como si fuera yo quien debiera decirle algo a él. Doy un trago a mi café. Lo remuevo. Añado azúcar. Vuelvo a removerlo.

—¿Es usted un asesino? —pregunto por último.

—¿Todavía está usted vivo?

—Que yo sepa, sí.

—Entonces no se preocupe al respecto.

—¿Qué debería preocuparme, pues?

—Nada. Si me ayuda, nada de nada.

Toca la mesa con la punta del dedo, recoge un grano de azúcar y se lo queda mirando como si estuviera determinando la calidad de un diamante cortado.

—El hombre que vio en Venecia —dice—, ¿sabe quién era?

—¿Qué sabe usted de eso?

—En algunos aspectos, bastante. Aunque solo conozco los detalles que me han de ayudar en mi tarea. Estoy seguro de que tiene usted preguntas que no puedo responder.

—¿Para quién trabaja?

—Como esa, por ejemplo.

—¿La Iglesia? ¿Sabe quién envió a esa mujer a mi despacho?

—No sé nada de ninguna mujer. Solo estoy al tanto de nosotros dos. Aquí. Ahora.

Y es cierto. Solo está al tanto de nosotros dos. Su relajada concentración anula el resto del mundo como si se tratara de la mirada de un hipnotizador.

—Eso es muy budista —digo.

—¿Ah, sí? Ni idea. No soy más que un monaguillo de Astoria con un trabajo pendiente.

—De modo que es usted una especie de matón del Vaticano.

—Espero que no esté siendo irrespetuoso.

—¿Para quién iba a trabajar si no? ¿Acaso el diablo contrata matones, perdón, perseguidores como usted? En cualquier caso, me pagaron un billete en primera clase, ¿sabe? Ignoro cuánto le pagan a usted por acosarme, ha de pedir un aumento.

—Se lo vuelvo a preguntar —dice, haciendo caso omiso de mi ataque—. ¿Sabe quién era el hombre del 3627 de Santa Croce?

—¿Era? ¿Qué le ha pasado?

—Suicidio. O, al menos, eso es lo que han dictaminado las autoridades. Últimamente sufría depresión y su comportamiento era extraño y errático. Luego desapareció por completo. Un caso bastante fácil de resolver.

—¿Cómo murió?

—De forma dolorosa.

—Explíquese.

—Ingestión tóxica. Ácido de batería, para ser precisos. Algo de lo que no es fácil tragar un litro, aunque tu objetivo sea morir. Créame, eso quema.

—Puede que lo ayudara alguien.

—Muy bien. Parece que por fin comienza a entenderlo, profesor.

—Usted cree que fue asesinado.

—No en el sentido convencional.

—¿Cuál es el sentido no convencional?

—Juego sucio —dice, y la expresión que ha utilizado lo hace sonreír—. Lo más

seguro es que hubiera juego sucio.

—Lo hizo usted.

—No, yo no. Algo mucho peor.

Noto que mis rodillas comienzan a repiquetear bajo la mesa y me lleva un segundo volver a separarlas.

—No ha contestado a mi pregunta —dice entonces el Perseguidor.

—Se me ha olvidado que había hecho una.

—¿Sabe quién era?

—No.

—Entonces déjeme decírselo. Era usted.

—¿Cómo dice?

—El doctor Marco Ianno.

—Ese nombre me suena.

—Lo suponía. Era profesor, como usted. Daba clases de Estudios Bíblicos en la Universidad de Sapienza desde hacía varios años. Dos hijos. Casado. Muy apreciado en su país natal por su defensa de la Iglesia (aunque, curiosamente, él no era miembro). Sus textos tratan sobre la necesaria relación entre la imaginación humana y la fe.

—Parece una de mis clases.

—Vuelve a dar en el clavo. Está claro que no dan esos doctorados a cambio de nada.

—¿Por qué me está contando todo esto? ¿Ha venido a hacerme una advertencia?

—No soy ningún mensajero.

—Entonces ¿qué quiere de mí?

Presiona el grano de azúcar de su dedo contra la mesa y se oye un pequeño crujido.

—Si no me equivoco, tiene usted un documento —dice.

—Tengo muchos. Debería ver mi despacho.

—Puede que sea un documento escrito, o quizá una fotografía. Mi apuesta, sin embargo, es que se trata de un vídeo. ¿Estoy en lo cierto?

No contesto. Él se encoge ligeramente de hombros, como si estuviera muy acostumbrado a esta reticencia inicial.

—Sea lo que sea —continúa—, cogió usted algo en esa habitación de Venecia y me gustaría que me lo diera.

—A ver si lo adivino. Me va a ofrecer por ello una suma astronómica que escribirá en esta servilleta.

—No. Es el problema de la contabilidad, deja rastros de papel. De esta transacción no puede quedar ninguna huella.

—¿Y se supone que debo entregarle esa cosa, ese documento, sin más?

—Así es.

—¿Cuál es mi motivación?

—Posiblemente, evitar el destino del profesor Ianno. Y a mí, claro está. Evitarme a mí.

—Váyase al infierno.

En su rostro se produce una fugaz transformación. Sucede tan deprisa que, por un momento, creo haberlo imaginado. Una especie de tic en lo alto de su mejilla. Su disposición ha cambiado.

—Esta no es la manera más inteligente de actuar, David.

—Hubo un tiempo, no hace mucho, en el que un tipo como usted diciendo las cosas que está diciendo me habría asustado. Ya no.

—Le sugiero que reconsidere eso.

—¿Por qué?

—Porque debería asustarlo. Y, si no lo hago yo, hay otras cosas. Cosas verdaderamente extraordinarias.

—Las que mataron a Marco Ianno.

—Sí.

—¿Controla usted esas cosas?

—No. Nadie lo hace. Pero parecen estar interesadas en usted.

Levanto mi taza, pero la visión del café fangoso y la isla flotante de leche me provoca una arcada.

—El hombre de esa habitación estaba mentalmente enfermo —digo—. Era vulnerable a que lo convencieran a realizar cosas imposibles.

—Todos somos vulnerables. —El Perseguidor casi sonríe—. Quizá nadie más que usted.

—Ianno se suicidó.

—Eso mismo dicen de Tess. Y, con toda probabilidad, también lo dirán de usted.

—¿Me está amenazando?

—Sí. Lo estoy haciendo.

Me pongo en pie. Al hacerlo, mis rodillas golpean la mesa y tumban la taza de café. El *cappuccino*, todavía caliente, se vierte y cae sobre las piernas del hombre. Debe de haberlo quemado, pero ni siquiera parpadea. Cuando me dispongo a marcharme, me coge de la muñeca.

—Deme el documento.

—No sé de qué me está hablando.

Puedo notar cómo los demás clientes se vuelven hacia nosotros. Él, en cambio, no parece advertirlo.

—No me ha entendido bien —dice con lentitud y paciencia—. No soy una molestia a la que simplemente puede dar la espalda.

Me suelta la muñeca. Espera que me vaya, pero en vez de eso me inclino hacia él hasta que nos separan apenas unos centímetros.

—Me da igual lo que haga. No pienso darle nada —repongo—. Cuando uno pierde lo que yo he perdido, se aferra a lo que le queda. En mi situación actual, ya no

necesito protegerme, pues ya no tengo nada que proteger. Así que adelante. Venga a por mí. Y dígales a sus jefes que se jodan, ¿de acuerdo?

Y me marchó.

Recorro una manzana y media de la avenida Amsterdam y luego doblo la esquina para tomar mi calle. En ningún momento vuelvo la vista atrás, pero sé que, incluso después de que yo haya girado en la esquina, el tipo sigue observándome.

Estoy tan seguro de ello como de que yo conocía al doctor Marco Ianno.

En Venecia no reconocí al hombre de la silla, pero al oír hace unos instantes el nombre de Marco Ianno, lo he recordado. Este colega fue testigo del momento menos profesional de mi carrera.

Sucedió en una conferencia inusualmente pomposa que tuvo lugar en la Universidad de Yale hará unos siete u ocho años. Se rumoreaba que se trataba de un encuentro financiado por Roma. «Futuro/Fe» era su título, como si la fe fuera un producto venido a menos y estuviera necesitado de una imagen de marca con más gancho (lo cual supongo que es cierto). Los más importantes académicos, filósofos y expertos de todo el mundo se reunieron para discutir «los problemas a los que se enfrenta el cristianismo en el nuevo milenio». Mi trabajo consistía en ofrecer una versión más concisa y en PowerPoint de mi conferencia habitual sobre cómo el Satán de Milton es un temprano defensor de la disolución del patriarcado. «El diablo tiene problemas paternas», comenzaba diciendo para ganarme a la audiencia.

Después de mi charla, se encendieron todas las luces de la estancia para un breve turno de preguntas y respuestas. El primero en ponerse en pie fue un teólogo cuyo trabajo conocía, un sacerdote ataviado para la ocasión con el hábito completo — alzacuello incluido—, y que era conocido por ser uno de los consejeros del Vaticano encargados de idear defensas que contrarrestaran las progresivas modernizaciones que estaba sufriendo la doctrina de la Iglesia. Se mostró educado y me hizo una sencilla pregunta sobre una cita o algo acerca de lo que no había podido tomar nota. Sin embargo, algo en ese hombre me puso instantáneamente en su contra. Mis respuestas a sus preguntas posteriores se fueron volviendo cada vez más agresivas, hasta que, al cabo de unos minutos, estaba insultándolo abiertamente desde el atril («¡Puede que eso que lleva alrededor del cuello impida que el oxígeno le llegue al cerebro, padre!»). De repente, pareció que la estancia comenzaba a agrandarse y a contraerse como si se tratara del fuelle de un gigante. Yo estaba fuera de control y no podía parar. Era como si, de forma involuntaria, estuviera interpretando un papel, alguien completamente distinto de mí. Recuerdo el sabor herrumbroso en mi boca cuando me mordí el interior de la mejilla y comencé a sangrar.

Y entonces todo se volvió todavía más extraño.

El sacerdote se me quedó mirando, desconcertado, como si acabara de advertir algo en mí. Retrocedió un paso y chocó con las piernas de quienquiera que estuviera sentado detrás. Tuvo que extender y agitar los brazos para no perder el equilibrio.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

Y no pude responder. No pude, porque ya no lo sabía.

—¿Profesor Ullman? —dijo una nueva voz procedente del fondo del auditorio en un tono amable y que transmitía empatía.

Era una voz con acento perteneciente a un hombre que se acercaba a mí con tal determinación y una sonrisa tan familiar que, cuando finalmente llegó a mi lado y me

cogió por el codo, tuve la sensación de que lo conocía de toda la vida.

—Me temo que el tiempo asignado ya ha terminado —dijo el doctor Marco Ianno mientras, con un movimiento de la cabeza, le indicaba a la gente de la primera fila que «él se encargaba de eso». ¿Qué le parece si vamos a tomar un poco de aire fresco, profesor Ullman?

En cuanto salimos al patio, volví a sentirme yo mismo. O, en cualquier caso, lo suficientemente cerca de mí mismo para darle las gracias a Ianno y asegurarle que ya estaba bien y que solo necesitaba regresar a mi habitación para descansar. Fue el final de una actuación vergonzosa, por la que más adelante pedí perdón por escrito con la falsa excusa de una fiebre repentina. Un episodio inquietante, sin duda, pero que ya había quedado atrás.

Y, sin embargo, Ianno, un hombre al que solo conocía por sus escritos y al que no volvería a ver hasta la habitación de Santa Croce, me llamó tiempo después de marcharse de aquel frío patio de New Haven y me dejó un mensaje que tomé por una mala traducción del italiano y que no he recordado hasta que el Perseguidor ha mencionado su nombre hace unos minutos.

«Lo que le sucedió en Yale también me ha pasado a mí —dijo—. Creo que estábamos equivocados al considerarlo meras palabras, profesor».

No voy directamente a casa. No es que me preocupe que el Perseguidor me siga o eche la puerta abajo cuando esté dentro. Eso no serviría de nada: sabe que lo que busca no se encuentra en el apartamento. Lo más probable es que ya lo haya registrado. Seguramente ha mirado en los lugares más obvios. Ahora quiere que le diga lo que necesita saber. La próxima vez empleará métodos de persuasión más duros.

¿Por qué no le doy el documento a George Barone y ya está? No me costaría nada. Y creo que si lo hago me dejaría en paz. Le preocupaba dejar algún rastro, y matar a un profesor de la Universidad de Columbia dejaría más restos que un pago en efectivo. Nada más fácil que acompañar a mi Perseguidor a la sucursal del Chase Bank de la calle Cuarenta y ocho con la Sexta Avenida dentro de un par de días (cuando las instrucciones legales me permiten volver a acceder a la caja de seguridad) y entregarle el ordenador portátil y la cámara, únicas pruebas de mi conversación con el fallecido doctor Ianno.

Pero no puedo hacerlo. Porque, si el Perseguidor quiere esa grabación —o si quienquiera que le está pagando su tarifa la necesita tanto como parece—, es que tiene un valor. Sin él, puede que no me hagan más visitas ni sea receptivo a más señales. Aunque quedarme con lo que el Perseguidor ha llamado documento me ponga en peligro, no tengo otra alternativa que hacerlo y seguir siendo un objetivo. Solo si me buscan podré mantener mi papel en esta historia. Y si bien no tengo ni idea de por qué andan detrás de mí, he de permanecer en el espectáculo para encontrar un modo de llegar a Tess.

Una cosa está más clara ahora que el Perseguidor se ha presentado: hay menos

tiempo del que imaginaba.

Llamo a O'Brien. Ella descuelga el teléfono a mitad del primer timbrado.

—¡David! —dice aliviada—. ¿Dónde estás?

—Aquí, en Nueva York.

—Entonces ¿por qué me estás evitando? Soy tu amiga, capullo.

—Lo siento.

—¿Qué sucede?

—No estoy seguro de cómo explicarlo.

—No hace falta que te diagnostiques a ti mismo, solo dime qué has estado haciendo, porque sé que sucede algo. Tu viaje sorpresa a Venecia, lo que sucedió con Tess, la ausencia de llamadas desde tu regreso... No es propio de ti, David.

—Estoy hecho un auténtico lío.

—Claro que estás confuso. Lo que te ha sucedido es inimaginable.

—No es solo lo de Tess. Hay... aspectos de su desaparición que no puedo explicar.

—¿Desaparición? Fue un suicidio, David.

—No estoy tan seguro.

Se queda un momento callada, asimilando lo que he dicho.

—¿Te refieres a cómo paso?

—Me refiero al por qué.

—Está bien. ¿Qué más?

—He tenido... visitas.

O'Brien permanece en silencio, considerando lo que acabo de decir. Y dándome la oportunidad de contárselo todo. De repente, sin embargo, temo que si lo hago por teléfono, en la calle, pueda oírnos alguien. Puede que el teléfono esté intervenido. «Hoy en día es muy fácil hacerlo, ¿no?». Y lo último que quiero es poner en peligro a mi amiga. Ya tiene suficiente con lo suyo como para que encima el Perseguidor llame a su puerta.

—Estás verdaderamente raro —afirma ella.

—Tienes razón. Toda esta cháchara emocional y sin procesar se está convirtiendo en algo retorcido y paranoide. Pero no es más que eso, cháchara.

O'Brien se queda callada. Parece comprender que mi reticencia a decir nada más no se debe a un cambio de tema, sino a mi preocupación por la privacidad. En cualquier caso, cuando vuelve a hablar lo hace en un código que solo conocemos nosotros dos.

—Bueno, me gustaría que nos viéramos —dice—, pero ahora mismo estoy hasta el cuello corrigiendo tesis, y también tengo pendiente poner nota a un montón de exámenes de estudiantes de primer año. Un verdadero pandemonio.

Esa palabra. El palacio de los demonios. Nuestro lugar de encuentro.

—Lamento oír eso. Habría estado bien vernos.

—Sin duda. Otra vez será. Pronto, ¿de acuerdo? Cuídate, David.

—Gracias. Tú también.

Cuelga.

Y yo tomo un taxi.

—A la estación Grand Central —le digo al conductor, y este se adentra en la corriente de tráfico que se dirige al centro.

Al menos, se suponía que nos dirigíamos al centro. El conductor debe de ser nuevo. O va colocado. O tal vez ambas cosas. Tras recorrer un tramo de la avenida Columbus en dirección sur, hace un brusco e inesperado giro a la izquierda que me empuja hacia la puerta. Luego da la vuelta a la manzana y, cuando tiene la oportunidad de corregir la trayectoria, sigue adelante en dirección a Central Park West.

—Le he dicho Grand Central. La estación de tren —exclamo a través del receptáculo para pagar del panel de plexiglás—. ¿Acaso sabe algo que yo no sé?

No me contesta. En un momento dado, se acerca a la acera y se detiene a la altura de la calle Setenta y pico.

—¿Por qué ha parado?

Golpeo el plástico. No se vuelve.

—Siga avanzando —digo señalando hacia delante.

—Ya ha llegado —dice el conductor en un tono de voz apenas audible, pero suena como si se acabara de operar de los dientes y tuviera la boca entumecida y babeante.

—Voy al centro.

—Este es el lugar al que... ha de ir.

No se mueve. Por el espejo retrovisor, solo una parte de su rostro es visible. Y la mitad de este queda oscurecida por unas gafas de sol y la barba, negra y larga hasta el pecho como las que llevan en Oriente Medio. Abreviando, tiene aspecto de taxista.

Salvo por la lengua que asoma entre sus labios, reluciente y obscena. De repente, el tipo comienza a agitar la punta como si estuviera saboreando el aire.

En cuanto salgo y cierro de un portazo, sale pitando. Intento memorizar el número de la matrícula, pero casi al instante se pierde entre el tráfico. Un maltrecho coche amarillo entre tantos otros.

Me encuentro media manzana al norte de la calle Setenta y dos. Frente a la fachada del majestuoso edificio de apartamentos Dakota que da al parque. No en el extremo sur en el que dispararon a John Lennon (lugar de visita para una incesante cantidad de morbosos turistas), sino en el norte, famoso por nada. Si el conductor quería que viera el escenario de uno de los crímenes más famosos de Nueva York, se ha equivocado en eso también.

Decido que detrás de esto hay algo.

Es un acto tanto de voluntad como de deducción. Ya no hay accidentes, solo significados y profecías. De la noche a la mañana, me he convertido en un intérprete fundamentalista de esos que creen ver confirmaciones del Gran Plan por todas partes (ya sea en la cara de la Virgen María que se adivina en el perfil de una nube o en la disposición de las letras de pasta en una sopa).

Me ha dejado en la esquina norte del edificio Dakota. Norte del Dakota.

Dakota del Norte.

El mapa que cuelga de la pared de la habitación de Tess. El estado que seleccionó para su proyecto escolar. O, ahora que lo pienso, el estado que le asignaron.

—¿Por qué Dakota del Norte? —Recuerdo que le pregunté el día que trajo el mapa a casa y comenzó a buscar cinta adhesiva para poder pegarlo.

—No lo sé. Lo eligieron por mí.

—¿El profesor?

—No —dijo, haciendo ver que estaba abstraída rebuscando en un cajón de la cocina.

—Entonces ¿quién, cariño?

No me contestó, pero sus hombros se tensaron como si la respuesta hubiera acudido a su mente justo antes de coger el celo del cajón y correr hacia su cuarto. Así es como recuerdo el momento ahora, si bien entonces no me pareció más que otra muestra de la impaciencia de una preadolescente ante la insistencia de su padre.

Ahora tiene otro significado.

Si la razón de mi deambular es buscar señales, puede que esta sea una de ellas. Tanto si forma parte del equipo de los buenos como del de los malos, el conductor me ha traído aquí por alguna razón. Al igual que los apóstoles, se supone que he de ver significados en las coincidencias. Tengo que hacerlo, por el bien de Tess.

Fe ciega. Aunque en mi caso no se trata de fe en el Paraíso, sino en aquellos que están en guerra con él.

No llamo a nadie. ¿A quién podría llamar? Diane no tiene por qué saberlo. Y aunque Tess no está, puede que ella ya lo sepa.

Luego está O'Brien, a la que acabo de dejar plantada. Le enviaría un SMS para avisarla de que no llegaré, pero estoy en el metro en dirección a mi despacho de la universidad. Una vez ahí, cojo rápidamente la única cosa que puede serme de utilidad aparte de las tarjetas de crédito: libros. Me apresuro a reunir unos cuantos volúmenes sobre demonología de mi biblioteca personal y los meto en un maletín de piel. *El Paraíso perdido*, *La anatomía de la melancolía*, la Biblia del rey Jacobo, y un mapa de carreteras de Estados Unidos, sin relación alguna con los demás libros pero igual de necesario.

Dejo atrás el campus y, en el mismo barrio de Harlem, me compro un coche. Alquilar resultaría más barato, pero temo que mi paradero sea más fácil de localizar si estoy obligado por Budget o Avis a devolver su propiedad en algún lugar. Y hay una tienda de coches usados en la calle Ciento cuarenta y dos, cerca de un buen restaurante mexicano (en el que también preparan buenos margaritas y al que O'Brien y yo hemos ido varias veces). Resulta que se puede pagar el importe completo con tarjeta de crédito y no me piden identificación alguna cuando utilizo el nombre de John Milton en los formularios de registro.

Seguramente, lo mejor sería comprar un coche lo más anodino posible, uno japonés de cuatro puertas y de color gris o *beige*. En vez de eso, sin embargo, opto por un Mustang negro. No un modelo antiguo, sino uno nuevo, más voluminoso. Tiene dos años y, aparentemente, apenas doce mil kilómetros. Lleva los tapacubos cromados y los asientos tapizados con un estampado de leopardo. Sutil como coche de traficante de drogas, pero sin duda llamativo para las autopistas y las carreteras secundarias de la Norteamérica de hoy. Nunca he conducido un coche como este —nunca he sido muy de coches, la verdad—, pero ahora, mientras deambulo entre Mercedes embargados y enormes todoterrenos, la contradicción de alguien como yo, con sus gafas de montura metálica y sus pantalones Levi's anchos (una apariencia de permanente estudiante universitario, solía decir Diane) y un deportivo macarra me resulta atractiva. Es algo divertido. Si Tess estuviera aquí, también se lo parecería. Y se apresuraría a sentarse en la piel de imitación del asiento del acompañante y me diría que pisara el pedal a fondo. Así que eso hago en su honor. Quemo rueda y me dirijo hacia el sur en dirección a mi apartamento. Una vez ahí, meto algo de ropa en una bolsa. También el diario de Tess.

Luego enfilo de vuelta hacia el norte, salgo de Manhattan por el puente de George Washington y tomo la I-80 en dirección oeste, la primera de una red de carreteras interestatales que, con los letreros de ¡BUENA COMIDA! De las cafeterías y los de ¡NIÑOS ESTANCIA GRATUITA! De los moteles, viene a ser en sí misma un mundo propio repleto

de signos de exclamación. Una pavimentada entrada a espacios cada vez más abiertos y despoblados. Cambio las certezas inamovibles de Nueva York por las infinitas posibilidades de ciudades y pueblos menos estirados, las llanuras olvidadas. Dakota del Norte. El estado ignorado.

Ni por asomo llegaré hoy mismo, claro está. El cansancio acumulado me derriba en cuanto cruzo la frontera con Pensilvania, y comienzo a buscar un lugar en el que descansar. También desde el que llamar a O'Brien. No se merecía ese plantón, y probablemente esté preocupada. Sin embargo, tenía que salir de la ciudad inmediatamente, una urgencia que se ha visto alimentada por la aparición del Perseguidor y la oportuna pieza del puzle que ha supuesto el edificio Dakota.

Veo uno que parece estar bien. Área de picnic sin hierba, unos cuantos papeles de hamburguesa cayendo de los cubos de basura llenos hasta los topes. Me detengo en un extremo del aparcamiento y llamo a O'Brien.

—¿Estás bien? —me pregunta nada más descolgar. La preocupación de su tono triplica mi sentimiento de culpa.

—Sí. Siento de veras no haber aparecido esta tarde.

—Entonces has entendido mi código.

—Oh, sí. Ha estado bien, por cierto.

—Me estoy sonrojando.

—Iba hacia el centro cuando... he tenido que cambiar de idea.

—¿Qué ha pasado?

—¿Cómo contestar a eso?

—He recibido una señal —digo.

—¿Una señal? ¿Te refieres a una señal celestial?

—Oh, no, celestial no.

—David, ¿podrías decirme qué diantre te está pasando?

—¿Cómo contestar a eso? ¿Con la verdad? ¿La imposible verdad que me creo a medias pero que no me he permitido decir en voz alta o siquiera considerarla seriamente?

—Creo que Tess podría estar viva —afirmo.

—¿Es que has tenido noticias? ¿La ha encontrado la policía italiana? ¿La ha visto alguien?

—No, no, nadie la ha visto.

—¡Oh, Dios mío, David! ¿Se ha puesto en contacto contigo? —A continuación, su tono de voz se oscurece—. ¿Es un secuestro? ¿La ha raptado alguien?

«Sí, alguien la retiene».

—Nadie me ha llamado —digo en cambio—. La policía todavía no ha encontrado nada. De hecho, más o menos ha abandonado su búsqueda. Básicamente, ahora están esperando que aparezcan sus restos. Creen que está muerta.

—¿Y tú no?

—Parte de mí cree que sí. Pero hay otra parte que está comenzando a creer lo

contrario.

—Entonces ¿dónde está?

—En Italia, no. Y aquí tampoco.

—Está bien. Imagina que estoy sosteniendo un mapa. ¿Dónde debería mirar?

—Buena pregunta.

—¿No lo sabes?

—No. Pero tengo la sensación de que está viva, aunque sin estarlo realmente, esperando a que vaya a buscarla.

O'Brien respira hondo. Parece un suspiro de alivio. O quizá solo está haciendo el acopio de energía necesario para comenzar una sesión de terapia con un amigo que, con esas últimas palabras, ha confirmado estar loco de atar.

Al final, resulta ser otra cosa. Está reajustando su mente para poder seguir mi línea de pensamiento. No es que haya aceptado lo que le estoy diciendo. Simplemente, ha adoptado el modo de diagnosis.

—¿Te refieres a su espíritu? —comienza a decir—. ¿Es como un fantasma?

—No creo, no. Eso implicaría que está muerta del todo.

—Entonces se encuentra en el purgatorio.

—Algo así.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Ayer intenté suicidarme —respondo, y lo digo con total normalidad, como si acabara de confesar que me he lavado los dientes.

—Oh, David.

—No pasa nada. Tess lo impidió.

—¿Te refieres a su recuerdo? ¿Pensaste en ella y no pudiste hacerlo?

—No. Tess lo impidió. Tiró al suelo una foto que colgaba de la pared para hacerme saber que estaba allí. Y que yo debía hacer algo.

—¿Y qué es?

—Seguir señales.

—¿Cómo funciona eso exactamente?

—No hay nada exacto en ello.

—Entonces ¿cómo funciona inexactamente?

—Creo que debo abrir mi mente y utilizar lo que sé sobre mí mismo y sobre el mundo. Todo lo que he estudiado y enseñado, todo lo que he leído. Pensar y sentir al mismo tiempo. Abrir la tapa de mi imaginación para poder ver lo que me han enseñado a no ver (a mí y a todos).

—La oscuridad invisible —dice ella.

—Sí, puede que el lugar al que me dirijo sea el infierno. Pero si lo es, es posible que ahí también se encuentre Tess.

O'Brien vuelve a suspirar. Esta vez, sin embargo, sé lo que es. Un escalofrío.

—Lo que dices me está asustando —repite.

—¿Qué parte? ¿El hecho de que yo crea que Tess quiere que la busque en el

inframundo? ¿O que sea un enfermo mental y me haya largado de Nueva York?

—¿Puedo decir que ambas cosas?

Se ríe un poco después de añadir eso. No porque sea divertido, sino porque acaba de oír algunas cosas de las que cualquier persona en su sano juicio se reiría.

—¿Dónde estás ahora? —pregunta.

—En Pensilvania. En la carretera.

—¿Crees que Tess está ahí?

—Estoy conduciendo. Buscando señales que me acerquen a ella.

—¿Y vas a encontrarlas en Pensilvania?

—En Dakota del Norte, espero.

—¿Y eso?

—Es complicado. Me sentiría algo idiota si te lo contara.

—Si te digo la verdad, David, ya pareces algo idiota.

—Gracias.

—En serio. No sé qué pensar de todo esto.

—Que estoy loco.

—Puede que no del todo. Pero he de decir que estoy preocupada por ti. ¿Oyes lo que te digo?

—Sí, yo también estoy jodidamente preocupado.

Se hace un silencio. Oigo cómo O'Brien se prepara para ir a donde tenga que ir.

—¿David?

—Sí.

—¿Qué pasó realmente en Venecia?

—Tess se cayó —respondo. He decidido que ya le he contado demasiado—. La perdí.

—No me refiero a eso, sino a qué os llevó allí en primer lugar. A por qué Tess hizo lo que hizo. Tú lo sabes, ¿verdad? No crees que se tratara de un suicidio.

—No, no lo creo.

—Entonces cuéntamelo.

Quiero hacerlo, pero la historia de la Mujer Delgada, el hombre de la silla y la voz del Innominado puede que resulte demasiado inconcebible. Me arriesgaría a alienar el frágil vínculo que todavía mantengo con O'Brien, y necesito que esté de mi lado. Además, está la cuestión de su seguridad. Cuanto más sepa, en mayor peligro la estaré poniendo.

—No puedo —digo.

—¿Por qué no?

—Simplemente no puedo. Todavía no.

—Está bien, pero contéstame a una pregunta.

—Tú dirás.

O'Brien respira hondo. Lenta y ruidosamente. No parece querer hacerme ninguna pregunta pero, al mismo tiempo, no puede apoyarme si no la hace.

—¿Has tenido algo que ver con lo que le ha pasado a Tess?

—¿Algo que ver? No te entiendo.

—¿Le has hecho... daño, David?

Por desconcertante que me resulte esa pregunta, inmediatamente entiendo por qué me la hace. Mi discurso sobre señales, espíritus y purgatorios podría deberse a mi sentimiento de culpa. Sin duda, O'Brien lo ha visto antes en su consulta. El insoportable peso de conciencia que busca alivio a través de la fantasía.

—No, no le he hecho daño.

En cuanto lo digo, me doy cuenta de que, en cierto modo, eso no es verdad. ¿No fui yo quien trasladó al Innominado de Santa Croce al hotel? ¿No estaría ahora Tess aquí si yo no hubiera aceptado el dinero de la Mujer Delgada? No le hice daño a mi hija, pero me siento culpable de todos modos.

—Lo siento —dice O'Brien—, pero tenía que preguntártelo. Para despejar todas las dudas.

—No es necesario que te disculpes.

—Es que me cuesta digerir todo esto que me estás contando.

—Ya lo sé, pero déjame decirte algo.

—¿Sí?

—No envíes a los tipos de la bata blanca a por mí, por favor. Sé cómo debe de sonar todo lo que te estoy contando, pero no intentes detenerme.

Esto no debe de ser fácil para ella. Lo advierto por el tiempo que tarda en calcular los riesgos de hacer una promesa como esa. Para ella, supone una responsabilidad en caso de que me suceda algo malo. O —se me ocurre ahora— si yo le hago algo malo a alguien.

—Está bien —dice finalmente—. Pero tienes que llamarme, ¿de acuerdo?

—Lo haré.

Quiere saber más cosas, pero no me hace más preguntas. Eso me da la oportunidad de preguntarle cómo se encuentra, qué le han dicho los médicos y si siente algún malestar. Aparte de «cierta rigidez por las mañanas», me dice que está bien.

—Y a quién narices le importan los médicos —añade—. Me han recetado suficientes opiáceos para entretener durante un mes a una docena de pacientes en rehabilitación. Los médicos han terminado conmigo. Y yo con ellos.

Tratándose de O'Brien, sé que habla en serio. Piensa gestionar con la mayor dignidad posible tanto su enfermedad como —cuando llegue el momento— su muerte. Aun así, al hablar sobre el cáncer, advierto que bajo la superficie de sus palabras se esconde un afilado tono de rabia. Parece que ambos hemos decidido cabrearnos con los ladrones invisibles que se han colado en nuestras vidas.

—Voy a regresar a la carretera —digo cuando me doy cuenta de que ya no quiere hablar más del tema.

—Espero que encuentres lo que buscas.

—Aunque se trate de un milagro.

—A veces los milagros resultan ser verdaderos. A veces hay agua en el desierto.

—Te quiero, O'Brien.

—Dime algo que no sepa —responde, y cuelga.

Llego al «cinturón de hierro» de Pensilvania, y la interestatal pasa cerca de los suburbios de ciudades formadas alrededor de papeleras y fundiciones. Carteles desvaídos anuncian ¡UN LUGAR GENIAL PARA VIVIR! Y me sugieren que HAGA UNA VISITA... ¡SE ALEGRARÁ DE HABERLO HECHO! Comienza a atardecer y veo cómo el sol se esconde por detrás de las chimeneas y de la línea de árboles.

En un momento dado, una mariquita aterriza sobre el salpicadero. Las ventanillas están cerradas y no la había visto antes. Y, sin embargo, aquí está, mirándome fijamente.

Como casi todo ahora, me hace pensar en Tess, un recuerdo cuyas posibilidades de relectura me sorprenden. Lo que dice sobre ella. Sobre nosotros. Las cosas que mi hija debía de ser capaz de ver desde prácticamente el mismo principio y que para mí resultaban invisibles.

Una vez, al poco de cumplir cinco años, Tess me pidió que dejara encendida la lámpara para dormir. Hasta entonces, nunca había dado muestras de tener miedo de la oscuridad. Cuando le pregunté al respecto, negó con la cabeza con la típica frustración de «No lo pillas, papá».

—No es la oscuridad lo que temo —me corrigió—, sino lo que hay en ella.

—Está bien. ¿Y qué hay en la oscuridad que te da tanto miedo?

—¿Esta noche? —Lo sopesó, cerrando los ojos como si evocara una imagen en su mente. En cuanto la tuvo, volvió a abrirlos—. Esta noche, una mariquita.

No «la cosa que vive debajo de la cama». Ni las arañas o los gusanos. Una mariquita. Intenté contener la risa, pero ella me pilló de todos modos.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada, cariño. Es solo que..., ¿mariquitas? Son muy pequeñas. No pican. Y tienen esos topitos tan monos.

Tess me miró con una intensidad tal que borró la sonrisa de mi rostro.

—No es el aspecto de una cosa lo que la hace mala —dijo.

Le prometí que no había mariquita alguna en el apartamento, ni buena ni mala. (Estábamos en mitad del invierno. Por no mencionar que nunca había visto una desde que vivía allí, ni, ya puestos, en ningún otro sitio de Manhattan).

—Te equivocas, papá.

—¿Ah, sí? ¿Cómo estás tan segura?

Ella tiró de la manta hasta la barbilla y se volvió hacia la mesilla de noche. Al seguir su mirada, vi una mariquita sobre su superficie. Un momento antes no estaba allí.

Creyendo que se trataba de un juguete, o del caparazón seco de algún bicho muerto hacía tiempo —y colocado ahí por Tess mediante algún ingenioso juego de

manos—, me incliné para verla mejor. Cuando mi nariz estuvo a unos pocos centímetros, el bicho se volvió hacia mí y abrió su caparazón para probar sus alas negras.

—A veces, los monstruos son reales —dijo Tess, tras lo cual se dio la vuelta y me dejó a solas con la mariquita mirándome—. Aunque no lo parezcan.

El Mustang comienza a dar sacudidas y yo me despierto con un grito ahogado: he invadido el arcén de gravilla. Ha llegado el momento, pues, de buscar un lugar en el que pasar la noche. El siguiente pueblo es Milton, de 6650 habitantes. Otra señal. O una coincidencia sin significado. Estoy demasiado cansado para decidirlo.

Veo un Hampton Inn justo al lado de la carretera (¡DESYNO CNTNTL GRATS! ¡TV CBLE!). Me registro, compro un paquete de seis cervezas y una hamburguesa y me voy a comer a mi habitación, con las cortinas corridas. Fuera, se puede oír el discontinuo rumor de la carretera interestatal, y en las paredes resuenan anuncios de televisión.

Cuando Tess era más pequeña, uno de los juegos al que solíamos jugar juntos era «caliente/frío». Ella elegía algún objeto del apartamento y se lo decía a Diane al oído (su princesa de guiñol, el exprimidor de la cocina). Entonces yo tenía que adivinarlo guiándome únicamente en sus indicaciones de «¡Caliente!» o «¡Frío!». A veces, el objeto elegido era ella misma. Yo me acercaba lentamente a ella con los brazos extendidos como un ciego. «¡Calien-te! ¡Calieeen-tee! ¡Más caliente! ¡Al rojo vivo!». Mi premio era un abrazo y su risa mientras le hacía cosquillas sin piedad.

Ahora, aquí estoy, en Milton, Pensilvania. Buscando en la oscuridad.

—¿Caliente o frío? —le pregunto a la habitación.

El silencio trae consigo una nueva oleada de preocupación. Y una comezón en el intestino que la hamburguesa doble con beicon y queso no consigue calmar. Echar de menos a alguien es como tener hambre. Un insaciable vacío en el interior. Si me quedo aquí pensando en ella, se me tragará.

Y todavía no puedo desaparecer.

Voy al coche a buscar el diario de Tess. Esta vez, comienzo desde el principio. Muchas de las cosas sobre las que escribe son las que cabría esperar de una niña de su edad. La normalidad de sus observaciones (los «atontados» chicos de su clase, la pérdida de su mejor amiga cuando esta se mudó a Colorado, las humillaciones a las que el profesor de matemáticas, «que huele a cebolla», los somete en la pizarra) suponen un alivio para mí. Cuanto más traten sobre esas cosas las entradas de su diario, más podré contemplar la posibilidad de que era tal y como parecía. Una chica lista a la que le gustaba encerrarse en sus libros, defensora de los ratones de biblioteca como ella, feliz en todas las cuestiones importantes.

Y, sin embargo, rememorar momentos de felicidad puede tener un contraefecto. Saber que no solo forman parte del pasado sino que ya no podrán repetirse me causa un dolor indescriptible.

Seguramente soy la única niña de la escuela a la que le gusta ir al médico y al dentista y al tipo que te mira los ojos. No porque me gusten los dentistas o los médicos o los de los ojos. Es porque la mayoría de las veces, cuando papá viene a buscarme para alguna de esas cosas, término saltándome las clases.

Esto comenzó hará un año o dos. Papá tenía que llevarme al dentista y, cuando terminamos, en vez de llevarme de vuelta a la escuela nos tomamos el resto del día libre y fuimos a visitar la Estatua de la Libertad. Recuerdo que en el transbordador hacía tanto viento que su gorra de béisbol de los Mets con la mancha de sudor en el borde que tan NERVIOSA pone a mamá salió volando y cayó al río. Papá hizo ver entonces que saltaba al agua para recuperarla y una mujer pensó que lo iba a hacer de verdad y se puso a gritar como una posesa. Después de tranquilizarla, papá me dijo que solo un idiota se tiraría al Hudson para recuperar una gorra de los Mets. «Si fuera de los Rangers, todavía...».

Después de eso, comenzamos a saltarnos clases a propósito.

Así es como funciona el engaño:

Papá viene a buscarme —sin previo aviso, así que nunca sé cuándo va a pasar— y no decidimos qué hacer hasta que llegamos a la calle. La mayoría de las veces nos limitamos a pasear por la ciudad, mirando cosas y charlando. Papá lo llama «hacer de turistas en nuestro propio patio trasero». Yo, «deambular por Nueva York». Tanto da el nombre. Es lo MEJOR.

De momento, este año hemos ido a una calle del barrio de Chelsea repleta de galerías de arte (ien una de ellas había la escultura de un hombre al que le crecían flores en el trasero!), hemos dado no una ni dos, sino TRES vueltas en coche de caballos por Central Park y también hemos hecho un picnic vietnamita de pasta en pleno puente de Brooklyn.

Esta semana nos hemos unido a una cola sin saber para qué era. Ha resultado ser la del Empire State Building. Yo no había estado nunca ahí arriba. Papá tampoco.

—Lo he visto en fotos —dijo él.

—Verlo en fotos no es lo mismo —respondí yo.

Tras más o menos una hora de espera, entramos en el ascensor y subimos al mirador desde el que se ve todo Manhattan. El parque, los dos ríos, y lo que parecían pequeños televisores en Times Square.

Es raro lo tranquila que parece la ciudad desde allí arriba. Lo que en la calle es ruido se convierte en una especie de zumbido. Algo sintonizándose. Cuesta decir si está a punto de aullar como un animal o de cantar como un ángel.

Sigo leyendo. No estoy seguro de qué es lo que busco. Más cosas, supongo. Más cosas sobre ella. Cosas que ya conocía, así como otras que no.
Y las encuentro.

Hay un chico que últimamente viene a visitarme a menudo. No en este mundo, sino en el Otro Lugar. Un chico que ya no es un chico.

Se llama TOBY.

Está tan triste que casi resulta demasiado duro estar con él. Pero él dice que ha de venir a vernos porque algo Muy Malo del lugar del que proviene tiene un mensaje para papá. Y TOBY debe entregárselo.

TOBY dice que lo siente. Que le gustaría poder pasar el rato conmigo y mostrarme que no es más que un niño, como yo. Una vez me dijo que le gustaría besarme. Pero sé que, si la cosa esa se lo pidiera, me arrancaría la lengua con los dientes si lo hiciéramos.

No conozco a ningún Toby. Y, por más que no quiera conocer a este, sé que pronto lo haré.

«Tess es como tú», dijo O'Brien. Pero mi hija llegó a aceptar a sus demonios — nuestros demonios— de un modo que yo nunca podría haberlo hecho.

Hasta ahora.

En la siguiente página hay un dibujo. Como yo, a Tess se le daba mejor escribir y hablar que dibujar, y la imagen que ha abocetado aquí es rudimentaria. Al mismo tiempo, resulta tanto más sorprendente por su simplicidad. Los pocos detalles que la distinguen y la convierten en algo más que «un hombre fuera de una casa» indican la intención que hay detrás. De un vistazo, advierto que Tess ha presenciado esa escena antes. O se la han mostrado.

Un horizonte plano. Tan amplio que va de una página a otra, a pesar de que en la segunda página no parece haber nada más que la línea recta y un cielo completamente abierto. Sirve para aislar el contenido todavía más.

En la primera página se ve una casa cuadrada con un árbol solitario en el jardín. Un camino de gravilla recto conduce a ella. Bajo el punto más alto del tejado a dos aguas hay un enorme nido de avispas. Un rastrillo descansa apoyado en el árbol. Y también estoy yo. Acercándome a la puerta de entrada. La boca está dibujada con una sola línea, como queriendo acentuar la gravedad de la situación, o quizá el dolor que siento.

Solo hay dos palabras en la página. Escritas con tinta oscura bajo mis pies, como si fueran un sistema de raíces.

Pobre PAPÁ.

Cierro el diario con manos temblorosas.

La televisión. Ahora lo entiendo. La aplastante soledad de las habitaciones de motel es lo que hace que todo el mundo encienda inmediatamente la televisión al entrar.

Zapeo hasta que doy con la CNN. Aquí está: la gran distracción norteamericana. Luego abro una lata de cerveza Old Milwaukee y contemplo ensimismado las pantallas partidas y las noticias de última hora sobreimpresionadas. Recuentos de cadáveres, celebridades que entran y salen de rehabilitación, ingresos de taquilla. Las cabezas parlantes transmiten tanta información que parecen figuras del museo de cera de *Madame Tussauds* ingeniosamente animadas.

No miro ni escucho realmente las noticias. De repente, sin embargo, algo llama mi atención.

Tardo un momento en volver completamente en mí y darme cuenta de que lo que me ha llamado la atención no es una noticia pasajera ni el nombre de nadie, sino unos números. Una serie de dígitos que aparecen sobreimpresionados en la parte inferior de la pantalla. Cada uno de ellos va precedido por una ciudad. Se trata de los índices de distintas bolsas del mundo a su cierre el 27 de abril.

... NYSE 12 595,37... TSE 9963,14... TSX 13 892,57... DAX 5405,53... LSE 5906,43...

Nueva York. Tokio. Toronto. Fráncfort. Londres.

«El mundo quedará marcado por nuestros números».

Y así ha sido.

Ahora bien, ¿qué significa esto? Es una prueba. Eso es lo que me prometió el hombre de la silla. Aquel día la voz que deseaba ser conocida como un colectivo de demonios no quiso decir qué demostrarían los números. Cuando llegara el momento estaría claro. Es decir, ahora. La predicción exacta de los índices de las bolsas a su cierre demuestra que la voz tenía razón. Predijo una serie de acontecimientos más allá de cualquier posibilidad razonable de coincidencia o engaño; algo que un hombre en un ático de Venecia, cuerdo o no, jamás podría hacer. Y pasando con ello una de las pruebas del hermano Guazzo. La que determina que la voz es inhumana.

Y real.

Me pongo en pie y tiro la lata de cerveza al cubo de la basura, en cuyos bordes rebota antes de entrar y vierte algo de espuma. Comienzo a caminar de un lado para otro. Me lavo las manos en el cuarto de baño y voy hasta la puerta para echar un vistazo a la carretera por la mirilla.

El Innominado hizo una promesa.

«Cuando veas los números, tendrás solo hasta la luna nueva».

La luna misma no es una unidad de tiempo. Forma parte de un ritmo; es una forma de medir el tiempo. El comienzo del ciclo es la luna nueva, el momento en el que su superficie es más oscura. Lo más cerca de la ausencia total de luz solar a la que llega el mundo. Por eso tiene un papel tan importante en el mundo de la hechicería y fue una herramienta tanto para los adivinos bíblicos como para los magos egipcios. Y

para los demonios también. Entre otras cosas, es un modo de predecir la muerte de una persona. Recuerdo de mis lecturas un método en particular según el cual los judíos moravos contemplaban la luna nueva entre las bifurcaciones de la rama de un árbol. En un momento dado, aparecía el rostro de un ser querido. Si las hojas de la rama caían, es que estaba destinado a morir.

Así pues, la próxima luna nueva será la hora más oscura para mí también. El momento en el que Tess quedará fuera de mi alcance para siempre.

«La niña será mía».

Cojo el móvil y abro en internet una página con un calendario lunar detallado. Busco entonces el día de la próxima luna nueva. Leo el resultado dos veces. Y luego una tercera, lentamente. La fecha, la hora, el minuto y el segundo exactos quedan inscritos en mi memoria.

Si no la encuentro antes, mi hija morirá a las 18 horas, 51 minutos y 48 segundos del 3 de mayo.

Dentro de seis días.

Una vez tuve un profesor que, durante una de sus peroratas (sin relación alguna con el tema de la clase y posiblemente alimentada por el alcohol), afirmó que si se le preguntara al norteamericano medio la razón de por qué luchó en la última guerra europea y este contestara con absoluta honestidad, su respuesta podría resumirse en algo como «Una cafetería Denny's con servicio las veinticuatro horas en cada ciudad». Todo el mundo se rio. En parte porque era verdad.

Brindo, pues, por la hamburguesa con queso fundido Big Daddy Patty (del menú especial «¡Una de queso!»)^[3] con aros de cebolla que me tomo a las 23.24 horas en el Denny's de Rothschild, Wisconsin. Y por las sonrientes camareras con jarras de café pegadas a las palmas de sus manos. Y también por un lugar limpio y bien iluminado, un oasis de fritanga en la carretera. Por la libertad.

No soy yo mismo.

Después de haber conducido todo el día y de haber dejado atrás los estados de Ohio, Illinois e Indiana mientras pasaba de vociferantes predicadores evangelistas a *Lady* Gaga en la radio AM (aunque al final la he apagado para dejarme llevar por largos y ominosos silencios), me siento famélico y solo. Denny's mitiga ambas cosas.

—¿Más café? —pregunta la camarera con la jarra ya medio inclinada sobre mi taza.

Necesito más cafeína tanto como un golpe de bate en la cabeza, pero acepto. Lo contrario podría parecer maleducado, o incluso antipatriótico.

De repente, noto la vibración de mi teléfono móvil en el bolsillo. El ratón se despierta en su nido de pelusas.

—He estado pensando —dice O'Brien cuando contesto.

—Yo también. No siempre es algo bueno. Créeme.

—Quiero sugerir una cosa.

—¿Una copa helada con jarabe de arce y beicon?

—¿De qué estás hablando?

—No me hagas caso.

—David, creo que estás creando tu propia mitología. —Permanezco en silencio y le doy un sorbo al café. Sabe a óxido líquido—. Está claro que todo esto es una ilusión. Estoy segura de que para ti tiene una apariencia muy real, pero no por ello deja de ser una ilusión.

—Entonces has decidido que estoy loco.

—He decidido que estás de luto. Y ese luto ha llevado a tu mente en una dirección determinada hasta un lugar en el que el dolor puede ser asimilado.

—Ajá.

—En tus clases hablas de mitos, ¿verdad? Es algo que enseñas, vives y respiras: la historia de los esfuerzos de la humanidad para encontrarle un sentido al dolor, a la pérdida, al misterio. Ahí es donde te encuentras. Eso es lo que estás creando

activamente. Una ficción que entronca con una tradición de ficciones previas.

—¿Sabes qué, O'Brien? Estoy cansado, ¿podrías hacerme un resumen?

Ella suspira. Mientras espero a que continúe, echo un vistazo por la ventana. El aparcamiento está iluminado como si fuera a celebrarse un acontecimiento deportivo —un partido de fútbol, por ejemplo— entre las camionetas y los monovolúmenes. Aun así, hay algunos rincones oscuros a los que no llega la luz. En el más lejano se puede ver aparcado un coche de policía. El perfil oscuro de la cabeza del conductor es visible en la ventanilla. Un agente echándose un sueñecito.

—¿Te acuerdas de Cicerón? —dice O'Brien.

—Personalmente, no. Es unos dos mil años anterior a mi época.

—Él también era padre.

—Tulia.

—Eso es, Tulia. Su querida hija. Cuando murió, Cicerón se quedó destrozado. No podía trabajar ni pensar. Incluso Julio César y Bruto le enviaron cartas de condolencia. Nada lo consolaba, de modo que comenzó a leer todo lo que llegaba a sus manos sobre la superación del dolor y la aceptación de la fría certeza de la muerte. Filosofía, teología, puede incluso que algo de magia negra. Al final, sin embargo...

—«Mi pesar supera todo consuelo».

—Un punto extra por la cita correcta, profesor. Las lecturas no ayudaron. Cicerón no encontró ningún hechizo que pudiera devolverle a su hija Tulia. Final de la historia.

—Salvo que no es el final de la historia.

—No. Porque ahí es donde nacen los mitos. En el punto en el que los hechos terminan y la imaginación ocupa su lugar, disfrazada como hecho.

—La lámpara ardiente.

—Así es. En el siglo XV, alguien excavó la tumba de Tulia en Roma y encontró... ¡una lámpara encendida a pesar de todos los siglos que habían pasado!

—El amor imperecedero de Cicerón.

—Imposible, ¿verdad? Un fuego literal no podría arder tanto tiempo. Pero uno figurado, sí. Para todos aquellos que alguna vez han perdido a alguien querido (es decir, todo el mundo), el símbolo resulta suficientemente poderoso y útil para que el mito perdure. E incluso para que sea tomado por cierto.

—Estás diciendo que soy Cicerón. Salvo que, en mi caso, en vez de llamas eternas, invento espíritus malignos que me envían a realizar una búsqueda imposible.

—Esa no es la cuestión. La cuestión es que eres padre. Lo que estás experimentando, todos esos sentimientos..., es algo normal. Incluso las señales secretas y las profecías lo son.

—Aunque no sean reales.

—Y no lo son. Estoy prácticamente segura de que no lo son.

—Prácticamente. Has dicho prácticamente segura.

—He tenido que hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque eres tú.

El policía que dormitaba en el aparcamiento se despierta. Veo cómo alza la cabeza, ajusta el espejo retrovisor y se frota los ojos. Pero todavía no arranca el coche. Ni desciende del vehículo.

—Hay un problema con tu analogía.

—¿Sí?

—Yo no aseguro haber encontrado una lámpara ardiente de varios siglos de antigüedad. Todo lo que he visto ha sido con mis propios ojos. Y, siendo estrictos, nada de ello es científicamente imposible.

—Quizá no. Tampoco puedo saberlo. No me has contado qué has visto... Pero mira adónde te ha llevado. Estás atravesando el país en busca de las pistas que te está dejando... ¿quién? ¿Tess? ¿La Iglesia? ¿Un demonio? ¿Un ángel? Y ¿para qué? Para recuperar a tu hija de las garras de la muerte.

—Yo no he dicho eso.

—Pero es lo que estás pensando, ¿verdad?

—Algo así.

—Y no digo que esté mal. Al contrario, es normal. ¿Cuántas conferencias sobre Orfeo y Eurídice has dado? ¿Una docena? ¿Dos docenas? Tiene sentido que, en estos instantes de sufrimiento, tu cerebro evoque esa vieja historia y la rehaga a su manera.

—Entonces ¿he emprendido un viaje al inframundo?

—Yo no he dicho eso. Lo has dicho tú. Vas en busca de la persona a la que más querías. Se trata del viejo anhelo de ir más allá de los límites de la mortalidad.

—Orfeo tenía una lira con la que encantó a Hades. ¿Qué tengo yo? Una cabeza llena de ensayos.

—Tienes conocimientos. Y conoces el territorio, aunque este sea completamente inventado.

—Eres lista, O'Brien.

—Entonces ¿regresarás a Nueva York?

—He dicho que eres lista, no que tengas razón.

La luz del coche patrulla se enciende. Ilumina suficientes detalles del interior del vehículo como para darme cuenta de que estaba equivocado. Aunque es uno de esos Crown Victoria que utiliza la policía, no pertenece al cuerpo. Y la persona que está sentada tras el volante tampoco es un agente. Se trata de Barone. El Perseguidor. Y me está sonriendo por el espejo retrovisor.

—Tengo que colgar —digo poniéndome en pie y dejando un billete de cincuenta sobre la mesa.

—¿David? ¿Qué sucede?

—Orfeo ha de ponerse en marcha.

Cuelgo y me dirijo hacia la puerta de la cafetería. Antes de salir, oigo la voz de la camarera. Hace un comentario que, a pesar de los buenos modales característicos del

Medio Oeste, suena como una severa orden.

—¡Que tenga un buen viaje!

Pero no es así. A pesar de estar agotado, conduzco durante toda la noche, tomando salidas al azar y aparcando de vez en cuando en senderos de granjas con las luces apagadas para confirmar que ya no me sigue nadie.

Parece funcionar. Cuando las primeras luces del amanecer aparecen en el horizonte, ya no veo ninguna señal del Perseguidor. Eso me permite consultar el mapa y planear el trayecto hasta Dakota del Norte. Decido seguir por carreteras secundarias y evitar las interestatales. No dormiré. Utilizaré la adrenalínica energía de la que dispone uno cuando se pasa toda la noche sin dormir y veré hasta dónde llego.

El problema es que este tipo de cosas tienen efectos secundarios. Sudor pastoso. Indigestión. Y visiones.

Como, por ejemplo, la persona que veo en el arcén de la carretera. Una chica con el dedo pulgar extendido, la señal universal del autoestopista. El problema es que la niña es Tess.

Piso el pedal a fondo para dejar cuanto antes la visión atrás. Al pasar por su lado intento no mirarla, pues sé que no puede ser Tess y que, si no es ella, lo más probable es que se trate de algo desagradable. El Innominado ataviado con una máscara pesadillesca porque sí, por el mero dolor que causa.

Y, sin embargo, cuando echo un vistazo por el espejo retrovisor, todavía está ahí. No es Tess, sino una chica unos pocos años mayor que mi hija. Con pinta de estar más asustada que yo.

Finalmente detengo el Mustang y la chica viene corriendo por el arcén: una Dora la Exploradora sucia y con la mochila golpeándole la cadera. Siento el impulso de volver a arrancar. Aunque ella no esté implicada en lo que O'Brien considera mitos ilusorios, nada bueno puede surgir del hecho de recoger a alguien en las carreteras secundarias de Iowa. Estoy rompiendo la regla neoyorquina de no involucrarme.

Cuando vuelvo a mirar por el espejo retrovisor —ahora la chica ha aminorado el paso y se acerca andando— advierto que tiene el característico rostro inexpresivo de quien ha pasado demasiado tiempo a solas. Intentando escapar. A cada paso que da, se parece menos a Tess. Diría que tiene más cosas en común conmigo.

Abre la puerta y se deja caer en el asiento del acompañante antes incluso de mirarme. Y, cuando lo hace, no mira mi cara, sino mis manos. Parece sopesar si son capaces de hacer daño.

—¿Adónde vas? —pregunto.

Ella mira la carretera.

—Hacia delante.

—Eso no es un lugar.

—Supongo que no estoy segura de adónde voy.

—¿Estás metida en algún lío?

Ella me mira a la cara por primera vez.

—No me lleves a la policía.

—No lo haré. No, si no quieres que no lo haga. Solo necesito saber si estás herida.

Ella sonríe dejando a la vista una sorprendente hilera de dientes amarillos.

—No en el sentido de necesitar un hospital.

Y entonces echa un vistazo por el espejo retrovisor como si también la estuvieran siguiendo. Arranco el Mustang y no vuelvo a mirarla hasta que hemos recorrido más de un kilómetro.

—Tienes aspecto de padre —dice.

—¿Lo dices por el pelo canoso?

—No. Simplemente lo tienes —repite, y luego añade—: De hecho, te pareces a mi padre.

—Es curioso, porque tú te pareces a mi hija. Aunque ella es más pequeña. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho —responde. Y ahora, dentro del Mustang, ya no se parece en nada a Tess, lo que convierte el hecho de que lo haya dicho en una mentira.

—¿Todavía vives con tu familia? —pregunto.

Pero ella ya no me está escuchando. Ha cogido el iPhone que yo había dejado en el portavasos del coche y está tocando la pantalla. Cada vez que se enciende una aplicación, sus dedos dan un respingo como si nunca hubiera visto nada igual.

—Es un teléfono —digo—. ¿Quieres hablar con alguien?

Ella lo piensa un momento.

—Sí.

—Adelante. ¿Sabes su número?

—No tienen número.

—¿Las líneas telefónicas no llegan al lugar en el que viven?

Hace un leve chasquido que bien podría ser una risa reprimida ante mi comentario. Luego sigue jugando con la pantalla, desenvolviéndose entre las aplicaciones cada vez más deprisa, como si estuviera aprendiendo rápidamente las posibilidades del aparato. Eso me da la oportunidad de observarla sin que lo advierta. Tiene el cabello pelirrojo y lo lleva recogido en una coleta. Pecosa. Va vestida con un sucio vestido veraniego de lunares rosas. Es una muñeca. Una Raggedy Ann^[4] de tamaño natural. No sin cierta vergüenza, se me ocurre que es como si un fetiche hubiera cobrado vida. La Granjera Pecosa. La Muñeca de Trapo Sucia. A esta chica le falta algo que ha sido ocupado con detalles vagamente sexuales.

Cierra una ventana del teléfono y se vuelve hacia mí. Cuando sus ojos se encuentran con los míos advierto por primera vez un brillo en ellos. Me hace sentir como si me hubiera pillado en mitad de algún acto lujurioso, entregándome a una perversión privada. Y su mirada me dice que no pasa nada. Que mi secreto está a salvo consigo.

—¿Crees en Dios? —me pregunta de pronto.

Una cristiana renacida. Puede que esta chica no sea más que eso. Una inofensiva creyente que hacía autoestop de camino a algún encuentro cristiano. Eso explicaría su tono de voz apagado, así como su mirada a la vez observadora y ensombrecida. Su extraño aspecto de muñeca sería, pues, una consecuencia de su fe.

—No sé si existe o no —contesto—. En caso afirmativo, nunca lo he visto.

Ella se me queda mirando con fijeza. No exactamente decepcionada por mi respuesta, solo a la espera de oír el resto.

—Pero he visto al diablo. Y puedo asegurarte que sin duda es real.

Tarda un momento en reaccionar. Como si esto fuera una llamada de larga distancia con interferencias y estuviera esperando a oír mis palabras. Al final vuelve a hacer un leve chasquido.

Y yo poso otra vez mi mirada en la carretera. El Mustang ha invadido el carril contrario y corrijo la trayectoria.

—¿Qué apariencia tiene? —pregunta.

«No se parece a nadie en especial. Como tú», casi digo.

Cuando siento la calidez en mi regazo, al principio creo que me he meado encima. Estoy agotado, he tomado demasiado café y la sensación de calor se extiende por mis piernas de forma imparable.

Sin embargo, cuando bajo la mirada esperando encontrarme una oscura mancha en los pantalones vaqueros, lo que veo es la mano de la chica. Tengo la bragueta abierta. Y ella, su mano dentro.

—Crees con esto de aquí —dice colocando el dedo índice de su mano libre en mi sien.

La voz ya no es la suya, sino la que salió de la boca de Tess en la azotea del Bauer. Viva e inanimada al mismo tiempo.

—Ahora has de creer con esto otro —afirma el Innominado al tiempo que me aprieta la entrepierna.

Le aparto la mano de inmediato pero, al hacerlo, sin querer doy un volantazo y, tras invadir el arcén, el coche gira bruscamente hacia el otro lado y comienza a bambolearse de un carril a otro. Frenar ahora me haría perder el control del coche y, a esta velocidad —la aguja se acerca a los cien kilómetros por hora—, nos saldríamos de la carretera. Lo mejor será intentar estabilizar el vehículo y luego frenar poco a poco. Suelto a la chica para poner ambas manos en el volante y procurar compensar con la parte delantera del coche la inercia de la parte posterior.

Cuando por fin he conseguido controlar el coche y comienzo a frenar, la chica me clava las uñas en un lado de la cara. Eso es lo que provoca el derrape.

El cielo.

El asfalto.

La luna.

Todo da vueltas a nuestro alrededor.

Finalmente nos quedamos parados en medio de la carretera. Si aparece algún

vehículo chocará con nosotros antes de tener la oportunidad de frenar.

La muchacha está como loca. No deja de chillar y de gruñir como un animal rabioso. O como el hombre de la silla en Venecia. La empujo hacia la puerta del asiento del acompañante y se golpea la cabeza contra el marco. Como si no lo hubiera siquiera notado, vuelve a arremeter contra mí. Ahora va a por mis ojos.

Intento defenderme como puedo. Mis puñetazos la alcanzan parcialmente en la mandíbula, las costillas y la oreja. Al final, cuando parece tranquilizarse, me inclino por encima de sus piernas y abro la puerta.

Vuelvo a incorporarme al notar el mordisco.

Sus dientes se clavan en mi nuca. No sé si el grito que se oye lo da ella o lo doy yo. El intenso dolor me proporciona una descarga de nuevas fuerzas. Suficientes para empujar a la muchacha por la puerta. Oigo el carnoso impacto de su culo con el asfalto de la carretera.

Luego vuelvo a colocar las manos en el volante y arranco.

Pero la chica viene conmigo.

En los dos segundos que he tardado en poner de nuevo el coche en marcha, ha conseguido colocarse de pie y agarrarse a la ventanilla abierta de la puerta del acompañante. Ahora la estoy arrastrando a un lado del coche. La puerta se abre y sus pies alcanzan la gravilla del arcén. Luego vuelve a cerrarse y la chica se golpea contra el lateral del vehículo.

Piso el pedal a fondo.

El Mustang acelera.

La chica deja escapar un grito.

—¡Por favor! —Es una nueva voz. No la falsa que pertenecía a Raggedy Ann. Ni la del Innominado. Es la auténtica voz de la chica. La que tenía cuando estaba viva. Estoy completamente seguro. De algún modo, esas dos palabras han conseguido sortear la muralla de la muerte para pedirme una ayuda que no puedo proporcionarle.

Es una impresión que confirmo al volverme hacia ella. La chica sigue aferrada a la puerta abierta. Pero no aminoró la velocidad. Porque ella ya está muerta. Ya pertenece a él.

—¡Ayúdame!

Ella sabe que no puedo. Ha conseguido nadar hasta la superficie solo para encontrarse con un desconocido que se está ahogando como ella.

Aun así, le extiende una mano. Y ella me la coge. Suelta la izquierda de la manija de la puerta y la extiende sobre el asiento del acompañante para aferrarse brevemente a la mía. Tiene la piel tan fría como un trozo de carne guardado en lo más profundo de un congelador.

Aun así, no la suelto.

Sus piernas ensangrentadas rebotan en el asfalto como una cuerda de latas atada en el guardabarros de un coche de recién casados. Me mira a los ojos e, incluso antes de que se suelte de la puerta, advierto cómo su mirada vuelve a ensombrecerse.

Quienquiera que fuera en vida regresa bajo el agua. Vuelve a ser una marioneta animada. Una mera cáscara de mejillas pecosas.

Y, de pronto, desaparece.

Las uñas de su mano arañan el lateral del coche intentando encontrar algo a lo que agarrarse. Cuando la rueda trasera del Mustang pasa por encima de ella, se oye un nauseabundo ruido seco.

Paro el coche.

Salgo del vehículo y lo rodeo. Me arrodillo para mirar debajo del chasis y echo un vistazo a las cunetas que hay a cada lado de la carretera. La chica no se ve por ningún lado.

Me paso la mano por la nuca. Tengo sangre. El iPhone todavía funciona y la aplicación del dictáfono que activó la chica sigue en marcha.

Rebobino la grabación y la reproduzco.

«¿Crees en Dios?».

Quienquiera que fuera ha estado aquí. No forma parte de un mito inventado. No es una ilusión. Toda la conversación está grabada.

«... y puedo asegurarte que sin duda es real».

Apago la grabación para no oír la verdadera voz de la chica pidiendo ayuda, algo mucho más aterrador que el tono vacío del Innominado.

La idea de borrar el archivo se me pasa por la cabeza. Quiero hacerlo más que ninguna otra cosa.

En vez de eso, le asigno el nombre de «Ann» y lo guardo.

Cada tanto, hago pausas de veinte minutos para dormir. Conducir. Dormir. Conducir. Por la tarde, cruzo la frontera del estado de Dakota del Norte sin que nadie se dé cuenta. Casi ni yo mismo lo hago.

En Hankinson, después de tomar una gomosa hamburguesa con queso y una jarra entera de café, me siento inútilmente despierto. Ya estoy en Dakota del Norte. ¿Ahora qué? ¿Espero un telegrama? ¿Voy de puerta en puerta mostrando la fotografía de Tess con cinco años que llevo en la cartera y preguntando si han visto a mi hija? Ya imagino cómo iría la cosa:

DULCE ANCIANITA

Oh, querido. Qué triste. ¿Se ha perdido por aquí?

HOMBRE

No, por aquí no. En Venecia.

Y soy el único que cree que pueda estar viva.

DULCE ANCIANITA

Ya veo. ¿Y qué cree que le ha pasado?

HOMBRE

¿Yo? Creo que un demonio la ha raptado.

DULCE ANCIANITA

¡Henry! ¡Llama a la policía!

La puerta mosquitera se cierra de golpe contra la nariz del HOMBRE. Este se aleja frotándosela mientras a lo lejos se oyen unas sirenas.

Ya que estoy aquí, decido dar una vuelta por Hankinson. No me lleva mucho tiempo. La cafetería Hot Cakes. El bar & *lounge* The Golden Pheasant. El banco estatal Lincoln. Unas pocas iglesias de tablones blancos apartadas de la acera. El gran acontecimiento del pueblo, a juzgar por el letrero de pintura desconchada, es ¡OKTOBERFEST... EN SEPTIEMBRE! Por lo demás, ninguna señal de Tess o del Innominado. Ninguna señal de alguna señal.

Cuando llego a la biblioteca pública de Hankinson —una estructura provisional hecha de bloques de hormigón con unas ventanas diminutas— entro con la idea de tomar las riendas de la situación. Al fin y al cabo, soy un investigador profesional. Debería ser capaz de encontrar una referencia enterrada, un guiño oculto en el texto. El problema es que no sé cuál es el texto. El único libro del que dispongo es el mundo

real que me rodea. Un material que nunca se me ha dado muy bien interpretar.

Por un dólar y medio obtengo una tarjeta de la biblioteca y me siento ante uno de los terminales de ordenador. Se me ha ocurrido comenzar en el mismo lugar en el que lo hacen mis perezosos alumnos cuando han de realizar sus trabajos de investigación: Google.

La búsqueda «Dakota del Norte» ofrece como resultado la consabida entrada de Wikipedia con datos sobre la población (672 591 habitantes, lo que la sitúa en el puesto cuarenta y siete en cuanto a densidad), la capital (Bismarck), los senadores en activo (uno demócrata, otro republicano) o el punto de máxima altitud (White Butte, que inevitablemente hace que piense en una serie de posibles chistes).^[5]

Más abajo, sin embargo, hay una lista de los periódicos del estado. *Benlah Beacon. Farmers Press. McLean County Journal*. Y uno que me llama la atención: *Devils Lake Daily Journal*. ¿Es ahí adonde se supone que he de ir? El nombre encaja, aunque la pista me parece demasiado evidente para el Innominado, cuyo carácter (si es que en su caso se puede hablar de tal cosa) diría que es más sutil y pagado de su propio ingenio. Así que no, no voy a ir a Devils Lake. No voy a ir a ningún sitio hasta que descubra primero por qué estoy aquí.

Lo cual puede que sea el objetivo. A lo mejor no moverme ni deambular más, sino llegar.

Y eso hace que me pregunte si lo que voy a encontrar en Dakota del Norte no será otro acertijo que resolver, sino una historia. Como Jesús con el hombre geraseno poseído por una legión de demonios, o yo mismo cuando viajé a Venecia para ver al hombre de la silla. Puede que esté aquí para ser testigo de otro «fenómeno». Más pruebas de incursiones demoníacas en nuestro mundo. Quizá mi papel —y mi camino a Tess— no es el de académico o intérprete, sino el de cronista. Como si fuera un recopilador de antievangelios. O de pruebas.

Ese fue el trabajo de los discípulos. Aunque ellos no se ganaron su posición hasta que profesaron su incuestionable fe en el Mesías. En cuanto a mí, yo no sigo al Hijo de Dios, sino al corrupto agente del otro equipo.

Y por Tess, lo haré. Por ella, veré aquello que nadie debería ver.

El problema es que si estoy aquí por un nuevo «caso», este no parece que vaya a tener lugar en las soleadas y amplias calles de Hankinson. Las indicaciones de presencia demoníaca no suelen tener lugar a plena luz del día, sino más bien de otra manera, enmascaradas del mismo modo que el Innominado cuando adoptó la forma de esa chica de la carretera, o la del hombre de la iglesia, o la del anciano del avión. Será un acontecimiento que podría explicarse racionalmente, pero en el que algo no encajará. Una de esas historias que recogen los teletipos y que aparecen junto a otras noticias extrañas en las portadas de algunas páginas de internet. Las cosas raras que se encuentran en las secciones menores de los periódicos locales. Algo que, al parecer, en Dakota del Norte abunda.

Hago una nueva búsqueda, «demonios de Dakota del Norte», que me lleva

directamente a páginas pornográficas.

Vuelvo a intentarlo.

«Casos inexplicados en Dakota del Norte».

«Misterios de Dakota del Norte».

«Desaparecidos en Dakota del Norte».

«Fenómenos en Dakota del Norte».

Al cabo de un rato, advierto que una historia se repite más que ninguna otra. Se trata de una noticia breve que, *a priori*, no parece ser más que la sombría historia de unas almas solitarias, más deprimente que inquietante.

La noticia apareció por primera vez el 26 de abril en el *Emmons County Record*, un periódico de Linton, hace tres días.

MUJER DE STRASBURG DE 77 AÑOS, PRINCIPAL SOSPECHOSA EN LA DESAPARICIÓN DE SU HERMANA GEMELA

Delia Reyes asegura que su hermana, Paula Reyes, oía «voces».

Por Elgin Galt
LINTON

Delia Reyes, una mujer de 77 años que se ha pasado la vida trabajando en una pequeña granja de la zona de Strasburg con su hermana gemela, Paula, ha sido calificada de «principal sospechosa» por el *sheriff* que investiga la desaparición de esta última.

Delia Reyes se puso en contacto con la policía hace seis días, el 20 de abril, para denunciar la desaparición de su hermana. No obstante, el interrogatorio que la policía realizó a la mujer reveló una versión de los acontecimientos que dejó a las autoridades desconcertadas.

«Según Delia, Paula llevaba tiempo oyendo voces que procedían del sótano —ha revelado el *sheriff* Todd Gaines al *Record*—. Esas voces insistían en que bajara y se uniera a ellas».

Delia le dijo a la policía que ella jamás oyó esas voces, y que estaba preocupada por el estado mental de su hermana. Temiendo que se lastimara a sí misma, le hizo prometer a Paula que no bajaría al sótano sola.

Sin embargo, una noche Paula no pudo resistir más. Según su declaración, Delia Reyes fue testigo de cómo Paula abría la puerta del sótano y bajaba la escalera. Cuando Delia —que tiene ciertas limitaciones físicas— llegó abajo, Paula había desaparecido.

«Fue la última vez que alguien vio a Paula Reyes», dijo el *sheriff* Gaines.

Con el permiso de la señora Reyes, los investigadores han registrado concienzudamente el interior y el exterior de la propiedad de las hermanas, pero hasta el momento no han descubierto ningún rastro de la desaparecida.

Al preguntarle si había indicios de que se hubiera cometido algún crimen, el *sheriff* Gaines respondió negativamente. «Se trata de la desaparición de una persona con un aspecto que consideramos fuera de lo común, eso es todo», dijo.

A pesar de nuestros repetidos intentos por ponernos en contacto con ella, la señora Reyes ha declinado hacer ningún comentario sobre la investigación en curso.

La supuesta demencia de una anciana no es ninguna señal de presencia demoníaca. Aun así, en la historia de unas voces que lo invitan a uno a unirse a ellas en un viejo sótano de Dakota hay algo que puede resultar útil. Es —al menos esta semana— lo más cercano que el cuadragésimo séptimo estado más densamente poblado de Estados Unidos tiene que ofrecer en cuanto a rastros dejados por el Adversario.

Considero la posibilidad de llamar al reportero, Elgin Galt, pero finalmente decido no hacerlo. El *Emmons County Record* no tiene por qué saber que un profesor de

Nueva York está interesado en la hermana Reyes superviviente. Mejor que no lo sepa nadie. Y también que no llame antes a la señora Delia Reyes para pedirle unos minutos de su tiempo.

Tampoco es información lo que busco. Eso no es lo que el Innominado espera de mí. Quiere que sea testigo. Que documente. Que pergeñe un oscuro relato de sus acciones.

El Libro de Ullman.

La total ausencia de lugares emblemáticos o de interés convierte el viaje a Linton en algo parecido al infierno. No me refiero a algo como las abarrotadas cavernas en llamas de las pinturas de Giotto, sino a un lugar de tormento en el que el aburrimiento es el principal castigo.

Y, sin embargo, al girar hacia el sur y tomar la autopista 83 en dirección a Linton, tengo la creciente sensación de que he hecho bien en venir aquí. O, mejor dicho, de que he hecho mal en hacerlo.

Es una inquietud que el benigno paisaje de campos de cereales recién sembrados y las extensas granjas no pueden camuflar del todo. Una especie de sonido. Una nota de alta frecuencia que nunca llega a desaparecer por completo.

Al principio lo atribuyo al canto de las cigarras, pero cuando cierro todas las ventanillas sigue siendo audible. Pensaría que se trata de una especie de zumbido de oídos si no oyera algo en él. Palabras. Un indiscernible monólogo o lectura en un tono de voz fuera del alcance del oído humano. Un susurro dirigido al mundo. Y cuyo mensaje comienzo a entender a medida que me acerco a la granja de las hermanas Reyes.

Cuando llego a Linton, está todo recubierto por una grisácea luminosidad crepuscular. La escasa luz parece acentuar las banderas medio abandonadas que cuelgan de las fachadas de la mitad de los negocios y las enormes cintas de apoyo a las tropas que adornan troncos de olmos y escalinatas de porches. Es demasiado tarde para ir a la granja de las hermanas Reyes. Así pues, primero voy a un Hot Spot a buscar una *pizca* hawaiana para llevar. Luego consigo una habitación en el extremo más alejado del Don's Motel y me doy una ducha de agua bien caliente. En cuanto termino, enciendo el televisor y me paso un rato zapeando entre noticias de hambrunas y concursos de talentos. Finalmente, me voy a la cama.

Nada más dormirme, me vuelvo a despertar. O, al menos, esa es la sensación que tengo a pesar de que el radiodespertador de la mesilla de noche indica que son las 3.12. La única luz es el pálido resplandor del aparcamiento que se filtra por debajo de las cortinas. Y no se oye ningún sonido. No hay, pues, ninguna razón para que me haya despertado.

En cuanto pienso eso, oigo el chirrido de un muelle metálico y el impacto de la piel sobre la goma. Es un sonido infantil. En un parque.

Se trata de alguien saltando en una cama elástica, una y otra vez. Lo hace sin entusiasmo. Sin risas ni gritos.

Me levanto y echo un vistazo por la ventana delantera, a pesar de que sé que desde ahí no veré nada. El sonido procede de la parte trasera del edificio del motel.

... *Riiiic-TIC. Riiiic-TIC. Riiiic-TIC...*

El saltador sigue saltando. Desde el cuarto de baño se oye todavía más alto. La cama elástica parece encontrarse al otro lado de la ventana de ventilación abierta. Las cortinas de nailon se hinchan y se deshinchán repetidamente, como si los saltos fueran el sonido de la respiración de la noche, el herrumbroso soniquete de sus inspiraciones y espiraciones.

Descorro las cortinas y noto la brisa en mi rostro. El marco de la ventana es demasiado pequeño. Si quiero ver algo más que un trozo de césped y los pantanos que hay más allá, he de pegar la nariz a la mosquitera.

... *Riiic-TIC. Riiic-TIC...*

Miro a la derecha. Ahí no hay nada.

Me pego tanto a la mosquitera que esta se sale del marco. Saco la cabeza y apoyo el cuello en el alféizar.

... *Riiic-TIC...*

Miro a la derecha. Ahí está.

Veo a Tess. Tiene los brazos extrañamente rígidos y los pies descalzos tan planos como dos tablones de madera recortados. Flexiona las rodillas al caer sobre la cama elástica y esta vuelve a enviarla hacia arriba, siempre a la misma altura.

Se trata de su cuerpo, pero no parece tener el control del mismo. Sí el de su rostro, en cambio: es mi hija quien me mira confundida y aterrada, sin estar segura de por qué está aquí ni de cómo dejar de saltar. Me mira fijamente porque es lo único que conoce. Lo único que la mantiene ligada a este mundo.

Abre la boca pero no emite sonido alguno. Aun así, puedo oírlo.

«Papá...».

Intento salir por la ventana pero el espacio es demasiado pequeño para mis hombros. Decido entonces volver a meter la cabeza y corro hacia la puerta. Salgo del motel. Mis pies descalzos impactan con fuerza contra el asfalto del aparcamiento y, al doblar la esquina, se deslizan por la hierba cubierta de rocío.

No me detengo ni siquiera al ver que Tess no está ahí. Cuando llego a la cama elástica, extendiendo las manos sobre su superficie en busca de algún rastro de ella.

Luego rodeo el edificio por si la veo. Llego al pantano y me meto hasta la cintura en un fango del que emana azufre.

Obviamente, no está aquí.

Obviamente, sigo buscando.

Me paso más o menos una hora recorriendo el perímetro del motel. No dejo de gritar su nombre cada pocos minutos, ni siquiera cuando un cliente del establecimiento abre la puerta para advertirme de que está dispuesto a hacerme callar a la fuerza si no lo hago yo de una vez. En un momento dado, se me hace un nudo en la garganta y los gritos de su nombre dan paso a las lágrimas. Soy un loco cubierto de barro que deambula por la noche, aullando a la media luna.

No fue lo que uno consideraría una buena noche.

Por la mañana, voy al pueblo a desayunar a un lugar llamado Harvest Restaurant & Grill. Aparco en la calle de enfrente. Cuando me dirijo a la puerta, se me acerca un chucho meneando la cola para que lo acaricie. Le deseo que pase una feliz mañana y responde lamiéndome la muñeca.

—Vigíleme el coche, ¿de acuerdo? —le digo, y el perro se me queda mirando como si me entendiera. Se sienta en la acera y observa cómo me alejo con las orejas erguidas cual tipis en lo alto de su cabeza.

Una vez dentro, me siento a una mesa cercana a la cocina y de espaldas a la puerta. Esa es la razón por la que, un minuto después, no veo al hombre que se sienta delante de mí y arroja el *The New York Times* del día anterior sobre la mesa.

—He pensado que le apetecería tener noticias de casa —dice el Perseguidor.

Me vuelvo. Ninguno de los demás clientes parece encontrar nada raro en esa repentina aparición. ¿Por qué habría de parecérselo? Dos desconocidos que viajan y desayunan juntos. En cierto modo, esa afirmación es más o menos cierta.

—Me ha encontrado —indico.

—Nunca he llegado a perderlo.

—Y una mierda.

—Está bien. He tenido que hacer algunas llamadas para darle alcance.

—¿Llamadas a quién?

Se lleva el dedo índice a los labios.

—Secreto profesional.

La camarera se acerca a la mesa, nos sirve café a ambos y nos pregunta qué queremos. Yo señalo el plato especial número 4, la «comilona del granjero».

—Hagamos un brindis —dice el Perseguidor sin apartar sus ojos de mí al tiempo que le devuelve el menú a la camarera.

Se me ocurre que, ahora que ha vuelto a encontrarme, este hombre pretende matarme. No ahora, en esta cafetería. Pero sí en Linton. Es algo extraño pero, más que mi inminente muerte, es la idea de morir en Dakota del Norte lo que me sorprende. Siempre había supuesto que mi anodina vida terminaría en mi propia casa, sedado para no sentir dolor alguno, y recitando poemas en mi lecho de muerte. Recibir un disparo en Paletolandia pertenece a la historia de otro hombre. Aunque, claro, ahora mismo estoy viviendo la historia de otro hombre.

—Eh, Dave —dice—. Aquí, míreme.

¿Debería salir corriendo? ¿Ponerme en pie y salir pitando de aquí y confiar en llegar al Mustang antes de que el Perseguidor lo haga a su Crown Victoria?

Perdería. Puedo esquivar a este hombre durante algún tiempo —ya lo he hecho, pues, de lo contrario, no estaría aquí—, pero al final volverá a encontrarme. Y hará lo que tenga que hacer.

—No pienso dárselo.

—No pasa nada. Mi cliente me ha dado otras instrucciones.

A pesar de que no puedo dejar de mirar el póster de un cazador disparando a un

pato que hay en la pared, justo encima del refrigerador de las tartas, vuelvo la mirada hacia el Perseguidor. Compruebo entonces que su expresión es casi amigable.

—¿Y eso?

—Se ha vuelto usted interesante —responde.

—Debería verme después de un par de copas.

—A mi cliente le gustaría saber adónde se dirige.

—A ningún sitio en particular.

El Perseguidor le da un sorbo a su café. Se diría que el sabor le recuerda a la úlcera, pues deja la taza en el platillo de golpe, como si hubiera visto una araña dentro.

—Sus instrucciones —añado—. Ha dicho que han cambiado.

—Temporalmente. Por supuesto, nuestro principal interés sigue siendo obtener el documento.

—Que todavía no había mencionado.

—Sabemos que no lo lleva encima. También que sabe dónde se encuentra, y que al final me lo revelará. Ese momento, sin embargo, ha sido pospuesto temporalmente.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—Diría que no mucho.

—Su cliente es impaciente.

—Eso es algo que tenemos en común.

Llega la «comilona del granjero», un nido de huevos revueltos con varios tipos de carnes típicas de desayuno: salchichas envueltas en beicon sobre un lecho de jamón. El Perseguidor se lo queda mirando con indisimulada envidia.

—¿Quiere un poco? —le ofrezco.

—Eso es una bomba para las arterias.

—Todos vamos a morir algún día.

—Sí, pero ¿adónde irá al día siguiente, profesor?

Le da un mordisco a su tostada y una lluvia de migas cae sobre la fórmica.

—¿Por qué se ha sentado aquí conmigo? —digo—. Si solo me está siguiendo, límitese a hacerlo.

—Me he sentado con usted para hacer hincapié en la gravedad de la situación. No estoy seguro de que lo haya entendido todavía.

—Lo he hecho.

—¿De verdad? Entonces dígame: ¿qué está buscando aquí?

—No es cosa suya.

—Es personal. Ya lo entiendo. Mi cliente ha visto a gente en situaciones parecidas. Gente que se encuentra ante una puerta abierta. Una puerta que usted debería cerrar. O de la que debería huir. La mayoría de la gente lo hace. A veces, sin embargo, algunos creen que pueden cruzarla, echar un vistazo y comprar un *souvenir* en la tienda de regalos que hay a la salida. Las cosas nunca salen bien.

—Un momento —digo al tiempo que sopeso si desde donde estoy sentado podría

alcanzar el cuello de su camisa—. ¿Usted sabe quién la retiene?

—¿Lo ve? A eso me refiero. Va usted detrás de algo que debería dejar en paz.

—¿Ese es el consejo de su cliente?

—No, ese es mío. A mi cliente solo le interesa tener lo que usted tiene y, si es posible, saber lo que usted sabe.

—Entonces, esa preocupación que dice usted sentir por mí, ¿es cosa únicamente suya?

—Estoy dispuesto a hacer lo que me paguen por hacer, profesor. Lo que haga maldita falta. Pero, como ya le dije, en el fondo no soy más que un monaguillo de Astoria.

Coge otra tostada, pero esta vez no parece tener ganas de comérsela.

—Intentémoslo de nuevo, David —dice—. ¿Qué lo trae a Linton?

—La temporada de caza.

—Está usted buscando a su hija Tess.

—¿Sabe dónde está?

—Ni lo sé, ni quiero saberlo, la verdad.

—Entonces ¿qué sabe?

—Que ya no está entre nosotros. Que usted piensa que puede arreglar eso. No es algo inaudito, desde el punto de vista de mi cliente. Aunque lo cierto es que a usted se lo considera un caso ligeramente especial.

—Por el documento.

—Porque aquello que usted cree que retiene a su hija ahora está interesado en usted. Esa es, para empezar, la razón por la que tiene usted el documento.

—¿Me está diciendo que estaba predestinado a tenerlo?

—¿Acaso creía que se debía únicamente a lo listo que es usted?

La camarera se acerca para rellenar nuestras tazas. Tarda unos segundos más de los que debería. Echa un buen vistazo. No al mercenario que hay al otro lado de la mesa, sino a mí. De repente, he comenzado a sudar y me tiemblan las manos.

—Usted y yo tenemos distintos objetivos —continúa diciendo el Perseguidor en cuanto la camarera se va—. Aun así, si lo consideramos con atención, y no tenemos en cuenta algunos de los medios, lo cierto es que ambos buscamos el mismo fin, David.

—Pero usted no puede devolverme a mi hija.

—Y ¿cree que él sí?

—¿Él?

—Él. Ella. Ello. Ellos. Siempre he pensado en el diablo en términos masculinos. ¿Usted no?

—¿Qué tiene que ver el diablo con todo esto?

—Todo. Él es la razón por la que está usted atravesando el país. Y la razón por la que se aferra a lo que yo quiero. Y también la razón por la que Tess ya no está con usted.

De repente siento un mareo tan fuerte que he de agarrarme al borde de la mesa

para no caerme de la silla. Estoy diciendo demasiadas cosas. Y escuchando demasiadas cosas. Al Innominado no le gusta.

—Él...

—Diga, profesor.

—Tiene a mi hija.

—Quizá —se encoge de hombros—. Si es así, nunca la recuperará.

—Necesito hablar con él.

—Es un mentiroso, David. El diablo miente. Quiere algo de usted. Y, ahora mismo, sea lo que sea que esté usted haciendo, está a punto de dárselo.

—Usted también quiere algo de mí.

—Sí, pero yo quizá pueda ayudarlo.

—¿Puede devolverme a mi hija?

—No.

—Entonces no puede ayudarme.

Me levanto de la mesa y me voy. A medida que me alejo del Perseguidor, voy recuperando el equilibrio. ¿Qué va a hacer? ¿Detenerme en medio de la cafetería en plena hora punta matutina?

Eso es exactamente lo que hace.

En cuanto abro la puerta, me agarra del hombro y me obliga a volverme. Sus labios están tan cerca que casi me rozan la oreja.

—Esta mañana me he comportado como un caballero —dice clavándome con fuerza los dedos en el músculo del hombro—, pero cuando llegue el momento no vacilaré. ¿Me ha entendido?

Me suelta un instante antes de que yo deje escapar un grito de dolor y me empuja a un lado para salir primero.

Debo de haber recorrido el trayecto hasta el Mustang con la cabeza gacha, porque no reparo en el perro hasta que ya estoy abriendo la puerta del conductor. Está tumbado en el capó. Un espeso charco de sangre se extiende lentamente en dirección a los faros. Tiene los ojos abiertos, todavía en alerta.

«Haré lo que haga maldita falta».

Tras rodear su cuerpo entre mis brazos, levantarlo y dejarlo con cuidado en la calle, me quedo completamente empapado en sangre. Está tan caliente como el agua de la ducha sobre mis mejillas y mi cuello.

Considero la posibilidad de meterlo en el maletero y dirigirme a una ferretería para comprar una pala y cavar un agujero en algún lugar para enterrarlo, pero al final lo dejo donde está. Acurrucado contra el bordillo, mirando inexpresivamente el sol de la llanura.

«¿De cuánto tiempo dispongo?».

«Diría que no mucho».

Me deslizo tras el volante y levanto la mirada hacia el sol. Arde.

Una vez de vuelta en el motel, me siento en el borde de la cama y me pregunto qué diantre estoy haciendo aquí. Esto no es del todo exacto: sé perfectamente qué estoy haciendo, pero no cómo debo hacerlo. En la improbable posibilidad de que esté haciendo bien al seguir a un auténtico demonio por varios estados, ¿cómo se supone que debo enfrentarme a él? No tengo agua bendita ni crucifijos. Tampoco puñales de oro con el sello de garantía de Roma. No soy más que un profesor con el carné del gimnasio caducado, no el arcángel Miguel vociferando desde las alturas.

Y, sin embargo, el Perseguidor tiene razón. El demonio que busco parece estar interesado en mí. Se ha molestado en adoptar formas humanas para acercarse a mí; la última vez, se transformó en la chica que me acarició la entrepierna en el coche. En el poema de Milton se advierte acerca de esto: «Pues los espíritus a su placer pueden cambiar de sexo, o asumir ambos».

¿Y cuál era el mensaje de Raggedy Ann? Que todavía he de creer más. No solo con la cabeza, sino con el cuerpo.

«Y la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros...».

La palabra de los evangelios cuenta la historia de Dios y de su Hijo. Pero también es una historia de tentaciones, pecados, obstrucciones, demonios... ¿Y si todo eso no fueran solo alegorías sino una historia literal, el relato de unos actores ejecutando unas acciones verificables que tuvieron lugar hace mucho tiempo y cuyo alcance llega al presente? Desde luego, ahora, después de lo que he visto, me veo obligado a aceptar que es posible y pensar que todas las palabras e historias que he estudiado son materiales y se encuentran en el mundo. No serían, pues, meras historias.

«Ahora has de creer con esto otro».

Destino. El factor que determina dónde termina un personaje en las obras sobre las que doy clase y que uno no creía que pudiera afectar al hombre moderno. Ahora bien, ¿y si la presunción moderna fuera errónea? ¿Y si buscar este demonio hubiera sido mi destino desde que las becas me sacaron de mi mundo de paredes turquesas y me ofrecieron la posibilidad de emprender una carrera como intelectual?

Es cierto que, cuando llegué a la universidad, lo que me sorprendió no fueron los círculos adinerados ni las hermosas debutantes, sino la abundancia de posibilidades. Mi devoción era la literatura, de eso no tenía duda alguna. Ahora bien, ¿por cuál de sus muchos túneles descendería? Tuve breves escauceos con Dickens, James o los románticos. Finalmente, para mi atea sorpresa, la Biblia ocupó un lugar inamovible en mi mesa de estudio. Y, poco después, lo hizo Milton. A pesar de que su verso blanco parecía defender lo indefendible, al leerlo por primera vez su poema me hizo llorar. Me reconocí en ese villano que intenta dejar atrás su pasado y busca una salida de la oscuridad y el sufrimiento mediante su intelecto y la palabra.

«¿Qué importa que el combate se perdiera? No todo se ha perdido».

Recuerdo mis noches de estudiante en la biblioteca Uris de Cornell, leyendo esos mismos versos y decidiendo: «Es esto». Un llamamiento dirigido directamente a mí realizado por alguien que, como yo, iba por libre y no buscaba el triunfo a través del

optimismo, sino de la negación. Decidí entonces que dedicaría mi vida a comprender las razones de ese personaje, Satán, y con ello las mías propias, pues también yo había caído en desgracia y estaba solo.

Aunque nunca se lo dije a nadie, a veces veía a alguien más conmigo en la biblioteca. Una presencia que parecía animarme a profundizar más en la línea de estudio elegida. Al menos, así es cómo interpreté las visiones de mi hermano ahogado. Lawrence. Lo veía sentado al final de la mesa, balanceando las piernas y goteando agua, o desapareciendo detrás de la esquina de una estantería y dejando tras de sí un rastro de agua de río verdosa. Sin embargo, lo que tomé como un estímulo puede que en realidad fuera una advertencia. Quizá Lawrence se me aparecía para demostrarme que las personas fallecidas —tanto las que conocimos en vida como las imaginadas en los libros— no están nunca tan muertas como nosotros queríamos creer.

Ahora bien, si este viaje que he emprendido es mi destino, ¿cuál es mi papel en él? Siempre me he sentido ajeno al devenir de las cosas, poco más que un inofensivo experto en historia cultural, un intérprete de un lenguaje desconocido. Puede que la Mujer Delgada se acercara más de lo que creía al describir mi auténtica vocación. «Demonólogo», dijo. Recuperar a Tess requerirá que aplique los estudios de mi vida de un modo práctico que nunca antes había considerado. He de comenzar a tomar en serio la mitología del mal.

El primer paso consiste en determinar qué versión de la demonología estamos tratando. ¿Nuevo o Antiguo Testamento? ¿Los *shedim* judíos o los demonios platónicos (espíritus intermediarios, ni dioses ni mortales, sino algo intermedio)? Platón, ahora que lo pienso, definió *daimon* como «conocimiento». El poder demoníaco no procede del mal, sino de saber cosas.

En el Antiguo Testamento, los satanes (pues sus apariciones casi siempre están pluralizadas) deambulan por la tierra poniendo a prueba la fe del hombre en su capacidad de devoto sirviente de Dios. Incluso en el Nuevo Testamento, el mismo Satán es una de las creaciones de Dios, un ángel descarriado. ¿Cómo? Por el abuso del conocimiento. No es la oscuridad la materia de la que está hecho el anticristo, sino la inteligencia. La clarividencia.

Como, por ejemplo, conocer los índices de las bolsas mundiales con una semana de antelación.

Está claro que, con ello, mi demonio quería hacer alarde de su poder. Demostrar su intelecto, así como su capacidad de poseer, de robar.

Ello.

Él. Ella.

El Innominado.

En todos nuestros encuentros (de la Mujer Delgada a Raggedy Ann), la presencia se ha negado a proporcionar un nombre. Es otra forma de burlarse de mí. Pero también una de sus vulnerabilidades. Según el rito oficial del exorcismo de la Iglesia católica, utilizar el nombre del demonio en su contra es un modo de negar su

autoridad.

He de encontrar alguna forma de averiguar la identidad del demonio. Cuando lo haga, puede que descubra qué es lo que quiere. Y, con ello, que encuentre a Tess.

Si afronto la cuestión considerando todas las posibilidades y teniendo en cuenta las figuras demoníacas de todas las creencias y tradiciones folclóricas, me será imposible señalar un sospechoso. Mi demonio me ha elegido a mí. A un «miltonista». Sus continuas citas de *El Paraíso perdido* no pueden ser accidentales. Es la versión del universo demoníaco a través de la cual quiere ser observado.

Lo cual nos conduce al pandemonio. Las cámaras del consejo en las que, según Milton, Satán reúne a sus discípulos para debatir el mejor modo de debilitar la ley de Dios.

Moloc.

Chamós.

Baal.

Astarot.

Tamuꝛ.

Astoret.

Dagón.

Rimmón.

Osiris.

Isis.

Horus.

Belial.

Mi Innominado se encuentra entre estos. Y solo tengo tres días para averiguar cuál de ellos es.

Si hemos de creer a la voz que habló a través de Marco Ianno, podemos eliminar a Satán de la lista. Y el hecho de que organizara una introducción, una especie de fanfarria previa a su aparición, dice algo de su carácter. Es orgulloso. Arrogante. Teatral. Las citas de Milton proporcionan algo más que pistas. Demuestran que la presencia también se considera a sí misma erudita. Una afinidad conmigo, pero también una rivalidad.

Tendré que descubrir el nombre del Innominado interpretando su personalidad. Milton otorgó unas características determinadas a los miembros del consejo estigio; un modo de distinguirlos y, en cierto modo, de «humanizarlos».

Eso es lo que haré, pues. Trazar el perfil de este demonio.

A veriguar la dirección de la granja de las hermanas Reyes resulta ser tan fácil como abrir el listín telefónico que hay en la habitación del motel y consultar un mapa en mi iPhone. No está lejos. Al parecer, apenas a diez kilómetros de aquí. Si salgo ahora llegaré antes del almuerzo.

No obstante, está el problema del Perseguidor, desde luego. Si me sigue hasta la granja, no solo lo alertaré acerca del misterio de las hermanas, sino que ello podría significar una provocación lo suficientemente grande para que su cliente decidiera dar la orden de liquidarme. He de descubrir si he hecho bien o no viniendo a Linton. Pero sin que él me siga.

Me paso un rato dándole vueltas a esto hasta que miro por la ventana de la parte delantera y veo el Crown Victoria del Perseguidor aparcado a unos cinco o seis metros del Mustang. Parece que ahora también se hospeda aquí. Y no le importa que yo lo sepa.

Consciente de que lo más probable es que esté vigilando todos mis movimientos, me dirijo a recepción y pido un destornillador y una cubitera. Lleno esta de agua. De camino a mi habitación (con pinta de ser un tipo cualquiera que quiere añadir unos cubitos a su refresco), me detengo al lado del coche del Perseguidor. Utilizo el destornillador para abrir la tapa del depósito de gasolina y vierto el agua de la cubitera dentro.

Luego salgo corriendo.

Permanezco un momento detrás del volante del Mustang a la espera de que el Perseguidor salga de su habitación —primero lo hace sin prisa, luego se alarma al observar la tapa del depósito de gasolina en el suelo— y así poder ver bien su mirada de furia.

La situación ha cambiado, parece decir. Se han terminado las amenazas con perros. Y las advertencias. Cuando llegue la orden, no solo la llevará a cabo, sino que se tomará su tiempo.

Pero no puedo entretenerme más, sobre todo porque aprieta a correr. Hacia mí. Con los brazos extendidos hacia delante como si estuviera dispuesto a atravesar el parabrisas con ellos.

Piso a fondo el acelerador y paso por su lado a toda velocidad. Giro en otra dirección a propósito y luego rodeo el edificio para dirigirme hacia el sur y salir del pueblo sin ser visto. No tardará en conseguir otro coche.

Pero el mío ya está en marcha. Alejándose.

El trayecto desde el sur de Linton al cruce de carreteras con Strasburg es corto. Luego conduzco otros tres kilómetros más en dirección oeste hasta la granja de las hermanas Reyes. En este momento, no parece haber muchos cultivos. Los campos que hay a cada

lado del camino de gravilla han sido arados pero no sembrados, de modo que en la tierra solo asoman hierbajos dispersos. Eso hace que la granja destaque más de lo que habría hecho de no estar en esas condiciones. Parece un juguete de tablones blancos que sobresale en el horizonte infinito.

Es la misma casa —y el mismo horizonte— que Tess dibujó en su diario.

Frente a la granja, un árbol solitario y, apoyado en el tronco, un rastrillo con el mango agrietado a causa de su larga exposición al sol. Bajo el alero más alto de la casa, pegado a la madera, hay un nido de avispas gris con un agujero negro en la base del que entran y salen furiosamente los insectos. En el suelo, a lo largo del camino de entrada, crecen abundantes hierbajos llenos de espinas cual alambres de púas. Es como si toda la granja y el trabajo que antes se realizaba en ella se hubiera interrumpido años atrás y ahora estuviera convirtiéndose en otra cosa. Una vuelta a la maleza incontrolada.

Y aquí estoy yo, abriéndome camino hasta el porche con una mueca de aprensión en el rostro.

Tess había visto todo esto. Y sabía que vendría.

«Pobre PAPÁ».

La puerta de entrada está entreabierta. ¿La policía? ¿Un vecino que ha venido a dejar un cesto de huevos? Por alguna razón, no esperaba tener que compartir el tiempo con Delia Reyes. Al llamar al marco de la puerta mosquitera, comienzo a planear las formalidades que diré. Cuanto más tarde en entrar, más probabilidades habrá de que alguien aparezca y me detenga.

Estoy a punto de volver a llamar cuando la puerta se abre y aparece una mujer enjuta y ataviada con lo que parecen varias capas de viejos jerséis y una falda que le llega a los tobillos. Lleva el largo pelo recogido con una goma que deja las puntas quebradizas y encrespadas como las cerdas de una escoba. Tiene unos grandes y vivaces ojos castaños que parpadean con humor.

—¿Señora Reyes?

—¿Sí?

—Me llamo David Ullman. No soy de la policía. Ni tampoco trabajo en ningún periódico.

—Me alegro de oírlo.

—He venido hasta aquí para hablar con usted.

—Diría que ya lo está haciendo.

—Iré al grano, entonces. Creo que hace poco ha sucedido algo inusual en esta casa.

—Así es.

—A mí me ha pasado algo parecido, y me gustaría hacerle algunas preguntas.

—¿También ha perdido a alguien?

—Sí.

—A alguien cercano.

—A mi hija.

—Dios mío.

—Por eso he venido hasta aquí y me he presentado de improviso en su puerta.

Ella abre entonces la mosquitera.

—Considérese invitado.

La cocina es amplia y fresca. En el centro hay una mesa de madera maciza que parece utilizarse tanto para cocinar como para comer. Un viejo frigorífico resopla y carraspea en un rincón. El fregadero cuenta con dos pilas esmaltadas. Una maceta con una cinta cuyas hojas hacen lo posible para tapar la luz de la ventana decora la encimera. En conjunto, se trata de una vieja cocina de Dakota limpia y digna de un museo. Un lugar acogedor si no fuera por las paredes de color turquesa. El color de la melancolía. Del dolor.

Me detengo junto a la mesa y la mujer pasa a mi lado para ocupar el asiento en el que estaba sentada cuando he llamado. Al menos eso es lo que pienso al ver la solitaria taza de café que sostiene entre las manos. Al mirar mejor la taza, sin embargo, advierto que no solo parece vacía, sino limpia, como si la mujer la hubiera cogido del estante para jugar o a modo de atrezo.

—Paula Reyes —dice ofreciéndome la mano.

Cuando se la estrecho, caigo en la cuenta del nombre que ha dicho.

—¿Paula? Pensaba que había desaparecido.

—Así era. Pero he vuelto a aparecer, ¿no lo ve?

—¿Qué le sucedió?

Pasa un dedo por el borde de la taza.

—Pues no lo sé muy bien. ¿Qué le parece? —dice, y se contesta a sí misma con una breve carcajada—. Debí de golpearme en la cabeza o algo así. ¡Cosas de la edad! Lo único que recuerdo es que esta mañana he cruzado esa puerta mosquitera y he visto a Delia sentada en la silla en la que usted está ahora, tomando café con esta misma taza. Nos hemos abrazado y luego se ha puesto a hacerme unos huevos como si no hubiera pasado nada.

—¿Esa es la taza de Delia?

—Así es.

—Está vacía.

—Se ha terminado el café.

—Pero no parece haber sido utilizada.

Mira el fondo y luego me mira otra vez a mí.

—Es verdad —asiente.

—¿Se encuentra bien?

No parece oír la pregunta.

—¿Tiene usted alguna hermana, señor Ullman? —me pregunta.

—No. Tenía un hermano... Cuando era pequeño.

—Bueno, entonces sabrá qué lugar en el corazón de uno ocupan parientes tan cercanos. No hay modo de limpiar esa mancha, ¿verdad? —Niega con la cabeza—. Los

lazos sanguíneos son demasiado fuertes.

Al mencionar la sangre, advierto por primera vez las manchas del jersey más exterior de la mujer, un cárdigan cuyos bolsillos cuelgan. Hay una salpicadura en el centro. Y restos de tierra aquí y allá. También debajo de las uñas.

—¿Qué es eso?

Ella baja la mirada y limpia la sangre y la tierra con el dorso de la mano.

—La verdad, no sé cómo ha llegado esto aquí —dice, aunque creo detectar un cierto temblor en su voz—. Cuando una trabaja en una granja, deja de preguntarse cómo puede mancharse de tierra y otras cosas.

—No parece que en esta granja nadie haya hecho nada desde hace mucho.

Sus ojos me miran directamente, ya sin cordialidad.

—¿Nos está llamando vagas a mi hermana y a mí?

—No quería decir eso. Perdóneme.

—Soy de las que les cuesta perdonar, señor Ullman —dice sonriendo de nuevo—. ¿Quiere que lo haga? Póngase de rodillas.

No sé si lo dice en serio o no. Algo en su sonrisa sugiere que esa última observación no era una broma, sino una orden. No tengo otra opción más que fingir que no la he oído.

—Las voces que escuchó... —digo—. Las que insistían en que bajara al sótano.

—¿Sí?

—¿Qué le decían exactamente?

Sopesa esto con el ceño fruncido. Parece estar rememorando un pasado muy lejano, como si le hubiera preguntado el nombre del chico que se sentaba a su lado en el jardín de infancia.

—Es curioso —contesta por último—. Aunque sé que eran palabras, no las recuerdo como tales. Era más bien un sonido que provocaba una determinada sensación en mi interior.

El zumbido de oídos que sentí de camino a Linton. «Un sonido que provocaba una determinada sensación en mi interior».

—¿Podría describirlo?

—Algo terrible. Habría preferido doblarme por la mitad con náuseas. O que me atravesaran el dorso de la mano con un clavo.

—Porque es doloroso.

—Porque es algo que te abre en canal y hace las cosas más claras a pesar de estar envueltas por la oscuridad en vez de iluminadas por alguna luz. Es una oscuridad en la que se ve mejor que con cualquier luz.

«Llamas que luz no dan, sino visibles tinieblas que solo servían para descubrir escenas de infortunio».

—Esta puede parecerle una pregunta algo extraña —digo—. ¿Ha leído alguna vez *El Paraíso perdido*, de Milton?

—Me temo que no leo mucho. Aparte de las Sagradas Escrituras, claro está. Estoy

demasiado ocupada con el día a día.

—Por supuesto. ¿Podemos volver a esa sensación que ha mencionado? ¿Qué vio en esa oscuridad visible?

—Lo que podría ser la verdadera libertad. Sin reglas, sin vergüenza, sin amor que lo contenga a una. Una libertad parecida a un viento frío en pleno campo. Parecida a la muerte. A la nada —asiente—. Sí, creo que eso lo define bien. La libertad de no ser nada.

Sé algo sobre eso. Es la sensación que llevé del 3627 de Santa Croce al hotel Bauer. La enfermedad que contagió a Tess. Y que la hizo caer de la cornisa. «Parecida a la muerte». Pero peor. Una muerte no natural porque es más definitiva que la muerte. «A la nada».

—¿Dónde está Delia ahora, Paula?

—Bajó al sótano justo antes de que apareciera usted.

—¿Al sótano?

—Dijo que tenía que arreglar algo. Ahora que yo había regresado.

—¿Le importa si bajo y hablo con ella?

—Adelante. Pero yo no voy a acompañarlo.

—¿Por qué no?

—Porque tengo miedo —responde mirándose como si fuera diota—. ¿Usted no?

No le contesto. Me limito a alejarme de la mesa en dirección a la puerta cerrada que, por alguna razón, sé que no conduce a un armario, ni a una despensa, ni tampoco a una escalera trasera al primer piso, sino al amplio sótano que hay bajo la casa.

Paula observa cómo cojo la manija y abro la puerta. Noto su mirada en la espalda, impulsándome hacia delante. Su dedo recorre ahora el borde de la taza con tal rapidez que la cerámica emite un vacilante sonido de advertencia.

Un interruptor enciende un par de bombillas del sótano, pero desde aquí arriba no puedo verlas. Apenas distingo dos delantales amarillos que están tirados en el suelo de cemento. De repente, la bombilla de la izquierda se apaga. No con el estallido que hacen al fundirse, sino más bien de un modo titubeante, como si no terminara de hacer conexión. Podría arreglarlo acercándome a ella y enroscando el casquillo hasta el fondo. Pero esa es una perspectiva menos apetecible que mantener el ojo en el haz de luz de la derecha restante.

Cuando llego al final de la escalera, puedo ver algunas de las cosas que la bombilla ilumina. Mesas de trabajo contra la pared repletas de herramientas, tijeras de podar, frascos llenos de tuercas y tornillos, viejas latas de pintura apiladas en frágiles torres, bolsas de basura de papel amontonadas en un rincón y con la base negra a causa de la progresiva licuación de su contenido.

De ahí procede el olor que inunda el lugar. Una penetrante y fuerte podredumbre decididamente orgánica. Como el cosquilleo que uno siente en la parte posterior de la garganta al oler azúcar glas quemado.

No veo a Delia. Puede que se encuentre en la parte oscura de la izquierda, pero en realidad no podría verla aunque estuviera sentada en el suelo tejiendo calcetines. Y, ahora que lo pienso, si estuviera aquí, antes de que yo accionara el interruptor de la luz habría estado completamente a oscuras.

¿En qué estaba pensando al confiar en una anciana manchada de sangre y tierra que ha estado diez días desaparecida y no sabe dónde ha estado? ¿Una anciana con el don de oír cosas que el resto del mundo daría lo que fuera por no tener que oír nunca? Una mentirosa, pues en esa taza nadie ha tomado café esta mañana. En la cocina tampoco olía a café, ni había ninguna cafetera en el fogón.

En realidad, no he llegado a creerla, pero me he visto obligado a dispensar las consideraciones que requiere la confianza. El lado negativo de mi apresuramiento, sin embargo, es la posibilidad de haber caído directamente en una trampa. Porque en efecto esto lo parece. ¿En la puerta no había un pestillo nuevo y reluciente? La anciana ya debe de estar deslizando el pasador. Con rapidez, retrocedo y coloco el pie en el primer escalón para volver a subir...

—Aquí.

Una voz como la de Paula —pero que no es la suya— hace que me detenga de golpe. Compruebo entonces que la puerta al final de la escalera del sótano sigue entreabierta, tal y como la he dejado.

Al volverme, oigo un ruido metálico en el suelo. Y entonces la veo. Delia Reyes. Arrastra una palangana boca abajo hasta la luz y se sienta encima con un suspiro de cansancio.

—Buenos días —digo.

—¿Es de día? Cuando uno deja de ver el sol pierde la noción del tiempo.

—Estaba con la luz apagada.

—¿Ah, sí? Supongo que si uno pasa el tiempo suficiente en un lugar termina viendo las cosas igual de bien a oscuras.

En un primer momento, interpreto el encorvamiento de su cuerpo y los párpados caídos como signos de cansancio, la postura que sigue a la finalización de una tarea física. Sin embargo, lo que ha dicho me indica que estoy equivocado. A pesar de su amabilidad, sus débiles y raquíticas palabras están marcadas por una tristeza inmensurable. Lo sé porque así oigo yo mi propia voz.

—Me llamo David Ullman. He venido a...

—Lo he oído —me interrumpe, y levanta la mirada hacia el techo—. Bueno, medio oído.

—Debe de estar encantada. Con que haya vuelto Paula.

La mujer se vuelve hacia mí.

—¿Es usted real?

—Que yo sepa, sí.

—¿Qué es lo que ha hecho usted?

—Perdone, no estoy seguro de...

—Si está aquí, es que debe de haber...

Se queda callada y se pasa la mano por la cara como si retirara una tela de araña.

—¿No tiene frío aquí abajo? —me pregunta.

—Un poco —digo, aunque lo cierto es que, en los últimos minutos, la temperatura del sótano parece haber descendido unos diez grados o más.

Delia se frota los hombros.

—Esta casa siempre ha sido fría. Ni siquiera en verano se caldeaba del todo. El calor nunca llegaba a todos los rincones. Era como si las habitaciones mismas odiaran que los rayos del sol las tocaran.

Se dispone a ponerse en pie, pero cambia de idea. Su mente parece haberse trasladado a un momento concreto de otra época.

—En agosto, Paula y yo siempre llevábamos abrigo —dice—. ¡Y la mañana de Navidad nos teníamos que tapar con bufandas hasta las orejas!

Su risa recuerda a la de su hermana, pero a diferencia de la de esta, más que diversión transmite pérdida.

—Al menos se tenían la una a la otra —digo.

—Quizá. Aunque tal vez se puede llegar a estar demasiado unido a alguien.

—¿Por qué dice eso?

—Gemelas. Cuando una se pasa sesenta años en una fría casa con alguien idéntico como única compañía, puede acabar perdiendo el juicio.

Me acerco a ella. Es lo que la mujer parece requerir. Una mano en el codo para ayudarla a ponerse en pie. Alguien que le diga que todo ha terminado, que no hace falta que siga mortificándose aquí abajo, en la pestilente oscuridad. Sin embargo, en cuanto doy un paso, levanta un dedo para detenerme. Tengo la extraña sensación de que no solo quiere terminar su pensamiento, sino evitar que me acerque demasiado.

—En numerosas ocasiones recé para que desapareciera —dice—. Es vergonzoso, pero cierto. Incluso de niña, a veces imaginaba que se le quedaba el brazo atrapado en la trilladora, o que se quedaba dormida al volante al volver del pueblo, o que se atragantaba al comer un estofado. Visualizaba esas escenas. ¡Cosas en verdad terribles! Pero, al mismo tiempo, tan perfectamente naturales. Simples accidentes.

Está llorando. De algún modo, consigue mantener el llanto separado de su voz, como si estuviera realizando una especie de acto de autoventriloquía. Habla y solloza al mismo tiempo.

—¿Por qué deseaba que sucedieran esos accidentes?

—¡Para poder estar al fin sola! Estaba harta de ser la mitad de un todo, o lo que la gente nos ha llamado durante toda la vida: el Dúo Terrible, las Gemelas Reyes o las Chicas. Quería ser yo misma. —Traga saliva, pero continúa hablando sin aclararse la garganta, de modo que su voz es todavía más baja—. Recé, pero el cielo nunca hizo nada. De modo que comencé a rezar en la otra dirección. Y esta vez, algo contestó.

—Deberíamos salir de aquí —digo.

—¿Salir? ¿Por qué?

—Su hermana ha regresado, ¿recuerda?

—Maté a mi hermana.

—No, Delia. Está bien.

La anciana niega con la cabeza.

—La maté.

—Pero acabo de hablar con ella. Paula ha regresado. Está aquí.

—Esa... cosa no es Paula.

—Entonces ¿quién es?

—Lo que contestó a mis plegarias.

La anciana levanta la mano y señala algo situado a mi espalda.

No hay elección posible. No puedo permitir que la haya.

Doy media vuelta y comienzo a caminar hacia la oscuridad con las manos alzadas para poder localizar a tientas el interruptor de cordel de la otra bombilla. Justo cuando tengo la sensación de que he avanzado demasiado, noto su cosquilleo en la mejilla. Sigo entonces el cordel con los dedos hasta la bombilla y la enrosco bien. El calor que desprende me indica que está encendida antes de que la misma luz lo haga.

Las hermanas están sentadas una al lado de la otra en el rincón, con la espalda contra la pared del fondo. Se encuentran al límite del alcance de la luz, de modo que sus rostros están iluminados, pero débilmente. Lo suficiente, eso sí, para ver que son reales. Como también lo es la escopeta que descansa sobre el regazo de Delia, o la oscura y reciente mancha que hay en los ladrillos, o la boca abierta en la que colocó el cañón. También los restos de Paula, recubiertos de la tierra y las raíces del suelo del que ha sido exhumada, o su piel amoratada e hinchada.

Entre la visualización de esa imagen y la comprensión de su significado pasan unos cuantos segundos. Y es en ese lapso de tiempo cuando el resto de mi cuerpo reacciona y se da la vuelta, evitando con ello vomitar ahí mismo.

—¿Por qué la traje aquí? —le pregunto a Delia, que ahora se frota la nariz con un nudillo.

—La voz me pidió que lo hiciera.

—Dígame su nombre.

—No tiene.

—Ellos pensarán que lo hizo usted.

—Y así fue.

—Pero la voz le dijo que lo hiciera.

—Me dijo que podía hacerlo.

—Pero todo lo que acaba de contarme..., la cosa con la que he hablado en la cocina, sus plegarias, nadie llegará a saberlo.

—Usted sí.

Ahora es la otra bombilla la que parpadea y se apaga. La Delia con la que he estado hablando vuelve a la oscuridad.

—Es consciente de que usted también matará, ¿verdad? —dice ella. Ahora está

mucho más cerca.

—No...

—Eso es lo que la voz quiere. Que usted sepa lo que hace. Mostrarle que usted también puede hacerlo. Que crea. Que mate.

La anciana está tan cerca que incluso en la oscuridad puedo distinguir el perfil de su rostro a centímetros del mío. El marfil manchado de su sonrisa.

Retrocedo y comienzo a subir la escalera. Al principio lentamente, para no tropezar, luego a toda velocidad. Mi respiración se vuelve un esforzado jadeo. Cruzo corriendo la cocina —la taza de café sigue ahí, la silla está vacía— y salgo de la casa en dirección al coche.

Me alejo deprisa de la granja por el sendero que conduce a la carretera. Al girar bruscamente para tomar la curva, el guardabarros le da un toque al buzón y la puertecilla de este se abre. Cuando, doscientos metros más adelante, le echo un vistazo por encima del hombro, tengo la sensación de que se trata de una figura que avanza a trompicones hacia mí con la boca abierta.

Conduzco hacia el sur. Me parece la dirección menos predecible. El este es el lugar del que provengo, la dirección lógica de retirada. Y al norte está Canadá, una opción nada deseable. Cuando dejé ese país hace ya mucho tiempo, tracé una línea entre el lugar del que procedía y aquello en lo que podía reinventarme como ser humano. Ahora mismo ya me las estoy viendo con suficientes espíritus como para que fantasmas largo tiempo enterrados me hagan una visita.

De modo que adiós, Dakota del Norte, y hola, Dakota del Sur. Justo cuando ya pensaba que nunca había habido una razón más innecesaria para una frontera, cruzo la de Nebraska, un estado que se parece a Dakota del Norte todavía más que la propia Dakota del Norte. Finalmente, llego a Kansas. No se diferencia en especial de los anteriores estados, pero tiene cierto renombre: Dorothy, *Totó* y parques de casas móviles arrasados por los tornados. También hay algo en la apariencia de los campos (o en la del día) que me recuerda a la famosa secuencia de *Con la muerte en los talones*, de Hitchcock, en la que Cary Grant esquivo como puede los ataques de la avioneta fumigadora mientras se pregunta en qué diantre se ha metido. Una de las películas favoritas de O'Brien.

Su recuerdo me oprime el corazón. La echo mucho de menos. Es increíble cómo un trayecto por las llanuras puede multiplicar la soledad de un viaje ya de por sí solitario.

Estoy terrible e increíblemente asustado.

La carretera puede despejar la mente, pero también traer recuerdos de forma aleatoria, desordenada y descuidada, arrojándolos al parabrisas con tanta fuerza que el impacto lo sobresalta a uno.

Como ahora, por ejemplo. Mi primera acampada con Tess.

A Diane no le iba mucho lo que ella llamaba «el aire libre», así que no nos acompañó a las montañas de Adirondack para enseñarle a Tess, que por entonces tenía cinco años, algunas de las cosas que yo había aprendido en mi infancia en el norte de Ontario: hacer un fuego, almacenar comida en lo alto de un árbol para mantenerla lejos del alcance de los osos o la colocación de la muñeca para remar realizando un movimiento en «J».

Durante el trayecto, jugamos al «veo, veo» y recompusimos algunos de los versos jocosos de carácter escatológico que Diane nos prohibía decir en casa («Había una vez una niña llamada Dotty / que tocaba la bocina cuando se sentaba en el orinal»).[6] Lo cierto es que estaba preocupado. Por la lluvia, por los mosquitos, por si Tess no se lo pasaba bien... Tenía miedo de que mi hija, nacida en Nueva York, no aceptara las incomodidades con las que se encontraría al pasar un par de noches en el bosque. Y, lo más importante, no quería fallar. Temía regresar a casa con una niña con manchas

en la piel por culpa de la hiedra venenosa y prometiéndole que no volvería a intentar eso.

Pero lo cierto es que nos lo pasamos genial. Recuerdo a Tess quieta como una estatua durante al menos una hora en un campo de arándanos, haciendo ver que era una «flor gigante», hasta que las mariposas monarcas se fiaban y se posaban en sus zapatos. También nuestros baños nocturnos en el lago, con el movimiento de nuestros cuerpos desbaratando el reflejo de la luna sobre la superficie del agua. O el tiempo que pasamos perfeccionando la rotación del palo necesaria para asar de forma uniforme las nubes de azúcar.

Pero todo esto lo rememoro más tarde, después del recuerdo que me deja sin aliento mientras conduzco a través de campos interminables.

Al segundo día, Tess me pidió que la despertara en mitad de la noche para poder ver lo que yo había descrito como «auténticas estrellas». Ella no creía lo que le había contado sobre la Vía Láctea y los cielos en los que un bordado de luz surcaba la oscuridad. Puse la alarma de mi reloj a las tres de la madrugada y, cuando llegó la hora, abrimos la tienda de campaña, salimos afuera y levantamos la mirada. La cúpula celeste estaba iluminada.

Ninguno de los dos dijo nada. Al cabo de un rato, regresamos a la tienda y volvimos a dormir. Por la mañana, nos despertamos exactamente a la misma hora, nos miramos y nos echamos a reír. No era una risa de ni sobre nada. Ni un pensamiento compartido en silencio. Simplemente, ambos recibimos el amanecer con espontánea gratitud.

Esto es lo que casi me obliga a parar para recobrar el aliento y que las manos dejen de temblarme: incluso cuando estaba sucediendo recuerdo haber pensado claramente «Nunca has sido tan feliz».

Y era cierto.

Todavía lo es.

Una hora antes de llegar a Wichita, me detengo en una estación de servicio y entro en una cabina que huele a mostaza y a gases.

—Mírame —dice O'Brien cuando descuelga—. Sentada junto al teléfono como una adolescente sin cita para el baile de graduación.

—¿Quieres ir al baile de graduación conmigo, Elaine?

—Ni por asomo. No pienso perdonarte nunca.

—¿Por qué no?

—No has llamado, Nemrod.^[7]

—Hacía tiempo que no me llamaban eso.

—¿De verdad? Entonces recuperemos el tiempo perdido. ¿Dónde estás, Nemrod?

—En Kansas.

—¿En qué parte de Kansas?

—A las afueras de Wichita. Probablemente pasaré aquí la noche. Hace un par de

kilómetros he visto un anuncio de un motel llamado Scotsman Inn. He pensado que podía probar su *haggis*.^[8]

—*Haggis* en Kansas.

—Di eso rápido tres veces.

—¿Qué tal en Dakota del Norte?

«Bien, supongo. He hablado con un demonio que había adoptado la forma de una anciana y luego he mantenido una conversación con el fantasma de su hermana gemela. He sido el primero en descubrir los restos de su asesinato-suicidio, y luego he huido sin llamar a las autoridades. ¡Ah, sí! Un sicario —o algo así como un sicario— va detrás de mí porque cree que poseo pruebas innegables que demuestran la existencia de los demonios. Cosa que es cierta».

—Raro —digo.

—¿Has descubierto... algo más?

—Eso creo, sí.

—¿Qué?

«El demonio que estoy buscando quiere que sea testigo de su influencia en los asuntos humanos. Quiere que sea su apóstol».

—No estoy seguro de que lo fueras a entender —digo.

—Inténtalo.

—Creo que Tess está procurando ponerse en contacto conmigo, igual que yo con ella.

—Ajá. Eso es bueno, ¿no?

—A no ser que no la encuentre.

Se hace un silencio mientras ambos sopesamos el significado de lo que acabo de decir.

—¿Algo más? —dice ella finalmente.

—Creo que he descubierto cómo opera la presencia, el Innominado. Busca una puerta, un acceso al corazón de alguien: tristeza, dolor, celos, melancolía... Encuentra una abertura y entra.

—Los demonios afligen a los débiles.

—O a quienes piden ayuda sin importar quién se la preste.

—¿Y luego qué?

—Derriba la muralla entre lo que uno se imagina haciendo y aquello que nunca haría.

—Te das cuenta de que acabas de describir tu propia situación, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices?

—Un hombre afligido que ahora está haciendo algo que en condiciones normales no haría.

—No es aplicable a mi caso.

—¿Y la diferencia cuál es?

—El Innominado no quiere poseerme. Quiere que siga siendo yo mismo, o al

menos mi mejor parte.

—¿Con qué finalidad?

—Eso no lo sé exactamente.

—Muy bien —dice O'Brien, y oigo cómo coge aire.

—Hay algo más.

—Dime.

—Tengo razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo. Estoy más que seguro de que, si bien lo que está sucediendo a mi alrededor es una locura, yo no estoy loco.

—Tener ideas delirantes no lo convierten a uno en loco.

—Quizá no. Pero yo pensaba que lo estaba. Hasta ahora. —Cojo aire y, de repente, siento cómo el cansancio se deposita en mis huesos de golpe. He de apoyar la palma de la mano en el cristal de la cabina para no perder el equilibrio—. No estoy seguro de adónde he de ir a continuación.

—Estás esperando una señal.

—Al menos podrías intentar disimular tu sarcasmo.

—No estoy siendo sarcástica. Es solo que resulta muy difícil hablar de esto sin sonar involuntariamente sarcástica.

Se hace un silencio. Cuando al final O'Brien vuelve a hablar, su charla animada ha sido reemplazada por su voz de médica. Si no puede burlarse de mí durante un minuto entero, es que debo de estar en peor estado del que pensaba.

—Suenas como si estuvieras en las últimas, David.

—Lo estoy.

—¿No crees que sería buena idea posponer esta búsqueda durante un tiempo? Así podrías descansar y reagruparte...

—Eso tendría sentido si me importara mi bienestar, pero no es así. Cuelgo de un hilo muy fino. Y no puedo soltarme.

—¿Aunque te conduzca a un lugar peligroso?

—Eso ya lo ha hecho.

Desde la cabina, veo los coches que entran y salen del aparcamiento. Todos sus conductores me echan un vistazo. A mí, un tipo necesitado de un afeitado hablando en una cabina. Hace apenas cinco años, habría parecido un vendedor ambulante que llamaba a su esposa. Ahora, en la época de los teléfonos móviles, soy una curiosidad posiblemente criminal. Un drogadicto de mediana edad conversando con su camello. Un cliente llamando a una prostituta. Un terrorista nacional.

—Hay cosas en este mundo que la mayoría de las personas no llegan a ver —me oigo decir—. Nos hemos acostumbrado a no verlas, o a fingir que no lo hacemos. Pero hay una razón por la que todas las religiones tienen demonios, por sofisticados o primitivos que sean. Algunas creencias tienen ángeles, otras no. Un dios, dioses, Jesús, profetas: la figura de la autoridad definitiva es variable. Hay muchos tipos de

creadores. Pero el destructor siempre tiene la misma forma esencial. Desde el principio, el progreso humano se ha visto desbaratado por facinerosos, mentirosos, profanadores. Autores de plagas, locura, desesperación. La demoníaca es la única verdad universal en todas las experiencias religiosas del hombre.

—Eso puede que sea verdad, en lo que a observación antropológica respecta.

—Es verdad porque es algo generalizado. ¿Por qué tantas creencias comparten ese aspecto desde hace tanto tiempo? ¿Por qué la demonología es más común que la reencarnación, los sacrificios, el modo en el que oramos, las casas de adoración en las que nos congregamos o la forma que el Apocalipsis adoptará al final de los tiempos? Porque los demonios existen. No como mera idea, sino aquí, en la tierra, en el mundo real.

Se me hace un nudo en la garganta y me doy cuenta de que estoy resollando como si apenas pudiera respirar. O'Brien permanece callada. No sé si está digiriendo lo que he dicho o si simplemente está alarmada por lo pirado que estoy. Algo en su silencio me deja claro que o la he ganado o la he perdido del todo.

—He estado pensando mucho en ti —dice finalmente.

—Yo también. ¿Cómo te encuentras?

—Dolorida. Con náuseas. Viene a ser como una resaca. Una resaca crónica sin la diversión de la noche anterior.

—Lo siento, Elaine.

—No lo sientas. Solo escúchame.

—Lo estoy haciendo.

—No estoy intentando hacerte sentir culpable, pero no sé cuánto tiempo me queda. Y tú eres mi mejor amigo. Deberíamos estar juntos.

—Lo sé.

—Pero estás en Wichita.

—Sí.

—Wichita está muy lejos.

—Estoy siendo muy mal amigo. Soy consciente de ello. Y sabes que si pudiera estaría contigo. Pero tengo que...

—Tienes que hacer esto. Y lo acepto. He renunciado a intentar convencerte de lo contrario. Solo quiero pedirte algo.

—Adelante.

—¿Se te ha ocurrido que quizá las fuerzas a las que te estás enfrentando están procurando aislarte?

—¿Qué quieres decir?

—Crees que estás haciendo lo correcto dejándome de lado, pero quizá es una equivocación. Quizá este distanciamiento forma parte del plan del demonio. Piénsalo bien. Si solo se tratara de hacerte creer en él, podría hacerlo en Nueva York. Pero te ha conducido muy lejos de casa. Lejos de mí.

—¿Qué otra elección tengo?

—Llevarme contigo.

—No puedo arriesgarme a que sufras algún daño.

—Me estoy muriendo, por el amor de Dios. Ya es un poco tarde para eso.

—Escúchame bien, Elaine. Voy a pedirte que me hagas una promesa.

—De acuerdo.

—No vuelvas a pedirme que te lleve conmigo. Me resulta muy difícil decirte que no. Pero he de hacerlo.

—Ahora me toca a mí.

—Está bien.

—Dime una cosa: ¿por qué los hombres creen que han de actuar como superhéroes autodestructivos siempre que surgen problemas?

—Es el único modo mediante el que sabemos demostrar nuestro amor.

Los coches vienen y van. Es algo que también se puede decir sobre Estados Unidos. Dan marcha atrás, aparkan, se unen al tráfico. Resultaría una idea tranquilizadora si en uno de esos coches, en algún lugar de la interminable noche de la pradera, no estuviera el Perseguidor.

—Debería colgar —digo.

—No vas a decirme quién va detrás de ti, ¿verdad?

—No.

—Pero alguien va detrás de ti...

—Sí.

—Una persona real. Un ser humano.

—Absolutamente real.

—¿Está ahí?

—Todavía no, pero está de camino.

—Entonces vete, David. Y ten cuidado —dice y, para mi sorpresa, cuelga. Es una prueba más efectiva de que me cree que cualquier declaración.

Subo al Mustang y conduzco hacia Wichita. Se hace de noche sobre la carretera interestatal tan bruscamente como si alguien hubiera tirado de un enchufe. Pienso en encender la radio, pero, cada vez que lo hago, oigo algo —una canción, un anuncio de coches usados, un pronóstico meteorológico— que me recuerda a Tess.

El infierno es conducir de noche en busca de una niña desaparecida.

Encuentro el Scotsman Inn sin buscarlo. Como no podía ser de otro modo, el motel carece de vistas, de encanto o de cualquier cosa escocesa. Es perfecto.

Doy vueltas de un lado a otro de la habitación mientras espero a que llegue la *pizza* de Domino's que he pedido. Después de tirarla toda a la basura salvo una única porción, enciendo y apago el televisor tres veces, pero no consigo bajar el volumen lo suficiente para evitar los desagradables gritos y sollozos del horario de máxima audiencia.

Finalmente, voy al coche, abro el maletero y cojo el ejemplar de *El Paraíso perdido* de

mi despacho. El papel está ajado tras años de escribir en los márgenes y de lecturas en atriles. Es lo más cercano a un amigo que tengo en Kansas.

Pero esta noche no me ayuda. El libro rechaza todos mis intentos de internarme en el familiar lenguaje. Las palabras, sin amarre que las sujete, se alejan de mí. Es como si el libro mismo hubiera cobrado vida y adoptara un nuevo propósito. Mientras miro la página, el poema se reescribe a sí mismo, las letras se reorganizan como si fueran fichas de un juego de Scrabble y componen aleatoriamente profanidades y blasfemias.

Me levanto de la silla y dejo el libro abierto en el asiento. Luego me meto bajo las sábanas y espero a que me venza el sueño. No tarda mucho.

O quizá no estoy dormido cuando me vuelvo y la veo.

Tess.

Sentada en la misma silla que acabo de dejar libre. Con mi ejemplar de *El Paraíso perdido* en las manos.

Me mira fijamente y abre la boca. Pronuncia palabras que no puedo oír, solo leerlas en sus labios. Por alguna razón, no parece que se trate de un discurso ni que esté intentando entablar una conversación conmigo. Por eso sostiene el libro: aunque no lo está mirando, en realidad está leyendo sus páginas en voz alta.

«Tess...».

El sonido de mi voz me despierta. También provoca que ella desaparezca. El libro está boca abajo en la silla, tal y como lo he dejado.

En el sueño —si es que es lo que ha sido—, Tess me estaba mirando. Pero sus palabras procedían del libro que tenía en las manos.

Mi ejemplar de *El Paraíso perdido* descansa sobre la silla que hay junto a la puerta, exactamente en el mismo lugar que lo he dejado antes de irme a la cama. Pero la página por la que está abierto es otra. Alguien lo ha cogido mientras yo dormía y ha vuelto a colocarlo boca abajo abierto por la página 109.

Leo y, casi al instante, llego a los versos que Tess me ha recitado: «¡Cuánto odio, oh sol, tus rayos que me traen recuerdos del estado desde donde caí!».

La sentida queja de Satán contra la luz del sol, una de las muchas cosas a las que dio la espalda cuando emprendió su ambiciosa rebelión contra Dios y sus creaciones. Sentir la luz no hace sino recordarle lo que una vez tuvo. Es una metáfora de su dolor. En cierto modo, me atrevo a decir —ahora, aquí, en la habitación número 12 del Scotsman Inn de Wichita, Kansas— que todo el poema es la historia de la imposible cólera de Satán contra su propia muerte, inevitable y amenazadora.

Pero ha sido Tess quien ha escogido esos versos. No solo es Satán, sino mi hija, quien vive en un lugar privado de luz solar. Y ha sido ella quien, mediante un esfuerzo inimaginable, ha venido de noche a mi habitación para coger el libro y hablarme en un código que esperaba que yo pudiera comprender. Quizá solo estaba haciendo lo que su captor le indicaba. O quizá era el mismo Innominado con la forma de Tess. Pero no lo creo. Todavía no se ha hecho pasar por ella. ¿Por qué no?

Porque todavía no la tiene del todo.

Hace un momento, ella estaba sosteniendo el libro que tantas veces había intentado leer y posteriormente abandonado, pretendiendo ver qué veía yo en él pero frustrándose ante la densidad de las palabras, las alusiones múltiples y los significados superpuestos. Ahora me doy cuenta de que en esas ocasiones quizá entendió más cosas de las que yo creía, pues me ha recitado esos versos sin mirar la página. Se los sabía de memoria.

Y estaba aquí. Eso es lo importante. Estaba aquí.

Ahora bien, ¿podré volver a encontrarla?

«¡Oh, sol...!».

El sol brilla en todas partes a lo largo del día. No importa lo claro o nublado que esté, ni lo larga que sea la noche. Debe de haber algo en la idea de «sol» que todavía no pillo. Algo que implique un «lugar».

Ciertamente, hay un «lugar» en el pasaje. Satán no cae del cielo, sino de un «estado». Una condición del ser. En mi caso, puede que se trate de una localización. Como Dakota del Norte.

El estado del sol.

O Florida.

El «estado de la luz del sol».

Está traído por los pelos, pero también lo estaban las conclusiones que saqué del hecho de que el taxista me dejara delante del edificio Dakota, y al final resultaron no estar desencaminadas. Además, ¿qué otra cosa puedo hacer?

Vuelvo a quedarme dormido. Esta vez del todo. No sueño con nada, solo tengo una sensación de creciente calor. Se propaga por mi cuerpo en oleadas como una especie de manta fluida e inasible.

Y entonces me despierto.

El pánico me atenaza. Una pesadilla que no recuerdo llega a su impensable final. La almohada está húmeda por la combinación de sudor y lágrimas. Es tarde. Las 11.24. He dormido toda la noche y parte de la mañana. Aun así, me siento más aplatanado que descansado.

Esa es la razón por la que, cuando llaman a la puerta, la abro sin echar antes un vistazo por la mirilla. Ni preguntar quién es.

Tanto si pertenece a los vivos como a los muertos, estoy listo para oír lo que quiere decir.

—¿Café?

Al principio no la reconozco. Ha perdido peso. Y tiene la piel pálida como la tiza. El cambio es tan sorprendente que, durante uno o dos segundos, confundo a O'Brien con la Mujer Delgada.

—Estás aquí.

—En cetrina carne y hueso.

—¿Cómo me has encontrado?

—¿Cuántos Scotsman Inn crees que hay en Wichita?

—¿Has venido en avión?

—Un autobús no parecía el mejor uso que podía hacer de mi tiempo.

—¡Dios mío, Elaine! ¡Estás aquí!

—Sí, lo estoy. ¿Te vas a tomar el café o qué? Me estoy quemando la mano...

Cojo la taza. Y me quemo la maldita mano.

O'Brien entra en la habitación. Cierra la puerta tras ella, se deja caer sobre la cama y se tumba con los brazos y las piernas abiertas sobre las sábanas húmedas.

—Sudores nocturnos —observa al tiempo que se incorpora—. Los conozco bien.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo se me ve?

—Muy bien. Como siempre.

—David, si siempre hubiera tenido este aspecto me habría suicidado hace mucho.

Me siento a su lado en el borde de la cama y tomo su mano entre las mías.

—Estás más delgada —afirmo.

—Y eso que como, pero dentro de mí hay un pequeño monstruo avaricioso que se lo traga todo. Sería casi fascinante si no me estuviera sucediendo a mí.

—¿Deberías estar aquí? Sin tus médicos, quiero decir.

—Ya te he dicho lo que pienso sobre mis médicos. Y he traído conmigo todo lo que la medicina moderna puede ofrecerme. —Y, tras decir eso, saca un frasquito de píldoras del bolsillo de sus vaqueros—. Morfina. Si te portas bien, te daré un poco.

—De momento tengo suficiente con el café, gracias.

—Este café sabe a caca de rata hervida.

—Así que eso es lo que es.

Le doy otro trago. Casi vuelvo a escupirlo cuando O'Brien comienza a reír, y me uno a ella. Cuando un minuto entero después volvemos a recobrar la compostura, he de limpiarme el café que me ha salido por la nariz y O'Brien tiene las mejillas encendidas a causa del tremendo ataque de tos que le sobreviene.

—Un momento —digo—. Me prometiste que no vendrías.

—No es cierto. Prometí que no te pediría si podía venir.

—De modo que has cogido un vuelo nocturno...

—... Y he atravesado la noche para acudir en tu rescate.

—No necesito que me rescaten.

—Eso es discutible. En cualquier caso, sin duda me necesitas a mí.

Eso no puedo discutirlo.

—¿Sabes qué, O'Brien? He de decir que tengo miedo.

—¿De qué, exactamente?

—De perder a Tess.

—Pero no solo de eso, ¿verdad?

—No, no solo de eso. También de todas las cosas que he visto. El Innominado, al que creo que me estoy acercando, el tipo que me está siguiendo...

—Y de algo más, estoy segura...

—¿El qué?

—Temes que yo tenga razón. Que hayas perdido la chaveta. Que no seas más que un tipo que necesita ayuda.

—Sí. Quizá eso también.

—Deja que sea yo quien se preocupe de eso durante un rato, ¿de acuerdo?

—Ese es el problema. Ahora que estás aquí, también estoy preocupado por ti.

O'Brien se acerca a la ventana, descorre las cortinas medio centímetro y echa un vistazo al aparcamiento y al cielo turquesa.

—Dejemos las cosas claras —dice cuando se vuelve hacia mí. Por alguna razón, en la penumbra la enfermedad es más evidente que a plena luz. Se puede ver hasta qué punto una parte de ella ya se ha disuelto en las sombras circundantes—. ¿Me estás escuchando?

—Te estoy escuchando.

—Este es el último viaje que voy a hacer. No sé cuánto me queda, pero puedo decirte una cosa: iré hasta el mismísimo final contigo. No sé exactamente por qué, pero esto es tan importante para mí como para ti.

—Quiero que vivas. Que te pongas bien y...

—Pero no voy a hacerlo, David. Y está bien. Solo necesito que comprendas que no estoy buscando compasión, ni a alguien que me enjuge la frente o que escuche los maravillosos recuerdos de mi infancia. Estoy aquí por mis propias razones. De modo que cuanto más tiempo pases preocupándote por mí y no del asunto que tenemos entre manos, más me vas a cabrear.

Me acerco a ella y la envuelvo con mis brazos.

—Me alegro de que estés aquí —digo.

—Con cuidado, que me salen moratones.

—Lo siento.

Se aparta de mí, mira hacia otro lado y se suena la nariz.

—Deberíamos ponernos en marcha —afirma.

O'Brien comienza a caminar hacia la puerta, pero la sujeto por el codo. El hueso

es como un liso cojinete.

—¿Por qué has venido? —le pregunto.

Me mira directamente a los ojos.

—Para ayudarte —responde.

—¿A volver a Nueva York?

Coloca ambas manos debajo de mi mandíbula y acerca mi cara a la suya para que solo pueda verla a ella.

—Te prometo una cosa —dice—. Se han terminado las preguntas, las dudas y las charlas de psicoanalista. Estoy contigo, ¿lo has entendido?

—¿Conmigo en qué?

—En la búsqueda de Tess. Y, cuando la encontremos, la llevaremos de vuelta a casa. Tess.

Casa.

Oír esas dos palabras en la misma frase, dichas por alguien que parece creer que es posible unir las, que merece la pena intentar unir las, resulta suficiente para desatar la gran cantidad de emociones que en los últimos días he acumulado en mi interior. Y rompo a llorar. Lloro como no recuerdo haberlo hecho nunca. Durante un rato, permanezco en medio de la habitación número 12 del Scotsman Inn de Wichita inclinado y llorando como un descosido, con las mejillas rojas y sin dejar de sorberme la nariz.

Es todo un espectáculo. Pero O'Brien no permite que dure mucho.

—Dame las llaves —dice—. Yo conduciré.

Mientras O'Brien mantiene los ojos en la carretera, se lo cuento todo. O casi todo. Dejo fuera lo del diario de Tess, que por alguna razón me parece algo demasiado privado para compartir. Pero sí le hablo de la Mujer Delgada. Y del profesor atado a una silla en Venecia. De la predicción de los resultados de las bolsas mundiales. Del Perseguidor. Del Innominado apareciendo en diferentes formas (si bien siempre la de alguien muerto). Del edificio Dakota. Del «estado de la luz del sol». Y de Tess, comunicándose conmigo en silencio.

Y de que solo tenemos dos días y medio hasta la luna nueva.

O'Brien no me interrumpe ni una sola vez ni me hace ninguna pregunta. Me deja hablar e ir apilando hechos sobre interpretaciones, y estas sobre imposibilidades. Cuando termino, pasan varios kilómetros antes de que hable.

—¿Hacia dónde crees que te están conduciendo esas pistas? —pregunta.

—No lo sé exactamente. Sospecho que más cerca del Innominado.

—¿Para qué? ¿Destruirte?

—Probablemente, eso podría haberlo hecho ya.

—¿Estás seguro? Esa autoestopista te atacó.

—No me lo recuerdes —digo tapándome involuntariamente la cara con las manos.

—Entonces ¿cómo estás tan seguro de que no te quiere muerto?

—Probablemente sí lo quiere. Pero más adelante. Todavía no.

—¿Todavía no? ¿A qué está esperando? —O'Brien hace un amplio movimiento con la mano para señalar el interior del coche, repleto de envoltorios de comida rápida y tazas de café de plástico, así como el mapa de carreteras desplegado sobre mi regazo—. ¿Por qué te hace seguir migas de pan por todo el país?

Recuerdo entonces lo que la voz introductoria me dijo en Venecia a través de la boca de ese hombre: no somos enemigos, sino cómplices.

—Para pedirme que sea parte de algo —indico.

—¿Me estás diciendo que ese demonio tiene un propósito para ti?

—Así es, pero no me ha dicho cuál es.

—El documento. Está en tu poder. Y, si es lo que dices, demuestra algo que hasta la fecha únicamente había existido en la imaginación de la gente. Piénsalo bien.

—Ciertamente, se trata de algo importante.

—Es algo enorme —dice O'Brien dándole una palmada al salpicadero—. Los demonios son reales y existen entre nosotros. No metafóricamente, sino de forma literal. Es asombroso.

—Desde luego, me vería obligado a reescribir todas mis clases.

—Esto le hace preguntarse a una cuál es su objetivo.

—San Juan diría que nos están preparando.

—¿Para qué? ¿El gran final?

—Eso viene un poquito después. Primero toca el descenso a los infiernos. El Apocalipsis. El anticristo.

—Muchas gracias, don Pesimista.

—Estamos hablando de la Biblia, no de una novela de Danielle Steel.

Conducimos un rato en silencio, ambos intentando disimular los escalofríos que nos provocan nuestras conclusiones.

—Está bien. No especulemos más —dice finalmente O'Brien—. Digamos que, ahora mismo, ese documento que está en tu poder supone el mayor descubrimiento en materia religiosa y de historia social de, al menos, los últimos dos mil años.

—Estás consiguiendo que me duela la cabeza.

—Creo que eso también forma parte de ello —afirma, animándose—. El hecho de que seamos incapaces de asimilarlo. Es como esos ufólogos o como se llamen a sí mismos. Los de la teoría conspirativa del Área 51.

—Roswell.

—¿Quién sabe? Puede que tus pistas nos conduzcan ahí. ¿Aparece «Roswell» en alguna de las *Obras completas* de Milton?

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Presta atención. ¿Qué es lo que dicen siempre quienes aseguran que los alienígenas construyeron las pirámides? ¿Por qué creen que las visitas de los extraterrestres constituyen un inmenso secreto que el gobierno no nos permite conocer?

—Dicen que perderíamos la cabeza.

—Así es. Se desataría el pánico. El Dow Jones caería a cero. Se desataría la anarquía global. Todos se esconderían en sus refugios atómicos. Los demás violarían y saquearían. Supondría el fin de los tiempos. ¿Para qué condicionar nuestros actos? ¿Para qué preocuparnos por la moralidad o la ley? ¡Están aquí! Los hombrecillos verdes nos van a sondear, o a diezmar, o a convertir en matorrales.

—¿Crees que sucede lo mismo con los demonios?

—No. No creo que el gobierno sepa más sobre Satán y su cohorte que cualquier alumno de la escuela dominical.

—Entonces ¿cuál es el significado del documento?

—Verificación. Legitimidad. Existen todo tipo de textos religiosos, todo tipo de creencias. Pero no hay pruebas. Nadie cree siquiera que sean posibles.

—Por eso lo llaman fe.

—Exactamente.

—Salvo que ahora sí hay una prueba.

—Así es, siempre y cuando David Ullman abra la caja de seguridad de su banco en Manhattan. Y si sus implicaciones son las que pienso, tu documento convertiría el vídeo del cadáver de un extraterrestre en una bolsa de plástico en una noticia de tercera.

Me inclino hacia delante para mirar por el espejo retrovisor de la puerta del acompañante. Busco en la carretera la rejilla del radiador rectangular del Crown Victoria.

—Por eso el Perseguidor lo quiere —digo yo.

—Y quizá el Innominado quiere lo mismo.

—¿Por qué? Me enseñó lo que quería. No cogí nada, me lo dieron.

—Puede que se trate de eso.

—No lo pillo.

—Tenemos que asumir que, a pesar de todo su poder, el Innominado tiene limitaciones.

—No puede adoptar la forma de los vivos. Solo la de los muertos.

—Y esa es muy grande. Si tiene un mensaje para el mundo, necesita un mensajero.

—Un discípulo.

—Algo así. Un demonio no puede aparecer por la televisión y presentarse, del mismo modo que Dios tampoco puede hacerlo (al menos, que nosotros sepamos, ninguno de los dos ha seguido ese camino).

—Me ve como un potencial portavoz.

—¿Por qué no? Eres perfecto. Profesor de Columbia especializado en esas cosas. Listo. Sin vínculos con el gobierno ni pinta de querer obtener un provecho personal. Yo te elegiría.

Le hablo entonces a O'Brien del profesor Marco Ianno, la identidad del hombre de Venecia. Un hombre muy parecido a mí.

—Puede que fuera candidato para el mismo trabajo —concluye O'Brien.

—El Innominado cogió algo de Ianno, no sé si a su hija, a su esposa o a su amante, y él fue tras ello como yo ahora de mi hija. Al final, sin embargo, no quiso llevar a cabo el encargo.

—O el viaje fue demasiado duro para él.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que todo esto (los fantasmas, las señales, el tipo que te persigue) sea una prueba. Para ver si eres la persona adecuada.

—En el Antiguo Testamento, el diablo le sirve a Dios para probar la fe humana —digo—. Viene a ser como el sargento de armas del Padre celestial.

—El Libro de Job.

—Ese sería el ejemplo principal, sí. Un buen hombre que soporta pérdidas y aflicciones y, al hacerlo, demuestra su amor por Dios.

—Eso sí que es amor.

—En cualquier caso, el quid de esas historias no consiste en lo que Job o quien sea tiene que soportar. Tampoco en la fe. Desde una perspectiva demonológica, es Satán quien recibe una lección, no los hombres.

—Y ¿cuál es esa lección?

—Que el hombre puede superar el mal sin necesidad de fuerzas sobrenaturales. Solo con amor.

—Está bien. Entonces vendrías a ser un Job de nuestra época.

—Salvo que en ese caso no se trata de una plaga de llagas, ni he perdido mis bueyes y mis camellos. Es una prueba para ver si soy capaz de llegar a Tess sin venirme abajo.

—Y ¿cómo crees que va?

—El cuerpo es débil...

—... Pero el corazón es fuerte.

—Yo no diría tanto. Pero sigue latiendo. Eso es todo lo que pido.

Al cabo de más o menos una media hora, el café matutino que hemos tomado antes nos impele a buscar unos servicios, pues ambos necesitamos orinar. Aparcamos en la siguiente área de descanso, un edificio hecho de bloques de hormigón situado en medio de un bosque de álamos. Yo termino antes que O'Brien y, mientras espero a que salga, dispuesto a ocupar mi turno al volante, oigo el lejano ruido de unos forcejeos. El golpe seco de las extremidades contra vidrio templado. Un hombre susurrando órdenes a una mujer. Los gritos ahogados de esta.

El aparcamiento del área de descanso es estrecho y alargado, una franja de pavimento diseñada para serpentear cuidadosamente entre los árboles. Eso dificulta saber de dónde proviene el ruido, izquierda o derecha. Es una sensación más que un juicio lo que me empuja a ir detrás del edificio en el que el aparcamiento linda con el bosque y termina en un claro con unas cuantas mesas de picnic. Una sensación de que el lugar en el que el asalto está teniendo lugar es la vieja y solitaria camioneta Dodge.

Incluso mientras estoy corriendo los cincuenta metros que me separan de la camioneta, la opción de ignorar lo que oigo se me pasa por la cabeza: «Posiblemente, lo que está ocurriendo dentro de ese Dodge es un crimen de algún tipo. Y los crímenes requieren denuncias, declaraciones a la policía, abrir expedientes. Un crimen nos retrasaría».

Aunque pienso todo eso, no vacilo. Están hiriendo a alguien. Alguien está siendo raptado.

Los sonidos son más discernibles cuando me detengo a unos pocos metros de la camioneta. Gruñidos y ladridos agudos como los de unos animales hambrientos peleando por la última carne de la cacería.

Quienquiera que esté dentro no ha advertido mi presencia. Eso me permite acercarme y mirar por la ventanilla de la puerta del acompañante, que está entreabierta.

Un hombre y una mujer. El hombre es mayor que ella, a juzgar por la camisa de rayas y los pantalones chinos a la altura de las rodillas. Su pelo canoso parece necesitado de un corte y unos inapropiados rizos rebotan contra la nuca. De la mujer que hay debajo solo se ven los pálidos brazos y una melena de pelo cobrizo en el asiento. Sus pecosas manos se agarran a la espalda de él en una muestra de dolor, resistencia o deseo.

Al principio parece imposible determinar la existencia de consentimiento alguno. Los sonidos que ambos profieren aumentan entonces de volumen y se convierten en algo parecido a chillidos de hiena, desconsiderados y crueles. Me he equivocado cuando he creído oír órdenes. En ellos no hay ningún discurso, ni nada remotamente humano. Sus cuerpos están fundidos en plena agonía.

Me acerco lo suficiente para colocar mis manos en el borde de la ventanilla abierta. He de hacer algo. Permanecer aquí inmóvil me convertiría en cómplice. En un *voyeur*.

En cuanto abro la boca para hablar, reconozco de quién se trata.

—¡Eh!

Al oír mi voz, se detienen de golpe. Es como si eso fuera lo que estaban esperando, no la consumación del acto. Esto último ya no les resulta posible, pues están muertos. Y ahora están aquí únicamente por mí.

El hombre vuelve la cabeza mientras el resto de su cuerpo permanece inmóvil. Su taimado rostro me sonrío por encima del hombro con una mueca de triunfo.

—Pobre David —dice Will Junger—. ¿No puedes ni siquiera follarte a esa zorra enferma que va ahora contigo?

Quiero apartarme, pero mis manos se niegan a soltar la puerta. He de quedarme el tiempo suficiente para oír lo que tienen que decir.

Y, sin embargo, la siguiente voz no la pronuncian los pálidos labios de Will Junger, sino la chica que asoma por debajo. Es la autoestopista. Raggedy Ann.

—«Vivid lo que podáis, feliz pareja» —dice, y sonrío dejando a la vista sus dientes

negruzcos.

Finalmente suelto la puerta dispuesto a salir corriendo, pero el hombre que antaño fue Will Junger comienza a sufrir una metamorfosis, y me quedo para ver en quién se transforma. El sutil cambio de los rasgos de su rostro que no lo convierte exactamente en otra cosa, pero que aun así revela lo que se escondía en su interior.

—¿Quién eres?

El Innominado contesta con el mismo tono de falsa erudición que siempre utiliza. Pronuncia claramente las palabras, pero estas suenan débiles e inanimadas.

—«No conocerme a mí alega que sois unos desconocidos».

Empiezo a retroceder, pero el Innominado extiende el brazo y me agarra de la mano. Al tocarme, siento un intenso dolor, eléctrico y mareante como una oleada de angustia destilada. Más que su fuerza, lo que me retiene es vislumbrar la enormidad de su pérdida.

Dice lo mismo —y exactamente con la misma voz— que Will Junger la última vez que lo vi en la escalinata de la biblioteca Low Memorial un cálido día de primavera, al final del curso:

—Hoy va a hacer calor.

Al tocar su mano, también puedo ver a Tess.

El mundo real —el aparcamiento del área de descanso, la herbosa zona de picnic, el bosque de arces, el cielo azul— se oscurece como si una cortina de terciopelo ocultara un escenario. Luego, de la negrura aparece una figura femenina. Avanza con las manos alzadas como si buscara a tientas una salida. O quisiera zafarse de un ataque.

—¡Tess! —grito desde miles de kilómetros de distancia.

Pero me oye. Me oye y echa a correr...

La cortina negra se abre y vuelve a aparecer el mundo real. Ahora soy yo quien echa a correr. Me alejo del Dodge en dirección al edificio de los servicios y O'Brien, que viene hacia mí renqueando y gritando algo que no puedo oír.

Cuando llego a su lado, la rodeo con un brazo e intento alejarla de la camioneta, pero ella me sorprende con la firmeza de su mirada.

—¿Has visto algo?

—En la camioneta.

Echa a andar hacia ella. Está claro que le duele la cadera y que tiene las rodillas agarrotadas. Aun así, lo hace más rápido de lo que cabría esperar.

—¡Elaine!

Llega a la camioneta e inmediatamente se asoma a la cabina. Introduce medio cuerpo antes incluso de ver qué es lo que la espera ahí dentro.

Corro hacia ella para intentar sacarla. No llego a ver lo que hay detrás de su cuerpo. Ni tampoco oigo nada, salvo a ella diciéndome que la suelte de una maldita vez.

Lo hago. Ella se aparta y deja a la vista una cabina vacía. No hay nada en el asiento, excepto un arrugado paquete de cigarrillos.

—Se han ido —digo.

—No he visto salir a nadie.

—No sé cómo, pero estaban aquí. Y ahora ya no.

—¿Tal cual?

—No te he pedido que miraras. De hecho, no te he pedido que...

—¡Eh! ¿Quién diantre sois vosotros?

O'Brien y yo nos volvemos para ver a la persona que nos ha hecho la pregunta. Del bosque emerge un hombre de mediana edad ataviado con un traje que le va algo pequeño. Al lado, una mujer con el brillo de labios corrido se acomoda la falda. Ambos se quitan asimismo las hojas que se les han quedado pegadas a la camisa y el pelo.

—Estábamos...

—¿Qué cojones creéis que estáis haciendo en mi camioneta?

—Solo comprobando una cosa —afirma O'Brien.

—¿Ah, sí?

—Hemos oído... un ruido —añado—. En el interior.

—Un ruido —repite el hombre, alejándose inconscientemente de la mujer de rostro brillante, que parece no saber si soltar una carcajada o ir a orinar.

—Un momento —dice el hombre—. Un jodido momento. ¿Trabajáis para mi mujer?

—¿Qué?

—¿Es que ha contratado detectives o algo así?

—No. No, no. Esto no es más que...

—¡Será zorra!

O'Brien ya está retrocediendo. Rodea mi brazo con el suyo y ambos nos disculpamos repetidamente en voz baja. Luego damos media vuelta y nos alejamos tan deprisa como nuestro paso nos lo permite.

Cuando llegamos al Mustang, comienzo a explicarle lo que he visto en la camioneta, pero ella ya ha abierto la puerta y se mete en el coche.

—Conduce —dice—. Mejor cuéntamelo todo sin que un tipo que se está follando a su secretaria me cosa a disparos.

Volvemos a incorporarnos a la carretera interestatal. Cada tanto, compruebo por el espejo retrovisor que el Dodge no nos sigue. Mientras, O'Brien revisa los correos electrónicos y los mensajes de voz en su móvil.

—¿Esperas alguna llamada?

—Es un tic nervioso —dice—. Cuando estoy nerviosa comienzo a jugar con los botones de esta cosa.

—Ese tic lo tiene todo el mundo...

Finalmente, O'Brien recobra la compostura y me pregunta qué he visto en la camioneta.

—A Raggedy Ann. ¿Recuerdas la autoestopista de la que te he hablado?

—Sí. La inolvidable Ann. Pero no estaba sola, ¿verdad?

—No vas a creer lo que voy a decirte.

—Ya es demasiado tarde para que comiences una frase con eso.

—Ann estaba haciendo cosas con alguien. Cosas muy sucias.

—Creía que estaba muerta.

—Y lo está. Y tengo la sensación de que el hombre con el que estaba haciendo esas cosas también lo está.

O'Brien permanece absorta en la pantalla de su teléfono móvil. Luego se sorbe la nariz y yergue la espalda en el asiento. Sus ojos relucen con una especie de excitación histérica.

—Dime quién era —exige.

—Will Junger.

Suelta un suspiro tan hondo que lo tomo por un gemido de dolor.

—Déjame preguntarte una cosa —consigue decir.

—Tú dirás.

—¿Has mirado el teléfono móvil hoy?

—No. He estado sentado a tu lado todo el día. ¿Me has visto hacerlo?

—No.

—¿Qué importancia tiene eso?

—El último correo que he leído me lo ha enviado Janice, del Departamento de Física de Columbia.

—¿Qué dice?

—Un accidente de automóvil. Anoche. Un coche chocó con la estructura de un puente en la autovía de Long Island —relata, y vuelve a respirar hondo—. Will Junger ha muerto hace cuatro horas.

Dos oradores profesionales en un largo trayecto en coche y con extrañas noticias rondando en nuestras cabezas universitarias y, sin embargo, entre Denton, Texas, y Alexandria, Luisiana, ni O'Brien ni yo decimos mucho más que «¿Tienes hambre?» o «¿Queda algún refresco?». Puede que todavía estemos intentando sacar algo en claro. O en estado de *shock*. O quizá preguntándonos si regresaremos algún día a casa. La única certeza es la carretera que se despliega ante nosotros, indiferente y reluciente, así como el implacable sol que entra por las ventanillas y el aire húmedo que lame nuestros cuellos. Damos la bienvenida al sur en melancólico silencio y subiendo gradualmente el aire acondicionado.

Decidimos pasar la noche en Opelousas. Tal y como señala O'Brien, el motel Oaks ofrece habitaciones por «menos que un gimlet en el Algonquin», de modo que cogemos dos con una puerta entre ambas.

Dormir será imposible, lo sé antes de intentarlo. Así pues, vuelvo a abrir el diario de Tess. Encuentro otra entrada que demuestra que mi hija sabía mucho más sobre este mundo al que acabo de acceder de lo que yo podría haber imaginado nunca.

Sé de dónde salen los abusones.

Hay una en mí clase. Se llama Rose. Sin duda se trata del nombre menos apropiado del mundo.

Todos le tienen miedo. Hasta los chicos. No es que sea muy dura ni nada de eso. Si vieras una fotografía de ella no pensarías «¡QUÉ MIEDO!». Pero si estás con ella en una habitación, sí lo sientes. Cuando te mira, desearías que dejara de hacerlo.

(Rose está un poco gorda. Y le están saliendo tetas. Es la primera de la clase. También tiene las uñas largas y sucias, como si las utilizara para cavar en la tierra. Es una chica casi gorda con las uñas sucias y tetas).

A mí nunca me molesta. Eso se debe a que sé por qué es como es. Se lo he dicho al oído.

«Crees tener un amigo secreto pero no es un amigo».

Cuando lo hice, me miró como preguntándome «¿Cómo puedes saber eso?».

Ahora me deja en paz. Como si fuera ella la que me tiene miedo a mí.

La señorita Green nos dio una clase especial sobre abusones a principio de curso. Díjo que hacen cosas malas porque tienen miedo y están solos. Tenía razón solo a medias.

Los abusadores tienen miedo, pero no están solos.

En su interior tienen un amigo secreto. Algo que comienza diciéndoles cosas agradables, haciéndoles compañía, prometiendo no abandonarlos

nunca.

Y luego les dicen otras cosas. Les dan ideas.

Por eso sé lo de Rose. Puedo ver a su amigo secreto.

Un par de páginas después me encuentro con otro pasaje perturbador. Lo es en parte por los horrores que describe, pero también porque lo escribió con la intención de que lo leyera ahora que ella ya no está aquí.

Están por todas partes.

Si les abres tu mente, los tendrás ahí contigo. Dentro de tí. Cuando lo has hecho varias veces, resulta casi demasiado fácil. Y, por más que no guste, es difícil dejar de hacerlo.

¿Qué quieren? Enseñarnos cosas. ¿Qué saben o quieren que creamos que saben? El futuro. Cómo hacer que el mundo esté preparado para ellos.

Están por todas partes.

Vuelvo a leer el pasaje. Y luego otra vez. Antes incluso de sentir lástima, antes del sentimiento de culpa, tengo la certeza de que tiene razón. En todo. He abierto la mente y cerrado los ojos y ahora yo también he visto algunas de las cosas que quieren enseñarnos. Aunque a mí no me han revelado tanto como a ella. Cuando los fines de semana íbamos a Central Park a dar de comer a los patos, cuando le leía pasajes de *El jardín secreto* a la hora de acostarse o cuando llegábamos a la puerta de la escuela y me rodeaba el cuello con sus frágiles brazos y me daba un beso de despedida, en todas esas ocasiones, ella ya tenía conocimiento de todo esto.

Llaman a la puerta que comunica mi habitación con la de O'Brien. Escondo el diario y la abro. O'Brien se me queda mirando con la lengua fuera, indicándome con su pantomima que se está muriendo de sed.

—Vamos a tomar algo —dice.

Nos dirigimos a un bar llamado Brass Rail y, tras pedir unas Budweiser, nos sentamos a una mesa de un rincón. La cerveza no sabe a nada, pero está fría y la magia del alcohol nos suelta la lengua.

—Debía de estar de camino de ver a Diane —comienzo a decir.

—Seguramente.

—Quizá debería llamarla.

—¿Quieres hacerlo?

—No. Por unas dieciocho razones distintas, no, no quiero.

—Entonces no lo hagas. No creo que este sea el mejor momento para la hipocresía.

—No quería que se muriera.

—¿De verdad?

—Que sufriera un accidente, quizá. Algo que le quitara esa sonrisita de suficiencia

de la cara. Pero no que muriera.

—Bueno, en cualquier caso ahora está muerto.

—Y lo primero que hace cuando llega al otro lado es venir a buscarme.

—No creo que haya sido decisión únicamente suya.

—El Innominado.

—Ha utilizado a Will para hablar contigo. ¿Qué te ha dicho?

No repito su cruel comentario sobre la condición de O'Brien, pero vuelvo a tomar nota mental de ello. No por su obscenidad, sino por el hecho de que el Innominado se haya referido a O'Brien de buenas a primeras. Eso quiere decir que nos están observando. Y también indica que quizá O'Brien tenía razón con lo de que me habían traído hasta aquí, lejos de Nueva York, para que no pudiera contar con su apoyo. En cualquier caso, por enésima vez hoy, agradezco que haya cogido un avión a Wichita para unirse a mí.

—Ann ha hablado primero, de hecho —miento—. «Vivid lo que podáis, feliz pareja».

—No me lo digas: Milton.

—¿Quién, si no?

—¿Por qué ese verso? ¿Se refería a Tess y a ti?

—No. A nosotros dos. Pero en un tono claramente sarcástico.

—A nosotros dos —repite O'Brien, al tiempo que se rodea a sí misma con los brazos.

—Es del libro cuarto. Satán ha llegado al Edén y está maquinando la perdición de Adán y Eva. Está rematadamente celoso de todo lo que estos tienen (pues disfrutaban de sus cuerpos, del mundo natural, del favor de Dios...), de modo que les dice que se diviertan mientras puedan, puesto que no durará. «Vivid lo que podáis, feliz pareja; y hasta mi regreso disfrutad de vuestros breves placeres, pues largos sufrimientos seguirán».

—Una amenaza.

—Sin duda. Además de una broma. Nos está comparando con Adán y Eva.

—Y aquí estamos, en Luisiana. Dos personas de mediana edad, una en busca de una niña perdida, otra marchitándose a causa de una enfermedad terminal. Lo más lejos posible de la dicha inmaculada que puede estar una pareja.

—Pero hay algo más —digo con creciente excitación—. Algo que podemos utilizar.

—¿A qué te refieres?

—Esas citas también son una indicación de su sensibilidad.

—Es un humorista.

—Un ironista. Cita un texto canónico, una obra maestra de la forma poética, pero siempre lo hace con intención irónica. Eso nos dice algo de su personalidad.

—¿A quién le importa su personalidad?

—A mí. Ha de hacerlo.

O'Brien se reclina en la silla y, cuando se lleva la botella a los labios, se sorprende de que esté vacía. Le hace entonces una señal con ella al camarero y le indica con los

dedos que nos traiga dos más. Luego se corrige a sí misma y añade otras dos más.

—Por si acaso —dice.

Cuando llegan las cervezas, le cuento a O'Brien que, al preguntarle al Innominado quién era, me ha contestado con otras cita de Milton.

—«No conocerme a mí alega que sois unos desconocidos».

—Muy bien, profesor —dice O'Brien—. Interpreta eso.

—Vuelve a ser un verso de Satán. Cuando los ángeles que vigilan la tierra lo detienen y le preguntan quién es, él no les ofrece una respuesta directa. Su orgullo es demasiado grande. Opina que deberían conocerlo por sus logros, su fama, el miedo que despierta.

—De modo que nuestro demonio cree que deberíamos conocerlo.

—Más bien quiere que lo averigüemos.

—Se trata de otra prueba.

—Eso parece.

—¿Por qué necesita que descubras su nombre?

—Eso también me lo he preguntado. Y creo que tiene que ver con la intimidad. Si soy capaz de decir su nombre, nuestra relación se estrechará. Y él necesita que nuestra relación sea muy estrecha.

«Puede que no lleguemos a ser amigos —vuelvo a recordar la predicción que su voz sin vida hizo mediante la garganta de Tess—. No, seguro que no llegaremos a ser amigos. Pero sin duda la nuestra será una relación estrecha».

—Quizá él no puede decir su nombre —sugiere O'Brien, dejando su cerveza sobre la mesa—, necesita que tú lo digas primero para que su autoridad sea mayor. El anonimato es una de las desventajas de los demonios. Les niega parte de su poder. Piénsalo bien. «Mi nombre es Legión». Su incapacidad para presentarse en las puertas del Edén.

—El primer paso del exorcista es descubrir el nombre del demonio.

—¡Exacto! Los nombres tienen poder, y es algo válido en ambos sentidos. En el caso de nuestro demonio, este no quiere decir quién es porque no puede. Pero si tú eres capaz de averiguar su nombre y decirlo en voz alta, de algún modo se abrirá un canal. A través de ti.

O'Brien coloca su mano sobre la mía. A través de su fina piel, puedo percibir los latidos de su corazón.

—Es posible que estés en lo cierto —digo—. E incluso yo iría un paso más allá.

—Adelante.

—«No conocerme a mí alega que sois unos desconocidos». Es una calle de doble sentido. Solo nos encontraremos cuando descubra quién es él y quién soy yo.

—El verso dice «vosotros», David. En plural. Creo que yo también formo parte de ese autodescubrimiento.

Bebemos un poco más y comenzamos nuestras terceras cervezas (las que pidió «por si acaso»).

—He aquí, pues, la pregunta del millón de dólares —dice O'Brien tras secarse el repentino sudor de la frente con el dorso de la muñeca—. ¿Cómo se llama el Innominado?

—Todavía no estoy seguro. Pero creo que forma parte del consejo estigio que se sienta en la versión miltoniana del pandemonio.

—¿Seguro que no es el mismo Satán?

—No. Aunque ambiciona la fama de su maestro.

—Ambicioso. Añade eso a sus características.

—Y con conocimientos literarios. Utiliza *El Paraíso perdido* a modo de código cifrado.

—El lenguaje: también comparte contigo la pasión por las palabras.

—Eso parece —admito—. Y da la impresión de que tiene tantas ganas de mantener una charla conmigo tanto como yo con él.

O'Brien deja escapar un repentino bostezo.

Incluso aquí, en un bar de carretera iluminado únicamente con neones de cervezas y antiguas máquinas de *pinball*, la enfermedad de O'Brien es claramente perceptible en sus rasgos. Durante largos períodos de tiempo, su humor y su animación disfrazan el daño causado por la enfermedad hasta que, de repente, este resulta visible. Es como si el mismo Innominado estuviera haciendo una de sus metamorfosis (como la de Will Junger en la camioneta, o el hombre de Venecia convirtiéndose en mi padre). En cierto modo, el cáncer también es una posesión. Y, al igual que un demonio, antes de reivindicarse, carcome tu identidad y borra el rostro que siempre has mostrado al mundo, dejando a la vista la indeseada cosa que hay dentro.

—Vamos a la cama —digo levantándome y ofreciéndole la mano a O'Brien.

—Si no tuvieras esa expresión de niño preocupado en el rostro, diría que estás intentando ligar conmigo.

—Es que soy un niño preocupado.

—Voy a decirte algo que he aprendido por las malas —dice levantándose sin ayudarse de mi mano—: Todos lo sois.

Regresamos al motel y O'Brien me sigue hasta la puerta de mi habitación. Cuando me vuelvo, ella se guarda la llave de la suya en el bolsillo.

—¿Podría pasar la noche contigo?

—Claro —digo—. Pero solo hay una cama.

—Precisamente por eso te lo estoy preguntando.

Una vez dentro, se quita los pantalones vaqueros y el jersey, de forma que, bajo la luz de una única lámpara, se queda únicamente vestida con una camiseta y ropa interior. No quiero mirar, pero lo hago. Los huesos que se le marcan confirman la pérdida de peso. Han reemplazado las líneas curvas con nudos y surcos. A pesar de ello, sigue resultando atractiva. Todavía es una mujer elegante capaz de atraer a alguien con la promesa de su cuerpo. Puede que mañana la enfermedad se lleve eso también,

pero todavía no lo ha hecho. Esta noche, es una mujer que mis ojos contemplan con más deseo que lástima.

—Debo de tener un aspecto horrible —dice, pero no se tapa ni se mete debajo de las sábanas.

—Al contrario.

—¿De verdad? ¿No estoy espantosa?

—Creo que estás estupenda.

—Entonces hazme el amor.

—Yo no...

—Mañana quizá ya no podré. O tú ya no querrás —dice como si supiera lo que acabo de pensar.

—¿Estás segura de esto?

—Piensa bien detrás de lo que andamos, David. O lo que anda detrás de nosotros. Lo único seguro es que somos dos personas que no pueden estar seguras de nada.

—Elaine...

—No me vengas con «Elaine». Ni lo pienses dos veces. Simplemente ven.

Ella abre los brazos y yo me dejo envolver por ellos y le doy un beso en la mejilla. De repente, sin embargo, se aparta. La estoy abrazando de un modo demasiado parecido al de siempre: el tierno pero educado contacto con el que solemos concluir nuestros encuentros en Nueva York. Quiere que esto sea distinto. Me desabrocha el cinturón, abre la bragueta y mete la mano.

—Sí —susurra—. Así. Muy bien...

Apaga la luz, me lleva a la cama y me quita la ropa con más pericia de lo que lo habría hecho yo mismo. Luego me toca a mí.

Su piel está fría y sabe a hierba y —en menor medida— a piel de limón. Es una mujer que conozco muy bien y que sin embargo ahora me resulta completamente desconocida. A tientas, descubro nuevos gestos, nuevas formas de dar y recibir placer.

Me coloca de espaldas y se sienta a horcajadas sobre mis muslos mientras me acaricia con ambas manos. Preparándome.

Durante todo el rato que hemos estado tan cerca el uno del otro, solo podía ver a O'Brien. Ahora que se ha sentado encima de mí, la habitación vuelve a quedar parcialmente visible.

Y veo algo que antes no estaba ahí.

Entre las sombras que rodean a O'Brien como un aura hay una más oscura. Lo extraño es que, con la escasa luz que se cuela entre las cortinas y por debajo de la puerta, su cuerpo no puede proyectar sombra alguna. No es una sombra, pues, sino algo hecho de una. Al pie de la cama, justo detrás de O'Brien.

Cuando ella se yergue, la sombra da un paso a un lado y deja ver el perfil de su rostro. Es un hombre que mira algo que se encuentra a escasa distancia. Permanece inmóvil, salvo por el reciente esfuerzo realizado por sus manos trémulas. Podría estar abrumado por una pérdida, o esperando nuevas instrucciones. La tenue luz que

proyecta el blanco de sus ojos revela el agua que recorre sus mejillas y el pelo apelmazado. La forma de la boca y la nariz me resulta reconocible: son iguales que las mías.

«¿Papá?».

No lo digo en voz alta. Pero lo oigo. La misma palabra que dije a los seis años cuando Lawrence se ahogó, pronunciada con el mismo desconcierto inmensurable. Mi padre, que no llegó a tiempo para salvarlo, se quedó de pie en el agua igual que lo hace ahora en las sombras de la habitación.

—¿David?

O'Brien permanece a horcajadas sobre mí. Su respiración se ralentiza y su mirada de preocupación pasa a ser otra cosa al ver cómo cambia mi expresión. Es el horror que sentí de niño cuando mi padre se volvió hacia mí el día que mi hermano murió y vi a un desconocido.

El mismo desconocido que ahora se vuelve hacia mí.

«¡NO!».

Empujo a O'Brien a un lado. Ella tiene que agarrarse a las sábanas para no caer al suelo.

—¿Qué sucede?

—¿No lo ves? —digo con los ojos cerrados, pero señalando el lugar en el que se encuentra mi padre.

—¿A quién? —O'Brien enciende la lámpara de la mesilla de noche—. Aquí no hay nadie.

—Mi padre estaba aquí —digo después de abrir los ojos y confirmar que ya no está.

—No pasa nada. Ya estamos a salvo.

—No. No lo creo.

O'Brien vuelve a ponerse la camiseta y se sitúa de pie en el mismo lugar en el que estaba mi padre hace un momento.

—Pásame eso, ¿quieres? —me pide, y señala mi ejemplar de *El Paraíso perdido*, que se encuentra sobre la mesilla de noche.

Se lo tiendo, y las páginas revolotean cual alas asustadas. Incluso cuando lo tiene entre las manos, el libro parece agitarse. Si no las mantiene cerradas, las cubiertas se abren como una boca jadeante.

O'Brien se dirige hacia el cuarto de baño. Antes de entrar, se apoya en la pared para no perder el equilibrio.

—¿Estás bien?

—Sí —dice, aunque no lo parece—. Solo necesito hacer pis.

—¿Y esa es la lectura ligera que te llevas contigo?

—Quiero ver a qué viene tanto bombo con este libro.

Antes de que O'Brien cierre del todo la puerta tras de sí, atisbo su rostro en el espejo. Esperaba ver decepción por el fracaso de nuestro encuentro. Por mi fracaso. O quizá frustración por haber permitido que se diera una situación que habría evitado

de no haber estado conmigo y si sus días no estuvieran contados. En vez de eso, sin embargo, veo que está asustada. No ha ido al baño a orinar. Lo que quiere es evitar que vea su miedo.

Al poco, la oigo llorar. Nunca había oído a O'Brien proferir esos sonidos, y tardo un momento en confirmar que realmente es eso lo que está haciendo. Se trata de una respiración entrecortada y unos leves jadeos como los que haría alguien a quien acaban de rescatar del agua.

—¿Qué haces ahí dentro? —pregunto tras acercarme a la puerta.

—Mírame. Parezco una chica que acaba de perder la virginidad en una fiesta.

—Técnicamente, no lo hemos hecho.

—Y técnicamente no soy virgen.

—Ah, se trata de una analogía entonces...

—Pensaba que esas cosas te resultaban familiares.

—¿Puedo entrar?

—¿Tu padre viene contigo?

—No, que yo sepa.

—Entonces vale.

O'Brien está sentada sobre la tapa del retrete con *El Paraíso perdido* abierto en el regazo. Se limpia las mejillas y la nariz con un pañuelo de papel. En los últimos tres minutos ha envejecido veinte años. Aun así, permanece sentada en la misma postura que una niña pequeña, con las rodillas pegadas al pecho y las puntas de los pies hacia dentro.

—Lamento lo que ha sucedido —digo—. Me lo estaba pasando bien.

—Yo también.

—Parece que nuestro amigo no quiere que lo hagamos.

—O eso, o tienes algunos problemas de culpabilidad sexual realmente serios.

Se ríe, y luego comienza a toser. Apoya una mano en la pila y la otra en la pared mientras su cuerpo se sacude a causa de una nueva obstrucción en el pecho. En solo un par de segundos, su piel se vuelve no rosa, sino azul.

Me arrojo a su lado sin saber qué hacer. ¿La maniobra de Heimlich? ¿El boca a boca? Nada parece adecuado.

De repente, O'Brien deja de toser. Y también de respirar. Sus ojos se abren de par en par, como pidiéndome ayuda, y extiende una mano hacia mí. Al hacerlo, me golpea involuntariamente en la cara con tanta fuerza que casi me tira de espaldas.

Aspira el poco aire que puede, obligándose a permanecer en calma. Le cuesta mucho hacerlo. Todo permanece en silencio salvo el libro, que cae al suelo. Ella se agarra a mis hombros.

Luego exhala.

De repente, algo hace clic en su caja torácica y consigue expulsar el aliento a leche agria retenido en lo más profundo de sus pulmones. Y, con ello, al final también un poco de sangre.

Acto seguido, vuelve a respirar con normalidad y procede a limpiarme las manchas con la alfombrilla del baño.

—Dios mío. Ha sido terrible... —dice.

—Me has asustado.

—¿Yo te he asustado a ti?

Mi hermano. El río. Mi padre de pie en la corriente, transformado. Ahogándose. Incluso esa palabra parece intencional. A O'Brien solo le he contado que mi hermano murió accidentalmente cuando yo era pequeño. Si está estableciendo alguna relación, esta tiene otro origen.

—Deberíamos ir a un hospital a que te examinaran.

—Nada de hospitales —manifiesta—. Ni siquiera lo menciones, ¿lo entiendes?

Me vuelvo mientras ella permanece delante del espejo lavándose la cara. Estoy a punto de ponerme en pie cuando advierto el ejemplar de *El Paraíso perdido* que hay junto al borde de la bañera. Está abierto por la página 127, donde Satán decide poner en marcha su plan para arruinar a la humanidad tentando a Eva con el conocimiento:

«¿Puede ser un delito el saber, puede ser muerte?».

Es la misma página en la que aparece lo de «Vivid lo que podáis, feliz pareja». Y, al pie, se puede ver una pequeña mancha de sangre.

De lo que ha expulsado del pecho, solo esto ha caído en el libro. Un reluciente asterisco junto a la palabra «Júpiter».

«Sonrió lleno de amor, igual que Júpiter sonríe a Juno».

—¿O'Brien?

Ella se vuelve hacia mí y le enseño el libro abierto. Observo en la cambiante expresión de su rostro cómo su cerebro llega a la misma conclusión que yo.

—No utilizas bolígrafo rojo, ¿verdad?

—No.

—Entonces eso es parte de mí —dice—. No parece un accidente.

—Ya nada lo parece.

—El estado de la luz del sol.

—En Florida hay una ciudad llamada Jupiter.

—Sí, así es.

Tras una breve pausa, O'Brien sale del cuarto de baño. Se mete en mi cama y se tapa con la sábana hasta la barbilla.

—Será mejor que durmamos un poco —afirma.

—No estoy seguro de que pueda dormir.

—Entonces ven aquí y dame calor, por el amor de Dios.

Me abrazo a ella. Está más fría y la noto más huesuda de lo que me ha parecido hace apenas unos minutos. Cada una de sus respiraciones es una pequeña batalla. A mi alrededor, la oscuridad parece rumiar cuál será la próxima forma que adoptará.

Estaba equivocado con lo de no poder dormir.

Uno ha de estar dormido para despertarse y darse cuenta de que algo ha cambiado en la habitación. De que la cama está vacía. De que el sonido que lo ha despertado es el clic de la puerta cerrándose desde dentro.

—¿O'Brien?

No puedo ver nada, lo cual solo significa que mis ojos todavía no se han acostumbrado a la oscuridad, no que no haya nada.

Porque definitivamente hay algo.

Puedo oír el roce de la suela de cuero de un zapato en la alfombra. Y luego vislumbro un resplandor metálico en el aire. Cada vez más cerca.

—No grites —indica de repente el Perseguidor.

Lo hace en un tono de voz uniforme que podría confundirse con afabilidad. Como si fuera un médico advirtiéndole de la leve molestia que supondrá la jeringuilla que está a punto de clavar.

—No servirá de nada —dice colocando una rodilla sobre el colchón.

Su rostro es ahora medio visible. Está en calma. Parece incluso distraído, como si sus pensamientos estuvieran muy lejos. El cuchillo de caza que sostiene en la mano permanece suspendido en el aire, tan quieto como la lámpara que hay a su espalda, sobre la mesilla de noche.

—Por favor. Todavía no —creo que digo, aunque la sangre que se agolpa de repente en mis orejas me impide saberlo con seguridad—. Estoy muy cerca.

—Por eso estoy aquí.

Endereza la espalda. Se prepara para impulsarse con el pie que todavía está en el suelo y arremeter con el cuchillo.

De repente, sin embargo, el Perseguidor se desploma encima de mí. Su cuerpo inerte me deja inmovilizado, y he de hacer un gran esfuerzo para salir de debajo.

Cuando por fin consigo ponerme en pie, extendiendo la mano para encender la lámpara de la mesilla. Antes, sin embargo, lo hace la de la mesilla del otro lado. Tardo un momento en encontrarle un sentido a la serie de elementos que ilumina la bombilla de sesenta vatios.

La sangre cubre la coronilla del Perseguidor y, en las sábanas, forma una especie de halo alrededor de su cabeza.

El cuchillo de caza, pulido y seco, descansa sobre la almohada en la que ha caído.

O'Brien está de pie al lado del hombre, con la tapa de cerámica del retrete apoyada en sus piernas de palillo. En un extremo hay una media luna de sangre.

La miro a los ojos pero ella no me devuelve la mirada. Está demasiado ocupada volviendo a levantar la pesada tapa y abriendo un poco más las piernas del Perseguidor para situarse en medio. Luego la vuelve a dejar caer sobre su cráneo.

El peso de la tapa hace que ella también caiga encima del hombre. Durante un largo rato, permanece tumbada sobre la espalda del Perseguidor como si se hubiera quedado dormida mientras le hacía un masaje. Luego se vuelve a oír su esforzada respiración. Y agita los brazos para que la ayude a levantarse.

O'Brien se pone en pie; ambos apoyamos la espalda en la pared y nos deslizamos hasta el suelo. Permanecemos un momento con la mirada puesta en el cuerpo del Perseguidor, esperando a que se mueva. No lo hace.

—¿Puedes llevarme hasta el coche? —me pregunta O'Brien al oído.

—Sí, claro.

La habitación permanece en silencio. Es la quietud abismal que sigue a una abrupta interrupción. Y, sin embargo, estos últimos acontecimientos han tenido lugar prácticamente en silencio. Un violento baile a oscuras de susurros, forcejeos y suspiros.

—¿David?

—¿Sí?

—Ahora.

Nos turnamos al volante durante toda la noche. Uno duerme, el otro conduce. Luego aparcamos y cambiamos de asiento. No hablamos. Al menos no al principio. El aire cálido del golfo azota las ventanillas. Los neumáticos canturrean en busca de una melodía olvidada.

—Ese era el tipo que te perseguía, ¿no? —pregunta O'Brien finalmente.

—Sí.

—Te habría matado.

—Y a ti también en cuanto hubiera terminado conmigo.

—¿Podemos considerarlo autodefensa, señoría?

—No necesitamos celebrar ningún juicio.

—Vamos, sígueme la corriente.

—Está bien. La causa queda sobreseída.

—Solo prométeme una cosa.

—Lo que sea.

—No me preguntes qué se siente al hacerlo.

—De acuerdo.

Pero luego, en cuanto termina la petición de *Hotel California* que ha realizado un oyente de la AM, O'Brien coloca una mano sobre la mía y dice:

—Lo terrible es lo fácil que resulta. Si te das a ti misma una razón, matar resulta condenadamente fácil.

Se ríe nerviosamente mientras suena *Bad Moon Rising*. Luego llora durante la mitad de *Stairway To Heaven*.

No volvemos a hablar sobre ello, lo que significa que hemos asumido la necesidad de nuestros actos y nos hemos perdonado a nosotros mismos. O eso, o que el demonio que buscamos ya forma una parte mayor de nosotros de lo que nos gustaría creer.

Al amanecer, ya hemos alcanzado Florida y desayunamos en un Waffle House que hay justo a las afueras de Tallahassee. Mientras me como mi torrija glaseada, O'Brien busca en mi iPhone alguna razón por la que Jupiter pueda ser nuestro destino.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —pregunta, y hace una mueca al dar un trago a su amargo café—. ¿Rituales de sectas? ¿Bebés que han nacido con garras?

—Nada tan obvio. Solo una noticia que no tenga mucho sentido.

—Parece que hay cada vez más. Siempre había creído que se debía a la progresiva banalización de internet.

—Puede. O quizá efectivamente hay cada vez más.

O'Brien lee en voz alta algunas noticias sobre sucesos que han tenido lugar recientemente en la costa este de la zona central de Florida, una gran cantidad de las

cuales resultan ser tan extrañas como entretenidas: una gata que consiguió regresar a su casa tras ser abandonada en el arcén de la carretera a quince kilómetros («Sin duda, ahora nos la quedaremos», prometió el dueño). Un hombre que ganó dos loterías multimillonarias en semanas consecutivas («¿Lo primero que haré? ¡Pagar mi maldito camión!»). Un tiburón que le arrancó el pie a un turista australiano («Supe que algo no iba bien cuando subí al barco y la gente comenzó a gritar»). Pero nada que parezca tener el sello del Innominado.

—Tendremos que investigar cuando lleguemos —digo. Pero O'Brien no me escucha. Está absorta con lo que sea que esté leyendo en la pantalla del móvil—. ¿Has encontrado algo?

Ella termina de leer la noticia mientras yo le indico a la camarera que nos traiga más café.

—Sucedio hace solo dos días.

—Cuando yo estaba en Wichita —digo—. El día que obtuve la pista de «¡Cuánto odio, oh sol, tus rayos...!».

—Lo que significa que estaba sucediendo al mismo tiempo que tú recibías la señal. Hay una relación de simultaneidad.

—¿Me vas a hacer un resumen o voy a tener que leerlo yo mismo?

O'Brien coge su vaso de zumo de naranja, pero, al ver la pulpa que flota en la superficie, en vez de llevárselo a los labios vuelve a dejarlo sobre la mesa.

—A decir de todos, eran unos buenos chicos —comienza—. Lo que hace que todavía resulte más inverosímil. Y peor.

Una escuela de primaria del extremo occidental de Jupiter conocida por su implicación en la comunidad, sus notas altamente estandarizadas, así como su estrecho vínculo con grupos eclesiásticos locales. Niños que en su mayoría se conocen desde preescolar. Chicos y chicas de clase media-alta procedentes de, en palabras de O'Brien, «el corazón de la Norteamérica amada por Dios».

Tercero de primaria. Unos niños de ocho años juegan en el parque infantil que hay detrás de la escuela antes de ir a cenar y después de que los profesores se hayan ido a casa y los chicos mayores a dondequiera que pasen las horas vespertinas. En principio, la tarde no parece deparar nada destacable. Sin embargo, en algún momento entre las 15.40 y las 16.10, hora en la que el primer adulto llegó a la escena, siete de los niños atacaron a uno de sus compañeros de juegos. Un chico cuyo nombre no ha sido revelado por la policía. Alguien a quien tanto los padres como los profesores, así como los mismos atacantes, aseguraron tener en estima. Un niño sin ninguna singularidad racial, religiosa o demográfica, y que había crecido en Jupiter como todos los demás. Aun así, está en coma a causa de los golpes con rocas y ramas de sicomoro, amén de puñetazos y patadas, que le propinaron sus compañeros.

Animales. Esa palabra suele aparecer a menudo en las noticias. «Actuaron como animales», dice un vecino o un concejal del pueblo. Pero tal y como corrigió la madre de uno de los acusados, «los animales no hacen algo así sin razón».

Los investigadores han considerado distintas posibilidades (uso de drogas, acoso escolar, bandas), pero se han visto obligados a concluir que la violencia no estuvo provocada. Un chalado local ha planteado la posibilidad de que se trate de un envenenamiento de algún tipo, una especie de nube de gas que hubiera provocado en los niños un ataque de locura temporal, pero como es natural no hay prueba alguna que corrobore dicha afirmación. La psicóloga de la escuela confiesa que el acontecimiento escapa a su capacidad profesional, una observación con la que O'Brien está de acuerdo.

—Un niño de ocho años no le hace eso a otro compañero —dice, y se obliga a dar un trago del zumo para la tos que le sobreviene.

—Y ¿qué me dices de aquellos dos chicos ingleses, los que asesinaron al niño pequeño que se encontraron en un centro comercial?

—Se trataba de una dinámica entre esos dos niños. Y su víctima fue un desconocido, alguien al que consideraron poco más que el sujeto de un experimento. Aquí estamos hablando de siete niños, tres chicos y cuatro chicas. Todos involucrados. Y la víctima era amiga suya.

—¿Qué dicen los niños al respecto?

—Nadie recuerda mucho, salvo el hecho de hacerlo. En cuanto a la razón, todos dicen lo mismo.

—¿Qué?

—«Toby me dijo que lo hiciera».

La estancia en la que nos encontramos comienza a dar vueltas. Un carrusel de plásticos de color naranja y amarillo.

Toby. El mismo que vino del Otro Lugar para visitar a Tess. El mismo que tiene un mensaje para mí.

«Un chico que ya no es un chico».

—¿Quién es Toby? —consigo decir después de hacer ver que toso para expulsar algo que se me ha quedado en la garganta.

—Buena pregunta. Nadie lo sabe.

—¿Qué saben sobre él?

—Todos los niños dicen que es alguien nuevo que no va a la escuela pero que apareció esa tarde y habló con ellos. Diez minutos después, los había convencido a todos para que le dieran una paliza a su amigo.

—¿La policía lo está buscando?

—Por supuesto. Pero no tienen ninguna pista. ¿Crees que lo encontrarán?

—No.

—Porque...

—Porque no existe ningún Toby. O, mejor dicho, ya no existe.

O'Brien y yo nos quedamos mirando un momento. Entre ambos se da entonces un silencioso entendimiento. Si antes era solo uno de los dos quien estaba loco, ahora ya lo somos los dos.

—¿Dieron los niños alguna descripción de Toby? —pregunto al tiempo que dejo en la mesa dinero en efectivo para pagar la cuenta.

—He ahí otra cosa extraña. Ninguno de ellos fue capaz de ofrecer ningún detalle físico suficientemente preciso, de modo que el dibujante de la policía no ha podido realizar un retrato robot. En lo que sí coincidieron todos fue en su voz. Todos declararon que Toby era un niño, pero utilizaba palabras de adulto. Sonaba como un adulto.

—El tipo de voz a la que no se le puede decir que no —asiento—. Sí, me suena.

Conducimos por la carretera I-10 en dirección a Jacksonville. Cuatro carriles que se extienden sobre una pila de gravilla que impide que nos hundamos en el pantano o nos perdamos en el enmarañado bosque que hay a cada lado. Luego vamos hacia el sur por la I-95 y pasamos por delante de incontables salidas a centros turísticos, «oportunidades» residenciales y restaurantes de bufé. El océano Atlántico está a pocos kilómetros al este.

Y todavía no sé qué se supone que debo hacer. Ni dónde encontraré al Innominado.

Esa es la razón por la que, salvo para poner gasolina o ir al baño, no nos detenemos hasta llegar a Jupiter. Una vez ahí, atravesamos la ciudad hasta que llegamos al océano, una muy publicitada pero largamente cuestionada playa de olas marrones. Aparcamos y, sin decir nada, O'Brien sale del Mustang, se quita los zapatos junto al coche y comienza a caminar hacia el agua con un paso algo rígido mientras yo la contemplo sentado en el capó. El aire posee una salobre fragancia a agua salada y algas y —ya sea dentro del automóvil o fuera— un lejano pero constante olorcillo a comida frita.

O'Brien se mete en el agua sin quitarse la ropa ni remangarse los pantalones. Lo hace como si no tuviera la intención de volver a salir. Se me ocurre que debería ir con ella por si tuviera algún problema, la arrastrase la resaca o simplemente resbalara y se cayera, pero entonces se detiene. Permanece con el agua a la altura del pecho. Cada nueva ola la levanta y luego vuelve a depositarla en la arena mientras a su alrededor borbotea la espuma.

Tarda un rato en regresar al coche. La ropa, empapada, se le pega al cuerpo dejando a la vista su delgadez. Parece alguien que acaba de llegar nadando a la orilla tras pasar varios días aferrado a los restos de un naufragio.

—Es la última vez que disfrutaré del mar —dice cuando se sienta a mi lado.

—No digas eso.

—No estoy siendo dramática. Me he limitado a escuchar el agua, y eso es lo que me ha dicho. Ha resultado reconfortante, la verdad. Como si fuéramos dos viejos amigos despidiéndose.

Quiero negar que eso es lo que le está pasando mientras permanecemos bajo el sol después de un largo trayecto en coche. Negar que incluso ahora, en este preciso

instante de placer casi olvidado, se está muriendo. Pero tiene razón, y ahora no es el momento para consuelos vacuos. Cuando me dispongo a rodear el vehículo para ir al maletero a coger la toalla que nos llevamos del motel tras la apresurada e incompleta limpieza de anoche, O'Brien me agarra de la muñeca.

—Es posible que fracasemos. Lo sabes, ¿verdad?

—Soy plenamente consciente de ello.

—Lo que estoy diciendo es que esto a lo que nos enfrentamos es más fuerte que nosotros, David. Es anterior al tiempo y prácticamente omnisciente. Nosotros, en cambio, ¿qué somos?

—Un par de ratones de biblioteca.

—Fácilmente aplastables.

—¿Eso pretende ser un discurso de motivación? Porque, si lo es, no está funcionando.

En vez de reír, O'Brien me aprieta la muñeca todavía más fuerte.

—Yo también he estado oyendo una voz —dice—. Comenzó después de que regresaste de Venecia, pero en estos últimos días que he pasado en la carretera contigo, e incluso en las últimas veinticuatro horas, se ha vuelto más clara.

—¿Es el Inn...?

—No, el Innominado no. Es algo bueno, a pesar de todo. Y, aunque lo llamo voz, en realidad no habla. Más bien me ilumina. Sé que suena ridículo, pero no sé describirlo de otro modo.

—Y ¿qué te dice?

—Que es posible soportar cualquier cosa siempre que no se esté solo.

Me besa en la mejilla y luego limpia el rastro de agua que me deja en la piel.

—El diablo, o al menos este con el que estamos lidiando, no comprende lo que sientes por Tess —afirma O'Brien en un tono de voz tan bajo que casi parece un susurro—. Cree que comprende el amor. Ha leído todos los versos de todos los poetas, pero lo suyo es mera imitación. Esa es nuestra ventaja (si bien muy pequeña).

—¿Eso es lo que la voz que oyes te ha dicho?

—Más o menos.

—No mencionaría por casualidad cómo podríamos usar esa pequeña ventaja de la que disponemos, ¿verdad?

—No —dice O'Brien al tiempo que baja del capó del coche y comienza a tiritar a pesar del intenso calor—. Sobre eso de momento no ha dicho ni mu.

La escuela primaria de Jupiter es un edificio bajo de ladrillo amarillo con la bandera de las barras y las estrellas colgada del asta que hay en la zona de recogida (TIEMPO MÁX. 5 MIN. SE AVISA GRÚA). La imagen misma de la normalidad norteamericana. También, cada vez más, el telón de fondo de los relatos de horror de los reporteros televisivos. El tipo solitario con la bolsa de lona. La nota de despedida de la víctima de acoso. El secuestro en el camino de regreso a casa.

Hay un par de furgonetas de telediarios locales aparcadas en la calle, pero a primera vista no se ve ninguna cámara. Nos detenemos junto al bordillo y, de repente, suena el timbre de la escuela. Al mismo tiempo, las puertas se abren y empiezan a salir los niños, exhaustos tras un día repleto de terapeutas y sombrías asambleas en el gimnasio. En ese momento, aparecen de la nada los equipos de televisión, pasan junto a los padres que esperan ansiosamente a sus hijos y les plantan a los niños un micrófono en la cara.

«¿Cuál era el ambiente hoy en la escuela?».

«¿Cómo llevas lo que ha sucedido?».

«¿Conoces a los niños que han hecho esto?».

Y las respuestas de los pequeños, en parte afligidas, pero también sobreactuadas.

«Es como una película».

«Hay mucha gente que está sufriendo de verdad».

«Eran unos niños normales».

Al cruzar la calle y unirnos a la muchedumbre, me acerco a una niña que parece tener unos ocho o nueve años. Me inclino adoptando una postura de receptor de béisbol o de policía comprensivo. Con ello pretendo señalar que soy un adulto amigable. Y ella viene directamente hacia mí como si le hubiera enseñado una placa.

—Soy el agente Ullman —digo—. Solo quería hacerte una o dos preguntas.

Ella se vuelve hacia O'Brien, que le sonríe.

—No pasa nada —le dice ella.

—¿Conoces a los niños que han pegado a su compañero de clase?

—Sí.

—¿Podrías recordarme el nombre del niño herido?

—¿Recordarte el nombre?

—Sí —digo al tiempo que doy unas palmaditas en los bolsillos como si hiciera ver que he perdido el bloc de notas—. Mi memoria ya no es lo que era.

—Kevin.

—¿Kevin qué más, pequeña?

—Lilley.

—¡Eso es! Y ¿recuerdas si esos niños que le hicieron daño a Kevin mencionaron alguna vez a otro niño llamado Toby?

La chiquilla entrelaza las manos y las levanta por encima de la cintura. Es un gesto de vergüenza.

—Todo el mundo conoce a Toby —dice.

—¿Cómo es?

—Como nosotros. Pero distinto.

—¿En qué sentido?

—No pertenece a nadie. No va a la escuela. Hace lo que quiere.

—¿Algo más?

Lo sopesa por un momento.

—Huele un poco raro.

—¿Ah, sí? ¿A qué?

—Como a tierra.

Los agujeros de su nariz se dilatan al recordar el olor.

—¿Alguna vez te ha dicho algo? —pregunto.

—Sí.

—¿Cosas malas?

Ella entorna los ojos.

—No. Pero me hacían sentir mal.

—¿Recuerdas alguna de las cosas que te ha dicho?

—La verdad es que no —responde con los brazos rígidos por el esfuerzo de intentar rememorar alguna palabra específica—. Era como si no hablara. O como si lo hiciera yo conmigo misma.

La niña vuelve a levantar la mirada hacia O'Brien y rompe a llorar.

—Ya está. Ya ha pasado —digo al tiempo que extendiendo la mano hacia la chiquilla para consolarla—. No te...

—¡No la toque!

Me vuelvo y veo a un hombre que atraviesa el césped de la escuela. Es un tipo enorme y cabreado que va ataviado con una camiseta de la talla XXXL de los Miami Dolphins. La tela de color turquesa resplandece con el balanceo de sus brazos.

—No hace falta que... —comienza a decir O'Brien, pero deja la frase inacabada. ¿Cómo podría terminarla? «¿No hace falta que le parta la cara a mi amigo?».

La niña corre hacia su padre, que se ciernen sobre mí al llegar a mi lado. Los demás padres se han vuelto hacia nosotros. Algunos incluso se han acercado un poco para ver mejor.

—¿Quiénes sois? —me pregunta.

—Periodistas.

—¿Para quién trabajáis?

—El *Herald* —dice O'Brien.

El padre se gira hacia ella y luego vuelve a mirarme a mí.

—Ya he hablado con el tipo del *Herald* —dice—, lo que significa que sois un par de mentirosos de mierda.

No se lo discutimos. O'Brien no está en condiciones de evitar lo que está a punto de suceder, y a mí no se me ocurre cómo puedo colocarme rápidamente fuera del alcance de sus brazos y sus piernas para evitar los golpes. Los tres nos quedamos un momento callados en una mutua aceptación de lo inevitable.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que me he equivocado en lo que respecta al enfado del tipo. Este no se debe a que estuviéramos hablando con su hija. De hecho, ni siquiera está enfadado. En realidad, está asustado por lo que su hija le ha contado sobre Toby, el niño que no existe. El niño que les ha dicho a ella y a sus compañeros de clase que pensarán lo más terrible que se les ocurriera y luego lo

hicieran realidad.

—Mi hija ha desaparecido —le digo al hombre en un tono de voz lo suficientemente bajo para que solo él y su hija puedan oírme. El tipo se queda todavía más quieto de lo que estaba—. Estoy buscando a mi pequeña.

Algo en su rostro evidencia que no solo me cree, sino que intuye que mi búsqueda tiene algo que ver con Toby, la paliza de los niños en el parque y todas esas cosas que no alcanza a comprender y que han hecho pedazos su —hasta entonces— más que aceptable mundo floridiano. Lo intuye sin llegar a entenderlo del todo. Por eso se abraza todavía más fuerte a su hija y se marcha.

Eso me permite regresar al Mustang. O'Brien me sigue a escasa distancia. Los rostros de los padres, los niños y los repeinados periodistas contemplan nuestra retirada con la gratitud de quienes saben que, por mal que estén las cosas para ellos, para nosotros todavía están peor.

Puede que se deba a que O'Brien tiene peor aspecto que la mayoría de los pacientes, pero resulta increíblemente fácil acceder a la sala de enfermería del centro médico de Jupiter, asegurar que somos parientes de Kevin Lilley, preguntar por él —supuestamente confidencial— número de su habitación y obtener las indicaciones necesarias para llegar a la cama del paciente de la unidad de cuidados intensivos más famoso de Florida.

Se encuentra en la tercera planta. Una vez en el ascensor, ambos nos preguntamos qué diantre podemos esperar descubrir de un niño en coma.

—Una señal, quizá —sugiere O'Brien.

—¿Como un 666 o un pentagrama?

—No sé, David. Eres tú quien nos ha traído aquí. ¿Qué estás buscando?

«Otra señal. La última».

—Lo sabré cuando lo vea —digo.

Seguimos de suerte: cuando llegamos a la habitación de Kevin, no hay rastro alguno de padres compungidos ni visitantes revoloteando alrededor. La enfermera que está cambiando la vía intravenosa del niño nos dice que acaban de irse a casa hace solo un instante.

—¿No van con ellos? —nos pregunta.

—Venimos de Lauderdale —explica O'Brien, como si eso contestara todo lo que alguien pudiera querer saber sobre nosotros.

Un momento después nos quedamos a solas con Kevin, rodeados de máquinas que pitán y resoplan. El niño está tan abotagado y pálido que parece estar mudando de piel. Es como si estuviera a punto de quedar a la vista el nuevo niño que hay debajo. Su cabeza es lo más preocupante. Una gran cantidad de gasas le envuelven el cráneo y protegen su cerebro en los puntos en los que el hueso está fracturado. Lo más difícil de mirar, sin embargo, son sus párpados. Gruesos y relucientes como el linóleo.

—¿Kevin?

O'Brien me sorprende dirigiéndose al niño en primer lugar. Durante el trayecto hasta el hospital no ha dejado de decir que le parecía poco útil venir aquí, y puede que tenga razón. Sin embargo, la compasión que siente por el pequeño hace que intente ponerse en contacto con él, por más que este esté en un lugar tan lejano y desconocido como aquel en el que se encuentra Tess.

Las máquinas emiten un pitido. Kevin respira y los tubos que le han colocado en los agujeros de la nariz sorben como pajas en un vaso vacío. Pero no oye nada.

—¿Por qué? —susurra O'Brien al tiempo que le acaricia las mejillas.

«Para demostrar que están entre nosotros. Que siempre han estado entre nosotros».

—No lo sé —contesto.

—¿Nos ha traído para que veamos esto?

«La corrupción del hombre. Su mayor logro. Una obra maestra en marcha».

—No lo sé —vuelvo a decir.

O'Brien se acerca a la ventana. Las nubes vespertinas se acumulan en el horizonte cual pensamientos confusos. En unas pocas horas, el hospital pasará a estar supervisado por el escaso personal del turno de noche. Y Kevin seguirá aquí, a solas con las tarjetas de familiares que le desean una pronta recuperación amontonándose sobre la mesilla de noche y un ramo de flácidos globos en el alféizar de la ventana.

—No me conoces —digo situándome a un lado de la cama—, pero yo también he hablado con Toby.

Una parte de mí —la estúpida, cada vez más entregada a un infantil pensamiento mágico— espera que eso provoque una señal del niño, no en vano yo soy el centro de esta misión a la que me ha enviado el Innominado. Soy la llave de todas las cerraduras. La verdad, sin embargo, es que todo el mundo ha perdido alguna vez a alguien sin el cual cree que ya no podrá vivir. Todos creemos en algún momento que nuestros ruegos al cielo, nuestros oscuros mantras, provocarán un milagro.

—¿Kevin? Soy el hombre del que Toby te ha hablado —digo inclinándome para estar más cerca de su oído. Su piel huele a desinfectante—. Tengo una hija pequeña, no mucho mayor que tú. A ella también le ha pasado algo malo. Por eso he venido desde muy lejos para verte.

Nada. Quizá menos que nada. Ahora que estoy tan cerca, su respiración suena poco profunda. Su conexión a la vida es menor todavía de lo que me había parecido en un principio.

Entonces lo toco.

Coloco mi mano encima de la suya y se la levanto un centímetro. La sostengo sin apretar. Ayudo a su antebrazo a realizar un sencillo movimiento que difícilmente volverá a hacer por sí mismo.

Sin embargo, cuando dejo de moverme, su mano sigue haciéndolo.

Un dedo, el índice, se extiende parcialmente y me señala.

Me acerco más a él. Mi oreja casi toca sus labios. Estoy lo bastante cerca para oír su voz. Es tan baja que solo alguien que conozca los versos de memoria podría

entender lo que dice.

Incluso mientras pronuncia las palabras —de forma vacilante, esforzándose para recordar la secuencia precisa—, me doy cuenta de que él también las ha memorizado. Es algo que Toby le ha pedido que hiciera. Está siendo el mejor estudiante posible.

—«Un antro horrible, por todos los lados acosado por un gran horno en llamas, llamas que luz no dan, sino visibles tinieblas».

La nariz sorbe en los tubos con más fuerza que antes, una mejoría casi muda tras el esfuerzo realizado. Luego vuelve a quedarse dormido (sin estarlo exactamente).

O'Brien me toca el hombro. Cuando me pongo derecho, me doy cuenta de que ella no ha oído lo que Kevin ha dicho.

—Deberíamos irnos —dice.

Comienza a caminar hacia la puerta, pero yo me vuelvo hacia la cama y le susurro a Kevin unos versos de otro libro:

—«Aunque un ejército acampe contra mí, no temerá mi corazón»^[9].

A l salir del hospital le cuento a O'Brien que Kevin me ha recitado algo. Ella no me pregunta cuál es su significado, ni adónde nos indica que vayamos a continuación. Se limita a sentarse detrás del volante y comenzamos a recorrer las calles de Jupiter, bordeadas de palmeras. Es un mundo de aparcamiento fácil y letreros enormes. En la calle no hay nadie. Intento ver a alguna persona entrando o saliendo de su coche, pero no lo consigo. El tráfico es la única señal de vida. Sosegados jubilados conduciendo el último de los automóviles clásicos de Detroit y en busca de alguna ganga, de algo que hacer. Sus expresiones humanas han quedado reducidas a chistes cutres en matrículas personalizadas.

—Estoy cansada —anuncia O'Brien. Y, efectivamente, se le nota. Es un agotamiento profundo, más allá del cansancio físico. Me la quedo mirando y me doy cuenta de que, más que la enfermedad, es su nueva concepción del mundo lo que ha consumido el color de su piel.

—Regresemos al motel —digo—. Deberías descansar.

—No hay tiempo.

—Tumbate media hora. Te sentará bien.

—Y ¿tú qué harás?

—Seguir conduciendo.

Después de dejar a O'Brien en el motel, me dirijo a un destino que no tenía en mente. El parque infantil. El lugar en el que siete niños vertieron la sangre de otro sobre la arena de los columpios.

Ahí ahora no hay nadie. A estas horas los niños están lavándose los dientes. Mi momento favorito del día con Tess. El ritual del baño, el pijama y el libro. Una sucesión de reconfortantes actos que llevábamos a cabo sin falta noche tras noche. Gracias a esa sencilla repetición, podía conseguir que las cosas fueran mejor.

Esta noche, no. Dondequiera que esté Tess, se encuentra fuera de mi alcance y no puede oírme susurrar «Erase una vez...» o la letra de *You Are My Sunshine*.

Y, sin embargo, canto para ella. Me siento en uno de los columpios y procuro no desafinar. Una nana desolada a la luz del crepúsculo: «*You make me happy when skies are gray...*».^[10]

De repente aparece un niño caminando por la hierba.

Tiene la misma edad que Kevin Lilley y sus compañeros de clase. Es un niño bien parecido, necesitado de un corte de pelo y ataviado con una camiseta de los Rolling Stones, la de la boca y la lengua sobre fondo negro. Avanza con indecisión y rigidez, como si acabara de levantarse tras dormir mucho rato en una posición incómoda.

Se sienta en el columpio contiguo al mío y baja la mirada a sus pies. Casi se diría que no ha advertido mi presencia.

—Eres Toby —digo.

—Lo era.

—Pero ahora estás muerto.

Ese comentario lo confunde. Después parece darse cuenta de algo y su expresión pasa a ser primero de profunda tristeza y luego de mera desesperanza.

—Le pertenezco —dice.

—¿A quién?

—No tiene nombre.

—¿Hay una niña contigo? —inquiero—. ¿Una niña llamada Tess?

—Hay muchos niños.

—Eso es lo que él te ha dicho que digas, pero sabes más cosas, ¿no? Dime la verdad.

Cambia de postura y hace una mueca. Parece como si se hubiera tragado un cuchillo de carnicero y estuviera intentando que le doliera menos.

—Tess —asiente—. Sí. He hablado con ella.

—¿Estáis en el mismo lugar?

—No. Pero se encuentra... cerca.

—¿Puedes llamarla?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no se nos permite hacerlo.

Las lágrimas asoman a mis ojos. Me los seco con la manga.

—¿Qué te pasó, Toby? —le pregunto—. Cuando estabas vivo.

Da patadas a la arena con las puntas de los zapatos.

—Un hombre me hizo daño —indica.

—¿Quién?

—Un amigo... que no era un amigo.

—¿Un adulto?

—Sí.

—¿Cómo te hizo daño?

—Con las... manos. Las cosas que me hizo... Las cosas que me dijo que me haría si lo contaba...

—Lo siento.

—Tenía que ponerle fin, eso es todo. Mi madre tenía unas pastillas... Tenía que ponerle fin.

Levanta la vista y me mira. No es más que un niño. Terriblemente asustado y al que le arruinaron la vida antes de que tuviera la oportunidad de crecer del todo.

De repente, su rostro se ensombrece. Sin ninguna otra alteración física, sin la metamorfosis que he visto en los rostros de las otras personas a las que el Innominado ha poseído. La parte Toby del niño desaparece y queda únicamente una cáscara. Un chico que una vez fue humano sentado en un columpio. Sin vida, pero más allá de la muerte.

Luego se mueve otra vez.

Posa sus ojos sobre los míos. Cuando habla, lo hace con una voz que ahora ya conozco tan bien como si formara parte de mí. Resuena en el interior de mi cabeza del mismo modo que los empastes de los dientes dicen que captan las frecuencias de radio.

—Hola, David —dice.

—Sé quién eres.

—Pero ¿sabes mi nombre?

—Sí.

—Dilo.

—Hazlo tú.

—Entonces ya no sería una prueba, ¿no?

—No lo dices porque no puedes.

—Sería una equivocación por tu parte conjeturar lo que puedo o no puedo hacer.

—Necesitas que lo diga.

—¿Ah, sí? Y ¿eso por qué?

—Eso te proporcionaría una sustancia de identidad, por superficial que fuera esta. Cuando se dirigen a ti por tu nombre puedes fingir que eres más humano.

El chico frunce el ceño. Aunque no es más que la expresión de un niño petulante, casi ridícula en cualquier otro contexto, ahora es suficiente para que se me acelere el corazón.

—Tess está llorando, David —precisa—. ¿No la oyes?

—Sí.

—Cree que ya no vendrás a por ella. Lo que significa que será mía cuando la luna...

—¡No!

—¡Di mi nombre!

Esta vez, la voz revela el odio que conforma su verdadero carácter. Al pronunciar las palabras, los agrietados labios de Toby se llenan de burbujas blancas de saliva.

—Belial.

Finalmente, lo digo. El nombre del demonio escapa de mi boca y recorre el aire como una criatura alada que hubiera estado oculta en mi interior y ahora regresara apresuradamente a su propietario.

—Estoy muy contento —dice el niño. Y es cierto: la voz regresa a su tono anterior y una vacía sonrisa se dibuja en sus labios como si unos ganchos invisibles tiraran de sus comisuras—. ¿Cuándo lo descubriste?

—Creo que una parte de mí lo ha sabido desde que te oí hablar por boca de Tess en Venecia. Me ha llevado todo este tiempo confirmarlo. Aceptarlo.

—Intuición.

—No. Ha sido más bien tu arrogancia. Tus pretensiones de urbanidad. Esa falsa sofisticación.

El niño vuelve a sonreír. Ahora ya no tan contento.

—¿Eso es todo?

—Y tu retórica —prosigo, deseoso de conservar su atención—. Tú eras el gran persuasor del consejo estigio.

«Del lado opuesto se levantó Belial, más gracioso y humano en su actitud; el Cielo no perdió un ser más hermoso; para la dignidad y las hazañas más altas parecía ser creado; pero todo él falso y vacío era».

La elegante voz que calmó el llamamiento a las armas de Moloch e instó a esperar a que la ira de Dios se apaciguara antes de llevar a cabo un ataque sorpresa en el Paraíso. «El supremo enemigo pudiera con el tiempo atenuar su furor, y, tan remoto, tal vez podría no importarle mucho si ofensas no causamos». Amante de la fama y la vacua erudición. «Aunque oírlo resultaba agradable..., sus pensamientos eran ruines». Al fin y al cabo, ese es el significado de su nombre, Belial: «Sin valía».

El rostro del niño vuelve a quedarse inerte. Permanece inalterable, inmóvil. Aun así, no deja de impulsarse con los pies en la polvorienta tierra. Un lento ir y venir que me obliga a mover la cabeza para seguirlo con la mirada. Un mareante péndulo.

—John y tú tenéis mucho en común —dice.

—He estudiado la obra de Milton. Eso es todo.

—¿No te has preguntado nunca por qué siempre te has sentido tan atraído por ella?

—Todo arte es merecedor de estudio.

—¡Pero es mucho más que eso! Es autor de la crónica más elocuente de la historia sobre la discrepancia. ¡La rebelión! Por eso, en sus versos, John ofrece una imagen tan comprensiva de mi maestro. Está de nuestro lado, si bien secreta e inconscientemente. Como tú.

—Estás equivocado. Yo nunca le he hecho daño a nadie.

—No se trata de hacer daño, David. La violencia o los crímenes no son más que residuos del mal, cuestiones menores comparadas con las del espíritu. Y lo que John y tú tenéis en común es el espíritu de resistencia.

—¿Resistencia a qué?

El niño no contesta. Se balancea hacia delante y hacia atrás en el columpio sin impulsarse con los pies ni tocar siquiera el suelo. Tampoco aparta sus ojos de los míos. Las cadenas chirrían a modo de réplica de un dolor infligido del mismo modo.

—Has pasado toda tu vida adulta estudiando la religión, la cristiandad, las obras de los apóstoles... Y, sin embargo, no crees en Dios —dice al cabo de un rato. Luego vuelve a quedarse en silencio.

No, es algo más que un silencio. Es una interrupción del tiempo. La realidad se desmorona.

Hace un instante, ambos estábamos sentados en sendos columpios de lona de un parque infantil de la Florida suburbana. Al levantar ahora la mirada, compruebo que, si bien seguimos sentados en los columpios, más allá de nuestro pequeño rectángulo de arena hay un bosque. Los árboles están demasiado juntos, y secos y famélicos a causa de la escasez de agua en una tierra de color ceniza. Intento ver qué hay entre los

troncos pero solo atisbo más árboles inclinados y el terreno llano y sin fin. Es una visión de los bosques que había al otro lado del río y que mi hermano y yo temíamos de pequeños. Un lugar al que no llega el aire, ni el canto de los pájaros, ni ninguna voz salvo la del niño. La oigo en mi cabeza, susurrándome las Escrituras: «Y el Señor dijo a Satanás: “¿De dónde vienes?”».

No puedo verlo, pero sé que algo nos observa desde los árboles. Es una densidad tan grande que curva el aire, una especie de gravedad lateral que expande y contrae todo a su alrededor. Su insondable silencio no comunica nada más que una voracidad atemporal e insaciable. Este es el territorio por el que deambula. Consumido por el dolor.

«Entonces Satanás respondió al Señor, y dijo: “De recorrer la tierra y de andar por ella”»^[11].

Vuelvo la mirada a la arena del parque infantil. Intento mantenerla ahí y prestar atención únicamente a las palabras del niño, ahora pronunciadas en voz alta.

—¿Por qué no? —dice, continuando la conversación como si yo hubiera detenido el tiempo y ahora hubiera vuelto a ponerlo en marcha—. ¡Porque no puedes aceptar la noción de su absoluta bondad! Has sufrido demasiado (a tu manera, en tu melancolía) como para servir incondicionalmente a un Señor tiránico. Su bondad no deja de ser otro nombre posible para Autoridad. Su palabra es la orden escrita de un padre ausente. Tu mente crítica no te deja otra opción salvo ser consciente de eso. Y esa es la razón por la que me recuerdas a John.

El niño levanta la mirada al cielo. Al principio agradezco que aparte sus ojos de mí. Pero entonces comienza a hablar con otra voz —la verdadera, un susurro húmedo y lleno de odio— y me doy cuenta de que es eso y no su mirada lo que nunca olvidaré. Esa voz citando al poeta será la que narre el resto de las pesadillas que tenga en mi vida.

—«Hacer el bien jamás será Nuestra misión, sino hacer siempre el mal Nuestro único deleite, por ser él Contrario a su voluntad suprema a la que nos resistimos».

Cuando termina, el niño vuelve a mirarme. Su voz es nuevamente la que el demonio ha escogido para dirigirse a mí:

—Desafiante resistencia. Eso es lo que nos une, David.

—Yo no estoy de tu lado.

—¡Desde luego que sí! —El niño da un salto antes de que haya pronunciado la última palabra—. Siempre lo has sabido. Como John, que estuvo con nosotros desde el principio.

—Eso es mentira.

—¿Ah, sí? Su mejor amigo de la infancia murió en el mar. Su primera esposa lo abandonó al poco de casarse. Fue suspendido de Cambridge por discutir con su tutor. Estuvo en prisión por sus opiniones disidentes. Al igual que nosotros (y que mi maestro, su personaje más memorable), se resistía a la servidumbre. Era un rebelde, sensible a todos los estragos e injusticias de la vida. *El Paraíso perdido* es la

malinterpretación más maravillosa que jamás haya tenido lugar, ¿no te parece? Se supone que pretendía justificar la forma de actuar de Dios para con el hombre, pero en realidad consiste en una justificación de la independencia y la libertad. Fue, para su época, el mejor ejemplo posible de lo que se podría llamar propaganda demoníaca. Mi obra maestra.

—¿Tu obra maestra?

—Todo poeta tiene su fuente de inspiración. Y yo fui la de John. Bueno, en realidad más que eso. Le di las palabras. Él se limitó a firmarlas con su nombre.

—Tu arrogancia te ha cegado.

—¿Cegado? ¡Era John quien estaba ciego cuando escribió su poema! ¿Se te ha olvidado? Fue entonces cuando pidió ayuda. Suplicó inspiración a la oscuridad que lo rodeaba. ¡Y yo fui quien acudió! ¡Sí! Fui y le susurré mis dulces naderías al oído.

«El diablo miente, David».

—Y una mierda.

—No seas ordinario, David. A blasfemias no me vas a ganar.

En un extremo del rectángulo de arena de los columpios, un par de gaviotas se pelean por lo que parece ser una pila de huesos de pollo. Puedo ver la pequeña caja torácica y el pequeño cráneo. Antes no estaban ahí. Como tampoco los huesos de pollo.

Los pájaros se picotean en los ojos y se muerden en la parte de atrás del cuello, tirando y arrancándose plumas y carne. Los árboles se acercan todavía más para poder ver las primeras gotas de sangre.

Toby levanta entonces la mano y la agita en el aire. Las gaviotas levantan el vuelo y se van. A sus chillidos se unen otros procedentes del bosque.

—Sé lo que estás pensando —dice el niño—. Si fui yo quien dictó a John lo que debía escribir, ¿por qué nos retrató de forma tan desfavorable? Ya sabes la respuesta, David. Estaba limitado por su época. Elogiar abiertamente a Satán y sus ángeles caídos era imposible. Habría sido ilegal. Así pues, nos retrató como los antagonistas del poema al tiempo que claramente declaraba sus simpatías por nosotros. Contéstame a lo siguiente: ¿quién es el verdadero protagonista del poema? ¿Dios? ¿Adán?

—Satán.

—Como tú mismo has defendido repetida y apasionadamente en tus admirables ensayos.

—No es más que un argumento académico.

—¡Anda ya! ¿Por qué has dedicado entonces tu vida a ello? ¿Por qué te has molestado en convencer a tus colegas y adoctrinar a tus alumnos acerca de algo que, en la época de John, habría sido considerado blasfemia? Se debe a que eres uno de los nuestros, David. Y no eres ni mucho menos el único.

Tanto su discurso como la serpenteante lógica de su retórica resultan tan desorientadores que, de vez en cuando, he de bajar la mirada para asegurarme de que mis pies tocan el suelo. Aunque, ¿qué es «suelo» aquí? ¿Qué es «tocar»? En cuanto miro

de nuevo al niño vuelvo a tener la sensación de movimiento. Es como un mareo en tierra firme.

—¿Por qué Tess? —digo tras tragar saliva—. ¿Por qué yo?

—La retengo para mantenerte concentrado. Todo poeta, todo narrador, necesita motivación.

—¿Así es como me ves?

—Lo que tú llamas documento demuestra nuestra existencia. Pero tú, David, eres mi mensajero. Y el mensaje es tu testimonio. Todo cuanto has visto, todo cuanto has sentido.

No es el columpio lo que me hace estar tan mareado. Es todo el mundo, el marchito jardín, lo que da vueltas.

—¿Me dejarás verla? ¿Hablar con ella?

—No has llegado al final de tu viaje, David.

—Dime adónde he de ir, pues.

—Ya lo sabes.

—Dime qué he de hacer.

—Deja atrás a la mujer. Sigue deambulando.

—Pues quienes deambulan terminan llegando a ti...

—¡No es rendición lo que busco! No te estoy esclavizando, sino liberando. ¿Es que no lo ves? Soy tu fuente de inspiración, tal y como en su momento fui la de John.

Una parte de mí sabe que su argumento es débil. Pero no puedo rebatir nada de lo que dice. Es como si fuera una comida pesada y carente de elementos nutritivos que se encuentra alojada en mis intestinos. No me deja otra alternativa más que seguir hablando y preguntando para intentar no pensar en el ser hambriento del bosque. Sin levantar la mirada, sé que ha salido de los árboles. Se está acercando.

—Propaganda —digo—. Eso es el documento para ti, ¿no? Eso soy yo para ti. Puedo ayudarte a defender aquello que tú no puedes.

—La guerra en el Paraíso nunca ha tenido lugar en el infierno, ni tampoco en la tierra. El campo de batalla se encuentra en la mente humana.

«La mente es su propio lugar y puede hacer en ella un cielo del infierno y del infierno un cielo».

—John se dio cuenta. Y también el otro Juan.^[12]

—Te refieres al Apocalipsis.

—Un libro que no hay que tomar demasiado literalmente.

—¿Cuál es tu interpretación?

—El anticristo blandirá armas de persuasión, no de destrucción —dice el niño en un tono de voz más alto y firme—. La bestia no se alzarán del mar, sino de vuestro interior. De todos y cada uno de vosotros. Uno a uno. Y de un modo adecuado a sus propias dudas y frustraciones. A su dolor.

—Has decidido emprender una campaña.

—¡Una cruzada!

El niño abre la boca como si fuera a reír, pero no le sale. Es una capacidad que el Toby original debía de tener, pero que quien ocupa su cuerpo ahora no ha conocido nunca.

—El Apocalipsis es una visión del futuro de la humanidad —digo razonando sobre la marcha—. Mateo, en cambio, ofrece una visión de tu futuro. «¿Qué tenemos que ver contigo, hijo de Dios? ¿Has venido aquí para atormentarnos antes de tiempo?»^[13]. Tu cruzada fracasará. Está anunciado. «Tiempo». Estás destinado a morir en el lago de fuego.

El chico parpadea. Y, de repente, su expresión se ensombrece como si fuera a llorar. Por primera vez parece realmente un niño.

—Hay mucho que hacer antes de que eso suceda —replica.

—Pero sucederá. No lo niegas.

—¿Quién puede negar la voluntad del Padre celestial? —dice.

—Perderás.

—¡Moriré! Eso es lo que tengo en común contigo. Con la humanidad. Todos cargamos con el conocimiento de nuestra propia muerte. ¿Dios? ¡Él seguirá existiendo, claro está! Eterno. Indiferente. La bondad pura es fría, David. Por eso abrazo la muerte. Te abrazo a ti.

Durante un terrible momento, temo que vaya a hacerlo. Quiero ponerme en pie y apartarme de él, pero permanezco inmóvil en el asiento del columpio, aferrado con fuerza a las cadenas.

El niño, sin embargo, no intenta abrazarme. Se limita a ofrecerme una vez más su sonrisa vacía.

—Espero que hayas apreciado mi regalo.

—No sé de qué me estás hablando —digo, aunque al instante sé a qué se refiere.

—El hombre que estaba disfrutando de tu mujer de un modo que tú jamás has conocido. No te preocupes, el profesor Junger no volverá a proporcionarle placer nunca más.

El niño vuelve a sonreír.

—Hoy va a hacer calor —dice con la voz de Will Junger.

En algún lugar no muy lejano se oye el ruido de algo pesado moviéndose a través de la maleza. Puede que varias cosas, pero en todo caso con una única mente.

—A ver si lo comprendo —digo, con la esperanza de que una nueva pregunta borre la terrible mueca de su rostro—. ¿Me ves como un cruzado? ¿Tuyo? ¿Y de tu maestro?

—Los tiempos han cambiado desde que John escribió su poema —susurra el niño con nostalgia—. Ahora vivimos en una época documental. La gente exige veracidad. Verdad inmediata. Un poema ya no nos serviría para presentar nuestros intereses. Necesitamos pruebas. Aunque estas tampoco son suficientes. También te necesitamos a ti, David. Tu relato personal. Una voz humana que hable por nosotros.

—Que diga que en el mundo existen auténticos demonios.

—Es una vieja historia —dice bajándose del columpio—. Pero también es verdad.

El muchacho comienza a alejarse. El espacio entre nosotros se endurece a causa del frío que deja a su estela.

—¡Lo haré! ¡Pero deja en paz a Tess, por favor!

Levanto la mirada y el bosque oscuro ha desaparecido. Ahora vuelve a ser un parque infantil bordeado por una alambrada metálica. Más allá se ven unas casas baratas con las cortinas echadas. El gutural zumbido de sus aires acondicionados recuerda a un canto gregoriano.

El niño se vuelve. Aunque su expresión sigue siendo la misma, ahora puedo sentir la potencia de su odio con mayor intensidad. El velo de su encanto ha caído, dejando a la vista algo más cercano a su verdadera naturaleza. La intensa agonía de una cuchilla atravesando un nervio. Un nauseabundo olor a podredumbre.

«Huele como a tierra».

—Tienes que hacer un último descubrimiento. Una última verdad. Tu verdad, David —dice.

Luego, sigue caminando. No deja de observarme a pesar incluso de estar de espaldas a mí. La sombra del chiquillo se va alargando en la hierba hasta convertirse en la de una imponente bestia.

*H*asta que cruzamos la frontera de Florida con Georgia, O'Brien no se atreve a preguntar si estoy seguro de que Toby nos ha indicado que vayamos a Canadá.

—No fue Toby —le digo.

—Entonces ¿cómo lo sabes?

—Me lo dijo Kevin Lilley.

—David, eso es imposible.

—¿Por qué?

—Pues porque no puede hablar.

—A mí me dijo algo.

—Yo no lo oí.

—Es que no era un mensaje para ti.

Por un momento, en su expresión se dibuja una mueca de envidia. Intenta ocultármela volviéndose hacia la ventanilla del acompañante, pero la veo de todos modos. Uno no logra obtener tantas becas, premios y cátedras de investigación como ella sin ser competitivo.

—Belial obligó a Kevin a memorizar algo que él consiguió susurrarme —digo con la esperanza de atraer de nuevo la atención de O'Brien con la pregunta implícita. Funciona.

—*El Paraíso perdido* —dice—. ¿Qué versos?

—«Un antro horrible, por todos los lados acosado por un gran horno en llamas...».

—«... llamas que luz no dan, sino visibles tinieblas».

—Esos mismos.

—No lo entiendo. ¿Vamos a una mazmorra? ¿A un horno?

—Desde luego, no a un ático con terraza.

Le explico que al principio yo tampoco lo entendía. En los versos no había ninguna palabra que indicara un destino ni ninguna referencia velada a alguna ciudad o estado. De lo que sí estaba bastante seguro era de que, en cualquier caso, tendría algo que ver conmigo. Algo que la despedida de Toby confirmó.

«Tu verdad, David».

—Si es algo personal para ti, entonces también lo es para mí —reflexiona O'Brien en voz alta—. «No conocerme a mí alega que sois unos desconocidos», ¿recuerdas?

—Sí.

—¿Cómo pueden nuestras dos vidas conducir a la misma verdad?

—No lo sé. Pero sí creo saber dónde sucederá.

En los versos que recitó Kevin, Satán está contemplando el infierno, su casa. También su prisión. Un lugar que recibe el nombre de *mazmorra*, pero que suele describirse más bien como un lago de fuego.

—En cuanto caí en la cuenta de eso, supe que ya lo tenía —digo.

—Genial, pero yo todavía necesito ayuda.

—Lago. Fuego. De niño, durante una de las muchas épocas que mi padre estuvo desempleado a causa del *whisky*, vivimos un par de años en una cabaña.

—Una cabaña a la orilla de un lago —añade O'Brien, golpeando el salpicadero con el puño—. Deja que lo adivine: la cabaña sufrió un incendio.

—Casi. Una cabaña a la orilla de un río. Un río que desemboca en un lago llamado Fireweed.^[14]

—El río en el que se ahogó tu hermano.

—Nunca te he contado que se ahogó.

—Pero tengo razón, ¿verdad?

—Sí.

—Está bien —dice, y su tono de voz va disminuyendo hasta convertirse en un quebradizo susurro—: Considérame convencida.

Le pido a O'Brien que conduzca un rato y finjo que duermo en el asiento trasero. En vez de eso, sin embargo, abro el diario de Tess en el punto en el que lo dejé la última vez. Leo sus palabras casi tanto por lo que expresan como por su forma misma. Las redactó su mano. Son el rastro de una presencia que prácticamente puedo invocar y tocar.

Papá siempre me cuenta cosas de cuando era niña. Cosas que no recuerdo porque era demasiado pequeña, pero que ahora parecen recuerdos propios. Las he oído múltiples veces.

Como esta:

Cuando todavía no había cumplido siquiera dos años, me metía en la cama de mi mamá y mi papá por las mañanas. Mi papá siempre era el primero en levantarse. Para que mamá pudiera seguir durmiendo, normalmente era él quien me llevaba al baño, me preparaba los cereales, etc. Dice que era su parte favorita del día. Pero le he oído decir lo mismo sobre los cuentos que me cuenta antes de dormir. Y sobre ver mi cara cuando me recogía en el jardín de infancia. Y sobre las veces que tomamos sándwiches de atún en el mostrador de la cafetería. Y sobre peinarme después de un baño.

Bueno, la cosa es que él se despertaba primero y yo estaba ahí. Mirándolo. A pocos centímetros de su cara. (Papá siempre dice que era suficientemente cerca para saborear mi aliento. ¿A qué sabía? A pan recién hecho, dice).

Cada día le hacía la misma pregunta:

«¿Eres feliz, papá?».

«Ahora lo soy», me contestaba siempre.

Lo curioso es que todavía quiero preguntarle lo mismo. Incluso ahora.

No solo porque quiero saber la respuesta. Quiero poder hacerlo feliz solo haciéndole la pregunta. Respirar cerca de él y que él lo note y que eso sea suficiente.

Luego, tras unas cuantas entradas como esa, llego a algo extraño.

Unas inserciones que no concuerdan con lo que las precede o las sigue.

Una segunda voz más poderosa que la primera.

Papá cree que puede huir de lo que lo persigue. Quizá ni siquiera lo ve, o se dice a sí mismo que no lo hace. Tanto da. Va a por él de todos modos. Igual que viene a por mí.

Una vez ví un documental sobre los osos pardos. En él se decía que si te encuentras con uno no debes salir corriendo, sino permanecer quieto y dirigirte a él. Si corres, creará que eres una presa. Comida.

Quiénes salen corriendo nunca se salvan.

Si le plantas cara, en cambio, demuestras al oso que no estás asustado. Así puedes ganar algo de tiempo. Encontrar un modo de escapar de verdad.

Cuando llegue el momento, no saldré corriendo. Lo miraré directamente **A LA CARA**. Puede que sea suficiente para darle una oportunidad a papá.

Porque si el oso no atrapa a uno de los dos, nos atrapará a ambos.

¿Cómo sabía Tess todo eso? ¿Cómo podía ver algo que me había esforzado en ocultar tan bien que ni siquiera yo mismo podía verlo? Siempre fui consciente de nuestra cercanía, de la cantidad de información tácita que compartíamos solo con estar sentados a la misma mesa o al mirarnos en un espejo retrovisor. Aun así, no creía que fuéramos más especiales que otros afortunados padres e hijas igual de unidos.

Al parecer, mi hija era capaz de leer señales mucho más profundas. Como la melancolía que compartíamos, la carga de esa Corona Negra que, para nosotros, era la puerta por la que otras cosas entraban y salían. Unas entidades que suelen llamarse espíritus, pero que resultan más peligrosas y voluntariamente destructivas que las etéreas apariciones que esa palabra implica. Se trata de seres separados hace tiempo de sus cuerpos, pero tan virulentos en su búsqueda de una nueva piel que no solo son indiferentes al daño que causan, sino que obtienen placer de ese dolor que provocan al ocupar un cuerpo vivo durante un tiempo. Lo que luego dejan detrás ya nunca vuelve a ser lo mismo: personas que caminan entre nosotros con las miradas vacías y sin reparar en los demás.

Todo eso me hace pensar en mi padre. Lo que nos marca a Tess y a mí también lo marcó a él. Ya era un hombre afligido antes incluso de haber perdido nada, y sufría sin ninguna señal aparente para ello. Intentó huir del oso que lo perseguía poniendo

distancia con nosotros, su familia, o trasladándose de un pueblo a otro, o entregándose al alcohol. Pero al final, como dice Tess, quienes salen corriendo nunca consiguen salvarse.

Puede que yo también haya estado corriendo desde entonces. Pero ya no pienso hacerlo más.

Llamo a mi esposa desde un cubículo de los servicios de caballeros de un KFC.

No es que tenga nada que decirle —hay demasiadas cosas que no puedo contarle—, pero sí siento la inevitable compulsión de intentarlo. Que lo haga mientras permanezco sentado en un retrete con la tapa bajada y leo distraído algunos de los grafitis más sucios que jamás he visto me parece extrañamente apropiado.

Oigo la voz de Diane. No ha cambiado la grabación del contestador automático desde antes de Venecia, de modo que en su voz todavía se puede advertir un tono desenfadado y casi coqueto. Ahora sería distinto.

«Este es el contestador automático de Diane Ingram. Por favor, deja un mensaje.»

—Hola, Diane. Soy yo. No sé si podré volver a llamar antes de...

«¿Antes de qué? Algo definitivo, sea lo que sea. Debería despedirme, pues. Aunque puede que ya sea demasiado tarde para ello».

—Lo siento... ¡Mierda! Si te hubieran dado cinco centavos cada vez que me has oído decir eso, ¿verdad? Supongo que no hay otro modo de expresarlo. Lo abarca todo. Tess. Tú y yo. Will. Me he enterado de lo del accidente y, lo creas o no, también lo siento.

De repente, la puerta del cuarto de baño se abre y alguien entra para lavarse las manos. Oigo cómo abre el grifo del lavabo y por debajo de la puerta del cubículo veo que un poco de agua cae al suelo.

—Diane, escucha, hay... —comienzo a decir bajando el volumen, pero la idea de que alguien me oiga cuando ni siquiera yo sé qué voy a decir hace que me quede callado.

Espero a que la persona que está en el lavabo termine. Pero no lo hace. El agua sigue impactando con fuerza en el lavabo, y la que cae al suelo ha comenzado a formar pequeños charcos en las baldosas.

—Solo espero que encuentres un modo de volver a ser feliz —susurro—. Espero no haberte arrebatado también eso.

«¿También?». ¿Qué he querido decir con eso? ¿Que además de la felicidad le he arrebatado los años malgastados en nuestro matrimonio? ¿A su hija?

El tipo que se está lavando las manos se aclara la garganta y, tras suspirar ruidosamente, comienza a reír.

Abro de golpe la puerta del cubículo. El agua sigue fluyendo y el vapor ha empezado a empañar el espejo, pero no hay nadie.

A continuación, salgo al pasillo y me pego a la pared para sentir su fría realidad en mi mejilla. Algunas de las personas que se encuentran sentadas a las mesas de plástico comiendo pollo en hondos cubos se vuelven hacia mí sin dejar de masticar. En sus rostros puedo ver lo que piensan: «Drogas», o «Loco», o «Mantente alejado de

mí».

Miro el móvil y cuelgo. He dejado un mensaje de casi tres minutos. La primera mitad es una disculpa tartamuda, luego se oye un torrente de agua corriente y, para terminar, la risa de algo muerto. «¿Qué pensará Diane? Seguramente llegará a la misma conclusión que los comensales que me están mirando ahora: “No se puede hacer nada por un tipo así”».

Lo gracioso es que pretendía parecer cuerdo y resultar reconfortante.

Al llegar a Tennessee, O'Brien se pone a cantar los pocos compases de *Chattanooga Choo Choo*^[15] que recuerda. El verdadero Chattanooga se encuentra al otro lado de otra serie más de moteles de carretera, fábricas cerradas con candados y barracas de almacenamiento que vemos desde la carretera. Más allá de estas calles de mala muerte hay una ciudad de verdad. Barrios con familias que se mantienen a flote con las mismas alegrías o que sufren los mismos crímenes que los vecindarios en los que hemos vivido nosotros y que, por ello, consideramos más reales. Gente que, hasta donde yo sé, podría estar llevando a cabo parecidas búsquedas imposibles. Hablando con los muertos y rezando a quienquiera que los escuche.

«There's gonna be a certain party at the station...»^[16].

Pronto, la zigzagueante cinta de asfalto asciende por los montes Apalaches, pero nadie aminora la marcha. Es una auténtica negación colectiva de camiones de carga y abismales acantilados. Y nadie más indiferente que nosotros. Nos turnamos al volante durante la noche, alimentándonos de tacos y productos hechos a base de pollo que remojamos con café casi sólido de tanto azúcar.

De vez en cuando, O'Brien me pregunta por mi padre, algo que me hace recordar algunas cosas más de las que le cuento.

Como murió cuando yo todavía era un niño, tan solo puedo evocar algunas instantáneas aisladas. Como el enrarecido ambiente a causa de su decaído estado de ánimo los meses previos al accidente de mi hermano, un comportamiento que, a la luz de mis experiencias recientes, adquiere mayor relevancia. O el hecho de que, a pesar de no haber sido nunca un hombre religioso, de repente comenzara a leer la Biblia de principio a fin (y que volviera a comenzar cuando había terminado). O sus largos silencios: de pronto, dejaba de hacer lo que estuviera haciendo —cortar el césped, o remover el café instantáneo por la mañana— y parecía escuchar instrucciones que nadie más podía oír. Y su apariencia. Eso más que ninguna otra cosa. De vez en cuando lo pillaba mirándome a mí, su hijo, no con orgullo o afecto, sino con un extraño apetito.

A O'Brien solo le cuento algunas cosas. Su depresión. Su alcoholismo. Los trabajos perdidos. Su insistencia para que yo no fuera como él. Algo que, hasta hace poco, creía haber conseguido.

—Pero en ti hay más cosas tuyas de las que habías imaginado —dice O'Brien—. Por eso vamos en su busca.

—Aunque está muerto.

—Eso no parece estar evitando que regrese, ¿verdad?

—No es el único.

No se lo he contado todo a O'Brien.

No solo porque temo que no me crea. No lo he hecho porque es algo entre Tess y yo. Revelarlo supondría correr el riesgo de romper el delgado hilo que todavía nos une a mi hija y a mí. Y hablar de ello en voz alta permitiría que Belial supiera que ese hilo existe.

No le he contado, por ejemplo, todas las razones por las que tenemos que ir a la vieja cabaña a orillas del río. Tampoco lo de la entrada del diario de Tess en la que hablaba del «sueño que no es un sueño».

«De pie en la orilla de un río de fuego».

Tess se encuentra al otro lado del río, donde ni mi hermano ni yo nos atrevíamos a ir cuando éramos niños. No hablábamos de ello, pero sabíamos que era un lugar malo. Ahí los árboles crecían torcidos y sus hojas no regresaban en primavera, con lo que el bosque siempre parecía hambriento.

Es el mismo lugar que Belial me enseñó cuando estábamos sentados en los columpios de Jupiter. El parque infantil rodeado por un bosque oscuro en el que acecha una bestia.

«La frontera que separa este lugar del Otro Lugar».

Y mi hija está en el lado equivocado. Oyendo cómo la llamo a gritos. Contemplando cómo la corriente del río arrastra el cadáver de mi hermano.

«Unos brazos tiran de mí. Su piel sabe a tierra».

Implorándome que la salve.

«No mediante palabras pronunciadas con la boca, sino procedentes directamente del corazón y transmitidas a través de la tierra, de modo que únicamente los dos pudiéramos oírlas».

No me había dado cuenta de que era eso. De que ella es el ruido que a veces oigo por debajo del zumbido de oídos, el parloteo de las tertulias de la radio y el soñoliento aire que entra por las ventanillas.

Llegamos a Ohio y tomamos la carretera I-90 en dirección a Toledo, de modo que ahora avanzamos por la orilla sur del lago Erie, plano como un papel de aluminio a estas horas de la noche. La ironía de un letrero del municipio de Eden hace que salgamos de la carretera interestatal y estacionemos en una esquina del aparcamiento de un restaurante Red Lobster para dormir media hora, aunque solo O'Brien reclina el asiento hacia atrás y cierra los ojos.

Mientras oigo la pesada respiración de mi amiga, hojeo *Anatomía de la melancolía*, de Burton. Voy pasando distraídamente las páginas con el pulgar cuando, de repente, se abre una con un punto de lectura que no recordaba. Se trata de una fotografía con las

esquinas enroscadas y los bordes amarillentos por el tiempo. En ella aparezco yo.

O, al menos, eso es lo que creo al principio. Un segundo después, me doy cuenta de que se trata de mi padre. Es la única fotografía que tengo de él. Lo sé porque hace tiempo destrocé todas las demás. El *shock* de nuestra semejanza me deja ligeramente sin aliento, y comienzo a resollar igual que O'Brien.

Debía de tener prácticamente la misma edad que yo ahora cuando se adentró en el bosque con la escopeta Mossberg de calibre 12 que su padre le había regalado, se metió el cañón en la boca lo suficientemente hondo para poder alcanzar el gatillo con la mano libre, y se disparó. En la fotografía, tomada pocas semanas antes del accidente de mi hermano, su expresión podría parecer de satisfacción paternal. La sonrisa cansada del padre al que su esposa ha ido a buscar al trabajo y al que luego esta ha sentado en un sillón delante de la chimenea para poder tomar un retrato del sostén de la familia en la plenitud de su vida.

Pero un examen más atento revela el esfuerzo realizado por el sujeto y el fotógrafo: los ojos vidriosos y tristes, la «relajada» pose de los hombros y las manos entrelazadas. Un hombre cualquiera cuya tristeza casi desesperada era evidente en los detalles, como las marcadas ojeras o los nudillos enrojecidos por la psoriasis.

Estoy a punto de abrir la puerta del coche y tirar la fotografía cuando, de repente, reparo en la única sección subrayada en las páginas marcadas:

«El diablo es un espíritu y tiene medios y oportunidades para relacionarse con nuestros espíritus y —a veces de forma disimulada, otras más abrupta y abiertamente— sugerir pensamientos diabólicos a nuestros corazones. Insulta y tiraniza en la melancolía y, en especial, en las enajenaciones mentales».

¿Por qué ese pasaje? No recuerdo que tuviera ningún significado especial en mi investigación, ni tampoco lo he citado nunca en ninguna de mis clases. Aun así, en su momento debió de llamarme la atención. Y coloqué la única fotografía de mi padre entre las páginas para marcar el punto a pesar de que en todos estos años no he vuelto a leerlo.

Presciencia. Eso debió de ser. Leí esas palabras —«melancolía», «enajenaciones mentales», «diablo»— y envié un mensaje que por aquel entonces no podía comprender a mi yo futuro. Reconocí a mi padre en la observación de Burton. Un hombre razonablemente prometedor, bendecido con más suerte que muchos otros, pero aun así desgraciado, testigo de la muerte de un hijo y víctima de un violento suicidio.

¿Cómo llegó Robert Burton, un ermitaño académico de principios del siglo XVII, a saber tanto sobre esas cosas? He aquí una posible respuesta: posiblemente por la misma razón que yo, un ermitaño académico del XXI, sé tanto sobre ello ahora. Experiencia personal.

Un ataque de tos despierta a O'Brien. Vuelvo a meter la fotografía entre las páginas y cierro el libro.

—¿Quieres que conduzca? —pregunta al ver las nubes que ensombrecen mis ojos.

—No. Descansa —respondo, y arranco el Mustang—. Yo conduciré el resto del

camino.

No sé si O'Brien sigue pensando en el Perseguidor, pero yo desde luego sí. En cualquier caso, ninguno de los dos ha vuelto a mencionarlo. Supongo que tampoco serviría de nada. O'Brien me salvó la vida haciendo algo que apenas unos días atrás habría resultado impensable. Se levantó de la cama al oír cómo el tipo forzaba la cerradura, cogió la única arma que encontró en la habitación del motel y se pegó a la pared de la puerta con la esperanza de que el Perseguidor no la viera. Luego, cuando se percató de que él se disponía a atacarme con el cuchillo, hizo lo que hizo.

Es difícil saber si sigue pensando en ello. Puede que esté preocupada por si envían a otra persona a por nosotros. O quizá, como yo, se limita a calcular el poco tiempo que queda.

Cuando cruzamos la frontera en las cataratas del Niágara todavía es de noche. Ante la insistencia de O'Brien, aparcamos el coche y bajamos un par de minutos para pasear por la orilla del agua y mirar desde la barandilla la fluida caída del ancho río. La explosión de agua en la base de la cascada forma una neblina que asciende con una agitación más propia del humo que del agua.

—Es como si estuviéramos cayendo por las cataratas dentro de un barril, ¿verdad? —dice O'Brien con la vista puesta en la caída de agua.

—Sin el barril.

Ella me coge de la mano.

—Sea lo que sea lo que encontremos, dondequiera que vayamos, estoy preparada —asegura—. No lo digo con temeridad, sino... con claridad.

—Tú siempre tienes la mente clara.

—No me refiero a la mente, sino a todo lo demás.

—Ya somos dos.

—Eso no es cierto. Tú tienes a Tess.

—Sí. Salvo por Tess. Ella es la única cosa que tengo clara. —Abrazo a O'Brien—. Y tú también.

Cuando la neblina comienza a helarnos la piel tras haberse filtrado por nuestra ropa, decidimos volver al Mustang y retomar el camino. Avanzamos por la orilla occidental del lago Ontario, a través de los huertos de melocotones y los viñedos de la península, y luego por la creciente densidad de ciudades periféricas e industriales que hay antes de llegar a Toronto. En cuanto atisbamos las torres de esta ciudad, volvemos a girar hacia el norte. Pasamos por nuevos suburbios que parecen viejos y luego por ondulados campos de cultivos.

Un par de horas después, los múltiples carriles se reducen a una incierta carretera de arboladas curvas y repentinos salientes de piedra. Dejamos atrás los lagos Muskoka con sus multimillonarias urbanizaciones de verano y sus campos de golf privados y, más adelante, los lagos más pequeños y baratos que hay a continuación. Al poco,

estamos recorriendo las miles de curvas que atraviesan kilómetros y kilómetros de tierras despobladas. El hilo de asfalto se extiende a través de un paisaje de bosques interminables que no deja más opciones que avanzar o dar media vuelta. Lo cual, en nuestro caso, significa que no hay opción alguna.

Ya amanece cuando nos detenemos en el arcén y salgo del coche con las rodillas entumecidas para abrir la verja metálica de la carretera que conduce al lago Fireweed. Lo de «carretera» resulta algo exagerado: se trata de un sendero sin mantenimiento que atraviesa la maleza. Apenas los dos surcos de las ruedas en la tierra y un montón de ramas dándose la mano en el hueco. Las copas de los árboles son tan espesas que oscurecen el camino con una luz verdosa.

—¿Falta mucho? —pregunta O'Brien cuando regreso al coche.

—Medio kilómetro. Puede que un poco más.

O'Brien se inclina hacia mí. Al principio, creo que lo hace para susurrarme algo al oído, pero en vez de ello me besa. Me da un auténtico beso, casi apasionado, en los labios.

—Ha llegado el momento de ver lo que el demonio quiere que veamos —indica.

En las últimas horas, la piel de sus mejillas y de su barbilla se ha consumido todavía más. Kilos perdidos a pesar de nuestra dieta a base de hamburguesas con queso y batidos de vainilla. Y, sin embargo, aquí sigue. La esencia de Elaine O'Brien, lo que queda de ella, mirándome directamente a los ojos.

—Yo...

—Ya te dije que ya lo sé —dice, y vuelve a sentarse derecha en el asiento, con la mirada puesta en las sombras de los árboles—. Ahora arranca de una vez.

El Mustang arranca y, al instante, somos engullidos por el verdor del bosque. Recuerdo haber hecho este trayecto múltiples veces en el asiento trasero del Buick familiar de mi padre, un monstruo con paneles interiores de madera que conseguía abrirse camino con facilidad por el escurridizo barro y las grandes rocas gracias a las resistentes suspensiones de antaño. La del Mustang, en cambio, permite que notemos todos los baches y nos asustemos cada vez que un neumático vacila.

Finalmente cruzamos un último velo de maleza y aparece la vieja cabaña de los Ullman. La llamo así, pero en realidad no era nuestra. Ni tampoco es exactamente una cabaña.

Se trata de un bungaló con paredes de aluminio y un par de diminutas ventanas con cortinas a cada lado de la puerta. Es el tipo de casa prefabricada que se puede encontrar en los vecindarios de rentas bajas de ciudades industriales, solo que en este caso está en mitad de un bosque del norte de Ontario, como si un tornado se la hubiera llevado y la hubiera dejado caer aquí.

Salimos del coche y nos apoyamos un momento en él para recuperar la sensibilidad de las piernas. El aire es sorprendentemente frío. En el patio repleto de hojas no hay marcas de ruedas, ni ninguna otra señal de que alguien haya estado aquí desde hace semanas (o, seguramente, más tiempo).

—Y ¿ahora qué hacemos? —pregunta O'Brien.

—Mirar, supongo.

—¿Qué se supone que estamos buscando?

—No importa. Lo que sea nos encontrará a nosotros.

Una ráfaga de aire abre la mosquitera de la puerta principal, unida al marco por una única bisagra, y se oye un herrumbroso chirrido. De repente me encuentro a mí mismo caminando hacia ella sin ninguna intención clara de abrir la puerta que hay detrás, pero eso es exactamente lo que trato de hacer. Tiro de la manija y la empujo con el hombro por si está atascada en el marco.

—Cerrada —digo.

—¿No hay puerta trasera?

—Seguro que también estará cerrada.

—Echemos un vistazo de todos modos.

Sigo a O'Brien hacia la parte de atrás y, de repente, el río queda a la vista. Está al final de una pendiente de apenas setenta metros de ondulante hierba en la que crecen unos cuantos retoños. La corriente parece más fuerte de lo que recordaba. En el centro se forman remolinos y, por los laterales, veo pasar ramas sueltas a toda velocidad. No es muy ancho —unos treinta metros, más o menos—, pero no se me ocurriría intentar cruzarlo. No estoy seguro de que lo haya hecho nunca nadie.

Al otro lado, el bosque oscuro de árboles nudosos y secos.

—Tenías razón —anuncia a mi izquierda O'Brien mientras intenta abrir la puerta trasera que hay en lo alto de una tarima oscurecida por el moho—. Está completamente cerrada.

Cerca de donde me encuentro, veo una roca del tamaño de una pelota de fútbol. La cojo con ambas manos y me uno a O'Brien.

—Tendremos que hacerlo por la fuerza —digo, y dejo caer la roca sobre la manija, con lo que la arranco de cuajo. La puerta se abre entonces medio metro.

O'Brien es la primera en entrar. Descorre las cortinas y deja que la escasa luz disponible entre en el salón. Prueba los interruptores, pero no funciona ninguno.

—Los detalles son distintos. Pero sí, me resulta familiar.

—Entonces ¿por qué no entras?

—Porque huele al pasado.

—A mí solo me huele mal.

—Bingo.

Sin embargo, finalmente entro. Y, en efecto, huele mal. El olor a madera húmeda y a hojas de pino apenas disimula otro nauseabundo, el de una criatura que antaño estuvo viva y cuyo cadáver ahora se encuentra atrapado o envenenado debajo de los tablones de madera o detrás de la pared. Una desagradable sorpresa cuando los propietarios actuales decidan volver, si es que algún día lo hacen.

Y luego están las paredes turquesas de la cocina. El color original de la pérdida.

—Voy un momento afuera —dice O'Brien, y cuando pasa por mi lado me fijo en que todavía parece más enferma que antes.

—¿Estás bien?

—Aquí me cuesta respirar.

—Sí, huele bastante mal.

—No me refiero a aquí dentro. Fuera también. —Me coge de ambos antebrazos—. En este lugar hay algo extraño, David.

«Siempre lo hubo», estoy a punto de decir. Sin embargo, antes de que pueda ayudarla, O'Brien me suelta y sale a la tarima por la puerta trasera. Desde el salón puedo ver cómo se inclina y, con las manos apoyadas en las rodillas, respira con dificultad.

Por mi parte, ahora que ya estoy dentro aspiro con fuerza y la vida que había enterrado llena mis pulmones al instante, de tal modo que lo recuerdo todo de dentro afuera.

Lo primero que aparece es mi hermano. Lawrence. A unos pocos metros y mirándome con la misma mezcla de afecto y obligación que cuando estaba vivo. Era dos años mayor y siempre fue alto para su edad, razón por la que solían tomarlo por alguien más maduro o, como decía nuestro padre, más capaz de «arreglárselas» (refiriéndose más bien al hecho de que lo aguantara a él).

Él a veces lo llamaba Larry, pero yo nunca lo hice. Ni él era Larry ni yo Dave. Ambos éramos demasiado serios, taciturnos y reservados como para referirse a

nosotros con un diminutivo. Tampoco es que Lawrence fuera un niño asustadizo. Como cambiábamos tan a menudo de escuela, me protegía de los abusos y me defendía de las burlas de los grupos de niños, sacrificando con ello sus oportunidades de inclusión (era un niño atlético y no le faltaban invitaciones) para evitar que estuviera solo.

Quién sabe lo feliz que podría haber sido —lo felices que ambos podríamos haber sido— de haber tenido otro padre. Uno que no bebiera tanto. El nuestro lo hacía casi con orgullo, como si alguien lo hubiera desafiado a una competición autodestructiva y no pensara perder. Además del *whisky*, su principal interés consistía en conseguir alquileres cada vez más baratos en lugares cada vez más remotos, esforzándose por bajar nuestros gastos —ya en el nivel de la pobreza— del mismo modo que otros padres lo hacían para encontrar mejores trabajos en mejores ciudades.

Mi madre se quedó con él porque lo amaba. Durante los diecisiete años que transcurrieron hasta que ella falleció por causas naturales (por aquel entonces todavía llamaban así a los enfisemas causados por el tabaquismo), no me ofreció ninguna otra razón. Aunque puede que la autocompasión también tuviera algo que ver; ese gusto que tenía por lo trágico y su tendencia a recrearse en «lo que podría haber sido».

En cuanto a nuestro padre, si bien nunca encontró una forma de demostrar su amor por nosotros —estaba demasiado ocupado para ello, demasiado distraído evitando a los cobradores e intentando conseguir algún anticipo del trabajo eventual que estuviera realizando—, tampoco era especialmente cruel. Nunca hubo bofetones, ni azotainas con cinturón, ni encierros en armarios. Jamás hubo, en verdad, ningún tipo de castigo, salvo el hecho de que no estuviera presente en nuestras vidas. Mi padre era un vacío móvil que ocupaba un espacio en el sillón del salón, o a la cabeza de la mesa de la cocina, o tirado en el suelo del baño de los lugares que pagábamos un par de meses, y de los que luego nos pedían que nos fuéramos cuando ya no lo hacíamos.

Por aquel entonces nadie consideraba que la depresión fuera una enfermedad. De hecho, nadie lo llamaba siquiera *depresión*. La gente decía que se sentía «decaída» o «baja de moral», o que se había dejado ir a causa de un «mal de amores». En las raras ocasiones en las que hablaba de ello, nuestro padre (que todavía arrastraba de un lado a otro media docena de cajas de libros que había adquirido durante sus años de formación y su breve carrera como profesor, y que se consideraba a sí mismo un hombre de infravalorados conocimientos) prefería el término *melancolía*. Su alcoholismo estaba justificado porque era el único modo mediante el cual podía mantenerla a raya. Hasta ahora no me he dado cuenta de que aprendí la palabra de él.

Fuera de la cabaña, veo a O'Brien sentada en el borde de la tarima, balanceando los pies sobre la hierba.

—¿Te encuentras mejor?

—Me temo que eso es mucho pedir —dice.

—¿Prefieres esperar en el coche?

—Estoy bien aquí. Solo necesito tranquilizarme.

—Si me necesitas, avísame.

—¿Adónde vas? —O'Brien levanta la mirada hacia mí.

—Voy a bajar hasta el río a echar un vistazo —digo.

—No lo hagas.

—¿Por qué?

—El río...

—¿Qué le pasa?

—Puedo oír voces. Miles de ellas. —Extiende una mano temblorosa y me coge las puntas de los dedos—. Están sufriendo, David.

«El dolor que siento cuando mis pies entran en contacto con el agua del río...».

Tess también las oyó. Y, si bien yo no, creo que O'Brien sí lo hace. Lo que significa que es ahí adonde he de ir. Una conclusión a la que O'Brien llega antes incluso de que yo lo haga, pues me suelta los dedos sin que yo tenga que tirar de ellos y vuelve la mirada a sus pies balanceantes.

La pendiente hasta el río es más pronunciada de lo que parecía desde la cabaña, y da la sensación de que uno es arrastrado hacia el agua con mayor rapidez de la que querría, como si fuera víctima de una especie de resaca invisible. Esta parte de la propiedad ha sido despejada varias veces durante los últimos años, de modo que, a pesar de que los árboles del bosque están a punto de reclamarla, todavía sigue siendo un pedazo de tierra sin sombra. Recorro el camino hasta la orilla del río cegado por el sol. Sus rayos iluminan la superficie, y las aguas en llamas parecen dirigirse a mí.

Y, sin embargo, no es más que un río. Solo contiene memorias y voces en la misma medida que nosotros.

—«La mente es su propio lugar» —digo en voz alta.

Unas palabras mágicas que traen a mi hermano de vuelta. O, si no a él, sí el recuerdo de su grito.

Aquel día recorrí la misma pendiente por la que acabo de bajar y permanecí en el mismo lugar que ahora. Estaba buscando a Lawrence, a quien mi madre había permitido levantarse de la mesa del desayuno antes que a mí. Yo sabía que estaría aquí. Puede que pescando, o cazando ranas con un frasco, o representando alguna especie de obra de teatro improvisada en la que yo quería un papel. El río era el lugar al que solíamos venir para sentirnos libres de nuestros padres y de esos ruidos y olores hogareños que a otros niños les resultan reconfortantes.

Desde aquí, Lawrence podía haber ido a la derecha o a la izquierda. A lo largo de la orilla había un estrecho sendero que se extendía varios kilómetros a cada lado de los terrenos de nuestra casa, y en su curso teníamos unos cuantos lugares secretos favoritos. Así pues, me quedé un momento ahí de pie, limpiándome las migas de la barbilla e intentando adivinar qué dirección tomar en primer lugar. Y, de repente, oí el grito de Lawrence procedente del este. Igual que lo oigo ahora.

Corro con la cabeza gacha bajo las arqueadas ramas de los sauces y noto su azote en mi espalda. En dos ocasiones casi resbalo y me caigo al agua, pero consigo

recuperar un precario equilibrio. Mientras avanzo, no dejo de hacerme la misma pregunta que me hice entonces: «¿Grita alguien así cuando se está ahogando?».

Entonces lo puse en duda. No el hecho de que mi hermano hubiera resbalado y caído al agua, ni que hubiera sufrido un accidente y estuviera en peligro, sino que, si tal era el caso, soltara un chillido como ese. Parecía más una expresión de pavor que una petición de ayuda. Como si algo más que el río estuviera intentando llevárselo por delante.

Ahora encuentro una respuesta. Una que de niño no supe ver: «Uno solo grita así cuando están ahogándolo a la fuerza».

Lawrence me ve emerger del bosque y detenerme sobre una roca plana. Estaba esperando mi llegada. Las puntas de sus pies apenas tocan el suelo de roca y estira el cuello para no tragar agua. Un momento que, cuando sucedió, debió de durar un segundo o incluso menos, pero que ahora sucede a cámara lenta y revela una verdad que entonces pasó con demasiada rapidez y para la que yo era demasiado joven. O dos verdades.

Lawrence me mira a los ojos desde la orilla del río. El Otro Lugar al que nunca íbamos. La orilla que temíamos y en la que se encuentra Tess en su sueño real.

La segunda cosa que advierto es que mi padre está de pie encima de Lawrence. Una de sus manos sujeta la nuca de mi hermano, la otra le rodea el cuello.

No está intentando salvarlo, sino hundiéndolo.

Y entonces lo hace.

Mi padre también ha estado esperándome a mí. Para que fuera testigo. Para dejar su marca en mi alma.

Lawrence forcejea junto a la orilla. Tiene el cuerpo en horizontal, como si estuviera aprendiendo a nadar y mi padre fuera su inatento profesor. Es una configuración que me condujo a malinterpretar la escena. Creí que mi padre estaba procurando agarrar a mi hermano para sacarlo del agua y que los forcejeos de este no hacían sino entorpecer su rescate. La situación me pareció suficientemente confusa para construir a su alrededor una historia alternativa. Una mentira que me contaría desde aquel día hasta el día de hoy.

Sin embargo, cuando Lawrence se queda al final quieto y mi padre levanta la mirada, no tengo ninguna duda de lo que transmiten sus ojos. Un triunfal odio. La satisfacción que uno siente cuando se lleva por delante tres vidas de golpe.

Es mi padre quien sujeta a Lawrence. Pero se trata solo de su cuerpo. Mientras lo miro, su rostro se transforma hasta mostrar la presencia que lo habita. Una calavera de afilados rasgos. La barbilla puntiaguda y los protuberantes pómulos —demasiado anchos, demasiado altos— tiran de la piel. Es la verdadera apariencia del Innominado. El rostro de Belial.

Ni siquiera eso satisface la malicia del demonio.

Libera a mi padre de su presencia y contemplo cómo este vuelve a ser él mismo. Ve lo que ha hecho. Y luego me mira a mí.

Mi padre. No Belial, ni un espíritu. Es mi padre quien miró a los ojos de su hijo pequeño y dijo la verdad que sentía su corazón: «Deberías haber sido tú».

De repente oigo la voz de O'Brien. Un grito lejano, procedente de fuera de la oscuridad.

—¡David!

Aprieto a correr y regreso por donde he venido. No son más de doscientos metros, pero ahora el camino se me hace más largo. El río salpica la orilla y chapotea bajo mis pasos. Tengo la sensación de que el corazón se me va a salir del pecho.

Vuelvo a oír su voz. Esta vez más débil. No llega a ser un grito, sino una especie de eco vacío.

—¡Corre!

¿Me está diciendo que me dé más prisa o advirtiéndome que me vaya? Tanto da. Belial está aquí. Lo sé. Lo he visto. Por alguna razón, sin embargo, el grito de desesperación de O'Brien ha escapado a su influencia.

Cuando dejo los sauces atrás y comienzo a subir la pendiente, lo primero que veo es la furgoneta. Blanca, nueva, de alquiler. Con matrícula de Ontario, UN MUNDO POR DESCUBRIR.^[17] Se encuentra aparcada justo en la esquina de la cabaña, delante del Mustang.

Luego veo a O'Brien. Está tumbada en la entrada trasera de la casa, con la cabeza incómodamente apoyada contra la madera, el cuerpo desparramado y agitando las piernas sin control. No deja de relamerse de forma repetida los blanquecinos labios como si se preparara inútilmente para dar un discurso.

Lo último que veo son las heridas. Hasta que me arrodillo a su lado no advierto los cortes formando una cruz que le han infligido en el pecho. La sangre tiñe de rojo la tela de su camisa.

—Tienes que marcharte —dice con voz quebradiza.

—No pienso ir a ninguna parte. He de llevarte a un hospital.

—Nada de hospitales.

—Esto es distinto.

—Me refiero a que no saldría viva aunque lo intentaras.

Respira hondo y, al hacerlo, se le abren las heridas. Procuro cubrirlas con las manos, pero hay demasiados puntos de entrada. Su cuerpo sigue caliente, pero al aire libre se está enfriando por momentos.

A pesar de todo, está en calma. Mantiene la mirada fija en algún punto por encima de mi cabeza. No parece asustada, ni estar sintiendo ningún dolor. Una última descarga de adrenalina. Una última intuición o visión, verdadera o falsa.

—Puedo verla, David.

—¿A quién? —pregunto, aunque sé perfectamente a quién se refiere.

—A ella... te está esperando.

—Elaine...

—Está aguantando. Pero... duele. Ella...

—Elaine, no...

—... Necesita que tú también creas.

O'Brien baja la mirada y me abraza con los ojos. Es el único modo de decirlo. Me mira como si me hubiera rodeado con los brazos y me apretara fuertemente contra ella para que pudiese sentir los últimos latidos de su corazón. Ahora mismo no tiene fuerzas suficientes para levantar la mano y menos todavía para abrazarme, de modo que lo hace con la mirada. Y me sonrío levemente.

Cuando me inclino hacia ella, O'Brien muere.

Todo queda en silencio. No es que los pájaros dejen de cantar o el viento de soplar a causa de la situación, sino que vuelve a hacerse el silencio que había antes. Solo se oye el río a mi espalda. El agua choca contra las rocas en una especie de aplauso continuo.

Me apoyo en el marco de la puerta. En el cielo hay una colección de nubes de esas en las que se ven formas de animales o caras, pero ahora no veo nada. Se supone que en este momento debería sentir algo, algo inequívoco. Tristeza. Rabia. Pero el agotamiento ha adormecido por completo mis sentidos.

Y soy consciente de que quienquiera que le ha hecho esto a O'Brien sigue aquí.

Como si mis pensamientos lo hubieran convocado, de repente veo a alguien en el río con el agua por los tobillos. Está inclinado y tiene las manos dentro del agua, ocupado en una tarea que desde aquí no puedo ver bien.

Por un momento, se me pasa por la cabeza escapar. Debería poder ponerme en pie sin que me viera, rodear la cabaña y subir al Mustang. Ser el primero en recorrer de vuelta el sendero hasta la carretera. Pero sabe que estoy aquí. Y sabe que estoy pensando eso mismo y no le preocupa más que si se le hubieran desabrochado los cordones de los zapatos.

El Perseguidor solo se vuelve cuando ya he bajado la pendiente y me encuentro a unos cuatro metros detrás de él. Lo suficientemente cerca para ver que está lavando un cuchillo. La hoja es larga y el mango de goma. Es el cuchillo que dejamos a su lado en la almohada del motel.

Echa un vistazo por encima del hombro y, al verme, sonrío a modo de bienvenida. Lo hace con frialdad. Es la mirada con la que un animal mira a otro para tranquilizarlo antes de hacerle daño.

Lentamente, se vuelve hacia mí. Todavía tiene los pies en el agua. La corriente se lleva los restos de sangre que había en la hoja del cuchillo, las perneras del pantalón y las goteantes puntas de sus dedos.

—¿Has bajado hasta el río solo para lavar el cuchillo o querías darme alguna posibilidad de huir?

—No vas a ir a ninguna parte —dice—. Le he quitado las bujías al Mustang.

—Podría correr.

—No llegarías muy lejos.

—También está la furgoneta.

—Sí —afirma. Luego saca las llaves de su bolsillo y las agita burlonamente en el aire —. También está la furgoneta.

De golpe, todo mi cuerpo es plenamente consciente de sus intenciones y, aunque lo intento, no puedo evitar echarme a temblar. El Perseguidor lo advierte y vuelve a sonreír con su no sonrisa.

Saca uno de los pies del agua.

—¿Por qué una furgoneta? —pregunto, pues hablar es mejor que no hacerlo.

—Para los cadáveres.

—Habría jurado que este lugar era ideal para hacer desaparecer un par de cadáveres.

—Enterrarlos no es el único modo de hacerlo —dice negando con la cabeza como si lo decepcionara que la gente siguiera cometiendo ese error—. Y, ¿sabes qué? Este sitio no me gusta ni un pelo.

El Perseguidor saca el otro pie del agua y se queda en la orilla. Por primera vez, advierto la sangre que hay en su chaqueta. No son salpicaduras de la de O'Brien —esas las tiene por todas partes: las mejillas, la punta de la nariz—, sino de un corte en el costado, justo encima de la cadera. Un óvalo de sangre que se ensancha en el algodón.

Sigue mi mirada y luego asiente como si el agujero en su cuerpo no fuera más que una tarea ligeramente molesta de la que ya se encargaría más tarde. Como recoger la ropa de la tintorería. O sacar dinero del cajero.

—Tu novia dio mucha guerra para ser una mujer enferma —dice.

—¿Te gusta matar a mujeres?

—Ni me gusta ni me deja de gustar.

—Tus jefes —digo—. ¿Qué es lo que temen?

—No tienen que darme ninguna explicación sobre sus decisiones.

—Conjetura algo.

—Diría que te has acercado demasiado a algo —dice, y da un paso adelante. Sigo estando por encima de él, pero de una zancada ha recorrido la mitad de la distancia que nos separaba.

—¿Acaso la Iglesia no aprobaría que el documento se hiciera público? —sugiero mientras intento pensar en un plan—. Solo con el pánico que se generaría, ganaría unos pocos millones de conversos.

—No se trata de cambiar la mentalidad de la gente, sino de conservar lo que ya tienen. Mantener el equilibrio. Si algo no está roto, no dejes que un jodido capullo se lo cargue o algo así.

—Algo en lo que tú los ayudas con mucho gusto.

—Me pagan para ello —dice con un tono de cansancio que parece sorprenderlo incluso a él—. Ya he hecho esto varias veces.

—Un sicario de la Iglesia. ¿No perturba eso la conciencia de un monaguillo de Astoria?

—¿Eres católico, David?

—Mis padres lo eran. O, al menos, se consideraban como tales.

—Aun así. Sabes lo que es seguir órdenes sagradas.

—No matarás.

—La excepción más frecuente. Pero bueno, el experto eres tú, ¿verdad?

Esta vez su risa es genuina. Pero se ve interrumpida por el intenso dolor que siente en el costado. El Perseguidor se inclina un momento pero luego vuelve a erguirse.

—Podrías decirles que me escapé —propongo.

Nada en su expresión indica que me haya oído siquiera. Da otro paso hacia mí. Y luego otro más.

Está esperando que salga corriendo. Tiene los brazos algo separados del cuerpo y las rodillas inclinadas, listo para saltar en cuanto yo comience a correr cuesta arriba. Seguramente confía en atraparme antes incluso de que pueda dar un solo paso.

Por eso lo cojo desprevenido cuando aprieto a correr hacia él.

Ni siquiera tengo en cuenta el cuchillo. Solo pienso en moverme con la suficiente rapidez y llegar a su altura antes de que tenga tiempo de reaccionar.

Casi funciona. Le golpeo la parte superior del pecho con las palmas de las manos al tiempo que él arremete con el cuchillo. No llega a clavármelo, pero sí consigue hacerme un corte en la camisa. Una línea roja se dibuja en mi pecho de hombro a hombro.

Con rapidez, vuelve a blandir el arma, sin vacilar. Yo, en cambio, me detengo inútilmente un cuarto de segundo para pensar, pero lo golpeo otra vez. Es poco más que un empujón, más bien el tipo de contacto que uno podría tener con otra persona en el metro a hora punta, pero resulta suficiente para que uno de sus pies retroceda ligeramente en busca de un apoyo más firme. En vez de eso, sin embargo, arranca de raíz un pedazo de hierba y resbala. Yo vuelvo a arremeter.

Ambos caemos al suelo, envueltos en un torpe abrazo del que ninguno de los dos puede liberarse. Él está debajo y yo encima. Seguimos así cuando llegamos al agua.

Es un forcejeo demencial. Nos damos puñetazos en los costados. Tragamos agua.

Al poco ya no nos peleamos, sino que solo intentamos mantener las cabezas por encima de la superficie. Bajo mi cuerpo, puedo sentir el miedo del Perseguidor con tanta intensidad como el mío. En vez de hacerme vacilar, su terror me aclara la mente. Quiero que sienta todavía más miedo. Y eso hace que todo se acelere.

Coloco la rodilla encima de su codo para que no pueda clavarme el cuchillo en los intestinos o el pecho. Sí puede alcanzarme las manos, pues ahora las tengo alrededor de su cuello. Buscando su tráquea. Aprieto con todo el peso de mi cuerpo y noto que algo cede. Él sigue arremetiendo con el cuchillo hasta que la hoja alcanza la base de mi pulgar y me la clava. Una vez dentro, atraviesa la carne con facilidad y llega al hueso. A pesar de que su rostro pasa del carmesí al púrpura y luego a un color prácticamente negro, sigue clavándome el cuchillo de forma metódica. Yo sigo sin soltarlo. El dolor es tan intenso como si hubiera un animal encerrado en mi interior que intentara salir a base de arañazos y mordiscos, pero no lo suelto. Con un último impulso, el cuchillo del Perseguidor llega al otro lado y mi pulgar cae al agua. Se aleja

flotando en la corriente, oscilando juguetonamente y dejando una aceitosa mancha en la superficie. Lo contemplo y siento cómo la vida escapa de mi cuerpo del mismo modo que lo hace la del hombre cuya cabeza meto bajo el agua. La mantengo ahí, observando las burbujas que salen de los agujeros de su nariz y de sus labios. Luego se detienen.

Un velo de inconsciencia me nubla la vista. Aun así, no lo suelto. No lo hago ni siquiera cuando pierdo el conocimiento y me derrumbo.

No lo suelto.

III

A TRAVÉS DEL EDÉN

Blanco.

Luego, poco a poco, el mundo vuelve a cobrar forma ante mis ojos.

Estoy sentado en un coche junto al río. Delante de mí veo una furgoneta con matrícula de Ontario. UN MUNDO POR DESCUBRIR.

Sangre.

Su visión acelera la percepción de los demás detalles que me rodean: el volante con la marca Ford en el claxon, el iPhone en el salpicadero, el cuchillo de cazar mojado sobre las tazas de café vacías. Y un intenso dolor que, a medida que aumenta, va cambiando de forma, como si improvisara.

«Te han cortado el pulgar. Véndatelo».

Una voz en mi cabeza. Atenta pero apremiante.

«Detén la hemorragia o volverás a desmayarte y ya no te despertarás».

Es la voz de Tess. No sabía que era una experta en primeros auxilios. No soportaba la visión de la sangre. Ahora mismo, en cambio, parece saber de lo que está hablando.

En el asiento trasero veo mi bolsa abierta. Dentro hay ropa interior, camisetas de algodón y un tubo de pasta dentífrica sin el tapón. El gel azul se ha vertido y ha manchado unos calcetines arrugados. Cojo una de las camisetas y me vendo la herida con ella. La sangre se filtra y en el algodón aparece un mapa de islas ensanchándose.

Cojo el iPhone y, con la otra mano, marco el 911. Un pitido me indica que no ha podido establecerse la conexión. «No hay cobertura».

Por alguna razón, abro otra aplicación del móvil. Entro en el dictáfono y repaso el listado de grabaciones. Cuando finalmente encuentro la que busco, la reproduzco.

Se oye el rugido del viento que entra por las ventanillas bajadas de un coche en marcha. Luego una voz. Se impone al ruido de fondo como si estuviera al mando de este.

«¿Crees en Dios?».

Es una voz joven y femenina, pero no pertenece a una niña. Está hecha de ausencias. No hay inflexiones ni vacilaciones. Que no haya nada que decir sobre ella es lo que la hace inhumana.

«No sé si existe o no. En caso afirmativo, nunca lo he visto».

Soy yo quien dice eso. Percibo un familiar tono cortante a causa de los efectos corrosivos del dolor. También algo nuevo. El amargo regusto del miedo.

«Pero he visto al diablo. Y puedo asegurarte que sin duda es real».

Las llaves cuelgan en el contacto, pero cuando las hago girar el motor no arranca. Las bujías. El Perseguidor no mentía.

Empujo la puerta del conductor con la rodilla y pongo los pies en el suelo. Hay

algo aquí que no puedo dejar atrás. Algo que he de descubrir.

En las primeras tres zancadas todo va bien. Luego se me doblan las rodillas, caigo hacia delante y doy con la mejilla en el suelo. Vuelvo a ponerme en pie antes incluso de ser consciente de intentarlo. Rodeo la cabaña y me dirijo hacia el cadáver que hay en la puerta trasera.

Mi amiga.

La serenidad de su rostro sugiere lo que pudo sentir al final. Algo como dicha. O puede que también lo esté malinterpretando. En sus ojos abiertos de par en par también se intuye una expresión potencialmente burlona. ¿No podría su sonrisa ser lo que queda de una risa cruel? ¿Regocijo ante la idea de lo que me espera en el borde del río?

Porque ahí es adonde mis pies me llevan a continuación. En dirección a la corriente gris. El agua choca y baña las rocas que sobresalen en la superficie como calaveras blanqueadas.

«... llamas que luz no dan, sino visibles tinieblas».

La corriente ha arrastrado el cuerpo del Perseguidor unos pocos metros. El agua zarandea sus piernas de un lado a otro como si estuvieran refrescándose del calor.

Me arrodillo junto al cadáver. Cojo las llaves de su bolsillo y luego pongo una mano en su pecho inmóvil. Busco un pulso que sé que no encontraré. Aun así, tengo la certeza de que se va a dirigir a mí.

De repente, abre los ojos.

Un lento deslizamiento de párpados que me niego a aceptar a pesar de estar viéndolo. Luego sus labios se abren con el ruido de unas páginas de libro pegadas.

Me inclino, acerco el oído y oigo un húmedo estertor. El ruido que hace al coger aire parece el de un montón de arena cayendo en un pozo.

Me dice algo. Ya no es la voz del hombre, sino la de un mentiroso al que no tengo más remedio que creer.

El hombre muerto susurra una única palabra y todo vuelve a mí.

—Pandemonio...

Me dirijo al sur en la furgoneta del Perseguidor. Solo pienso en no salirme de la carretera. No debo volver a caer inconsciente.

El letrado del hospital más cercano me lleva hasta la localidad de Parry Sound. Entro en urgencias tambaleándome y cuento que he tenido un accidente mientras llevaba a cabo una reforma casera. Me preguntan algunos detalles y les ofrezco vagas respuestas sobre una sierra circular. El médico señala que el corte parece demasiado «anómalo» para eso, pero yo suplico que me den morfina y me gano unas risas al decir que anómala será la reacción de mi esposa cuando se entere de todo esto.

Me preguntan por el paradero del pulgar y me quedo un momento callado antes de decirles que «seguramente la corriente ya se lo ha llevado hasta el lago». Admito que no lo recuerdo bien. En cualquier caso —añado—, ya da igual, ¿no? Lo que se ha ido se

ha ido. No es más que un pulgar. Tampoco lo utilizaba mucho para escribir mensajes con el móvil.

Después de coserme y vendarme, el médico dice que debería permanecer en observación al menos una noche, pues he perdido mucha sangre. Me invento a un hermano que vive cerca. En estos momentos, le explico, está de camino al hospital para recogerme. ¿Hay algún inconveniente en que me vaya con él?

Veinte minutos después estoy en el aparcamiento. Espero que nadie del hospital me vea subir a la furgoneta del Perseguidor.

Temo que, de un momento a otro, suene la sirena de una patrulla de policía, pero las calles están vacías. Finalmente llego a la autovía y acelero en dirección a la ciudad y, más allá de esta, hacia la frontera. Si es que llego tan lejos.

Pronto habrá más gente tras de mí. No porque esta noche alguien vaya a encontrar los cadáveres de O'Brien y el Perseguidor (ni mañana por la mañana; seguramente no lo harán hasta que llegue la temporada de caza), sino porque los jefes del Perseguidor deben de estar esperando una llamada diciéndoles que el trabajo se ha llevado a cabo. Al no tener noticias tuyas, enviarán a alguien a ver qué ha pasado. Y cuando descubran lo que descubrirán, pasarán al plan B y me buscarán por todos los medios a su disposición. Lo cual incluye la policía. O algo peor.

Con lo que descubran en la cabaña, sabrán que estoy a punto de hacer lo que el demonio me ha pedido. Es probable que haya llegado más lejos que nadie antes. Y si bien al principio solo querían seguirme para descubrir en qué consistía mi búsqueda, ahora querrán liquidarme.

Podría esconderme e intentar esperar a que las cosas se calmen. Pero eso tiene unos cuantos inconvenientes obvios. Uno, me encontrarían. Dos, a cada hora que permaneciera desaparecido, la desesperación por el documento de la gente para la que trabajaba el Perseguidor iría en aumento, así como sus esfuerzos por encontrarlo. Y tres, si existe alguna posibilidad de recuperar a Tess, tiene que ser ahora. Porque a las 18 horas, 51 minutos y 48 segundos de esta tarde se habrá ido para siempre.

Lo que significa que he de llegar a Nueva York tan rápido como pueda.

«Pandemonio...».

Podría ir al aeropuerto de Toronto y coger el primer vuelo a Nueva York, pero las fronteras de los aeropuertos son más duras que las de los puentes. Cámaras, comprobación de pasaportes, aduanas. Cuando uno está huyendo —no importa de quién—, los aeropuertos son una mala idea.

Eso me obliga a seguir en la carretera. Y estoy conduciendo el vehículo de un hombre muerto. Un hombre al que he asesinado.

Rodeo el centro de Toronto y dejo atrás las torres de los bancos y los espigados edificios de apartamentos para tomar la carretera que conduce a la frontera. En dos ocasiones adelanto coches de la policía de Ontario, pero no me están buscando. Esta buena suerte no seguirá si intento cruzar el puente Rainbow conduciendo una furgoneta alquilada a nombre de George Barone, o cualquiera que sea el alias bajo el

que la haya registrado. Y no creo que dejen pasar a la gente a pie. Y menos a un tipo con la americana manchada de sangre y un pulgar cercenado recientemente.

En Grimsby, veo una tienda de conveniencia y compro aspirinas, seis latas de Red Bull, unas gafas de sol, un sándwich de ensalada de huevo y, en una sección de ropa que consiste en un único estante contiguo a los exhibidores de chicles, una gorra de los Red Sox, una camiseta en la que pone GO! LEAFS! GO!^[18] Y una cazadora de nailon Goodyear Racing Team. Todo útil, pero todavía he de reemplazar la furgoneta.

En cuanto dejo atrás St. Catherines, llego a una intersección rural y salgo de la autopista. Luego tomo varios caminos de forma aleatoria. Finalmente me meto en un huerto de cerezos, dejo la furgoneta junto a un canal de irrigación y la tapo lo mejor que puedo con unas cuantas ramas caídas. Luego me dirijo hacia una granja ante la cual hay un maltrecho Toyota. De puntillas, me acerco a la puerta lateral de la casa mientras recito mentalmente una oración (dirigida a O'Brien, descubro mientras lo hago).

Funciona. La puerta se abre y accedo a un recibidor lleno de abrigo y botas, mitones de niños y palos de *hockey* sobre hielo apoyados contra la pared.

A los granjeros les gusta tener perros, ¿no? Si a este también, es cuestión de segundos que me descubra. En ese caso, no tendré otra opción más que correr tres kilómetros hasta la autopista y luego... ¿qué? ¿Hacer autoestop para cruzar la frontera?

Recito mentalmente otra oración dirigida a O'Brien.

No hay ninguna llave en ninguno de los bolsillos, lo que me obliga a subir un tramo de escaleras para ir a la cocina. Una vez allí, miro en el cuenco de la fruta, en el jarro repleto de monedas que hay junto al teléfono, y palpo los rincones oscuros de la encimera.

En el piso de arriba, oigo cómo un cuerpo grande se da la vuelta en la cama y luego otro de igual tamaño hace lo propio para ser abrazado por el primero. O quizá se ha acercado para susurrarle «¿Has oído eso?».

«El frigorífico».

Se me ocurre de golpe, si bien no tengo claro quién diantre puede guardar cosas de valor en el frigorífico.

Nadie. Sí hay gente, sin embargo, que pega a la puerta una hilera de ganchos de plástico de los que cuelgan sus llaves.

Salgo de la casa, meto las llaves en el contacto y arranco el coche.

Cuando llego al final del sendero de la propiedad, bajo la ventanilla. No oigo ni ladridos ni disparos de escopeta. Todo indica que mi allanamiento de morada ha sido un éxito. Al menos hasta que, dentro de un par de horas, el señor y la señora Huerto de Cerezos se despierten y descubran que su Toyota Camry del año 2002 ha desaparecido.

Normalmente, en el puente hay que hacer cola hasta que llega el turno de acercarse a la cabina del oficial de aduanas, mostrar el pasaporte y soportar el escrutinio que lo hace sentir a uno como si ocultara bolsas de heroína en los asientos del coche en vez

de llevar una botella o dos en el maletero. Cuento con eso para preparar la historia que he de contar y algunas respuestas a las posibles preguntas.

«—Este coche no es suyo, señor.

»—Trabajo en el huerto de cerezos. Me han enviado a hacer un recado antes de que comencemos a trabajar.

»—¿A Estados Unidos?

»—Sí.

»—¿A buscar qué?

»—Escaleras. Para recoger las cerezas.

»—¿Es que no hay escaleras en Canadá?

»—¡Claro que sí! Pero no son tan buenas como las estadounidenses».

Esta vez, ni siquiera me molesto en rezar.

Cuando llego a la aduana, no hay ninguna cola. Bajo la ventanilla y levanto la mirada hacia un tipo de unos cincuenta y tantos años con la piel tan fina como la de un fumador compulsivo. Además de receloso, parece profundamente infeliz.

—¿Nacionalidad?

—Estadounidense. Y canadiense. Tengo ambas.

—¿Ah, sí? —Parpadea—. ¿Qué le ha pasado en el pulgar?

Se inclina por el borde de la ventanilla de su cabina y observa con interés mi mano vendada.

—Un accidente. Me lo he cercenado —digo.

—¿Cómo?

—Recogiendo cerezas.

Asiente y, al instante, su expresión vuelve a ser de aburrimiento, como si toda esta conversación fuera exactamente la misma que mantiene una docena de veces todas las noches.

—Vaya con cuidado —dice con tristeza, y acto seguido cierra la ventanilla para protegerse del frío.

En vez de la interestatal I-90, decido tomar carreteras secundarias. Al llegar a Batavia, abandono el Toyota detrás de un Pizza Hut. Luego voy con mi disfraz —gafas de sol, gorra y con el cuello de rayas de la cazadora Goodyear alzado— hasta una tienda de coches usados que acaba de abrir y uso la tarjeta de crédito para comprar el Charger rojo que tienen expuesto. Diez minutos después, tiro el mapa de carreteras al asiento trasero y tomo la I-90. Decido que es más probable perderse por carreteras secundarias que ser detenido en la ruta más directa a Manhattan.

Las malas noticias las recibo en un área de servicio de las afueras de Schenectady en la que me detengo para buscar mi nombre en el navegador del móvil.

El primer resultado del navegador provoca un aullido de mis intestinos: «Profesor de Columbia, principal sospechoso en espeluznantes asesinatos». Pienso si abrir la página para leer toda la noticia, pero me doy cuenta de que la conozco mejor que

nadie.

Salgo del Charger y me alejo de él.

Los coches usados quedan descartados, pues en cuanto haga una compra, mi Visa me delatará. No me queda otra opción más que caminar hasta el barrio residencial más cercano y abrir la puerta de la primera casa que encuentro sin mirar siquiera por la ventana si hay alguien dentro. Las llaves están sobre la mesa del comedor. El ruido de la cisterna de un inodoro en el sótano me indica que tengo un segundo, quizá dos.

No necesito más.

Menos de una hora y media después, estoy suficientemente cerca de Nueva York para abandonar también este coche y subir a un tren de la línea Hudson. Me uno a los tipos con gabardina y traje en busca de asiento que se ocultan detrás de su *Times* o su teléfono móvil a la espera de llegar a sus cubículos o cajas acristaladas.

Mantengo el cuello de la cazadora alzado y la gorra calada hasta los ojos. También me paso todo el trayecto mirando por la ventanilla para que mi rostro solo pueda ser visto por los pocos peatones que hay en las calles.

A cada kilómetro estoy más cerca de ti, Tess.

Y, con un helador frío que me sobreviene como un virus, también más cerca de aquel que te retiene.

Estación Grand Central en plena hora punta de las cinco. Avanzo por los asfixiantes túneles en medio de una sólida congestión de personas. La mitad de nosotros vamos en busca de un taxi que, cuando lleguemos a la soleada calle, no encontraremos. Un par de policías permanecen bajo la sombra de la marquesina metálica cumpliendo con su ritual de vigilancia. Esta tarde, ¿incluyen sus prioridades estar atentos por si descubren a David Ullman, visto por última vez con un ridículo atuendo adquirido en una tienda de conveniencia y al que le falta el dedo pulgar de la mano derecha? Si es así, estos tipos hacen fatal su trabajo. Me pillan observándolos y apenas me dedican una fugaz mirada de policía de Nueva York con la que parecen decirme «No te pares, amigo», y siguen murmurando chistes verdes entre sí mientras permanecen alertas por si ven a algún terrorista (sin quitarles ojo a las minifaldas).

Aun así, dudo que pueda pasar desapercibido mucho más tiempo. Cada minuto que paso recorriendo la calurosa acera en dirección al Chase Bank de la calle Cuarenta y ocho sin que alguien exclame «¡He visto a ese tipo en las noticias!» o siendo reducido por hombres procedentes de unos todoterrenos de color negro y ataviados con chalecos fluorescentes del FBI es un minuto ganado. Además, en vez de mantenerme a la sombra de las paredes de los edificios, cada media manzana bajo de la acera para intentar coger un taxi, exponiéndome con ello a todos los coches de policía que circulan por la calle. Finalmente decido que el peligro de buscar un taxi es mayor que el de ir caminando al banco, camuflándome lo mejor posible entre manadas de turistas con un atuendo similar al mío. A pesar del calor que paso con la cazadora de nailon puesta, no me la quito, pues sin el cuello alzado se me vería demasiado bien la mandíbula y mi rostro podría ser reconocible.

Al entrar en el banco no puedo evitar fijarme en todas las cámaras de seguridad que hay en el techo y en los guardias de seguridad con auriculares en las orejas. Luego, en el mostrador de atención al cliente, paso todavía más nervios al tener que dar mi nombre para retirar el contenido de mi caja de seguridad. En un momento dado aparece la encargada para darme la mano (un numerito de relaciones públicas algo vergonzoso) y me desea que «no pase mucho calor ahí fuera». Cuando regresa a su despacho al final del pasillo... ¿echa un vistazo por encima del hombro para mirarnos a mí y al cajero que me guía hasta la cámara? Y, cuando se detiene para hablar con un tipo sentado a un escritorio, ¿levanta este la mirada hacia mí por casualidad?

En cualquier caso, ahora ya no hay marcha atrás. Falta muy poco para las seis. «Menos de una hora..., ¿para qué, exactamente?». Intento no pensar en ello y me limito a dar el siguiente paso. Ahora mismo, eso significa recuperar el documento.

El cajero me trae la caja, excesivamente grande, y cierra la puerta para que pueda sacar su contenido en privado. Compruebo dos veces que dentro del maletín todavía están el ordenador portátil y la videocámara digital. Dos aparatos que podría comprar

en alguna de la media docena de tiendas que hay en dos manzanas a la redonda por un par de miles de dólares. Antes, apenas me habrían servido para guardar los trabajos de mis alumnos o grabar imágenes de Tess vestida con tutú durante su recital de *ballet* de primavera. Ahora, sin embargo, contienen una nueva historia para el mundo.

Cierro el maletín y, al salir, me limito a dirigirle un leve gesto con la cabeza al cajero. Avanzo con la vista puesta en la puerta giratoria que da a la calurosa calle. Si mantengo la mirada fija, no me detendrán.

Y no lo hacen. Todavía no.

Justo enfrente del banco, un taxi se detiene junto a la acera y subo a la parte trasera por la puerta que da a la calzada antes incluso de que el pasajero anterior termine de pagar. Luego me encorvo para que únicamente mi gorra sea visible para el tráfico circundante. Asimismo, mantengo la mirada baja para evitar la del conductor en el espejo retrovisor.

—A Grand Central —indico al tiempo que nos sumamos al lento tráfico. Recuerdo que la última vez que le indiqué este mismo destino al conductor de un taxi terminé en el edificio Dakota.

Esta vez, no. No vamos a ningún lado. Permanecemos atascados en el embotellamiento. El tráfico de la Quinta Avenida se ha convertido en un estrecho aparcamiento de turismos negros, taxis amarillos y furgonetas de mudanzas.

—Intente otra ruta —le digo al conductor.

—¿Qué otra ruta?

Le doy un billete de cincuenta dólares a través de la ventanilla de plexiglás para cubrir la tarifa de nueve dólares, bajo del coche y serpenteo entre los coches parados hasta llegar a la acera. Tras mirar a ambos lados para comprobar que no hay ningún agente de policía, aprieto a correr.

Una jadeante carrera por la calle Cuarenta y seis hasta Park Avenue. La gente de la acera levanta la mirada de su móvil justo a tiempo de hacerse a un lado. A algunos les hace gracia («¡Jo, jo!»); a otros, con esa actitud de estar de vuelta de todo típica de los neoyorquinos, apenas los impresiona («¡Capullo!»), y algunos se mosquean y alzan el puño («¡Ven aquí, cabrón!»), pero nadie intenta detener a un demente de ochenta y cinco kilos sin afeitar.

Doblo la esquina sin disminuir la velocidad y una enfermera suelta un grito cuando casi choco con ella y el anciano al que lleva en una silla de ruedas. Al pasar por delante de este, sus ojos parecen iluminarse, como si hubiera estado todo el día esperando ver a un tipo corriendo con la mirada desquiciada.

No aminoro la marcha hasta que llego a las puertas de la estación. Una vez dentro, me doy cuenta de que me he dejado la cartera en el taxi. En ella llevaba las tarjetas de crédito, el carné de identidad y todo el dinero que me quedaba. No es demasiado tarde para regresar corriendo por si el taxi todavía está ahí, pero decido que no hace falta. ¿De qué me serviría todo eso ahora? Estoy a punto de entrar en un lugar completamente distinto donde el dinero no sirve de nada. Y donde ni siquiera mi

nombre tiene significado alguno.

Desciendo la rampa de piedra y me adentro en el vestíbulo principal entre la gente que va en busca del acceso que conduce a su tren y los turistas que quieren hacerse una fotografía con la gigantesca bandera de las barras y las estrellas que cuelga del techo al fondo. Nadie es consciente de que, entre ellos, hay un espíritu de otro tiempo ocupando el cuerpo de un fallecido. Ni de que un hombre vivo ha viajado once mil kilómetros para encontrarse con él.

Me acerco al centro del vestíbulo y doy una vuelta sobre mí mismo con la vista puesta en los bares y restaurantes del primer piso por si Belial me está esperando junto a la barandilla. «¿Qué estoy buscando exactamente? ¿Qué forma habrá escogido?». Busco un rostro que ya haya utilizado. Will Junger. Toby. Una de las hermanas Reyes. Raggedy Ann. No veo a nadie familiar, ni vivo ni muerto.

Con una repentina oleada de náuseas, llego a la conclusión de que estoy equivocado.

Las «pistas» no eran tales, y el «rastros» no ha sido más que una invención mía. El demonio, si es que era real, se ha divertido viendo dar vueltas en círculos a un hombre perdido en el sentido más profundo de la palabra.

Lo que significa que Tess también está perdida.

Pronto llegará la policía. Y me encontrará aquí. Llorando entre la muchedumbre del vestíbulo principal, maldiciendo las estrellas pintadas en el techo, así como al cruel arquitecto que colocó las del cielo, invitando a aquellos que nos encontramos en la tierra a buscar patrones que en realidad no existen.

«¡Adiós entonces, esperanza, y, con ella, adiós temor!».

Y, de repente, lo veo junto al reloj dorado, en el mismo lugar en el que me habría esperado O'Brien si hubiésemos quedado aquí. Observándome con una expresión de desprecio de la que parecía incapaz mientras vivía.

Mi padre. La broma final de Belial.

Me acerco y noto el malicioso halo de triunfo que irradia, una especie de hedor insípido pero repugnante que llega hasta mis pulmones. La expresión de su rostro sigue siendo la misma. Una máscara de felicidad paternal por estar viendo a su hijo tras una larga separación. El hijo pródigo ha regresado.

—No puedes ni imaginarte cuánto tiempo he pasado esperando encontrar a alguien como tú —dice mi padre con su propia voz, si bien su desapasionada inflexión, por más disimulada que esté, pertenece al demonio—. Otros se acercaron, pero carecieron de la fortaleza para seguir adelante. En cambio, tú, David, eres un hombre de una tenacidad poco común. Un auténtico discípulo.

—No soy tu discípulo —afirmo en un tono de voz apenas audible.

—¿Cuando te llamé no contestaste? ¿No eres testigo de mis milagros? —Mira directamente el maletín que llevo conmigo—. ¿No estás en posesión de un nuevo evangelio?

Permanezco inmóvil, esforzándome para no desvanecerme. Unas sombras

revolotean alrededor de la cabeza de mi padre. Es una Corona Negra.

—Extiende su mano hacia mí e, inconscientemente, doy un paso atrás.

—Creía que querías que lo hiciera público —digo—. Que hablara por ti.

—¡Y hablarás por mí! Pero el documento te precederá. Luego, cuando sea el momento oportuno, contarás tu historia. Personalizarás el documento, proporcionándole a la gente un modo de aceptarlo.

—La policía me está buscando. Y también otros.

—Entrégate a mí, David, y yo te protegeré.

—¿Entregarme? ¿Cómo?

—Déjame entrar.

Mi padre da medio paso adelante y, de algún modo, con eso cubre la distancia que yo he retrocedido, de modo que él es ahora todo lo que puedo ver y oír.

—La manera mediante la que se presente nuestra historia es tan importante como la historia misma —prosigue—. El narrador ha de ofrecer un relato convincente, y no hay nada más convincente que el autosacrificio. Milton también fue encarcelado. Y Sócrates, Lutero, Wilde... Y, por supuesto, el propio Jesucristo sabía mejor que nadie que pronunciar un mensaje cuando se está en prisión facilita su difusión.

—Quieres que sea un mártir.

—Así es como ganaremos nuestra guerra, David. No desde una posición de dominio, sino desde la resistencia. Nos ganaremos los corazones de los hombres y las mujeres mostrándoles cómo Dios ha boicoteado su búsqueda de conocimiento desde el principio. La fruta prohibida.

—«Inocularé en sus mentes un mayor deseo de conocimiento, y con este la capacidad de rechazar órdenes envidiosas».

—¡Así es! Tú alimentarás el deseo del hombre de conocer la verdad sobre los míos y nuestra injusta caída, la crueldad de Dios y la emancipación que ofrece Satán. Igualdad. ¿No es esa la causa más noble? ¡Democracia! Eso es lo que traigo. No una plaga ni sufrimientos arbitrarios. ¡La verdad!

Mi padre me sonríe con una calidez tan ajena a los músculos de su rostro que le provoca un temblor en las mejillas.

—«Valentía para no rendirse ni ceder jamás».

—¡Efectivamente! —dice con la boca abierta—. Esa es la promesa de nuestro señor Satán.

—Pero te olvidas de los versos precedentes: «No todo se ha perdido; la indomable voluntad y las ansias de venganza, el odio inmortal».

—Como ya te dije —añade la voz de mi padre, aunque sin el vacío humor de hace un momento—, John estaba obligado a esconder sus verdaderas simpatías.

—No estaba escondiendo nada. Venganza. Odio. Esas son tus únicas motivaciones. «La posibilidad del bien ya no existe para mí. Mal, sé tú mi bien».

—Un mero juego de palabras.

—¡Eso es lo único que sabes hacer tú! Darles la vuelta a las palabras. No expresan

lo que sientes porque no sientes nada. La distinción entre el bien y el mal es algo que se te escapa.

—David...

—Belial: «Sin valía». Tu mayor mentira es que eres una criatura que siente compasión por la humanidad. Esa es la razón por la que quien entregue el documento es tan importante como el documento mismo.

Mi padre se acerca un poco más. El poder y el tamaño de su complexión es tan evidente ahora como cuando yo era pequeño. Aun así, no puedo dejar de decir lo que le estoy diciendo. Convicciones a las que llego a medida que las pronuncio.

—Todo este tiempo he creído que había sido elegido por mis conocimientos. Pero eso era mera fachada. Me escogiste porque la mía es la historia de un hombre que ama a su hija. Y tú careces de historia. No tienes hija. Ni amor. Ni amigos. En lo que respecta a todas las cuestiones importantes, no existes.

—Ten cuidado.

—¿Por qué? No puedes devolverme a Tess. Eso ha sido mentira desde el principio. He descubierto tu nombre. Te he traído el documento antes de la luna nueva. Nada importa.

—David...

—Tienes el poder de destruir, pero no de crear ni de unir. No importa dónde esté ella ahora, tú no puedes traerla de vuelta.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Porque no he venido aquí para ayudarte.

—¿De verdad? —dice, otra vez seguro de sí mismo, consciente de que ha ganado—. Tú dirás, entonces...

A eso no sé qué decir. Miro el bullicioso espacio del gran vestíbulo y oigo como por primera vez no su cacofonía, sino el coro de voces humanas. ¿Cuál me echará de menos si la serpiente tiene éxito? ¿Qué supondrá el final sin Tess? Sin ella, yo también carezco de valía.

Pero, por más que yo esté solo, quienes me rodean no lo están. Veo, por ejemplo, a una joven madre empujando un cochecito de bebé con una mano y tirando de un niño pequeño que recita el alfabeto con la otra. A una pareja de ancianos despidiéndose con un beso (y al hombre acariciando las arrugas de la mejilla de su esposa con sus torcidos dedos). A dos mujeres ataviadas con burkas cruzándose con dos judíos ortodoxos, momentáneamente unidos en medio de la muchedumbre como si se tratara de un encuentro secreto de los devotos del color negro de la ciudad. Y también a un hombre con tacones y un vestido de cóctel a cuya peluca de Marilyn le vendría bien un alisado.

Desconocidos que cruzan el vestíbulo de la estación ajenos a todo aquello que no sea el curso de sus propias vidas. Ahora bien, verlos únicamente así supondría adoptar el punto de vista del demonio. Invalidar sus nombres y las razones de sus propios sacrificios.

—Esto no es tuyo —digo cogiendo el maletín con ambas manos.

—Tu hija...

—No pienso...

—¡Tu hija está sufriendo!

Es un grito ensordecedor. Su eco rebota en las paredes de piedra del gran vestíbulo. Pero nadie a nuestro alrededor parece haberlo oído. Del mismo modo que nadie oye lo que grita a continuación:

—¡Está ardiendo, David!

Me acerco a mi padre y, a través de sus ojos, miro a la presencia que ocupa su interior.

—Si Tess está en el infierno, dile que nos veremos pronto.

Está a punto de responder con una fuerza impredecible. En su pose puedo advertir la inminencia de la violencia. Hombros alzados, dedos extendidos como garras. Sin embargo, algo que no es mi actitud desafiante lo contiene. Vuelve la cabeza como si alguien le hubiera gritado algo.

Retrocedo otro paso y mi padre contempla cómo me aparto. Su odio es tan puro como el de un animal famélico devorando a sus hijos.

Doy media vuelta y, mientras me alejo, oigo el grito de Belial. Es una especie de chirrido metálico. Inaudible para todos salvo para mí.

Si sigo mirándolo, estaré perdido. No porque vaya a ir a por mí, sino porque volveré a él. Es un peso que siento con más fuerza que el del maletín contra la parte posterior de mis piernas. De repente, su contenido me resulta más pesado que una losa de granito.

Mientras avanzo siento cómo me rodea un asfixiante dolor. En parte es el de mi padre, pero también el de la presencia que ocupa su cuerpo.

Estoy a medio camino de la escalera cuando veo a la policía. Dos pares de uniformes procedentes del túnel que conduce al Oyster Bar. Y, un segundo después, reparo en los tres hombres trajeados que bajan la escalera que hay al otro extremo del vestíbulo. Van hablando entre sí en voz baja, dando órdenes de despliegue en el vestíbulo. Están aquí por mí.

Ninguno de ellos parece haberme visto todavía, lo que significa que he de seguir avanzando.

Pero no puedo. Me quedo donde estoy, inmovilizado por el atormentado grito de Belial. Superficialmente, es el sonido del caos. Por debajo, sin embargo, puedo discernir un familiar tono de voz.

«Ven, David».

Lo dice en un tono más paternal de lo que mi padre llegó a sonar nunca. Más falsamente amable, más falsamente amoroso.

«Ven a mí».

Ya sin elección ni posibilidad alguna de rechazo, giro sobre mis talones para regresar junto a mi padre, que sigue de pie junto al reloj dorado. De repente, sin

embargo, veo a una mujer que se parece a alguien que conozco. A alguien que conocí.

Es solo su espalda. Y apenas un atisbo. Pero un segundo resulta suficiente para comprobar que se trata de O'Brien. No la mujer frágil y encorvada del final, sino la chica alta y atlética de Connecticut que nunca dejaba de ser (a su modo sesudo y burlón, característico de una personalidad de tipo A) la chica alta y atlética de Connecticut.

Ella no me ve. Se dirige hacia la taquilla de espaldas a mí. Atraviesa la riada de viajeros ataviada con un abrigo gris. Su paso es rápido y decidido.

Comienzo a caminar hacia ella, lo que convierte el grito de Belial en un atronador aullido.

La mujer que se parece a O'Brien compra un billete y luego vuelve a atravesar la multitud en dirección a los andenes. Eso me obliga a cambiar mi trayectoria para poder ir detrás de ella y pasar por delante de los policías uniformados. Estos están ahora dando saltitos para intentar ver algo por encima de las cabezas de la gente que se extiende ante ellos como si de un ondulante lago se tratara. No me esfuerzo en ocultarme, pues pienso que si lo intento atraeré más su atención que si ando rápido como si llegara tarde al trabajo. Procuro no perder de vista a la mujer de pelo oscuro.

A medida que me acerco a ella, el aullido de Belial aumenta varias octavas y se divide en dos. Una parte cae a un registro más bajo que el de un trueno. Se trata de un nauseabundo sonido subgrave con un volumen tal que las estrellas del techo parecen estar a punto de caer encima de todos nosotros. Tal es así, que no puedo evitar levantar momentáneamente la mirada.

Cuando la vuelvo a bajar, O'Brien ha desaparecido. O, al menos, no está donde hace un momento. Casi al instante, la vuelvo a ver: se encuentra a unos diez metros a la izquierda de donde estaba. «¿Cómo puede haber recorrido esa distancia en apenas uno o dos segundos?». No tengo tiempo para sopesar cómo lo ha hecho. Vuelvo a ir detrás de ella, ahora empujando a la gente con un «Disculpe» mientras ella parece abrirse paso a través de la multitud sin tocar a nadie.

Cuando llego a su altura, advierto algo antes incluso de que coloque mi mano en su hombro.

El olor a corral. Aquel hedor a moho y paja húmeda.

Se vuelve. O, mejor dicho, su cabeza gira sobre sí misma, como si las demás partes de su cuerpo estuvieran inmóviles o una estatua de cera hubiera cobrado vida de forma parcial. Es como si tuviera el rostro en la espalda y se hubiera limitado a apartarse el pelo para mostrarme los ojos saltones, los prominentes pómulos y la barbilla y los dientes negros.

—¿Vamos, profesor? —dice la Mujer Delgada.

Comienzo a alejarme de ella pero me doy cuenta de que me ha agarrado de la muñeca. Su mano está tan fría como el metal de unas esposas. Al tirar, un intenso dolor en codo y hombro me indica que, en esos puntos, los huesos están separándose y los ligamentos comienzan a dilatarse cual gomas elásticas.

—«Cogidos de la mano y con paso incierto y tardo... —recita la Mujer Delgada con voz queda mientras me lleva de vuelta junto al reloj dorado, donde se encuentra Belial —, a través del Edén, emprenden su solitario camino».

Avanzo sin caminar, como si bailara con los pies encima de los de mi pareja de baile. Por encima de su hombro, a través de un claro en la multitud, veo a mi padre esperándome. Sus gritos de angustia se han transformado ahora en otra cosa. Mil niños riéndose ante el espectáculo del dolor de la víctima elegida.

Intento pensar en una oración, un nombre sagrado, o algún versículo. Pero no encuentro palabras que puedan ser pronunciadas con auténtica convicción. Salvo su nombre.

«Tess».

Al principio, no es más que un pensamiento. Luego pronuncio su nombre. Un susurro que yo mismo apenas si puedo oír. Y, sin embargo, eso provoca que la Mujer Delgada ralentice su avance flotante, lo que permite que yo pueda agarrarme el brazo con la mano libre y colocarlo de nuevo en su sitio al tiempo que le doy una patada en la espinilla.

Algo emite un chasquido en la base de mi cuello. «Eso es la clavícula», oigo decir a alguien antes de darme cuenta de que he sido yo mismo. A eso le sigue un intenso y agudo dolor.

Pero estoy libre.

Ahora que vuelvo a tener los pies en el suelo, me aparto de la Mujer Delgada. Esta parece momentáneamente desconcertada, pero al instante vuelve a dibujarse en su rostro una sonrisa sin vida. Levanta la vista al reloj que hay encima de la cabeza de Belial. El minuterero se acerca al cincuenta.

Dos minutos para la luna nueva. Para que Tess sea suya.

«Ven —vuelve a decir mi padre—. Ha llegado la hora, David».

Les doy la espalda a ambos y veo cómo la otra O'Brien desaparece por la puerta que conduce al andén número cuatro. Aprieto a correr, lo que provoca que Belial vuelva a gritar. Más alto todavía que antes.

Si llego al andén, me perderán de vista. Ahora lo único que me importa es alcanzar a O'Brien, pues a cada nuevo paso que me alejo de mi padre —a cada paso que estoy más cerca del andén—, el aullido del demonio se va debilitando. Pierde su fuerza como si se dirigiera a otro.

Hasta que, finalmente, dejo de oírlo.

De forma instantánea y absoluta, justo cuando consigo salir del vestíbulo principal y llegar al andén. Aquí, la gente está terminando sus llamadas o tirando sus latas de refresco a la papelera antes de subir al vagón para coger un buen asiento. De repente vuelvo a oír el mundo de los vivos. El ruido de sus zapatos sobre el empedrado, sus «Llegaré pronto a casa».

No está aquí. La mujer que he tomado por O'Brien —pero que no era ella; no podía serlo— ha desaparecido. Un doble imaginario. Un recuerdo de su apariencia

cuando quedábamos aquí en nuestras «citas que no eran citas».

Por útil que haya sido la ilusión, ya no sirve de nada. Ahora ya no hay vuelta atrás. Si tengo alguna oportunidad de escapar, no será por la estación, sino subiendo al tren. Ahora bien, no tengo billete —ni modo alguno de comprarlo—, lo que significa que me echarán en la primera parada, o llamarán a seguridad. Pero al menos saldré de aquí. Lejos, al menos momentáneamente, de la policía. Y de aquello que todavía puedo sentir esperándome junto al reloj.

De repente noto una mano en el hombro. Firme y segura.

—Me encanta su atuendo, profesor.

Me vuelvo y la veo a pocos centímetros. Con apariencia descansada y lozana. Más que eso: alegre.

—Elaine. Por el amor de Dios.

—¿Cómo? ¿Él también está aquí?

Quiero rodearla con mis brazos, pero de repente un frío estremecimiento me lo impide.

—Por favor, no me digas que eres un...

—No te preocupes —dice pellizcándose la piel de las mejillas—. Aquí dentro solo estoy yo.

—Pero es imposible que estés aquí.

—Puedo demostrarte fácilmente lo contrario. —Se acerca tanto a mí que puedo oler el perfume que lleva en el cuello—. Está claro que sí estoy aquí.

—¿Estás...?

—No te dan alas ni un halo, ni nada de eso. Pero sí, que yo sepa. Diría que sí.

Cientos de preguntas se agolpan en mi mente compitiendo por mi atención. O'Brien se percata de ello y las descarta con un movimiento de la cabeza.

—Baja en la estación de Manitou —dice dándome el billete que ha comprado—. En el aparcamiento encontrarás un Lincoln blanco. Las llaves están debajo de la rueda delantera izquierda.

—El documento. Necesito tiempo para dejarlo en algún lugar seguro. O destruirlo.

—Esa elección es tuya.

—Pero terminarán deteniéndome.

—*Con la muerte en los talones.*

—No lo ent...

—Eres Cary Grant, ¿recuerdas? Un hombre bueno atrapado en un asunto turbio. Confusión de identidades. El Perseguidor es un viejo conocido de la policía. Tú, en cambio, no eres más que un profesor al que nunca han puesto siquiera una multa por exceso de velocidad. Te defendiste del único modo que pudiste.

—¿Crees que funcionará?

—Hay dudas razonables. A los culpables suele funcionarles. Las probabilidades son aún mayores para los inocentes.

Coloca sus manos a cada lado de mi rostro.

—Lo has hecho muy bien —dice—. No solo desde Venecia, sino toda tu vida. Creo que ya lo sabía, pero ahora además puedo verlo. Has luchado desde que eras niño.

—¿Luchado para qué?

—Para llevar a cabo las cosas difíciles que la mayoría de nosotros hacemos ver que son fáciles. Para ser bueno. Nunca te has rendido. Has sido puesto a prueba y lo has superado, David.

No hay tiempo para un abrazo, lo advierto en el leve temblor de su sonrisa. Aun así, me rodea con sus brazos. Al instante, siento una carga de fuerza que me alivia el peso del maletín.

—Tienes que subir al tren —ordena soltándome de golpe—. A este tren. Ahora mismo.

—Yo...

—Sí, sí. Ya lo sé.

Hago lo que me dice. Subo por la puerta más cercana y oigo cómo esta se cierra de nuevo detrás de mí. Luego el tren se pone en marcha.

El vagón en el que voy está lleno, pero me abro paso por el pasillo inclinándome para mirar al andén por la ventanilla. O'Brien ya no está ahí. Desde el acceso al andén, un policía contempla cómo el convoy se aleja por el túnel y olfatea el viciado aire como si intentara detectar algún rastro.

Ya no tengo nada que hacer salvo encontrar asiento. El siguiente vagón solo está medio lleno. Me detengo para mirar las hileras y la parte posterior de las cabezas, intentando juzgar qué lugar tiene menos posibilidades de atraer a un pasajero excesivamente locuaz.

De repente se me hace un nudo en la garganta.

La veo en mitad del vagón, sentada sola junto a la ventanilla, observando la oscura pared del túnel. Una trenza dorada apenas visible a través del hueco entre dos asientos.

Tardo lo que parece demasiado tiempo en llegar a su lado. Durante un rato todavía más largo, ninguno de los dos se mueve siquiera. El familiar olor a naranja de su piel, mezclado ahora con leves restos de paja húmeda y animales encerrados en un sucio redil.

Por su quietud, podría parecer que está dormida. Pero en el reflejo de la ventanilla puedo ver que Tess tiene los ojos abiertos y nos está mirando a ambos cual blanquecinos fantasmas en el cristal. El aliento de su voz dibuja asimismo una niebla a nuestro alrededor.

—¿Papá?

—Sí.

—Si me vuelvo, ¿seguirás estando aquí?

—Lo estaré si tú también lo estás.

El tren acelera por el túnel que recorre las entrañas de una isla poblada por millones de personas. Pronto llegaremos al otro lado del río.

Finalmente, mi hija se vuelve y compruebo que es ella.

Es ella, y tengo fe.



ANDREW PYPER nació en Stratford, Ontario, en 1968.

Obtuvo una Licenciatura y un Doctorado en Literatura Inglesa por la Universidad McGill, así como una Licenciatura en Derecho por la Universidad de Toronto.

Es un autor dedicado al misterio y el suspense, cuyos últimos libros han resultado un gran éxito de ventas en Canadá y EE.UU. Su primera novela, *Lost girls*, fue un éxito de ventas nacional en Canadá, ganó el *Premio Arthur Ellis a la Mejor Primera Novela*, se ha publicado en los EE.UU. (Delacorte Press) y el Reino Unido (Macmillan) en el año 2000, y también ha sido traducido al italiano, holandés, alemán y japonés.

Andrew trabajó como guionista de una adaptación cinematográfica de *Lost girls*; *La Misión del comercio*, que fue seleccionado por The Toronto Star como uno de los *Diez Mejores Libros del Año*; *La temporada de incendios* (su tercera novela) se encuentra actualmente en desarrollo para el cine; a estas le siguen *El círculo de la matanza* (2011) cuyos derechos de traducción se han vendido en Holanda, España, Alemania, Italia, Portugal y Japón y Los Guardianes (2011).

Traducido a más de seis idiomas, su última novela, *El demonólogo* está en proceso de adaptación al cine.

Notas

[1] Para las citas de *El Paraíso perdido* de John Milton se ha seguido la edición *El Paraíso perdido*, traducción de Esteban Pujalt, publicada bajo el sello de Austral, por Espasa Libros, S. L. U., en julio de 2015. <<

[2] Lucas 8, 33. <<

[3] *Let's Get Cheesy!* En el original. El autor hace un juego de palabras intraducible entre *cheese* («queso») y *cheesy* («curisi»). Así pues, la expresión también podría traducirse como «¡Pongámonos cursis!». <<

[4] Personaje literario infantil creado por el escritor e ilustrador Johnny Gruelle (1880-1938) que posteriormente se comercializó como muñeca de trapo. Valga añadir que la hija de Gruelle murió a los trece años, detalle seguramente tenido en cuenta por el autor. <<

[5] Por su parecido con *White butt*, «culo blanco». <<

[6] «*There once was a girl named Dotty / Who tooted when she sat on the potty*» en el original inglés. Juego de palabras intraducible con el verbo *toot* («tocar la bocina», pero también «tirarse un pedo», en un lenguaje coloquial). <<

[7] Bisnieto de Noé. Según la tradición bíblica, fue el fundador de Babilonia y artífice de la construcción de la torre de Babel. Hoy en día suele utilizarse para referirse a alguien socialmente inepto. <<

[8] Plato tradicional escocés hecho de vísceras de cordero picadas y embuchadas. <<

[9] Salmos 27, 3. <<

[10] «Me haces feliz aunque el cielo esté gris». Letra de la canción *You Are My Sunshine*, grabada en 1939 y popularizada por múltiples intérpretes. <<

[11] Job 1, 7. <<

[12] *John* es «Juan» en inglés. <<

[13] Mateo 8, 29. <<

[14] Traducible como «hierba de fuego». <<

[15] Canción compuesta en 1941 por Harry Warren y Mack Gordon y grabada originalmente por The Glenn Miller Orchestra. <<

[16] «Va a haber una fiesta en la estación...». Letra de la canción *Chattanooga choo choo*. <<

[17] *Yours to discover* es el lema que desde hace años aparece grabado en las matrículas de Ontario. <<

[18] «¡Vamos, Leafs, vamos!», cántico de ánimo del equipo de *hockey* sobre hielo Toronto Maple Leafs. <<